



VIDA
DE LA VENERABLE MADRE

JOSEFA

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO,

RELIGIOSA RECOLETA

DE

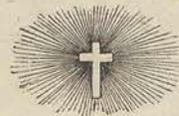
SANTA BRIGIDA,

EN EL CONVENTO DE SANTA CRUZ DE LA VILLA DE AZCOITIA.

Escrita por D. Agustin Ignacio de Aguirre,

Colegial que fué del Colegio Viejo de San Bartolomé el Mayor de Salamanca, etc.

SEGUNDA EDICION.



BILBAO:

Imp. y lit. de la viuda de N. Delmas, Correo, 16.

1858.





Al Excmo. Sr. D. JUAN DE IDIAQUEZ, Conde de Salazar, Teniente General de los egércitos de S. M., Sargento Mayor de las cuatro compañías de sus Reales Guardias de Corps y Gobernador del Sr. Infante D. Fernando.

ESCELENTÍSIMO SEÑOR:

No ignora V. E. mi especial obligacion de manifestar al público la preciosa tela de virtudes con que vistió de inmortalidad su fama y su gloria la Venerable Madre Josefa del Santísimo Sacramento.

Eligió esta venerable virgen en mi tierna infancia para domicilio suyo la casa de Idiaquez, que por espacio de cuatro años albergó en ella á la felicidad mientras se desvanecian las dificultades que ocurrieron para la fundacion del convento de Santa Brigida de Azcoitia, que estaba ya proyectada y trazada en el cielo.

Entonces trayéndome en sus brazos esta virgen venerable, é inspirándome los primeros sentimientos de piedad, me regaló con las primicias de aquella benevolencia que me continuó despues hasta el fin de su vida aumentando las obligaciones de mi agradecimiento con nuevos singulares beneficios.

Siendo mia por tantos titulos la deuda de difundir la memoria de sus virtudes, ni puedo dar al libro de su vida mas propio patrocinio que el de V. E. ni podria ofrecer otro obsequio mas grato á V. E. sabiendo el devoto ardor con que ha deseado V. E. el descubrimiento de este tesoro escondido en las montañas de su patria.

Habia visto ya y admirado V. E. (antes que pasase á servir al Señor Rey Carlos II en los egércitos de Flandes) los singulares



ejemplos de virtudes con que esta humilde virgen edificó en el siglo á sus compatriotas, y por eso acostumbraba siempre V. E. encomendarse en sus oraciones desde Flandes, y aun desde la corte de España entre las vicisitudes y turbulencias que sobrevinieron al reinado de nuestro piadoso magnánimo monarca Felipe V (que Dios guarde.)

Yo fuí testigo en Bruselas y en España, mientras serví debajo de la conducta de V. E. de la confianza con que solicitaba las oraciones de esta muger fuerte, para implorar la proteccion del Dios de los egércitos.

A la eficacia de sus ruegos atribuye V. E. con sincera y cordial gratitud, la felicidad de haber salvado la vida entre los peligros de cuarenta y tres años que ha empleado ya V. E. en la gloriosa profesion de las armas. A ellos debió V. E. la vida, cuando de capitán de infantería se halló sitiado en Mons por el Cristianismo Rey de Francia Luis el Grande que hizo en persona aquel sitio con ejército correspondiente á la grandeza de su poder y de su nombre. Cuando hallándose de capitán de caballos en la famosasangrienta batalla de Landen, quedó prisionero. Cuando de Maese de Campo de un tercio viejo de Españoles y Brigadier de los ejércitos del Señor Rey Felipe V, fué señalado de su Real orden V. E. para ofrecerse con su brigada al servicio del Serenísimo Señor Duque de Borgoña su hermano, que mandaba las tropas de Francia entre la Mosa y la Mosella; y allí de orden de S. A. R. ocupó V. E. con tres tercios españoles una colina y la mantuvo contra los enemigos que pretendieron dominarla con diez y seis batallones, hasta que recibiendo nueva orden de aquel Serenísimo Príncipe para seguir su ejército ejecutó V. E. á vista del enemigo la retirada con tal destreza, que debió públicas aclamaciones á todos los oficiales de los ejércitos de las dos Coronas.

Al venir V. E. desde Flandes á la Corte de España con orden del gobernador de aquellos paises á dependencias de la nacion, renovó V. E. las memorias de su confianza y gratitud, visitando á la Venerable Josefa, que era ya religiosa de Santa Brígida; y en fin, despues que el Señor Rey Felipe V quiso servirse de V. E. en el empleo de sargento mayor de sus reales Guardias de Corps,

no acertaba V. E. á cerrar una carta que no fuese sellada con la memoria de esta venerable religiosa.

Podrá aparecer impropia la dedicatoria de este libro á V. E. entre aquel vulgo que se persuade á que los oidos acostumbrados á los clarines y trompetas ensordecen á los dulces sentimientos de la devocion, pero aunque este error no se viese refutado en las historias de grandes capitanes cristianos, se ha advertido ya en las acciones de V. E. bien confederado el esfuerzo militar con la piedad, y que la devocion no sabe debilitar al valor.

Hallará V. E. en la vida de esta muger fuerte las militares virtudes de fortaleza, constancia y fidelidad. Hallará la fortaleza con que resistió y venció siempre á un enemigo vigilante y astuto entre muchos asaltos y sorpresas. Hallará la constancia y fidelidad en la diversidad de las delicias ó de las amarguras de aquel espíritu, que sirvió igualmente al Dios de los egércitos entre las batallas como entre las dulzuras de la paz y entre las tribulaciones como entre las prosperidades.

Tal fué la fineza de su amor y de sus trabajos en la milicia cristiana; porque como escribió aquel Santo Obispo y Príncipe de Génova, que supo introducir la vida devota en las cortes y en las tiendas de campañas: «No es grande fineza servir á un príncipe en la dulzura de la prosperidad y aplauso, y en medio de las delicias de la corte; pero servirle en lo apretado de la guerra y en medio de persecuciones y alborotos, esta es una verdadera señal de constancia y fidelidad.»

Estas virtudes que V. E. ha manifestado en el servicio de nuestros legítimos príncipes, movieron al Señor rey Felipe V á fiar á la conducta de V. E. no solo sus militares empleos, sino tambien el de la educacion y gobierno de su hijo el Señor Infante Don Fernando, en cuyo ministerio ha acertado igualmente V. E. á desempeñar la real confianza de nuestro monarca, como publican los que de cerca observan la direccion de V. E. con justa complacencia de los que debemos interesarnos en las glorias de V. E. Pamplona y Marzo 8 de 1724.—B. L. M. de V. E. su mas obligado y atento sobrino.—*D. Antonio de Idiaguez, Conde de Javier Marqués de Cortes, Mariscal del Reino de Navarra.*



APROBACION del Rmo. P. F. Ignacio de la Concepcion, lector de prima de teología, que fué en su colegio de Salamanca, ministro de los colegios de Alfaro y Pamplona provincial y al presente segunda vez difinidor del órden de descalzos de la Santísima Trinidad redencion de cautivos.

De órden del muy ilustre señor licenciado D. Bartolomé García Delgado, gobernador, provisor y vicario general del obispado de Pamplona, he visto con toda atencion y gusto la Vida de la Venerable Madre Sor Josefa del Santísimo Sacramento, religiosa del convento de Santa Cruz de la órden de Santa Brígida de la villa de Azcoitia en la provincia de Guipúzcoa, escrita por el Sr. D. Agustin Ignacio de Aguirre, colegial que fué en el Mayor de San Bartolomé de la universidad de Salamanca. Luego que registré el mandato, conocí la singular eficacia del precepto, que me deja favorecido y gozoso, al tiempo que debo obedecer rendido. Fué la Venerable Madre Josefa del Santísimo Sacramento, á quien debió mi niñez su mejor educacion, criándome en sus brazos por la muerte de mi madre y dándome aquellos primeros documentos, cuyos ecos duran en los infantes, como perseveran en mí aquellas voces que nacian de un abrasado corazon en el incendio del divino amor; y siendo ingratitude, en opinion de Seneca, así el olvidar el beneficio como el no corresponder á quien le dió el ser agradecido: *Ingratissimus omnium, qui oblitus est.* (1) ¿Cuánto mayor fuera la ingratitude y la injuria de no corresponder á quien le dió los primeros alimentos á la alma?

Este es el motivo porque me discuro favorecido en el mandato que pone en mis manos la prodigiosa y admirable vida de mi venerabilísima madre; pudiendo yo decir al Sr. D. Agustin de Aguirre, lo que San Gerónimo á Principia, hablando de la incomparable matrona Marcela: *Neque veró Marcellam tuam, immó meam.* (2) Tuya es la Venerable Madre Josefa, pues sacas á la pública luz su prodigiosa vida: *immó meam.* Pero es mia, pues fué quien me dió las primeras luces de doctrina: tuya, porque habiéndola godernado como padre y conocido los fondos de su grande alma, los colocas sobre el candelero para que iluminen á todos, escitando á su glorioso ejemplo: mia, porque estoy reconocido á la deuda de que fueron sus documentos el norte que gobernó mis primeros pasos; y su intercesion con Dios la que me condujo de las borrascas del mundo al puerto seguro de la religion. Pues por tanta deuda, qué mucho que la llame mia? Y porque en mí fué siempre como naturaleza amarla como á madre, venerarla como á señora y temerla como á maestra, que es lo que aconsejaba San Gerónimo á los hijos para con sus madres escribiendo á Gaudencio: *Ametur parentem, subiciatur ut Dominæ, timeatur ut Magistram.* (3)

Es consejo del Espíritu Santo, que así en obras como en palabras se les

(1) Sen. lib. 5. de Benef. cap. I.

(2) S. Hier. Epist. ad Principi am Virg.

(3) Epist. ad Gand. de Infante la Educatione.

tributen á los padres las mas crecidas honras: *In opere, etc. sermone honora Patrem tuum; sive carnalem sive spiritualem.* dice la interlineal. (1) Siempre he deseado para mi venerable madre la mayor veneracion, y como es preciso que adquiera la mayor alabanza al publicarse los prodigiosos rasgos de su vida, desea mi amor con impaciencia, que goze de la luz pública, ya para que en las veneraciones de todos satisfaga como paga mi afecto la honrosa deuda del agradecimiento, ya para que sus heróicas virtudes nos sirvan á todos de ejemplo.

Son las vidas de las personas ilustres en santidad unas encendidas antorchas dirigidas para utilidad del bien comun: *Ut luceat omnibus, qui in domo sunt.* (2) Porque iluminando con sus prodigiosas hazañas, á unos les guian por las verdaderas sendas, escitan á otros al amor Divino, avisan el modo de huir los peligros y ofrecen alivio en los trabajos; y todo esto hallarán los que leyeren las admirables virtudes, gloriosos triunfos y prodigiosas hazañas de este portentoso asombro de la gracia: registrarán los caminos tan particulares que tiene Dios para conducir las almas: hallarán un singular ejemplo para la mayor paciencia, un sufrimiento inimitable y una invencible tolerancia.

Prodigiosa es á todas luces la vida de la Venerable Madre Josefa, y aunque mirada por sí sola, se merece el libro la mayor recomendacion. le hace mas apreciable el ser obra de la estudiosa tarea del Sr. D. Agustin en donde debe estar escusada mi aprobacion; porque son tales las luces de su sabiduría, discrecion y elocuencia, lo conceptuoso de sus voces y lo grave de sus sentencias, que la misma obra es digno panegirista de sí propia, sin que necesite de recomendacion alguna. Por tanto, y porque en todo se ajusta á nuestra Santa Fè Católica y buenas costumbres, soy de parecer que debe darse á la estampa. Así lo siento: *Salvo meliori, etc.* Madrid y Marzo 10 de 1724.—Fr. Ignacio de la Concepcion.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el licenciado D. Bartolomé García Delgado, gobernador provisor y vicario general de este obispado de Pamplona, por el Ilmo. Sr. D. Juan de Camargo, obispo de dicho obispado é inquisidor general de España, del Consejo de S. M. etc. Por la presente damos licencia y facultad al Sr. Conde de Javier, para que de su órden se pueda imprimir un libro intitulado: *Vida de la Venerable Madre Josefa del Santísimo Sacramento, religiosa que fué del convento de Recoletas de Santa Brígida de la villa de Azcoitia,*

(1) Ecclesiastici. cap. 5. v. 9.

(2) Math. cap. 5.



compuesto por D. Agustin Ignacio de Aguirre, colegial que fué en el Mayor de San Bartolomé de la ciudad de Salamanca: Atento á que dicho libro no contiene cosa que se oponga á nuestra Santa Fé y buenas costumbres segun la censura hecha por el Reverendísimo Padre Fray Ignacio de la Concepcion, difinidor general del órden de descalzos de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos, en virtud de remisiva nuestra. Dada en Pamplona á 20 de Marzo de 1724.—*Licenciado D. Bartolomé García Delgado.*—Por mandado del Sr. Gobernador y Vicario general.—*Joaquin de Almandoz, Secretario.*

APROBACION del R. P. *Francisco Ignacio Luengo de la Compañía de Jesus, rector del colegio de la ciudad de Pamplona, maestro que fué de teología en su religion y examinador sinodal de este obispado.*

De órden del supremo consejo de Navarra, he visto la vida de la Venerable Virgen Madre Josefa del Santísimo Sacramento, religiosa Recoleta del órden de Santa Brigida en el convento de Santa Cruz de la villa de Azcoitia, escrita en castellano por D. Agustin Ignacio de Aguirre, colegial que fué del Mayor de San Bartolomé el Viejo de la universidad de Salamanca; y en ella he reconocido mucho que admirar y que aprender y nada que advertir. El estilo, el método, la disposicion y arte con que se escribió, es muy digno de reflexion. Y en ella se encuentra gran conocimiento, con grande distincion y claridad de los ilustres ejemplos, virtudes heróicas, raros prodigios y admirables penitencias de la Venerable Virgen Madre Josefa del Santísimo Sacramento: todo con tal disposicion y método, que no solo encuentra materia la admiracion, sino muy mucho que imitar los deseosos de aprovechar en la virtud

Por lo cual y no contener cosa contra lo que enseña nuestra Madre la Santa Iglesia y buenas costumbres, juzgo que se puede dar licencia, que justamente se pide de que se imprima, pues cederá ciertamente en gloria de Dios, de la venerable virgen y utilidad de los fieles. Este es mi sentir: *Salvo meliori.* De este colegio de la Compañía de Jesus de Pamplona 22 de Marzo de 1724.—*Francisco Ignacio Luengo.*

LICENCIA, TASA Y PRIVILEGIO DEL REAL CONSEJO.

Certifico yo Francisco Lorenzo de Villanueva, secretario mas antiguo del Consejo Real y de consultas por S. M. en este su rei-

no de Navarra, que habiéndose presentado en el dicho Real Consejo de parte del Sr. Conde de Javier el libro de la vida de la *Venerable Madre Josefa del Santísimo Sacramento, religiosa que fué del convento de Recoletas de Santa Brigida de la villa de Azcoitia*, compuesto por D. Agustin Ignacio de Aguirre, colegial que fué en el Mayor de San Bartolomé de la ciudad de Salamanca; y habiéndolo examinado y aprobado en cumplimiento de remisiva del Real Consejo el reverendísimo padre Francisco Ignacio Luengo, rector del colegio de la Compañía de Jesus de esta ciudad, concedió el consejo á dicho señor conde, licencia y privilegio para imprimirlo por tiempo de diez años, y tasó cada pliego de él, á seis maravedises, con prohibicion de que otra ninguna persona pueda imprimir ni vender dicho libro sin su licencia, so las penas que están impuestas contra los que usan de privilegio que no les toca. En cuya certificacion firmé en Pamplona á 27 de Marzo de 1724.—*Lorenzo de Villanueva, Secretario.*



PRÓLOGO AL LECTOR.

Luego que murió la Venerable Madre Josefa del Santísimo Sacramento en el convento Recoletas de Santa Brigida de la villa de Azcoitia, la fama de sus virtudes escitó el comun deseo de que se manifestasen en la pública historia de su vida. Las principales acciones de ella hasta el año de 1692, estaban ya escritas por D. Ignacio de Esandi su confesor, en un resúmen que formó para dirigírlé al exámen del Venerable Padre Juan de Berreyarza, que residia entonces en el real colegio de la Compañia de Jesus de Salamanca, y habiéndole visto este jesuita (célebre, no menos por sus virtudes, que por su magisterio en la direccion de las almas) le restituyó al mismo confesor, con la instruccion de que le guardase y continuase en escribir los mas notables sucesos, ordenándole tambien, que si premuriere á la Venerable Josefa, se entregase en el real colejio y santa casa de Loyola esta relacion de su vida. Asi por muerte de Don Ignacio pasó aquel resúmen á manos del reverendísimo padre Andrés de Zupide rector de este real colejio, que le guardó hasta el año de 1709 en que murió.

Poco despues, quando yo empezaba á tratar el espíritu de la venerable Madre, se me entregaron estos papeles con otros en que

la Madre María Teresa de la Cruz, primera fundadora y prelada del nuevo convento de Santa Brigida, tenia escritos con órden del mismo padre Berreyarza varios sucesos que vió y observó en su súbdita. Escribí tambien algunos de los que me comunicó, y observé en los últimos diez años, que la Venerable Josefa me comunicó su conciencia.

Aquellos papeles originales y otros en que las religiosas del mismo convento han escrito algunas particulares acciones y trabajos que observaron dentro de su clausura en la venerable madre, contenian para crédito de la historia aquella certidumbre que ofrecen tan recomendables testimonios.

Por eso muchas personas acreedoras de mi respeto; y sobre todas las religiosas de santa Brigida, solicitaban que dedicase yo mis oficios al cuidado de coordinar estos apuntamientos y disponerlos á la prensa. Hubiera querido huir de aplicar mi mano trémula á una obra en que miraba dibujados muchos primores de la gracia; pero resolví finalmente hacer este obsequio á las vírgenes sagradas, pensando defenderme de la nota de presuncion con estas razones sacadas de san Ambrosio: (1) *Quod si quis nos præsumptionis arguit, arguat potius sedulitatis; quia rogantibus virginibus, ne hoc quidem putavi negandum. Malui enim me in periculum deduci pudoris, quam non obsequi voluntati earum, quarum studijs etiam Deus noster placido se indulget assensu.* Asi la veneracion á las esposas de Jesucristo me condujo á descubrir las fragancias de aquella primera flor que produjo el jardin del nuevo monasterio, ó mostrar la firmeza de la primera piedra de este edificio espiritual.

Ayudó tambien á vencer mi desconfianza el exámen y la aprobacion de muchos sabios jesuitas, que dirigieron á esta humilde religiosa desde su niñez. En ella la gobernaron los R. R. P. P. Juan de Elizondo y Francisco de Recuerda, rectores de este colegio de Azcoitia, y despues de estos el reverendo padre Antonio de Landaida superior tambien del mismo colegio y rector del de Pamplona. En edad mas abanzada la dirigió desde Salamanca el venerable padre Juan de Berreyarza, por cuya muerte entró á gobernarla el Rmo. Padre Andrés de Zupide, rector del real cole-

(1) S. Ambros. Lib. 2. de Virgín. in princ.



gio de Loyola; y últimamente la dirigió el reverendo padre Salvador de Ribadeo Provincial, que fué de esta provincia de Castilla. Tratóla tambien aunque por poco tiempo, el venerable padre Gerónimo Dutari.

Divídese en tres libros esta historia. El primero contendrá la série de sus acciones hasta cerca del año treinta y nueve de su edad, en que recibió el hábito religioso de santa Brigida. En el segundo se escribirán los sucesos de otros treinta años de su vida religiosa. Y en el tercero se recogerán algunas mas señaladas virtudes y gracias con que la enriqueció el cielo.

No pretendo excusar en la narracion el desaliño ni otras impropiedades del estilo. Si se fijáre principalmente la atencion en las perfecciones del objeto que represento, poco importará que se den ver imperfecciones en el pincel.

PROTESTA DEL AUTOR.

Obedeciendo á los decretos de Urbano VIII de los años de 1625 y 1631, protesto y declaro, que en cuanto en este libro se dice de revelaciones, milagros elogios etc. de la V. Madre Josefa del Santísimo Sacramento y de otras personas no canonizadas ni beatificadas por la santa Iglesia, ni intento prevenir el juicio de la silla Apostólica, ni pretendo mas que una fé púramente humana. Y asi cuanto se contiene en esta historia, sujeto rendidamente á la correccion de la santa madre Iglesia.—*D. Agustin Ignacio de Aguirre.*

LIBRO PRIMERO.

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE LA VENERABLE MADRE JOSEFA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, ABADESA DEL CONVENTO DE SANTA CRUZ DE RECOLETAS DE SANTA BRÍGIDA DE LA VILLA DE AZCOITIA.

Contiene los sucesos de su vida hasta que recibió el hábito de Santa Brigida.

INTRODUCCION.

Las grandes virtudes que admiró Salomon en aquella muger fuerte adornada preciosamente con las galas de la fortaleza y de la hermosura, se descubrirán en la vida de la Venerable Madre Josefa del Santísimo Sacramento, que acertó á conducir desde la cuna hasta el sepulcro, los hermosos candores de la inocencia, resistiendo con invicto esfuerzo al furor y á la astucia de su enemigo. Veráse en ella la virtud robusta y gigante desde la edad mas tierna, empeñada en las batallas con el brazo armado y con la mano estendida á las palmas de las victorias. Manifestaráse la constancia de una muger varonil, que conservó encendida y resplandeciente la antorcha de la caridad entre las tinieblas y borrascas,



haciendo que los vientos mismos de las tentaciones que pretendian apagarla, contribuyesen al crecimiento de sus luces. Propondránse los ejemplos de una alma generosa, que tragó con suavidad las amarguras viviendo siempre asida á la divina voluntad, alegre en los sufrimientos y fortalecida en las tormentas. Daráse finalmente á conocer el corazon puro de una virgen siempre inmutable en las resoluciones de sacrificarse á los intereses y á la gloria de Dios solo, temerosa en la cumbre de la contemplacion y humilde entre las soberanas confianzas y comunicaciones de su esposo santo.

CAPITULO I.

De la patria, padres y primera infancia de la Venerable Madre Josefa.

La provincia de Guipúzcoa, porcion de la antigua cantábría, seminario de la nobleza y escuela de la fidelidad, contiene en su distrito y casi en su centro á la villa de Azcoitia, de poblacion numerosa y fecunda de familias ilustres, cuyos hijos han aspirado á la cumbre del honor y á la inmortalidad de su fama entre las contiendas de las armas con los bastones y las espadas, y entre las lides literarias con las mitras y las togas. Pero entre los blasones que forman su honor y su felicidad, sobresale como el más digno de sus veneraciones, el haber dado madre en la ilustre casa de Valda al glorioso patriarca S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus.

Nació en esta villa la Venerable Madre Josefa del Santísimo Sacramento, y renació por el bautismo á las luces de la gracia en su parroquia de Santa Maria la Real, el dia 1.º de Mayo de 1632. Asi dispuso el cielo, que la que nació para favorecida y fiel esposa de Jesucristo, lograse desde luego en el templo de su Madre Santísima con la primera gracia del bautismo una prenda del patrocinio augusto de la madre de la gracia; y dispuso tambien, que en el nombre de su esposo S. José lograse su tutela y proteccion; honrando de esta suerte la familia de Jesucristo á la que habia de vivir y morir en la religion de su esposa Santa

Brigida, conocida en la iglesia con el renombre de la familia del Salvador.

Ni merece contarse entre los acasos que el dia de su butismo fuese dedicado á los sagrados apóstoles San Felipe y Santiago, porque en las virtudes de estos primeros discipulos de Jesucristo recibió la niña una idea de las que habia de practicar despues, correspondiendo fielmente al magisterio de aquel señor que la instruyó con dignacion amorosa y la condujo por las sendas de la perfeccion.

Fué Josefa hija única del matrimonio de Pedro de Larramendi y Maria de Larrañaga, descendientes de dos solares de estos apellidos que distan menos de un cuarto de legua y están casi en medio de las dos nobilísimas casas de Loyola y Valda, que dieron su filiacion á S. Ignacio, cuyo vecino fuego parece haber puesto la divina providencia á la vista de su sierva para que se inflamase en los incendios del sagrado amor, y para que renunciando á su imitacion los propios intereses, buscase siempre con puro amor de esposa en todas sus acciones la mayor gloria de Dios.

Eran sus padres de sangre noble, como hijos de una provincia donde el origen es ejecutoria de hidalguía, pero eran pobres de otros bienes de la fortuna, sin posesion alguna en la tierra. Tenian alquilada en un arrabal de la villa su habitacion estrecha y desacomodada, no sin apariencias de pesebre, porque estas circunstancias asemejasen su nacimiento al de Jesucristo, que quiso nacer de madre noble y pobre entre las incomodidades de un pesebre.

Y si bien la suerte ó la desgracia de nuestros ascendientes no forma nuestra verdadera nobleza, que consiste en el mérito de la virtud, parece cierto que la sangre mas pura y generosa suele inspirar á los nobles secretos movimientos para las empresas arduas de la virtud; y tambien es cierto, que la pobreza como maestra y madre de las virtudes, facilita las victorias en los combates espirituales, desarmando al demonio que tiene menos de donde asir al desnudo de bienes terrenos.

Crióse Josefa á los pechos de Marta su madre, muger sensilla y virtuosa, y luego como otro Samuel pasó desde los pechos ma-



ternos á los pechos espirituales de la devocion y de la piedad. Nada se notó pueril en las acciones de esta niña conociéndose en ella desde su infancia una extraordinaria modestia y compostura; no gustaba de acompañarse con las niñas de su edad; se inclinaba á hablar con la gente anciana, de quien tomáse la buena instruccion y el ejemplo.

Antes de llegar á la edad de discrecion, la previno el Señor con las bendiciones de su dulzura inspirándola los deseos de entregarse toda á su servicio. Acostábanla sus padres en su cama, y aunque hasta entonces no habia llegado á su entendimiento la noticia de los vicios, rogó con muchas lágrimas á su madre, que separase para ella una camita en el rincon del mismo aposento en que dormian sus padres, porque la casa que habitaban, no tenia otro. Condescendió la madre á las instancias y llantos de la niña, que acostándose sola desde entonces, ponía especial cuidado en cubrirse la cabeza y el cuerpo, porque aprendia vivamente los temores de que hallasen descubierta parte alguna de su cuerpo, si aquella noche la asaltase la muerte. Asi daba Josefa en las primeras acciones de la niñez las señales de que su alma habia de ser toda consagrada á la honestidad, siendo muy frecuente, que los espíritus se dejen ver en los niños, como la rosa su boton.

Por este tiempo se empleaba en encomendar á la memoria las oraciones del Padre Nuestro y Ave María, que la enseñaba una hermana de su padre. Despues de estas oraciones aprendió tambien la de la salve, con que saluda la iglesia á María Santísima; y luego que la supo con una grande alegría y ternísima devocion á la Reina Madre de Misericordia repetia muy frecuentemente esta salutacion, que solia llamar la niña, *la oracion hermosa*. Ni se contentaba con traerla casi de continuo en su corazon y en sus labios; persuadia tambien á otras niñas y á las de mayor edad que la dijésen muchas veces y convidándolas á la práctica, la repetia con todas paladeando asi el gusto con la dulzura de los encomios de María. Este era su ordinario ejercicio hácia los seis años de su edad en que se anticiparon al uso de la razon las ternuras de los afectos, madrugando mas que el entendimiento la

voluntad á llamar á las puertas de la gracia. Y como escucha Dios entre sus perfectas alabanzas la imperfeccion de aquellas voces que forman las balbucientes lenguas de los niños, asi pareció que la Reina del cielo, aqui en Josefa tributaba las primicias de sus afectos en la niñez escuchó gratamente estos ruegos, para derramar en su seno copiosos tesoros de su soberana beneficencia.

CAPITULO II.

De su primera comunión y de un favor que la hizo María Santísima.

Quien halló á María Santísima, halló la vida ó halló en su devocion la puerta de la santidad. Esta devocion gravada en el corazon de Josefa desde su infancia, fué un carácter de su felicidad. Y porque las finezas de la madre de Dios en favor de sus devotos son por encenderlos en el amor á su Hijo Santísimo y en la imitacion de sus virtudes, la dirigió desde la niñez á esta imitacion, encendiendo en su espíritu un tierno y reverente amor á Jesucristo.

Despues que encomendó á la memoria la oracion de la salve, no cuidaron sus padres de instruirla en los principales misterios de la Fé Católica, ni ella supo que necesitase de esta instruccion, hasta que á los seis años y medio de su edad, sintió un vehemente deseo de recibir á Jesucristo Sacramentado. Conducida de este impulso, fué al colegio de la Compañía de Jesus, en cuyo templo se arrodilló á los pies de un confesor que vió desocupado en uno de sus confesonarios. Miró al principio el confesor con risa aquella simplicidad de la niña y empezando á examinarla por los principales artículos de la fé, halló que respondia perfectamente á cuanto la preguntó de los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion y de la Eucaristía, no sin admiracion de aquel jesuita y de la misma niña, que solia decir despues, que ignoraba cómo satisfizo á las preguntas porque nadie la habia explicado estos misterios, ni aun oyó jamás los nombres de la Trinidad ni de la Encarnacion.

Quería el señor desde luego alimentarla con el pan de vida en la Eucaristía, y para eso la previno con el *pan de entendimiento*,



y con la agua de aquella saludable sabiduría, (1) que admiró el confesor como estraña de la edad y de la rústica educacion de la niña. Por eso la mandó comulgar en esta edad de seis años y medio, y al recibir á Jesucristo sintió inflamado su corazon en el amor de este señor, y en el agradecimiento al beneficio de la sagrada comunión. Conservó siempre especial respeto y gratitud á aquel padre que la dirigió á gustar la dulzura espiritual en su fuente, porque siempre que le veía ó se acordaba de él, contándole entre sus bienhechores, pedia instantemente á Dios, que premiase á su ministro aquella caridad ejercitada con ella en la licencia ó precepto para su primera comunión.

Obró este celestial alimento en Josefa los efectos que suele en las almas que no ponen algun obstáculo á los designios de Jesucristo en la institucion de este su Sacramento de amor; porque desde entonces se fortaleció en las resoluciones que practicó constantemente hasta la muerte, de vivir solo por Jesucristo y para Jesucristo, mirando su voluntad y su gloria como regla y como fin de todas las acciones, sin algun asimiento al mundo ni á los propios intereses. Por eso pareció haberse estampado entonces en su corazon aquel afecto de la esposa de los cantares, cuando habiendo hallado al objeto de su amor, se resolvió á no soltarle mas, ni desprenderse de la posesion de su amado.

Mientras iban creciendo en la niña los deseos de agradar á Dios en todas sus acciones, quiso Maria Santisima hacerla visible su proteccion en un singular favor que referiré con las mismas voces con que le dejó escrito su confesor. « A pocos dias de su primera comunión, habiéndose recogido una noche á su camilla y estando en ella rumiando sus pensamientos de como habia de servir á Dios sin ofenderle jamás, vió una luz clarísima que bañaba todo el aposento, y unos resplandores incomparablemente mayores que los del Sol y en medio de ellos estaba una señora de estraña hermosura y magestad que ponía su vista apacibilísima en esta niña. Duró esta vision largo espacio de tiempo y sus padres que estaban en el mismo aposento, no la reparaban; la niña pasmada de lo que veía, no supo qué hacerse

(1) Eecl. 48 v. 5.

» embargada de un ardiente amor á la Virgen Santísima, cuya » juzgó que era aquella misericordia y aparicion, y en la edad de » seis años y medio, tuvo la advertencia de no manifestar esta » vision á sus padres ni á otra persona alguna.»

Asi parece que la Reina de misericordia atendió á los tiernos clamores con que la niña repetía en la oracion de la salve aquella peticion: *Ea pues señora, abogada nuestra, buelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.* Y asi hallan el patrocinio de Maria las almas que desde la niñez consagran á su obsequio las primicias del corazon y de la lengua. Y aunque en la simplicidad pueril tuvo disculpa el patriarca José, cuando reveló á su padre y hermanos los sueños divinos de su puericia, no necesitó de esta disculpa Josefa, que calló en humilde silencio aquel favor, hasta que algunos años despues le descubrió á su confesor. Asi parece, que Maria Santísima entre aquel golfo de resplandores con que iluminó el espiritu de su sierva, la ilustró con la doctrina del silencio y del secreto necesario, á imitacion de la misma madre de Dios que ocultó á su esposo S. José la aparicion de San Gabriel.

Para responder á los atractivos de la gracias que recibia de Jesus y de Maria, proseguia Josefa con la mayor vigilancia en sus ordinarias devociones, en cuyo egercicio iba creciendo por dias su fervor. Cuidaba mucho de llegar á la sagrada comunión con frecuencia; y previniéndose con la hambre de recibir este Sacramento, hallaba el deleite espiritual al recibirle, y correspondia despues con los afectos de cordial agradecimiento á este inefable beneficio.

Y como las liebres no comiendo sino nieve en los Alpes en medio del invierno, quedan blancas, asi á fuerza de adorar y comer la hermosura y la pureza misma en este Divino Sacramento, se purificaban los afectos de Josefa que descubrió su amor á la angelica virtud de la castidad antes de los siete años; cuando mirando la devota imágen de Maria que se venera en uno de los altares de la Iglesia de la compañía, se acercó á adorarla con un impetu de devocion, y la dijo despues de otros piadosos afectos: *Virgen Santísima, yo he de ser siempre doncella como vos.* Despues que pronunció estas palabras, se acusaba con rubor asi misma, temien-



do que hubiese sido injuriosa á María Santísima aquella comparacion, como si en ella hubiese intentado la niña la igualdad con la Virgen de las Virgenes, sino la semejanza ó la imitacion. En el camino de la perfeccion (dijo san Ambrosio(1)) lleva la castidad la guia á las demás virtudes, ella es la que se da mas prisa en arrojarse á los brazos de su esposo, y ella es la que el mismo esposo desea como fundamento y presidio de la virtud, como la flor de las costumbres y como zanja de la santidad.

CAPÍTULO III.

Da principio á la oracion mental y penitencias corporales.

Como las abejas volando lejos de su colmena escogen variedad hermosa de flores para formar las dulzuras de la miel, asi dice Santo Tomás de Villanueva, (2) las almas puras á quienes la castidad clarifica el entendimiento y purifica las afecciones, vuelan á la region amena del paraiso atraidas del espiritu divino, y de las flores de las celestiales meditaciones forman el dulcísimo panal de la devocion.

Un dia del glorioso patriarca San José, antes de cumplir Josefa siete años, vió que algunas mugeres devotas iban á oír misa á una ermita dedicada á este santo y distante media legua de la poblacion. Siguiólas en esta devocion, y acercándose en el camino á una anciana que iba separada de las otras, la preguntó así: *Señora, como se hace la oracion mental?* La anciana, ó porque escuchó la pregunta como pueril ó porque no sabia mas, la respondió: «Hija, la oracion mental, no es otra cosa sino ponerse de rodillas » de noche en postura de besar la tierra, rezar el Pater noster y » repetirlo muchas veces.» Observó la niña la respuesta, y la misma noche de San José empezó á tener la oracion mental, para cuyo uso no halló competente instruccion en la anciana, de quien quiso aprender; pero como *Dios oye el deseo de los pobres y la preparacion de su corazon*, (3) suplió la falta del maestro que la niña

(1) D. amb. in exhor. ad Virg.

(2) D. Thom á Villanov Coc, 2

(3) Psal. c. v. 47.

de Div. Doroth.

deseaba. Y el mismo San José, en cuyo dia deseó Josefa ser instruida en la oracion, sería su maestro, con cuyo favor empezó á tenerla, y pareció haber logrado lo que con luz del cielo dejó escrito Santa Teresa, que: (1) *Quien no halláre maestro que le enseñe oracion, tome á San José por maestro, y no errará en el camino.*

Empezaba Josefa la oracion en aquella postura de besar la tierra y se detenia en ella dos y tres horas cada noche rumiando las palabras de aquella divina oracion del Padre nuestro; pero no las repetia muchas veces, ni aun acababa de decir la una vez, porque el espiritu divino la inflamaba con muchos afectos en cada una de sus peticiones sacando de la oracion un amor encendido á Jesucristo, la admiracion de su bondad y los deseos de corresponderle con todas sus fuerzas.

Y porque la oracion fructuosa ha de hermanarse con la mortificacion, y cuando el amor de Dios deja en ella llagado el espiritu, desea que tambien el cuerpo quede herido y llagado á su imitacion: poco despues que empezó este egercicio mental, pasó Josefa á las maceraciones de su carne; porque como allá en Daniel, mereciese mejor la aceptacion divina, la oracion acompañada con la afliccion corporal. Iba su edad de siete á ocho años, cuando resolvió vengarse de su cuerpo con estraña crueldad, como si hasta allí hubiesen servido sus miembros al desórden y á la iniquidad.

Lo primero que resolvió fué rasar el sueño de suerte que no escudiese de dos horas y media cada noche para emplear las otras en sus egercicios de oracion y mortificacion. Y porque aun el sueño de dos horas y media tuviese muchas y penosas interrupciones, ponía sobre su pecho una piedra crecida, cuyo peso la despertase á menudo. Elegía para cama el suelo, y las veces que su sencilla madre advertía esto y la reprendía, se retiraba á su camilla, pero no aliviava en ella, sino aumentaba la penalidad, porque tenia puestos debajo de la sábana, cascos de vidrio y de tejas y nudos de sarmientos, y á sus espaldas ponía una cruz con agudas puntas, conque no pudiendo sostenerse su cuerpo sin lastimarse mucho, formaba del lecho para el descanso preciso, un cadalso para el martirio voluntario.

(1) S. Ther. cap. 6. Vitafux.



Después que en aquel lecho del dolor ofrecia al sueño las dos horas y media, se levantaba para disciplinarse hasta derramar mucha sangre. Cuando se aplicó la niña á este ejercicio, no teniendo instrumento para él, ni queriendo manifestar los deseos de macerar su cuerpo, empezó á disciplinarse sencillamente con unos espartos viejos, y conociendo luego por la experiencia que no lograba con ellos el dolor que deseaba, se acordó que su padre solia hacer unas boletas de cera sembradas de agudas puntas de vidrio para los disciplinantes de la semana santa, y recogiendo muchos pedacitos de vidrio, los ató á los cabos de aquellos espartos, y así heria su tierno cuerpo hasta derramar mucha sangre. Para cuando se descomponia su disciplina, llevaba de reserva una de las boletas de cera sembrada de cascotes de vidrio de las que su padre tenia hechas para los disciplinantes, y con ella lograba mejor su deseo de apagar con mucha sangre vertida la sed de padecer.

Juntaba á las disciplinas de sangre los silicios de cadenillas con puntas que traia en la cabeza, en los brazos, en los muslos y en la cintura, y no los quitaba hasta encancerarse las llagas, y cuando los quitaba, volvía á ponerlos en el mismo sitio de las llagas donde mordiesen poco á poco la carne mas viva.

Yo la oí algunas veces, que el mayor de los tormentos que padecia en estos silicios, era cuando algunas parientas ó amigas, para muestra de cariño la abrazaban estrechamente; porque entonces, penetrando mucho en la carne llagada las puntas del silicio que traia en la cintura, hacian vehemente el dolor.

A estas penitencias añadió otras, con que mortificaba el gusto. Habiendo oido en un sermón, que dieron á beber hiel y vinagre á Jesucristo en la Cruz, deseando imitarle, bebia vinagre con alguna mezcla de agua y tomaba muchas veces hiel mezclada con aquel polvo que cria el humo en las chimeneas. Hizo prevencion de unos polvos amarguísimos que compró en la botica para hacerlos con disimulo á la comida que la daban sus padres, y alguna vez que lo advirtió su madre y la reprendió, la respondió que aquellos polvos eran saludables y la hacian gran provecho.

Tuvo tambien en este tiempo grandes deseos de ir al desierto donde la parecia que sin embarazo de las criaturas lograría ente-

ramente el día, para ocuparle á su satisfaccion en aquellos ejercicios de oracion y penitencia que tanto apetecia. Y aunque conocia que no se lo permitirian por entonces sus padres, sin cuyo beneplácito eran impracticables sus pensamientos, esperaba que llegase presto el tiempo en que Dios abriese el camino de lograr su deseo. Y previendo que en el desierto á donde aspiraban sus ansias, no tendria mas alimento que las yerbas, la pareció conveniente el ensayarse á comerlas, para empezar desde luego el noviciado de aquella vida del yermo. Escogia para esto las mas amargas, y lo pasó con solas ellas, todo el tiempo que sus padres no lo advirtieron, sin echar de menos otro alimento porque la nutrian bastantemente. Y para que sus padres no lo conociesen, y cuando cenaba con ellos no la obligasen á tomar otro alimento, cerraba los ojos y daba cabezadas, con que daba ocasion para que sus padres persuadidos á que la rendia el sueño, la mandasen ir á dormir sin obligarla á cenar. La que así exprimía de las amarguras el sabor y el alimento, affligió tambien la boca con el uso de muchas piedrecillas menudas que echaba en ella, y la motivaron después grandes dolores en ella con fluxiones de rehumas.

Siendo de ocho años oyó que algun mártir fué quemado por la fé, y encendida en el deseo de ser tambien mártir muriendo quemada por Dios, se ensayó sencillamente al tormento del fuego, aplicando á su muslo un tizon ardiente, con que se hizo grande llaga, de que conservó después muy ancha cicatriz, sobre la cual solia hechar carbones encendidos.

Oyó en un sermón de San Francisco Xavier, que este santo apóstol en su viaje á Roma se ató los muslos con cordeles fuertes y anudados, y luego quiso imitarle la niña experimentando en la práctica de muchos días, que esta mortificacion era de las mas penosas á la naturaleza, especialmente cuando subia ó bajaba las escaleras.

La ardiente fé de macerar su carne no se satisfacía con estas austeridades, se ponía á pensar los modos de añadir nuevas especies de tormentos, y no hallando todos los que deseaba solia llorar amargamente, temiendo que se le acababan los modos de padecer. Algunas veces acordándose de que su frente no padecia,



se daba con ella muchos golpes contra las esquinas de las paredes. Hallaba gusto en padecer, y la afligia este mismo gusto que hallaba en los tormentos, temiendo que lo que padecía fuese por tomar ese gusto y no por dar gusto á Dios por quien realmente padecía, siendo el divino amor el que daba aquel sabor á las penas. Asi alligó desde los siete hasta cerca de los diez años su inocente cuerpo con un exceso de rigores que parecia haber tocado en indiscrecion si las almas fervorosas conociesen este exceso, ó si la discrecion se hechase de menos en una edad que no sabe discernir su propia indiscrecion.

CAPITULO IV.

Vence al demonio que pretende embarazarla su oracion y penitencias. Busca la direccion de un confesor y hace voto de castidad.

Como á la perfeccion de una estatua contribuyen mucho los primeros golpes y señales que recibe con el cincel, conducen tambien á la perfeccion de las almas las primeras impresiones que reciben en la niñez. Por eso el comun enemigo endereza principalmente sus baterias á arruinar los cimientos de la vida espiritual, presintiendo en las virtudes de la niñez los presagios de su futura perfeccion.

Porque en la estrecha casa de Josefa no podian ocultarse al oido de sus padres los golpes con que maltrataba el cuerpo, halló lá industria de subir al tejado, donde á su salvo ejecutaba el sacrificio de las sangrientas disciplinas, y despues bajaba en silencio, á orar al corredor de la misma casita donde tenia formado con estampas de Maria Santisima y de otros Santos, lo que llamaba *Oratorio*, y era para su tierna devocion sumamente precioso. Asi sedienta de la perfeccion, iba como la esposa santa al monte de la Mirra y bajaba de allí al collado del Incienso (1) subia al tejado como á monte de mortificacion y bajaba de él al corredor como á collado de la oracion.

Casi siempre al empezar estos ejercicios, oia aullidos espanto-

(1) Caut. 4. v. 6 Vadam ad montem Mirrb etc ad e Ilé Thuris.

sos en el rio que bañaba las paredes de su habitacion, y cuando alumbraba la luna se presentaban á su vista muchos animales de disforme estatura que con terribles bramidos paseaban ó nadaban en el rio; salian de él á un prado ó isleta vecina y volvian desde allí al rio con ademanes de formidable fiereza. Muy luego conoció la niña con la luz del cielo, que estas eran astucias del demonio, que intentaba retraerla de sus ejercicios de oracion y penitencia; y confiando en la proteccion de la Virgen Santisima, cuya estampa tenia en el corredor, proseguia constantemente sus tareas despreciando baronilmente aquellos espantajos, aunque tan cercanos al sitio de su oracion. Asi con la gracia del Señor sacó de estas astucias diabólicas el fruto de dar mas tiempo á la oracion, cuyas celestiales conductas pretendia cegarla el demonio; porque persuadida á que serian gratos á Dios sus ejercicios por lo mismo que intentaba embarazarlos su enemigo, alargó á mas de cuatro horas cada noche la oracion, en que vertia copiosas y suavísimas lágrimas como sangre de un corazon herido con las saetas del divino amor.

Mientras resistiendo constantemente á las furias del infierno, labraba la tierra de su corazon con el arado de la mortificacion, recibia en la oracion el riego de celestiales inspiraciones, con que se hiciese mas fecundo de virtudes al modo que la tierra bien labrada con el arado recibe mejor en su seno las lluvias, con que asegura la abundancia de sus frutos. Representábala el Señor por este tiempo vivamente la hermosura de la castidad, aquella azucena de las virtudes, cándida y fragante flor del jardin de la iglesia en que se apacienta Jesucristo, hallando en ella el centro de sus delicias; y aunque se acordaba Josefa, de que antes de los siete años ofreció su virginal pureza á la Reina de las Vírgenes, tuvo ahora muchos interiores impulsos, para realzar aquel propósito conformándole con voto de perpétua castidad, para que así se estableciese y se perfeccionase su espiritual desposacion con Jesucristo con promesa, que la obligase á perpétua fidelidad con el divino esposo.

Estaba ya cerca de cumplir los diez años, cuando con las ansias de hacer este voto absoluto, buscó á un confesor jesuita, y le



esplicó sus intenciones. La prudencia de aquel confesor no podría sin exámen resolverse á mirar desde luego como inspirado de Dios aquel impulso en edad tan tierna en que regularmente no se entiende bien la carga que impone un voto perpétuo tan difícil y tan combatido, y por eso queria sondear el fondo del espíritu de la niña, practicando lo que enseñó S. Ambrosio, (1) que no se ha de desechar la edad juvenil en estas promesas, sino examinar el ánimo y el propósito. Con este motivo descubrió Josefa al confesor, el favor que antes de los siete años la hizo Maria Santisima, la sencillez con que poco despues ofreció imitarla en la pureza virginal; dióle cuenta de su oracion, de sus mortificaciones corporales y de los deseos y esperanzas con que vivia de buscar en el desierto la abstraccion de las criaturas, para vacar á solo Dios, y cuando por tantas señales descubrió el confesor la conducta del buen espíritu que la inspiraba aquel voto, la permitió y aconsejó que le hiciese sin dilatar su ejecucion, entre estos coloquios con el confesor, la dió á conocer el Señor la conveniència ó la necesidad de llevar en el camino espiritual una guia, con cuya conducta podria mas santamente dedicar su corazon y su cuerpo á la divina complacencia, porque nunca se halla tan seguramente la voluntad de Dios, como por la señal de un humilde rendimiento y sugesion á la conducta de sus ministros. Desde este tiempo se rindió enteramente Josefa á la voz y al arbitrio de sus confesores, en quienes puso una suma confianza mezclada con sagrada reverencia, de suerte que ni la reverencia disminuia la confianza, ni la confianza disminuia el reverente respeto con que los escuchaba y obedecia.

Aquel jesuita con cuyo consejo hizo el voto de perpétua castidad, la disuadió al mismo tiempo y desvaneció de su pensamiento las intenciones de ir al desierto como impropias y peligrosas en su edad y su sexo; prescribióla alguna moderacion en aquel rigor de las mortificaciones corporales, haciéndola entender, quanto mejor sacrificio se hace á Dios en la obediencia que en las maceraciones de la carne, y que no ha de derramarse indiscretamente la mirra de la mortificacion, sino destilarse con prudencia como

(1) D. Ambr. lib. 3. de Virgin.

lo hacia la esposa de los cánticos. Permittiéndola el uso de las disciplinas y cilicios, y la embarazó otras extraordinarias austeridades. Señalóla siete pasos de la Pasion de Jesucristo que meditase repartidos en los dias de la semana, lo que practicó desde aquel dia, y en él empezó Josefa un bosquejo de la vida religiosa á que la destinaba su dueño, porque la que convertia por su gustosa aceptacion en voluntaria la pobreza de su nacimiento, añadió ahora el voto de castidad y la firme resolucion de dedicar la voluntad y el juicio propio á las aras de la obediencia.

CAPÍTULO V.

De los efectos de su meditacion en la Pasion de Jesucristo y de algunos avisos en que aprendió el mayor recato de los peligros del mundo.

La iluminada doctora de la vida espiritual Santa Teresa de Jesus, refiere en el libro de su vida lo que debió á la direccion de aquel jesuita primero á quien en Avila comunicó su espíritu y su oracion. *Dijome* (escribe la Santa (1) *que tuviese cada dia oracion en un paso de la Pasion y que me aprovechase de él.... dejóme consolada y esforzada.... quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y asi lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente y casi siempre han sido de estos benditos padres de la Compañia de Jesus.*

A Josefa que (imitó á Santa Teresa en gobernarse casi siempre por confesores jesuitas y logró la gracia de obedecerles) dejó tambien esforzada y consolada aquel padre que la señaló un paso de la pasion para meditarle cada dia. Y á la verdad, no se puede escoger para meditar otra materia, ni mas útil á los espíritus nobles ni mas grata á Jesucristo. Ella es utilísima á las almas que encuentran en la pasion como un erario opulento, todos los tesoros de las virtudes, y es gratisima á Jesucristo que se crea con la memoria de los triunfos de su paciencia en aquella sangrienta batalla

(1) S. Teresa. Vita, cap. 25.



contra nuestros enemigos como suele lisongear al vencedor la memoria de sus victorias.

Empleaba en esta meditacion despues de dar al sueño las dos horas y media, el resto de la noche, y observando alli las penas del Salvador, se encendia en los deseos de imitarle, padeciendo mucho por su amor. Rogaba al Señor continuamente, que no pasase ó no perdiese dia alguno de su vida sin tener que padecer y casi siempre se lograba su peticion, pero si algun dia no se ofrecia materia al sufrimiento lloraba amargamente temiendo que el dia siguiente ofenderia á Dios y por eso alargaba el tiempo de su oracion entre estas penas interiores en que descubria cuanto mas crecia la afliccion de su espiritu cuando dejaba de padecer. Pero entre estos temores de ofender á Dios nada habia servil, porque como refiere su confesor. «En el aborrecimiento que Josefa tenia » desde niña á la culpa jamás tuvo parte ni la consideracion del » infierno, ni purgatorio ni otros males temporales, sino sola y puramente la de la infinita bondad de Dios, cuyo gusto y complacencia embargaba todo el cuidado de su alma.»

Eran tambien fruto de esta meditacion los crecimientos de su amor á Jesucristo, porque con solo oír hablar algo de su pasion, se renovaba la herida que sentia en el corazon, y sin poder reprimir las lágrimas, procuraba esconderse para desahogar con disimulo en llanto apacible la fuerza de aquella pena sabrosa y saludable.

Conocianse tambien los efectos de este amor á Jesucristo cuando enviándola sus padres á la poblacion por viandas para su alimento, al pasar Josefa cerca de los templos de la parroquia ó de la compañía, entraba impelida de la fuerza de sus afectos, en aquellas iglesias á visitarle en el Sacramento, y se detenia en ellas tan de espacio, que daba ocasion á que su padre la castigase duramente; pero no la retiró el castigo de continuar su devocion, porque cuando esperaba que no se indignaria su padre, entraba á recrearse en la presencia del Señor Sacramentado, logrando en aquella fuente del sol el refrigerio de su ardiente sed.

Por este tiempo, antes de los once años de su edad, conoció en dos ocasiones, quanto ceta el divino esposo el recato y la hon-

idad de las almas consagradas á sus obsequios. Condescendiendo á las instancias de una vecina suya, fué Josefa adornando la cabeza con una delgada toca y hechando fuera las trenzas de su cabello (como solian las niñas de su edad,) á ver en la plaza las danzas establecidas en antigua costumbre del pais. Entró en ellas su vecina, pero al mismo tiempo que aquella entró en la danza, entró en el corazon de Josefa tan sensiblemente el rubor y el remordimiento, que escondiendo luego sus trenzas volvió conducida del temor y de una honesta vergüenza á su casa, donde pidió al Señor la perdonase la culpa que temia haber cometido en ir á ver los bailes.

Mas costoso salió á Josefa el escarmiento en otra ocasion, en que mugeres ancianas la llevaron á una ventana que tenian prevenida en la plaza para ver la corrida de toros. Estaba en ella con las ancianas, y al tiempo que ya se corrian, oía la niña celebrar la viveza del toro, ó la destreza de los toreros; pero ella nada veía porque quiso Dios privarla entonces de la vista. Parecióla al principio, que esta seria debilidad de su cabeza hasta que repitiéndole en varias suertes la misma esperiencia, no pudo dejar de ver que estaba ciega, y ocultando este accidente á las ancianas, se retiró á un cuarto de la casa, donde sintió luego intensos dolores de todo el cuerpo, que la duraron todo el tiempo que duró la fiesta; y ofreciéndolos Josefa en satisfaccion de la culpa, que temia haber cometido en aquella condescendencia, propuso luego (lo que ejecutó despues siempre) el abstenerse del concurso, y de la vista de bailes y fiestas.

En este escarmiento aprendió despues la costumbre de estar orando en el Templo todo el tiempo, que el pueblo empleaba en fiestas semejantes, y lograba en su oracion mas dulce embeleso, que en los espectáculos de los teatros. Pero porque las doncellas de la esfera de Josefa, solian entonces ir á las iglesias, con las cabezas y rostros descubiertos por costumbre mal establecida en el pueblo, costaba á Josefa algun empacho el ser conocida cuando entraba ó salia de las iglesias con tanta frecuencia. Y un dia en su oracion decia á Dios: *¡ha Señor ¡si yo viese quitada esta costumbre de venir al Templo con la cabeza descubierta, vendria sin este ru-*



bor á adoraros en ese Sacramento!. El domingo inmediato se leyó en un edicto del Obispo de Pamplona, la prohibicion de que mujer alguna entrase en las iglesias sin cubrir la cabeza con manto ó mantilla. Desde este tiempo frecuentaba el Templo sin rubor, y porque sus padres no conociesen que se enderezaba á él, al salir de casa, escondía la mantilla hasta desviarse de su vista, y entonces cubriendo su cabeza y rostro, entraba al Templo donde perseveraba orando toda la tarde.

Daba en este tiempo mucha parte en su oracion y penitencias, al alivio de las afligidas almas del purgatorio, y una tarde despues que oró por ellas, llenó de agua bendita una jarrita que llevó de su casa al templo, y entrando en el osario de los difuntos roció con ella aquellos áridos huesos. Detúvose de espacio en este ejercicio piadoso, y al salir del osario, se pegó una calabera muy entera á su basquiña de que no pudo desprenderla aunque lo intentaba, y por eso la llevó á su cama, donde solia ponerla por cabecera y la conservó todo el tiempo que vivió en el siglo. La presencia de esta calabera renobaba su compasion de las almas del purgatorio y la avivaba para el mayor fervor de sus acciones, siendo ella un predicador mudo, pero elocuente en su silencio que enseña sin lengua, avisa sin voces y mueve sin palabras, cuyo sueño despierta, cuya fealdad contemplada añade hermosura á las almas, pasando á ser instrumento de las virtudes la memoria de aquella muerte, que entró en el mundo como pena del vicio y estipendio del pecado.

CAPITULO VI.

Ejercitase en la labor de manos y la libra el Señor de algunos peligros de perder la castidad.

Entre las alabanzas que dió á la mujer fuerte Salomon en sus proverbios dice, (1) que hechó mano de la rueca y del uso, porque viendo su pobreza se dedicó á la labor de manos, con que atendiese á la necesidad de su alimento. Estaba ya cerca de cumplir los

(1) Prov. 31 v. 15.

once años de su edad Josefa cuando sus pobres padres la enviaron á aprender costura, y siendo ella de genio hábil y despierto, ya para los doce, supo muy bien todas las especies en esta labor á que se aplicaba con cuidado atendiendo á la necesidad propia y de los padres.

Por la destreza con que trabajaba y por su natural modestia, era deseada en muchas caserías esparcidas fuera de la poblacion, á donde la llamaban á coser, dándola alimento y salario, que procuraba ganar bien, trabajando todo el dia sin intermision. Asi ejecutaba entonces con su labor, lo que San Pablo, que escribiendo á los de Thesalónica, les dice, que no comió pan ageno sin merecerle con su trabajo, y le imitaba tambien en alimentar con él á sus padres, como el apóstol, cuyas manos le suministraron lo suficiente para su alimento y el de los que le acompañaban en sus apostólicas tareas.

Pero entre los cuidados de su labor vivia Josefa muy atenta á procurar la presencia divina, buscando siempre á su amado y casi insensiblemente pensaba en él á todas horas, queriendo formar en cada respiracion una idea deliciosa de Dios, que llenase su alma de suavidad y resplandor. Si alguna vez se desmandaba el pensamiento, aunque fuese sin noticia de la voluntad, solia afligir sus brazos ó sus manos con unas tenacillas, provocándose con esta pena á una constante vigilancia en el ejercicio de la continua presencia de Dios.

Dando el dia á la labor de manos, reservaba la noche toda despues de su breve sueño á las deliciosas tareas del espíritu; pernoctaba en la oracion siguiendo el ejemplo de Jesucristo y á su imitacion buscaba para ella la soledad del campo á quien San Juan Crisóstomo llamó madre de la tranquilidad y puerto de la quietud, donde cesando el estrépito escucha el alma retirada y silenciaría, las suavísimas voces de la divina sabiduría. Salía Josefa de noche á los manzanales ó heredades de aquellas caserías, y allí despues de afligir su cuerpo con las ordinarias disciplinas, contemplaba de espacio la acerbidad de las penas de Jesucristo encendiéndose su corazon en el amor y en el deseo de copiar en sí misma una imágen de aquel varon de dolores. Y aunque el con-



fesor la habia prohibido el uso de otras mortificaciones fuera de las disciplinas y cilicios (ó porque olvidaba esta direccion ó porque entre los impetus de amor no se acierta con la moderacion en las penitencias) solia algunas veces meterse con los pies descalzos entre ortigas que se los abrasaban, y una vez del todo desnuda se rebolcó en una criguera, hasta que quemada toda la superficie de su cuerpo, penetró tan adentro el dolor, que la escitó una recia calentura de que quedó postrada por muchos dias. Asi logró su deseo de padecer de una vez un tormento grande y general en todo el cuerpo, por asemejarse en algo á Jesucristo que desnudo en la cruz padeció de pies á cabeza inefable martirio en cada uno de sus miembros sacrosantos.

En los dias festivos que no podia dedicar á la labor, se empleaba en el ocio actiuo y santo de la contemplacion en que hallaba sus delicias el espiritu. Por eso algun dia, en que por órden de su madre iba muy de mañana á una caseria á la labor, entró de paso y en ánimo de hacer breve oracion en la iglesia de la compania, donde aquel dia habia de estar descubierto el Sacramento, pero no acertó á desprenderse de un rincon de aquella iglesia, hasta la noche, dando entero el dia al alimento del alma en la oracion, sin acordarse del alimento del cuerpo.

Por este tiempo ántes de los doce años de su edad la fortaleció el Señor, y la libró de un peligro en que puso á su pureza la temeridad de un hombre instigado del demonio. Era Josefa adornada de natural hermosura, á que añadia mas atractivo y gracia su modestia, y juzgando que en la pobreza y en la edad tierna está mal defendida la hermosura, y espuesta fácilmente al hurto la preciosa joya de la castidad, entró secretamente en su aposento aquel infame ladron de la honestidad, cerró la puerta y quiso violentarla, pero la niña con una santa indignacion y fortaleza, levantó la mano y le dió tan recias bofetadas, que le derribó en tierra donde le ultrajó á puntillones, y pensando ya el agresor solo en su defensa, estimó como fortuna el abrir la puerta que habia cerrado para facilitar su precipitada fuga herido no menos del susto y del asombro, que de las bofetadas y puntillones con que salió estropeado. Asi pareció esta niña imágen de aquella muger fuer-

te de los proverbios (1) que ceñida con la zona de la castidad, fortificó su brazo y descargó sobre aquel violento enemigo en cada golpe un rayo que le llenase de sustos y le alumbrase al escarmiento.

Dejó tambien castigada la desenvoltura de otro jóven de aquellos agrestes, que no alienden en la pureza las calidades del cristal que se empaña y se quiebra fácilmente ó las de una flor delicada que tocada groseramente se aja ó se marchita. Mientras Josefa en compania de las vecinas estaba á la puerta de su casita en la labor, pasó por hallá aquel mozo que hizo el ademán de aplicar su rostro al de la niña, pero moviendo ella prontamente su brazo, le descargó en la mejilla un golpe tan recio, que le hizo conocer en la vehemencia del dolor, haber sido aquel impulso superior á las fuerzas de una niña, en cuyo brazo pareció admirable aquella fortaleza, al modo que en Judit se celebró como maravillosa la fortaleza con que la confortó Dios el brazo, para triunfar de Holofernes por su amor á la pureza. (2)

Vióse tambien la maravillosa fuerza del brazo de la niña en otro lance en obsequio de la Caridad. A las puertas de la casa de Josefa se armó una pendencia en que, desembainadas ya las espadas, amagaba á teñirle barbaramente en la sangre de un hombre. Voló la niña como exhalacion con alma al peligro, y pasando entre el furor de las espadas asió de aquel hombre destinado ya á infeliz victima de la crueldad. Y como se refiere que el Rinoceronte cuando está mas bravo y furioso se amansa á la vista de una virgen, pareció haber calmado aquella furiosa tempestad á la presencia de Josefa, que sosteniendo en sus brazos á aquel hombre, le introdujo en la casa de sus padres para salvarle en ella como en un puerto feliz del inminente naufragio de su vida. Pero asi mientras ocupaba Josefa sus dedos en la labor, aplicaba tambien sus manos á las empresas fuertes y generosas, imitando las calidades de la muger fuerte de los proverbios de Salomon, de quien se dice: *Manum suam misit ad fortia, etc. digiti eius apprehenderunt fusum.*

(1) Prov. 51 v. 17.

(2) Judith. 43, v. 44. Quia fecisti viriliter, etc. confortatun est cor tuum eo quod castitatem amaveris.



CAPÍTULO VII.

Pasa á vivir en la casa de Egurbide y vence las tentaciones con que el demonio intenta retraerla de sus ejercicios espirituales.

Cuando Josefa para socorrer la pobreza de sus padres buscaba en diferentes caserías el salario de su labor, movió Dios la piedad de una familia noble y acomodada á ofrecerla en su casa por muchos días alimento y salario, aunque sin cuidado alguno de ganarle con la labor, quisiese emplear todo el día en sus espirituales ejercicios, para cuya práctica la ofrecían un aposento retirado. Eran estos bienhechores, Martín de Villareal y María Cruz de Salaverria su muger, que vivían en su Solar noble de Egurbide, que dista de la población medio cuarto de legua, y solicitaban por favor la condescendencia de Josefa, que agradeciéndoles mucho un partido tan conforme á su inclinación, y mirando como inspirada del cielo la limosna que la ofrecían, la logró por algunos meses, en que no solo la permitían, sino la rogaban también que todos los días fuese á la iglesia á oír misa y recibiese los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía con la frecuencia que la prescribía su confesor. Así lo ejecutaba saliendo antes de amanecer á la iglesia, donde en la misa de alva cumpliese su devoción para desocuparse á tiempo y atender á la labor pareciéndola una especie de ingratitud á sus bienhechores, el disfrutar aquel favor sin alguna diligencia en merecerle.

Pero mientras Josefa velaba así en el fervor de sus acostumbrados ejercicios, no dormía el demonio en los intentos de impedirlos. En un día de comunión, sospechando haber dado ya al sueño su tiempo ordinario, vió al despertar que entraba alguna luz por la ventana, y creyendo que sería la luz de la aurora, salió sin más exámen de casa para la iglesia. Cuando empezó á caminar, vió á la luz de la Luna un ato de formidables toros mal gobernados de muchos toreros ó fantasmas de disforme estatura con balonas caídas hasta los pechos. A primera vista se conturbó Josefa, pero volviendo luego sobre sí misma fortalecida con la divina gracia, fué prosiguiendo su camino advirtiéndole siempre que aquellos toros y toreros caminaban delante de ella muy cerca y al compas

de sus pasos con ademanes terribles de ferocidad, y dando bramidos espantosos. Entre el horror de estos infernales monstruos, caminó medio cuarto de legua, hasta la misma población, en cuya cercanía desaparecieron todos bramando irritados ó corridos de haber burlado una niña sus designios. Acercóse luego Josefa al colegio de la Compañía donde tenía su confesor y parando en la puerta de aquel templo, oyó sonar las dos horas de la mañana, con que se puso serenamente en oración y perseveró en ella hasta que habiéndose al amanecer las puertas del colegio, confesó y comulgó para volver muy á tiempo á la casa de sus bienhechores.

Vencido en este visible combate el enemigo, aparejó para otra batalla invisible el arco y disparó sus saetas venenosas á la imaginación de Josefa, ocultando con infernal astucia la mano. Representábala prolijamente los peligros á que estaba espuesta en aquel tenor de su vida, y que sería temeridad proseguir navegando un rumbo donde amenazaba el naufragio á cada movimiento. «El camino que has emprendido, (la decía) está de presente sembrado de tantas espinas como ya espermentas, y aun más espuesto en lo futuro á los engaños ó ilusiones con que seas fá-bula del vulgo ó juguete del viento. El rumbo que finges necesita cada día y cada hora de un diestro piloto, que conduzca tu nave fluctuante entre tantos escollos enemigos. Has menester un director docto y experimentado de quien recibas continua instrucción, para no errar el camino; y claro está que tu pobreza te embaraza el recurso al confesor con la frecuencia necesaria habiendo de emplear mucho tiempo en trabajar para vivir, y para que vivan tus padres cuyo socorro, es un tributo que debes á Dios y á la naturaleza. Y quién te ha dicho que aunque hallases un confesor que sepa dirigirte con acierto, querrá estar atareado á escuchar tus recursos molestos, y que no es prudente el temor de que lo retire ó lo canse tu pobreza?. Y aunque hallases todas las esperiencias, sabiduría y claridad que necesitas en un director, te queda otro escollo invencible; porque no sabes si tu mala correspondencia á las divinas misericordias, obligará á su justicia, á retirarte los ausilios de aquella especial gracia que es necesaria, para no errar en unas sendas llenas de tinieblas y precipicios.



» Y como quiera que sea, no podrás llegar por ese rumbo á un estado tal, en que al morir logres la seguridad de haber acertado el camino y hallado la gracia. Pues no es necedad introducirte por tu eleccion y capricho entre tantos sústos y peligros, teniendo á la vista un camino llano y trillado por donde tantas buenas almas van peregrinando hácia el cielo? Tú conoces mucho número de mugeres casadas que viven con temor de Dios en una puntual observancia de sus mandamientos, hacen con su ejemplo virtuosos á sus maridos, educan cristianamente los hijos, cuyo depósito las encomendó el cielo, y asi logran gloriosamente sus fines para que fué instituido el sacramento del matrimonio. Pues por qué no podrás seguir tú este camino real tan trillado de gente virtuosa? Para qué es empeñarse en buscar otras sendas que no pueden ser inspiradas de Dios, que si quisiese guiarte por ellas, no te hubiera querido tan pobre? ¡Ea, trata de asegurar tu salvacion por el camino comun, abrazando aquel estado del santo matrimonio, tan lleno de bendiciones y favores divinos; en él edificarás con tu ejemplo al que fuere tu consorte, y es muy apropósito para tí aquel oficial (que le proponia) ayudarásle con tu labor, y vivirás sin el impedimento de la pobreza. Criarás en el temor de Dios á los hijos, con que su Majestad secundare tu matrimonio, y lograrás asi una vida alegre sin esos riesgos de despeñarte, y una vida en que haciendo santos con tu ejemplo á tu marido y á tus hijos, merezcas mas ventajosos premios en la eterna.»

Advertia el demonio las desconfianzas, con que Josefa se recibia de todas sus acciones y asi conoció que por ningun lado entraria tan disimulada su astucia maligna, como por este portillo de una aparente y falsa humildad, poniéndose de parte de sus celos hasta inclinarla á una perniciosa pusilanimidad. Hacian fuerza á Josefa estas sofisterías, con que el enemigo ponderaba los peligros á que vivia espuesta, y pareciéndola que otras muchas mugeres virtuosas tenian vida mas alegre y segura que la suya, casi resolvía el rendirse á la resolucion de tomar el estado del matrimonio, sin caer en cuenta de su amor á la castidad, ni del voto con que se la tenia consagrada á Jesucristo; pero como su deseo

entre estas perplegidades era de acertar con el gusto de Dios, rayó luego en su alma la luz del cielo, con que conoció, que el estado de matrimonio y la educacion de los hijos, habia de ser con el dispendio de la castidad, y luego que cayó en cuenta de esta verdad, abominó aquellas infernales sugestiones, fortificándose con la fuerza de esta tentacion en el propósito de observar su voto, y de continuar por el camino empezado, que tanto impugnaba el enemigo.

Despues de vencida esta tentacion, fué combatida de otra no menos molesta. Notó que un hombre la miraba con algun cuidado, y aunque al principio no aprendió peligro, la reputacion con que buscaba las ocasiones de verla, puso á Josefa en la sospecha de que en aquel cuidado estaria disfrazado algun fin menos honesto. Con esta sola sospecha evitaba todas las ocasiones de ser vista huyendo prudentemente el peligro de que las inocentes llamas de sus ojos no encendiesen en aquel corazon incauto algun amor profano. Advirtió aquel hombre el retiro, y se valió de una mugercilla que insinuase á Josefa su deseo de verla y de hablarla; pero ella luego que oyó los oficios de aquella ruin embajadora, la afeó su abominable conducta, haciéndola salir de su presencia con la correccion y escarmiento que merecia, y luego se puso Josefa en oracion en que pidió al Señor sus auxilios, para conservar en alma y cuerpo el don de castidad. Valióse el enemigo de las especies de esta infame embajada, para llevar muchas veces sus representaciones á la imaginacion de Josefa, en cuyo conflicto, desconfiada de sí misma, multiplicaba su oracion y penitencia, y la confortó el Señor al principio para una vigorosa resistencia, y despues serenó su espiritu, dejándole libre de este combate tan sensible á la generosidad de las almas castas.

Aunque con el divino favor quedó vencedora en estas batallas, se arraigó en su corazon profundamente el temor de la propia fragilidad, espuesta siempre á ser vencida, y adquirió en estas ocasiones un alto conocimiento de su miseria para vivir desconfiada de sí misma en las batallas de la castidad, la cual como dijo San Agustin, tiene contra sí un enemigo muy molesto, que cada dia se vence y cada dia se teme. Pero es prueba de la mortificacion de Josefa, lo



que habiendo escrito estos lances, su confesor añade en su relacion. «Que aunque fueron tan violentas estas dos tentaciones contra la castidad, en ninguna de ellas ni antes ni despues hasta ahora, tuvo parte estímulo alguno de la carne en la parte tentativa; por que esta pasion estaba domada, ó amortiguada con la exhorbitancia de las pasadas penitencias.» Estos son los que llamó San Ambrosio, (1) trofeos de un cuerpo vencido cuando enfrenada la rebeldia del apetito, se rindió al imperio de la razon y de la voluntad.

CAPITULO VIII.

Pasa á habitar en la casa de Currucaechea y padece en ella nuevas y mayores hostilidades del demonio.

Volvió Josefa de la casa de Egurbide, á la compañía de sus padres, despues que en la piedad de aquellos bienhechores halló mucho motivo al agradecimiento con que les correspondió siempre; y fué asi; que el mismo dia en que murió (muchos años despues) aquella su bienhechora María Cruz de Salaverria, presintiendo la cercania de su viaje á la eternidad, llamó para su consuelo á Josefa, y reclinada en sus brazos con un suave suspiro espiró llena de serenidad. Pero sintieron entonces tiernamente el privarse de la presencia de esta huesped, á quien amaban como á doméstica, y pasó esta inclinacion como herencia á sus hijos, entre quienes se señala el Rmo. P. Fr. Ignacio de la Concepcion, provincial actual de la órden de los Trinitarios descalzos, que llamaba á Josefa su madre tratándola en vida con un filial amor, mezclado de reverente respeto, y despues de su muerte escucha con ternura las voces de su venerable memoria.

Vivia con sus padres hácia los quince años de su edad, cuando contrajo amistad con una anciana doncella de ejemplar vida, que tenia su habitacion dentro de la villa en casa muy capaz llamada de Churrucaechea, cabeza de muy antiguo y noble mayorazgo, cuyos poseedores Don Antonio de Umanforo, y Doña Ana María de Alzolaras vivian entonces fuera de este lugar. Y porque la casita

(1) D. Amb. lib. de Virg. domiti tropheu corporis.

ó choza en que alojaba Josefa con sus padres, sin otra habitacion que la de un estrecho aposento, hacia muy difícil el retiro y soledad, para sus ordinarios ejercicios deliberó con direccion de su confesor y con beneplácito de sus padres mudar su habitacion á la compañía de aquella virtuosa anciana, que con especial complacencia la dió lugar en su casa. En ella comian y cenaban juntas; hacian su labor entre coloquios espirituales, en que se encendian mutuamente, y se retiraban á dos separados aposentos para la oracion á la cual, fuera de muchas horas del dia, ofrecia Josefa mayor parte de la noche.

Por este tiempo experimentó la primera vez la enagenacion de sentidos y suspension de potencias en su oracion retirada. Habia llevado Josefa desde sus tiernos años con fuerte abnegacion de si misma el suave yugo de Jesucristo; habia buscado en ocho ó nueve años de oracion mental con afectos ardentisimos con insaciables votos y con aspiraciones unitivas no tanto los dones de Dios, como al mismo Dios; por eso la dignacion amorosa de su dueño hizo entonces con ella, lo que el gran maestro de la mística teología Dionisio Cartusiano escribe, que suele hacer el Señor con las almas asi dispuestas, en quienes halla grande complacencia, las trata como amigas, y como esposas las eleva, las arrebatada y las abraza. Este íntimo abrazo con que Dios estrechó entonces al alma de Josefa, producía y derramaba en su espíritu un gozo inefable, que sacándola como fuera de sí, engolfándola ó anegándola, en Dios, la hacia perder los estribos de los sentidos. Pero no eran tan frecuentes ó continuas al principio (como fueron despues) estas suspensiones pasando por su espíritu entonces, lo que enseñó la seráfica doctora Santa Teresa: (1) *que á los principios casi siempre son estas suspensiones despues de larga oracion mental y de un grado en otro viene el Señor á tomar esta avecita y ponerla en el nido para que descanse. Como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad y con todas sus fuerzas buscar á Dios, y contentarle quiérela dar el premio aun en esta vida.*

Apenas empezó Josefa á experimentar estos deliquios de amor, concitó contra sí mayor rabia del demonio, que intentó con nue-

(1) S. Ther. cap. 18 Vit.

vas invenciones retraerla de la oracion. Cuando se ponía á orar sentía muchas veces el ruido, como de que caía una viga de su aposento; poco despues otro ruido igual y otra vez un grande estrépito, como si toda la casa diese en tierra; astucias todas de que muchas veces se ha valido el demonio, pretendiendo impedir los grandes frutos que deja en las almas la voluntaria lluvia de las gracias celestiales, que se comunican en la oracion sobrenatural é infusa. (1) Pero Josefa conociendo que estos eran espantajos del demonio, proseguia su oracion con un sereno desprecio, sin hacer el menor movimiento entre aquellos estrépitos infernales, confortándola mas el Señor para la perseverancia en la oracion, cuanto mas solicitaba sus interrupciones el enemigo.

Viendo asi frustrados en muchas ocasiones los artificios, con que pretendia apartarla de la oracion, el demonio tuvo licencia de Dios para atormentar á Josefa en el cuerpo, siendo esta la primera vez en que mostró bien su diabólica ira hasta entonces represada. Una noche despues de sus acostumbrados ejercicios, trataba ya de retirarse á su tarima, cuando asiendo de ella por la garganta una mano invisible, la puso al pescuezo una pesada argolla de hierro con que la ciñó y estrechó el cuello, y la tuvo asi colgada de un poste que habia en su aposento.

En esta postura estuvo padeciendo terrible tormento, pareciendola que como entre dos paredes la apretaban y deshacian todos sus huesos, cuyo crujido oia sintiendo un dolor, como si realmente se los desmenuzasen. Permaneció largo espacio de tiempo en este conflicto, ofreciendo al Señor sus dolores, no solo con paciencia sino con gusto de padecerlos por su amor; y cuando por disposicion divina cesó aquella hostilidad y quedó libre de la argolla, se halló tan maltratada que apenas pudo moverse, para acercarse arrastrando á la tarima en que con dificultad reclinó su cabeza; pero bañándose luego su aposento de una clarísima luz, vió en su misma cama un niño de soberana hermosura, que la estuvo mirando con serena y apacible Magestad, y vió tambien que desde el techo descendía como granizo, una multitud de perlas sobre la cabeza de aquel bellissimo niño, de donde resaltaban y se espar-

(1) Auctor Lucernæ mist. tract. 6. cap. 4. n. 31.

cian por la tarima en que estaba reclinada Josefa. Esta vista, que entendió ser representacion del tierno misterio del nacimiento del niño Dios, llevó á su corazon tan crecida avenida de consuelo celestial, que la dejó como embriagada de amor, sin que se acordase de hacer mas movimiento para acabar de acostarse, y cuando desapareció aquella regalada vision, quedó Josefa sin alguna señal de dolor ni sentimiento en parte alguna de su cuerpo desvaneciéndose las obras de las tinieblas en la presencia del sol, á cuya luz conoció Josefa, que los trabajos sufridos con paciencia y gusto, á imitacion de Jesucristo, son otras tantas perlas que forman la corona de los justos, y que se deshacen las olas de la tribulacion entre consuelos celestiales, que dejan al alma como mar en bonanza lisonjeada de los rayos de un sol amoroso y risueño.

CAPITULO IX.

De otras penas interiores de Josefa y de los sucesos de un viaje que hizo á Asteasu.

No deja Dios, (dice San Juan Crisóstomo,) (1) ni en tribulaciones, ni en consolaciones continuas á los justos, teje su vida mortal con una admirable alternacion entre los consuelos y las penas. Y es así que cómo los grandes trabajos son en ellos precursores de los divinos consuelos, son tambien las mercedes de Dios prevencion amorosa para la paciencia en los trabajos futuros, lo que experimentó bien el Santo Job, cuando dijo: (2) *Visitas Señor, con tus consuelos al alma, y luego pruebas su amor con los trabajos, al modo que los quilates del oro se prueba ó se apuran al fuego.*

A las mercedes que recibia Josefa del Señor en la contemplacion, y á la que recibió en aquella aparicion de Jesucristo, se siguió luego la tribulacion de unas penas interiores, que empezando entonces á solicitar su alma con grande vehemencia, la afligieron aunque con menos intencion, todo el resto de su vida y al modo que mostró el Señor, lo que habia de padecer por su nombre San Pablo, cuando llenándole de luces celestiales, le regaló con

(1) Chrysost. Hom. 78. in Math.

(2) Job. C. 7 v. 18

su presencia, fueron tambien aquellas mercedes de Jesucristo, enderezadas á fortalecer á Josefa, para los grandes trabajos interiores á que la conducia.

Afligióla un temor de que cometia muchas y graves faltas, que no conocia porque despues de dar al confesor muy puntual y frecuente relacion, de todo lo que advertia en el exámen de su conciencia, hasta de los primeros movimientos, creia firmemente que eran muchas mas en número y gravedad, las faltas que no conocia; deseaba ardientemente su enmienda, y no hallando modo de remediar lo que no conocia, gemia deshecha en lágrimas en oracion á nuestro Señor, pidiéndole su luz, para conocerlas, y su gracia para corregirlas. Rogaba importunamente al confesor, la notase y advirtiese sus faltas; pedia tambien á la anciana su compañera, que por amor de Dios la descubriese los defectos que en ella conocia, y no logrando sus diligencias el descubrimiento de las ocultas llagas que aprendia, deseó con ansia entrar á servir de criada algun confesor que con imperio de amo y autoridad de confesor, se las notase y reprendiese, lo que tampoco se le permitió.

Con este desengaño se ofreció á su pensamiento vivamente, el ir á visitar á una muger anciana, que vivia en la villa de Asteasu, á cuatro leguas de esta, en camada con muchos ajes y con fama de grande sierva de Dios, en cuyo concepto la gobernaba y dirigia desde el Colegio de San Sebastian, aquel sapientísimo teólogo jesuita Miguel de Elizalde, tan conocido por sus escritos. Quería Josefa visitar á esta muger, en la esperanza de que con la luz del cielo la descubriria aquellas faltas ocultas á su conocimiento: pero como nada resolvía sin beneplácito de su confesor, aunque muchas veces recurria por esta licencia, se la negó como inútil é importuna. Un mártes de carnestolendas, despues que para la indulgencia de las cuarenta horas confesó y comulgó en el colegio de la compañía, al tiempo de dar gracias sintió mas vehementemente de visitar á aquella anciana; comunicólo al confesor, que finalmente la dió esta licencia tantas veces solicitada. Buscó luego Josefa á su padre y le pidió la acompañase, y habiéndolo obtenido se puso luego en camino despues de las nueve de la mañana, sin

advertir, que ni su padre ni ella sabian el camino para aquel lugar, y que debian pasar á él por ásperas y largas montañas pobladas de mucha nieve, y por eso dificiles de pasarse á pie en dia tan corto.

Empezaron á trepar la montaña, iba la hija rompiendo la nieve y siempre delante de su padre, que aunque muy robusto no podia alcanzarla por la priesa y celeridad con que marchaba, imitando en su proporcion á la Santísima Virgen, cuando despues de concebir al Verbo en sus entrañas, salió de su retiro para marchar por las montañas de Judea no á paso lento, sino de prisa en alas de la caridad á visitar á Santa Isabel. (1)

Arribó Josefa á la cima de un monte donde habia un prado ó páramo dilatado con diferentes sendas en cuya variedad quedó confusa, sin saber cual fuese la que guiaba al lugar de su destino; pero aunque afligida con el temor de errar el camino, corria sin parar delante de su padre, que la seguia á distancia cuando advirtió que se encaminaba hácia ella una muger con un niño en sus brazos, á cuya vista se consoló con la esperanza de que la instruiria en la eleccion de la senda que debia seguir. Acercándose ya aquella muger hasta emparejar con Josefa, notó en ella un hermosísimo y modestísimo semblante; pero arrebató mas su admiracion la hermosura de aquel niño que traia en sus brazos porque solia decir que jamás vió otro niño de semejante belleza. Preguntóla Josefa: *¿Señora, voy derecha á Asteasu?* y la respondió asi: *Bien vas, y muy derecha pero no lo podrias hacer asi si Dios no te enseñára el camino.* Despidióse agradecida á aquella muger, y empezando á continuar su camino volvió muy luego la cara para ver si su padre la seguia de cerca, y notó con admiracion que aquella muger de quien acababa de despedirse, no parecia en todo aquel páramo dilatado que estaba á su vista libre de bosques ó arboledas en que se escondiese.

Añade luego el confesor de Josefa en la relacion de su vida: «que caminaron padre é hija sin parar y dieron vista á la casería donde estaba la muger que buscaba, á donde llegaron con clarísima luz del dia, y luego que tocaron el umbral de su casa,

(1) Luca 1. v. 59. Exurges Maria abiit in montana cum festinatione.

» de repente fué noche muy cerrada.» Por estas circunstancias se deja creer piadosamente, que aquel hermosísimo niño y aquella modestísima y bellísima muger serian JESUS Y MARÍA, que se dignaron de ser camino y luz á Josefa, hasta el término de su peregrinacion, en la cual buscaba la luz del cielo para corregir sus faltas y los medios para correr mejor en el camino de la perfeccion.

Llamáron á las puertas de aquella casa, y al abrirselas, avisó Josefa á la enferma, que una pobre forastera tenia grande necesidad de que la oyese, y logró la respuesta de que entrase en hora buena. No se habian visto jamás, pero luego que entró Josefa á la vista de la encamada, la dijo esta santiguándose: *Josefa tú vienes y á mí?* Saludóla con su nombre sin conocerla, como se saludaron los grandes hermitaños San Pablo y San Antonio; y las voces con que saludó á Josefa, ofrecen la dulce memoria de las que el espíritu divino pronunció por boca de Santa Isabel, visitada de la virgen de las vírgenes, porque en ambas peregrinaciones y visitas, se advertian en su proporcion las semejanzas.

Quedando Josefa sola con la encamada la esplicó el motivo de su peregrinacion. *Yo he venido (la dijo) á aprender de tí el mas perfecto modo de servir á Dios, esperando deberte la caridad de que me guies al ejercicio de aquellas virtudes, con que logre á tu imitacion el agradarle. Vivo entre los desconsueltos de mi ignorancia ó ceguedad que no me deja ver las grandes culpas que cometo; ruégote por el amor que tienes á Dios, me las descubras con distincion y claridad, y me ayudes á conseguir la gracia de enmendarlas.* Iba hablando así, y al mismo tiempo esplicaban mejor sus sollozos y lágrimas copiosas la afliccion en que la tenia la aprendida ignorancia de sus culpas. Mientras así lloraba Josefa, la miraba la enferma con una risa apacible, mostrando compadecerse de su causa, porque conoceria fácilmente que tales gemidos y lágrimas suelen brotar del corazon herido con las saetas del sagrado amor.

Hizo despues aquella sierva de Dios los oficios propios de una caridad materna con Josefa, animándola y confortándola en sus penas, dijola: que creia habia de ser feliz en lograr algunas cosas que la ayudasen á servir mucho á Dios, que tendria la suerte de padecer mucho por su amor y tampoco la faltaria un poco de in-

quisicion. Despidióse Josefa agradecida y consolada de esta visita, aunque no logró en ella el fin y el consuelo que solicitaba del descubrimiento del mineral oculto de sus defectos.

Restituida ya á la casa de su habitacion, continuaba en compañía de la amiga anciana sus egercicios de oracion y mortificacion corporal. No la permitia el confesor esceder en estas de la tasa que la prescribió, conociendo que estaba ya flaca la naturaleza domada hasta entonces con rigores indiscretos. No se alligia poco Josefa con la substraccion de mayores maceraciones que las de los silicios y disciplinas, pero se contenia haciendo en esto no menos sensible y mas grato sacrificio á la obediencia de los confesores que la mortificaban tambien en otras cosas repugnantes á su génio.

Conoció el confesor en Josefa una natural repugnancia á pedir limosna, y por vencerla, la mandó mendigar con un saco en las casas de los sacerdotes y caballeros, limosna para repartirla entre los pobres, lo que ejecutó por todo el tiempo que se le ordenó. Siendo rector de este colegio de la Compañia, uno de sus confesores, solia darla cantidad de pan que repartiese en casas determinadas, y la mandaba de propósito que llevase mayor cantidad á las casas de menos necesidad. Alguna vez que recibió esta orden, respondió al Rector: *Padre, en esas casas á donde me manda llevar mayor limosna, hay menos necesidad que en las otras á donde me manda llevar poca.* Reprendióla mucho el confesor esta advertencia, como si fuese dictada de la envidia, mas que de la sinceridad, dirigiéndola de esta suerte á la mas perfecta abnegacion del juicio en una ciega obediencia, cuya discreta indiscrecion no examina lo que se manda, ni porqué se manda. (1)

Egercitó tambien á Josefa su confesor el R. P. Antonio de Landaida, Rector entonces de este colegio y despues de el de Pamplona con aquellas pruebas, con que el extático jesuita Baltasar Alvarez, aventajó y perfeccionó en Avila el espíritu de la V. Maria Diaz coelánea de la seráfica madre Santa Teresa, y célebre entonces por sus virtudes. Mandábala el padre Landaida, que viniese á confesarse con él; y llegando Josefa muy temprano al Colegio, la dejaba estar en la Iglesia hasta las once, y entonces, como

(1) V. P. Puente in Vit eius, cap. 40. p. 4.



si no la hubiese visto, la decia que era ya tarde y volviese al otro dia. Sucedia esto mismo el dia siguiente y de esta suerte por quince ó veinte dias, llamándola cada dia, y haciéndola esperar la entretuvo sin oír en el confesonario, habituándola con estas discretas invenciones á vivir pendiente del imperio del confesor con indiferencia á los medios de perfeccionarse. Otras muchas veces la hacia esperar hasta muy tarde, como si hubiese de confesarla, y despues la mandaba comulgar sin confesion. Obedeciale viniéndose á sí misma en lo mas difícil, porque las buenas almas, que desasidas de lo terreno libran todo su consuelo en las cosas espirituales, hallan en su privacion la mortificacion mas sensible, y aun la mas provechosa, porque en ella se hacen heróicos actos de resignacion, de paciencia y obediencia, cuya perfeccion, como advirtió San Basilio (1) no se manifiesta tanto, cuando se deja de hacer lo malo, como cuando al imperio del superior se deja de hacer aun lo que de suyo es Santo.

CAPITULO X.

Va á servir los enfermos del hospital y padece en él varias tribulaciones.

Al modo, que el relámpago en la nube está continuamente solicitando manifestarse el corazon penetrado del fuego del divino amor, no descansa solicitando desahogarse en obsequio de la caridad. Despues que por cinco años estuvo en la compañía de su amiga anciana entregada toda á la contemplacion, esplicó á su confesor el pensamiento que tuvo de vivir en el hospital dedicada al servicio de los pobres enfermos. Aprobóselo el confesor que solicitó y consiguió de los patronos del hospital su residencia en él. Oyó Josefa esta admision como un grande favor del cielo, contemplándose feliz en el lógro de aquella dignidad de hospitalera que la conducia á servir al Señor en sus pobres enfermos. Pasó luego al hospital hácia los veinte años de su edad y servia en él á los enfermos con mucho gusto y puntualidad ejercitándose en los ministerios mas bajos, cuidando mucho de la limpieza de los pobres,

(1) D. Basil. Serm. 1. exercit. ad piet.

y atendiendo á sus alivios con apacible cordialidad, pudiendo decirse de ella lo que de Fabiola escribió San Gerónimo, que curaba los enfermos con tal agrado, que podian los sanos tener embidia á los dolientes.

Todo el tiempo en que no la ocupaba la caridad con los enfermos, entregaba retirada en un aposento á la labor y á la oracion en la cual desde los primeros dias de su habitacion en el hospital, experimentó lo que escribe su confesor. «Se ilustró (dice) su entendimiento con un extraordinario y clarísimo conocimiento de la infinita grandeza y bondad de Dios. El objeto que veia por este conocimiento arrebató su corazon y voluntad por un amor ardiente pero suavísimo, que no la dejaba sosegar sino con Dios. Noche y dia nada pensaba sino en Dios, suspiraba por el tiempo de estar con él en la oracion en que solo descansaba unida con él, y apartada del uso de los sentidos corporales; y dando el tiempo conveniente á los ejercicios de penitencia y caridad con los pobres, gastaba en oracion ocho y nueve horas de las veinte y cuatro del dia.»

De esta suerte deteniéndose en el corazon enamorado de Josefa aquel sentimiento de la divina bondad, penetraba por todas partes su alma como un precioso perfume; se derramaba y se extendia en su voluntad, y á modo de decir se incorporaba en su espíritu bañándole de una suavidad incomparable. Por eso nada podia consolarla sino Dios, ni podia sosegar sino en la oracion, suspirando á todas horas por estar unida en ella con estrechos lazos á su amado; al modo que el pequeño infante asido al cuello y pecho de su madre rehusa desprenderse cuanto puede, y si le apartan de sus brazos no sosiega acogiéndose al llanto y á los suspiros; y teniendo el corazon á donde no pudieron tener el cuerpo solicita su presencia.

Añade luego el confesor los progresos inmediatos de su oracion. «Anhelaba (dice) con ansias al amor de la bondad infinita de Dios vista por el conocimiento referido ofrecia á su Magestad grandes mortificaciones y lágrimas por conseguir de su misericordia esta divina llama con fervorosos deseos de andar en ella hasta perder la vida.» Asi bebiendo de espacio en las delicias de la con-



templacion de las eternas fuentes que corren del paraiso de Dios, encendia mas la sed de estas aguas celestiales con una infaciabilidad propia del amor, y semejante á la de los bienaventurados de quienes se dice: *que siempre están llenos y siempre vacíos, deseando y apeteciendo incesantemente aquello mismo que poseen.*

Pero no se persuadia á que su ardiente sed del divino amor, naciese del fuego del mismo amor que ardia en su corazon, porque creia ella que la iba faltando el amor al paso que crecia su sed, y asi de dia en dia fue persuadiéndose á que no habia en su alma, ni una pequeña centella de esta sagrada dileccion, lo que la afligia inconsolablemente. De tal especie de pena amorosa escribe San Francisco de Sales: (1) *Que es un dardo de dolor que atraviesa el corazon, pero dolor que procede de amor porque si ella no amase, no estaria afligida con la aprehension de que no ama.* Sin embargo esta aprehension la llenó de amarguras y desconsuelos, ayudando á ellos el demonio con sus sugeriones, para inclinarla á una profunda melancolia y desesperacion; porque suponiendo que estaba ya sin amor de Dios se decia á sí misma. «Para qué nací yo sino para amar á Dios? y cuánto ha que deseando arder en esta hoguera, padezco la desgracia de no conseguirlo. Bien sé que este fuego divino ha de ser enviado graciosamente del cielo; pero bien sé tambien que le logran las buenas almas, que saben pedirle á Dios, inclinado á comunicar liberalmente sus incendios. El no lograrlos yo proviene sin duda de que mis culpas han hecho inútiles los ruegos, las lágrimas y las aflicciones, con que los solicité. Si yo supiera por qué medio y diligencias llegaria á arder en este fuego, resuelta estaba á comprar gustosamente á costa de mi vida esta felicidad; pero no la merezco yo y pues no puedo llegar á amar á Dios, para qué quiero ó de que me sirve una vida sin amor? En vano ocupó la tierra sino he de producir este fruto. Será conveniente cortar ya el tronco infructuoso y acabar así con una vida que sin amor de Dios es mucho peor que la muerte. Ahora podré pedir á mi confesor que me dé su última licencia para arrojarme por un puente, porque asi se dé fin á una vida enteramente miserable y desdichada con la privacion del amor.»

(1) D. Fran. de Sales, Praci. del amor de Dios, lib. 6. cap. 44.

Entre estos discursos lloraba sin consuelo entregado ya su espiritu á aquel golfo de penas, que producía la aprehension de que no amaba á Dios, y no advirtiendo la malicia encerrada en aquella diabólica sugestion, buscó á su confesor y le comunicó simplemente sus pensamientos y los motivos que tenia para arrojar-se con su licencia por un puente. A las primeras voces del confesor se descubrió á su entendimiento el lazo infernal que no habia visto ó mirado entre tan abominables sugeriones de cuya malicia, no se habia ofrecido hasta entonces duda alguna ni temor á su entendimiento, pero abominándolas luego que cayó en cuenta de ella aprendió de nuevo en este lance un profundo conocimiento de su miseria, y aprendió tambien lo que la aprovechó su costumbre de nada resolver sin licencia del confesor á que atribuyó la luz con que descubrió este escollo infernal antes que cayese en él con precipicio funesto.

Movido el Señor de la causa de estas penas interiores de su sierva y de los ardientes deseos con que pretendia abrasarse toda en la hoguera del amor santo, la hirió con dardos de fuego divino, hasta hacerla perder el uso de los sentidos, elevándola á sus soberanas comunicaciones. Algunas noches perseveraba en la oracion abstraída del uso de los sentidos hasta haber amanecido, y cuando volvía en sí, la parecia haber dado poco tiempo á la oracion. Otras muchas veces despues de la comunión, padecia largas suspensiones y arrobamientos en la iglesia, donde temiendo ser vista, solia retirarse al rincon de una capilla, y al salir de la Iglesia aunque nadie la hubiese visto enagenada, acostumbraba huir el peligro de que la viesen enderezándose á su casa por la puerta que la iglesia tiene hácia la soledad y el campo.

Un día despues que comulgó á las seis y media, se retiró á dar gracias á su acostumbrado rincon, y cuando entre dos y tres de la tarde fué su confesor á visperas, la vió puesta de rodillas hierta como cadáver y haciéndola volver en sí, la halló tan debilitada que no podia tenerse en pié; efecto preciso de la debilidad de nuestra naturaleza, porque es necesario, (dice San Gregorio (1) que el vaso de carne no pudiendo sufrir el peso de los consuelos divi-

(1) D. Greg. Dialog. cap. 24.



nos que se comunican en tales arrebatamientos al espíritu desfallezca y enferme, lo que experimentó Daniel cuando dijo: (1) *no ha quedado en mi fortaleza, demudóse mi semblante, enflaquecí y quedé sin fuerza alguna.* Padecía muchas veces estos amorosos deliquios trabajando en su labor, donde suspirando siempre por la dulce presencia de su amado y siguiendo este iman su corazón desfallecía, y alguna vez la halló su confesor sentada con su almohadilla y aguja en las manos, enagenada y frío el cuerpo como si estuviese muerta. (2) Por eso comparó la divina esposa con la muerte las dulces violencias de un amor estático que enfria el cuerpo, le privan de movimiento, le quitan el uso de los sentidos y deshaciendo todo el hombre exterior, arrebatan el espíritu á la bienaventurada region de las sagradas inteligencias y al inefable comercio de la divinidad.

CAPITULO XI.

Refiérense otras penas interiores de la Venerable Madre.

Para el reclinatorio de oro que hizo Salomon, era de púrpura la subida, significando que por espinas y angustias, suben las almas contemplativas al florido lecho del divino Salomon, donde hallan el reclinatorio de celestiales gozos *mas descables que el oro y las piedras preciosas.* Por eso enseñan los profesores de la mística teología que cuando quiere el Señor elevar al alma á sus mas intimas comunicaciones la purifica en la lexia de los trabajos y en el crisol del amor inflamado, tanto mas estrechamente cuanto es mayor la perfeccion á que ha de levantarla.

Las penas en que acrisolaba Dios por este tiempo á su sierva, eran unas interiores en la parte intelectual y aprehensiva y otras exteriores en la parte sensitiva. Padecía en la parte intelectual las penosísimas aprehensiones de que estaba en desgracia de Dios, por que no pareciéndola posible que Dios se complaciese en criatura tan ruin, infería que la habia deshechado arrojándola indignado á las tinieblas exteriores, en cuya consecuencia escribe su confesor;

(1) Dant. 10. v. 8.

(2) Cant. 8. v. 6.

«que por muchos dias la fatigaron grandes y extraordinarios temores, de que á cada paso se habria la tierra, para tragarla en justísimo castigo de sus pecados.» De esta suerte como si ya viese abiertos debajo de sus pies los abismos de tinieblas y de llamas, se rompía su corazón en sollozos, sus palabras eran otros tantos gemidos, sus pensamientos horrores y sus acciones llenas de turbacion formándose de la aprehension de estar privada de amar á su dueño, una angustia tanto mas dolorosa, cuanto mas le amaba. Explicaba la grandeza de semejante afliccion el santo Rey David, en aquellas voces sentidas. (1) *Rodeáronme los dolores de la muerte, y me hallaron los peligros del infierno. Como están los llagados durmiendo en los sepulcros dejados ya de la mano de Dios, así me han puesto en el lago inferior, entre las tinieblas y sombras de la muerte.*

Por estos temores que así alligian su espíritu, no se resolvía muchas veces á comulgar, costando trabajo al confesor el reducir la á no defraudar su alma de este divino alimento. Alguna vez por estas vehementes aprehensiones, salía al tiempo de comulgar de la iglesia huyendo de recibir á aquel Señor, á quien contemplaba amenazándola con la vara de su indignacion. Pero ni entonces dejó de comulgar, rindiéndose siempre á la voz del confesor, que se lo mandaba. Pero cuando así comulgaba sacrificando á la obediencia sus temores, era combatida de los abominables pensamientos de arrojar de la boca la forma consagrada; y cuando hacia alguna reflexion de tan porfiadas y apretadas tentaciones, padecía los mayores desabrimientos. Estos la fatigaron tanto, que algun dia al tiempo que se prevenia para la confesion, salió de la iglesia y casi fuera de juicio iba por la calle bañada en lágrimas, y clamando á voces: *No soy yo para servir á Dios desdichada de mí!* Buscóla el confesor, cuya reprehension oyó con humildad y sosiego calmando aquella tempestad á su voz.

Y porque, para mantenerse la nave del alma sobre tantas olas la dirigia el Señor á buscar frecuentemente en el confesor la serenidad y bonanza la sugirió el demonio vehementes tentaciones de aborrecimiento al mismo confesor con impulsos de darle bofetadas cuando iba á confesarse con él. Astucia de que suele valerse la ser-

(1) Pl. 17. v. 3. Pl. 87. v. 6.

piente infernal, cuyo intento es dejar mordida al alma mordiéndola en el silencio. Pero el Señor que quería sacar á Josefã con ganancia de estas batallas, la dió armas para vencerlas, enseñándola el remedio de descubrir, como descubria al confesor con claridad aquellas sugerencias de su aborrecimiento.

Insistia sin embargo el demonio en embarazarla al informe que hacia al confesor de cuanto pasaba por su espiritu; porque cuando mas afligida iba á dar cuenta sentia el trabajo de no poder hablar, hacia fuerza para decir y no podia sintiendo que alguna invisible mano la apretaba y anudaba la garganta. Esto obligaba al confesor á valerse de la agua bendita y de la aplicacion de reliquias de los Santos. De esta suerte se explicaba pero con tal dificultad, que tardaba dos horas en la confesion. En una de estas ocasiones, mientras sentia aquella oculta fuerza que la embargaba la voz, vió que el confesonario y el manteo del confesor estaban poblados de multitud de animales como ratones, con que pudo confirmarse en el concepto de que aquella fuerza provenia de los demonios obsidentes, á quienes suele Dios hacer ministros de la corona de los justos, aunque sean siempre contrarias sus intenciones, y pudo ver tambien entre estas tinieblas que aunque se escondia Dios á su alma en cuanto al conocimiento ilustrado y efecto dulce de la contemplacion, estaba presente para su gobierno y defensa en la tribulacion, cumpliéndose en ella lo que prometió á los Justos cuando dijo por David: (1) *Con él estoy en la tribulacion, le sacaré de ella con gloria, pasará sobre el aspid y el basilisco y pisará al leon y al dragon.*

Pero este enemigo siempre implacable, aun no cesó de combatiirla. Entre las interiores angustias que padecia, nunca interrumpia sus horas de oracion, ni dejaba de comulgar todos los dias que se le ordenaba, hallando en muchos ratos de su oracion y despues de las comuniones una suavissima quietud con que el Señor la serenaba y confortaba. Por eso el maligno espiritu temiendo siempre perder sus batallas, mientras en la oracion y comuniones se comunicaban al espiritu de Josefã las dulzuras y gustos celestiales, la sugirió molestos pensamientos de dejar la oracion. «Representá-

(1) Pf. 90. v. 15.

» bala que aquella vida muerta ó muerte viviente, en que no res-
» piraba sino horrores y tristezas, era una semejanza ó ensayo de
» las penas del infierno; que ella tenia la culpa de las insoportables
» horrascas en que estaba sumergida porque las buscaba su arbi-
» trio entregándose sin discrecion á tan larga oracion y tan fre-
» cuentes comuniones debiendo temer en ellas las ilusiones del de-
» monio, que no tendria disculpa si estando en su mano el remedio
» de sus males no le admitia. Que para guardar los mandamientos,
» y salvarse no era necesaria la oracion mental ni tanta repeticion
» de comuniones. Que otras personas de su esfera oyendo cada dia
» una misa y comulgando de cuando en cuando eran mas virtuosas,
» vivian en temor de Dios con alegria y libertad sin tantos apre-
» mios y congojas, que la hurtaban el reposo y la tranquilidad de
» su espiritu.» Estas aparentes razones convencian á Josefã que casi resolvía dejar la oracion mental, pero nunca la dejaba, porque acostumbrada desde la niñez á esta interior ocupacion y comercio de su espiritu con Dios, se dejaba mover y llevar á la oracion de una secreta y suavissima fuerza, por eso nunca la interrumpió, aun cuando asestaba sus baterias con mayor fuerza el enemigo, porque su divino maestro con mas suerte y amoroso atractivo, la llevaba á su deliciosa soledad, en cuyo silencio escuchase el corazon las lecciones de la divina sabiduria y asi pudo decir con David: (1) *Bendito sea Dios, que no permitió quedase yo defraudada de mi oracion y de su misericordia.*

Solicitábala tambien importunamente el cuidado de la labor, con la cual no solo habia de atender á su moderado alimento sino tambien al de sus pobres padres, y como daba muchas horas á la oracion y otras á la caridad de los enfermos del hospital, sobraban pocos ratos para que sus tareas pudiesen suministrarla lo suficiente para alimentar á sus padres. Pero entre estos cuidados la manifestó Dios el que tenia de asistirle. No pocas veces tejiendo lo que habia hilado, vió que salian muchas varas de beatilla ó lienzo que las correspondian al hilo. En una arquilla que tenia cerrada, guardaba unos pocos cuartos que ganó con su labor, y abriéndola un dia halló junto á ellos hasta treinta ducados de vellon y en

(1) Pf. 65. v. 10.



reales de á ocho. En otra ocasion halló tambien en su arquilla cerrada, cantidad de dineros pareciéndola en ambas ocasiones, que esta limosna no vino por humanas diligencias á su arca, estando siempre cerrada. Asi socorria su necesidad aquel Señor, que promete en su evangelio los bienes temporales, como accésorios á los que poniendo su principal cuidado en los eternos buscan el reino de Dios y su justicia.

Tuvo tambien ahora otros avisos de lo que queria Dios, no la quitasen los cuidados de la labor la atencion á los atractivos de sus gracias. Habiendo comenzado una costura de mucha obra, á las primeras puntadas quedó enagenada, y volviendo á sus sentidos despues de larga suspension, halló que estaba perfectamente acabada toda la obra y costura, supliendo entonces alguna mano celestial aquella labor que interrumpió Josefa arrebatada dulcemente al sagrado y fructuoso ocio de la contemplacion.

CAPITULO XII.

Padece varias persecuciones del demonio.

Las interiores aflicciones en que purificaba asi el Señor á su sierva, no eran solas aunque eran las mas penosas, porque padecia al mismo tiempo otras exteriores en intensisimos dolores de las coyunturas de su cuerpo. Pero como desde la niñez apetecia con hambre las penas corporales, las llevaba ahora no solo con paciéncia, sino con aquel favor y alegria con que suele Dios endulzarlas á las almas, que las apetecen por su amor. Fatigábanla tambien por este tiempo los demonios con representaciones de horrosos fantasmas, especialmente en el ejercicio de una devocion, á que se aplicaba con la mayor vigilancia. Habia establecido en esta villa, como en otros pueblos de la provincia, las estaciones de la Santa Via Crucis el Rmo. P. Fr. Juan de Luzuriaga, predicador apostólico, padre de las provincias santas de Cantábría y Valencia, y despues Comisario general de la nueva España, persuadiendo en una mision estos sagrados recuerdos de la pasion de Jesucristo aquel grande hijo del Serafin de Asis, en cuya carne se vieron

maravillosamente renovadas las señales y monumentos de nuestra redencion. Comunicó Josefa su espiritu con aquel celoso y sabio maestro, que la confortó en sus aflicciones, dejando bien gravada en su alma la obligacion del agradecimiento como el cuidado de entregarse constantemente á la práctica de tan fructuosa devocion.

Colocáronse para las estaciones las cruces desde la cercania del hospital en que habitaba Josefa, hasta una ermita sita en un monte distante á medio cuarto de legua de la poblacion con el titulo de *Santa Cruz*, la cual pasó (como se dirá despues) á ser templo y monasterio de religiosas recoletas de Santa Brigida. Acostumbra-ba ahora nuestra hospitalera dedicar á esta devocion de las estaciones dos dias de la semana empezando su tarea regularmente desde las dos de la mañana. Y casi siempre apenas cerrando su aposento empezaba á bajar las escaleras, salia del aposento ya cerrado un bulto como de hombre que la seguia apresurado con pies descalzos el paso para alcanzarla y maltratarla. Alguna vez nada temia haciendo reflexion de que este era ardid del espiritu maligno, que intentaba embarazarla las estaciones, pero otras veces el natural temor, ó aturdimiento la hacia apresurar el paso para huir de aquel fantasma. En una ocasion representándose á su vista con mas formidable saña, acometió con rabia y furor á Josefa, que corrió huyendo á una capilla de nuestra Señora que habia y hay en el hospital, y parando allí á la sombra y proteccion de su imágen como avergonzada del temor precedente dijo al demonio. *Ahora ven acá, que no te temo estando defendida aqui de la imágen María Santisima.* Desapareció el fantasma luego que pronunció Josefa el augusto nombre de Maria porque como escribió su devoto seráfico doctor San Buenaventura, huyen los demonios, se disipan se desvanecen sus asaltos y se deshacen como la cera delante del fuego, cuando encuentran en las almas la memoria del Santo nombre de Maria.

Proseguia Josefa su ejercicio de las estaciones con mayor vigilancia viendo cuanto las sentia el enemigo, meditaba en cada una de las doce cruces el correspondiente misterio, y aunque la tiraba el cuidado de meditar el siguiente paso no acertaba á desprenderse

del que actualmente ocupaba sus afectos. A veces se detenía dos horas en una cruz sin poder apartarse de ella, experimentando singularmente su corazón estas dulces y amorosas violencias en aquellos pasos, que la representaban el encuentro de Jesucristo con su Madre Santísima, y el alivio que dió á sus fatigados hombros Simon Cirineo cargado con parte del peso de la cruz; pero en cada estacion parecia derretirse en lágrimas copiosas, que el amor y compasion del Redentor esprimian dulcemente de su amante corazón. Desahogábale mucho en este llanto apacible, pero tenia luego su contrapeso aquel alivio en los temores ordinarios, que formaban unas craces mentales tan sensibles, que la ponian en sumas dificultades para proseguir sus estaciones ó para volver atras; pero repitiendo á Dios sus gemidos y lágrimas acabó siempre sus tareas de las doce estaciones.

Poniáanse tambien delante de sus ojos estos ejercicios muchos horrorosos animales, cuya vista aunque molesta y repetida, la alligia poco, dándola el Señor para despreciarlos una fortaleza semejante á la que experimentó la seráfica madre Teresa cuando escribió: (1) *Quedé tan sin temor de los demonios, que se me quitaron todos los miedos que solia tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los veia no les he habido mas miedo. Quédome un señorío con ellos bien dado del Señor de todos, que no se me dá mas de ellos que de moscas.*

El Señorío y desprecio de Josefa con estos espantajos diabólicos, pudo rectificar una devota muger que buscándola una noche en su aposento del hospital, la pidió que la dejase el día siguiente ir en su compañía á las estaciones, y aunque nada inclinada á compañía en tales ejercicios, condescendió á sus instancias. Al salir muy temprano del hospital sintieron y vieron que aquel fantasma hacia sus acostumbrados acometimientos. Turbóse la compañera de Josefa, pero animándola esta al desprecio fueron prosiguiendo las estaciones, y en ellas iba persiguiéndolas el demonio con las horribles representaciones que solia, hasta que restituyéndose ya al hospital, se despidió la devota muger amedrentada di-

(1) S. Teresa cap. 23 Vitasus.

ciendo á nuestra hospitalera; *Josefa, no iré yo otra vez en tu compañía á las estaciones.*

Admiró tambien en ella la misma serenidad una muger forastera que vino á buscarla en el hospital, para conferir con ella su deseo de emprender una vida ajustada pidiéndola, que la encomendase á Dios y la instruyese en lo que habia de hacer. Nunca la pareció bien introducirse en los oficios de maestra, conociendo que esto era impropio de su sexo y de su educacion, pero no la faltó discrecion para torcer la conversacion á otras cosas buenas, sin queja de la que venia á pedirla consejos. Mientras estaban ambas en coloquios espirituales, cayeron del techo bien cerrado del aposento dos ó tres animales feisimos como cerdos, á cuya vista se llenó de pavor la forastera y asió de Josefa, que la dijo luego serenamente: *no hay, no hay que temer que luego irán*, y al decir esto desaparecieron. Volvió á su casa la forastera, y entregada á una vida fervorosa despues de haber padecido con incomparable paciencia en dos años de cama gravísimas enfermedades y trabajos, murió con gran consuelo y serenidad.

El confesor de Josefa que refiere estos sucesos, añade otro del mismo tiempo para prueba de la rabia con que la perseguia entonces el demonio. «Cuando se celebraba (dice) la Octava de Corpus, que en esta villa se hace con mucha decencia, descubriéndose á las diez hasta las tres de la tarde en que se encierra, iba á la parroquia poco despues de las nueve, y metida en un paraje escondido de la iglesia estaba cada dia alabando y adorando aquel sacrosanto misterio hasta las tres de la tarde, siempre de rodillas y con gran ternura apesar de las invenciones y ruidos con que el demonio procuraba divertirla de tan suave devocion. En una ocasion de estas vió una espantosa confusion de muchas cadenas gruesas, que con ruido descómunal andaban desde donde ella estaba al sagrario, y como ni por esto se moviese ella, un recisimo viento como uracan la levantó al aire, y buen rato anduvo en él al retortero con la violencia que suele una rueda de molino con grande aturdimiento suyo, y despues paró en su puesto de rodillas derechamente al Santísimo Sacramento, perseverando en su devocion hasta que se encerró.» No son nuevas estas máquinas



del enemigo, cuando el Señor se constituyese ministro de la purgacion de las buenas almas; porque suele á veces arrojarlas como pelotas y otras veces juntando, (1) (como en un arco, para despedir la saeta) los pies con la cabeza los suelta despues para que violentamente dén de golpe en el pavimento, aunque en tales invenciones diabólicas se ignora muchas veces si son golpes que dá en el cuerpo, ó solo afflige con la viva representacion de ellos la imaginacion, revolviendo los humores de suerte que causen aturdimientos, dolores y quebrantos del cuerpo.

Pero fué claramente visible otro golpe y herida, con que la maltratò el demonio una noche vispera de la Ascension de Jesucristo cuando estando sosegada en la oracion, y estando sereno y apacible el cielo, se arrancó de golpe con gran ruido la ventana de su aposento y cayó sobre la cabeza de Josefa (que estaba de rodillas distante á siete ú ocho pasos de la ventana) con tan recio impulso, que la derribó en tierra con grande aturdimiento y despues que volvió en sí, acercándose con dificultad á su tarima, advirtió, que la cabeza y cabellos se cubrian con la sangre que corria de la herida, cuya curacion (que duró algunos dias) solicitó con consulta de su confesor los oficios de una buena muger para mayor secreto, pero por mas que se pretendió el silencio, no pudo del todo lograrse en el pueblo que vió desquiciada en tiempo sereno la ventana y era mucho mas difícil la disimulacion, porque viviendo ella en público hospital, si continuaba su asistencia á los pobres habian de notar su cabeza lastimada y si no los asistia sospecharian en el retiro mismo la dolencia que se queria ocultar.

Mucho mas que este golpe sintió una arma violenta, con que intentó al mismo tiempo el demonio la sorpresa de su castidad. Entre los oficios de caridad con que asistia á los enfermos curándolos, dándoles de comer y amortajándoles con sus manos, logró un dia en la curacion de un pobre lleno de llagas de insoportable olor la victoria de sí misma, postrando con fuerza los mas vivos sentimientos de la naturaleza. La misma noche al recogerse despues de los acostumbrados ejercicios, sintió acercarse á su cama un cuerpo como de hombre que asiéndola con grande violencia la solicita-

(1) Vide auctor Lucei. Myst. tract. 6. cap. 4. núm. 47.

ba al pecado. Clamaba la affligida virgen, y aunque habia gente no lejos de su aposento, nadie oia pero la oia el Señor, cuyo amparo imploraba su angustiado corazon, asistiéndola con tantas fuerzas en el espiritu y en el cuerpo, que vencido ya en prólija lucha el demonio desapareció con un estallido formidable. Entonces levantándose de su tarima, volvió á la oracion en que agradeció al Señor el beneficio de aquella victoria, que solo podia esperar de su divina gracia, y pudo valerse en la oracion de aquellas voces del espiritu divino en el eclesiástico que la santa iglesia apropia á las virgenes y mártires. (1) *Miraba yo Señor al socorro de los hombres, y no le habia, acordéme de tu misericordia, invoque al Señor que no me dejase en el dia de la tribulacion y en el tiempo de los soberbios, sin socorro. Fué oida mi oracion y me libraste Señor de la perdicion por eso debo agradecerte, alabarte y bendecir tu santo nombre.*

CAPITULO XIII.

Atiende al remedio de las necesidades espirituales de los prójimos.

Sobre las penas que padecia asi Josefa á manos del furor y rabia del enemigo lastimaban mas vivamente su corazon, las saetas de luz con que la inflamaba y la abrasaba el fuego del divino amor. De este procedia el ardor de un celo que con piadosos estímulos la sollicitaba al deseo de que Dios fuese servido y amado de todas las criaturas; y por eso el conocimiento de las injurias, con que su ingratitude respondia al amor divino la introdujo en un golfo de amarguras. Deshacia y carcomia sus entrañas el celo de la honra y gloria de sus dueños, pareciéndola (como á David (2) que recaian sobre ella todos los oprobios con que era ofendido de los pecadores.

Dábala el Señor en la oracion vivísimos sentimientos de amor á su infinita bondad, y al mismo tiempo la affligia con la luz y conocimiento de que aquella bondad era ofendida con muchas y gravísimas culpas de los hombres. Parecióla que miraba en su oracion

(1) Eccli. cap. 34.

(2) Pf. 68. v. 10.

con una clarísima vista, (que no supo explicar como era) la indignación del Señor, y estaba viendo con igual claridad la innumerable muchedumbre de pecados que provocaban su justicia; entonces el amor de Jesucristo hacia gemir á su sierva, y derritiéndola el corazón en amargas y continuas lágrimas ofrecía por aquellas injurias el sacrificio de su espíritu contribulado. Este es (dice San Agustín) (1) un efecto del ardiente celo que cuando no puede remediar las ofensas de Dios, provoca á las angustias y al llanto como provocaba á David cuando dijo: (2) *mis ojos han derramado arroyos de lágrimas, porque no han guardado Señor vuestra ley los hombres.* Clamaba Josefa con todas las fuerzas de su espíritu á Dios, que por su piedad infinita perdonase á todos los pecadores, y les concediese el don de la contrición y perfecta penitencia, siendo esta la cotidiana y continua instancia de su oración en que pretendía conciliar para sí y para todo el mundo la divina misericordia.

Mientras gimiendo así como paloma insistía en estos ruegos, sintió en su corazón que un eclesiástico, (aunque á los ojos del mundo parecía honesto) estaba miserablemente tiranizado del deshonesto amor de una muger, viviendo muchos años fatalmente cautiva. Y porque el alma tocada del celo de la divina gloria, desea contribuir en cuanto pueda al remedio de sus injurias, comunicó á su confesor esta luz que tuvo en la oración, y le señaló el sujeto deseando se lo avisase exhortándole á romper aquel lazo. Tenía el confesor en buen concepto á aquel sacerdote, y por eso con alguna aspereza le reprendió, como fácil su credulidad en materia tan espuesta á los engaños del demonio. Estaba rendida al juicio del confesor, sin cuya aprobación en nada quería fiar de sí misma, y por eso practicaba ahora lo que para semejantes lanceos advirtió con celestial doctrina Santa Teresa: (3) *Que en cosa grave que se ha de poner por obra de sí ó de negocios de terceras personas, jamás haga nada, ni le pase por pensamiento sin parecer de confesor letrado, avisado y siervo de Dios, aunque mas y mas entienda ser claro de Dios porque esto quiere su Magestad y no es dejar de hacer lo que el*

(1) D. Aug. sup. 10 d.

(2) Pf. 118.

(3) Mor. 6. cap. 5.

manda, pues nos tiene dicho tengamos al confesor en su lugar donde no se puede dudar ser palabras suyas, y estas ayuden á dar ánimo si es negocio dificultoso y Nuestro Señor le dará al confesor y le hará creer es espíritu suyo cuando lo quisiere, y sinó, no están mas obligados.

Así aunque entonces creía Josefa segura, la inteligencia que tuvo del estado infeliz de aquel eclesiástico, nada hacia sino por el juicio del confesor, cuya reprehension oyó en silencio, temiendo al principio el peligro de ser engañada, pues el confesor se lo advertía así, pero poco despues sin poder resistir á un grande impulso del espíritu le replicó: *que lo que le habia dicho no le parecia engaño sino verdad.* Entró en cuidado el confesor, que con secreto y con el tiento que pudo, insinuó la precision de mirar por sí aquel sacerdote, que lejos entonces de ofrecerse á la enmienda negó la culpa, y esplicó vivamente su sentimiento de que se imputase tan fea correspondencia á quien decia misa cada día. Avergonzado el confesor de sus infructuosos oficios, volvió á reprender su facilidad á Josefa, la cual con nuevo impulso á que no pudo resistir le respondió: *Pues en hora buena no hable v. m. mas de esto, pero verá v. m. que dentro de pocos dias ha de buscarse ese sujeto para confesarse generalmente:* y sucedió así, que cinco dias despues le buscó para hacer con él una general confesion de su vida, como la hizo con todas las señales de un corazón bien arrepentido. Poco despues la misma muger cómplice en aquellas culpas, la buscó confusa y dolorida y la dijo, que la ocasion de su torpe y sacrilego comercio habia durado no menos que seis años.

Tuvo despues otro igual conocimiento de que un hombre casado estaba dominado del mismo vicio deshonesto, y pasó á la noticia del confesor esta inteligencia, para que solicitase si le parecia el remedio. Hizolo así, pero le negó tambien aquel hombre sus culpas, y refiriéndola el confesor el mal éxito de los oficios, le respondió prontamente: *déjele v. m. que presto vendrá á confesarlo.* Y de hecho saliendo de su casa á buscar la ocasion de su ruina á media noche del día siguiente mientras caminaba, se le disparó una escopeta, dejándole abrasadas las manos y la cara. Asombrado de este suceso se detuvo, y vió entonces que se le puso delante un



animal de estraña fiereza á cuyo horroroso espectáculo tembló y retrocedió de sus pasos, yendo luego á buscar al confesor, que le curase las llagas del alma antes que llamáse al cirujano, para la curación del cuerpo.

Conoció tambien otra vez estando en oracion la indignacion de Dios contra un sacerdote, que diciendo misa cada dia no se habia confesado en diez y siete años. Rogaba al Señor, que por su infinita misericordia le perdonase socorriéndole con su gracia para una perfecta penitencia; pero la parecia que lejos de aplacarse á sus ruegos la divina justicia iba ya á descargar sobre él su brazo. Con esta vista multiplicaba en la oracion sus gemidos y lágrimas, inflamando por la conversion de aquel pecador, pero todavia continuaba el Señor en manifestarse mas indignado contra él, como si dijese ahora á su sierva, lo que en otro tiempo á Moises: (1) *Déjame que le quiero castigar, deja obrar el furor de mi indignacion contra él.* Y como este Señor, aun cuando se enoja, no olvida su misericordia, queriendo como padre amorosísimo, que le vayan á la mano en el castigo de los hijos delincuentes, movia á Josefa con aquellas mismas amenazas á repetir con mayor fuerza sus ruegos y lágrimas. Abrazóse con la imágen de Cristo crucificado que tenia delante en la oracion, y con un fervor amorosamente celoso, cuyo impetu la sacaba y enagenaba de si misma, clamaba á Dios, y le decia: *no os dejaré Señor descargar ese golpe, sino le habeis de perdonar,* y en este afecto estuvo abrazada con el Santo Cristo (embriagándola el amor para no hacer reflexiones sobre la reverencia con que debia tratar á Dios) hasta que pareciéndola que habia sido oida su oracion, refirió al confesor este suceso, y habiéndolo buscado é insinuado con cautela el peligro de su alma á aquel eclesiástico, le redujo á desarmar la mano vengadora de Dios con una buena confesion general de toda su vida.

En otras cuatro ó cinco ocasiones entendió el mal estado de otras tantas personas que tenian provocada con sus culpas la ira divina, y haciendo oracion por ellas, se logró por el mismo ministerio del confesor su conversion como fruto de aquel celoso amor de la divina gloria, con el cual ofrecia Josefa el holocausto mas

(1) Exo. 32. v. 10.

glorioso de si misma abrasada en el fuego del Sagrado amor, atormentando la propia alma por dar vida á las ajenas miserablemente muertas por la culpa.

Pero aunque en todos estos lances se verificó que eran de Dios, las ilustraciones que tuvo de las culpas ajenas, cuyo remedio se logró con la divina gracia todavia, porque en rebelaciones de culpas de terceras personas, suelen mezclarse engaños del demonio, y por que rehusaba fatigar al confesor con tan frecuentes comisiones pidió en su oracion á nuestro Señor: *que si fuese asi su voluntad, la sustrajese todo conocimiento de conciencias ajenas, dándola solamente el de todas las culpas que hubiese en la suya.* Rogóle tambien con grande instancia dos cosas. La primera, *que por su misericordia infinita plantase en su alma todas las virtudes cuyo ejercicio fuese solo para su gusto y gloria divina.* Y la segunda *que la hiciese el favor de que ella jamás conociere cosa alguna buena que tuviese ó hiciese en su servicio, porque no queria en esta vida consuelo alguno, ni el gusto que procede del ejercicio de la virtud, sino servirle padeciendo por él todo género de trabajos y penas.* Oyóla el Señor como se verá en la serie de su vida, la peticion de regalarla con todo género de trabajos, y de sustraerla el conocimiento de las propias virtudes, y la oyó tambien el deseo que le manifestó de no cansar al confesor con las comisiones, que hasta ahora. Pero no la oyó su deseo de nunca conocer las faltas de ajenas conciencias, porque no pocas veces tuvo esta luz para contribuir por si misma al remedio. En una ocasion hablando casualmente con persona que vivia en concepto de virtuosa, conoció que aquella alma estaba fatalmente cautiva del demonio, y con fuerte impulso interior la dijo lo que entendia, especificándola aquellas culpas que creia enteramente escondidas á los ojos del mundo. Entre el asombro y la turbacion que le causó el descubrimiento de su conciencia, quiso al principio negar á Josefa aquellos pecados, pero recobrándose un poco se los confesó llanamente, moviéndola Dios desde luego á satisfacer á su justicia con la resolucion de abrazar al estado religioso que ejeculó sin dilacion.

Explicó tambien su celo de la salvacion de los prójimos en otro suceso de este tiempo. Habia enfermado gravemente en Valladolid (donde residia á dependencias de su casa) Don Francisco de



Idiazquez, caballero muy ilustre de este lugar, que acertaba á esmaltar con el mejor adorno de las virtudes cristianas su noble sangre. Cuando llegó á su casa la noticia de esta peligrosa enfermedad, Doña Ana Luisa de Idiazquez, condesa de Peñallorida hija de este caballero se la participó á Josefa buscándola para esto en el rincón de una capilla de la parroquia, donde solia estar en oracion y la pidió encomendase á Dios la salud de su padre; ofreció hacerlo así con muy buena voluntad; porque sobre ser tan favorecida de esta ilustre familia (como se dirá despues) conocia quanto interesaba en la conservacion de la vida de este caballero su casa, y supo tambien que interesaban en ella muchos pobres, á cuyo socorro atendia con liberalidad y entendimiento, derramando discretamente limosnas ocultas á pobres huérfanas, cuya cantidad peligraba por la pobreza. El correo siguiente buscó la misma condesa á Josefa para decirle la noticia que hubo en su casa de la mejoría de su padre, pero porque poco antes habia entendido ella en su oracion como cierta la muerte de aquel caballero respondió á la condesa, que si la noticia de la mejoría era cierta, podrian consolarse todos y luego prosiguió en su oracion encomendando al Señor aquella alma, porque tenia por cierto el conocimiento que tuvo de la muerte como se confirmó en las primeras noticias de Valladolid. Y prosiguiendo despues en los oficios de orar por su alma estando en oracion una noche poco despues de esta noticia, vió á aquel caballero no en vision esterna y corporal, sino con los ojos del alma y oyó que la decia: *Josefa tú eres mi madre que me asistes en mi necesidad*; y al oír estas voces padeció un deliquio ó desmayo confundiéndose, de que tan apaciblemente la manifestase aquel caballero difunto el agradecimiento á su oracion.

Enfermó tambien viviendo ella en el hospital D. José Ignacio de Zuazola y Loyola, muy ilustre caballero, y poseedor del mayorazgo de la novilísima y santa casa de Loyola, Doña Ana de Lasalde su madre, á quien Josefa debia muchos beneficios, la encomendó con la mayor instancia, que fuese á la santa casa de Loyola á pedir en una novena á San Ignacio su intercesion con Nuestro Señor por la salud de su hijo jóven y único de su matrimonio con D. Matias Ignacio de Zuazola. Hizolo así interesándose mucho en la aflic-

cion de su bienhechora, pero al empezar la novena empezó á sentir su corazón avisos secretos de que era de muerte aquella enfermedad.

Proseguia la novena y proseguian tambien aquellos avisos ó sentimientos de la cercana muerte. Al fin de la novena, mientras esperaba en la capilla del Santo Patriarca á oír misa, oyó que mucha gente que en ella habia, celebraba con mucho alborozo la noticia que llegó de haber mejorado aquel caballero enfermo; pero ni por esto faltó de su corazón la espina que la hacia presentir la muerte como cierta, y despues que en aquella misa consagró el sacerdote la hostia, antes que consagrarse el cáliz oyó en una locucion interior clara y distinta esta voz: *Ya ha muerto*. Y fué así porque al acabar la misa, llegó la noticia de su fallecimiento.

Adoleció tambien por este tiempo Marta de Larrañaga su madre de la última enfermedad en que la piedad de la hija la asistió y sirvió con personales oficios, con el regalo y medicinas ordenadas por el médico, y principalmente con muchas oraciones para alcanzar de Nuestro Señor la salvacion de su alma. Murió despues de recibir los Sacramentos, y conociendo bien que la obligacion de la piedad con los padres no fenece con su vida, aplicó en sufragio de su alma muchas penitencias y oraciones. Contribuyó no solo el coste del funeral en los oficios correspondientes á su esfera, sino tambien los estipendios para otras muchas misas, que hizo celebrar por la alma de su madre. Y si la piedra del toque en que se examina la fineza del amor filial, es cuando faltando á los padres los bienes de la fortuna no descaece el obsequio de los hijos, se conoció bien esta calidad en el cuidado con que Josefa alimentó á su madre en vida, y contribuyó en la muerte á sus alivios, cumpliendo así perfectamente aquel consejo con que el Santo viejo Tobías instruyó á su hijo, (1) *que honrase á su madre en todos los días de su vida*.

CAPITULO XIV.

Va á cuidar de la ermita de Santa Cruz donde padece una grave enfermedad y otros trabajos.

Despues que ocupó á Josefa siete años en el hospital el cuidado

(1) Job. 4. v. 5. etc. 5. Honore habebis matritum omnibus diebus vite eius it autem. etc. ipsa compleverit tempus vitasua sepelias ed circamo.



de la asistencia á los enfermos, la persuadió una persona bienhechora suya, que mudase su habitacion á la casa de la ermita de Santa Cruz, en cuya soledad hallaria mas quietud para sus ordinarios ejercicios. Para este fin ofreció sus oficios para que el duque de Ciudad-Real (que por merced Real tenia entonces el derecho de nombrar Serora para esta ermita de el Real Patronato) la confriese el nombramiento. No dió resolucion positiva hasta saber el juicio del confesor, sin cuyo beneplácito nada deseaba determinar; pero luego que el confesor aprobó este pensamiento, se ofreció gustosamente al cuidado de esta ermita, que es muy de la devocion de todo el pueblo y lo era especialmente de la de Josefa, que por muchos años la frecuentó en aquellas estaciones de la Via Crucis, de que se ha hecho memoria. Movíase tambien su inclinacion á este sitio porque en los siete años de su habitacion en el hospital, siempre que desde su aposento ó de otra parte miraba á la ermita de dia ó de noche, solia ver sobre el tejado de ella un grande globo de nube muy clara y resplandeciente, sin que en la repetida vista de estas luces tuviese entonces su entendimiento otra ilustracion, que la de Dios que queria la continuacion de aquel ejercicio devoto de las estaciones. Supo tambien entonces que dos religiosos de la seráfica familia de San Francisco, á tiempo que en esta villa hacian la postulacion de su instituto, vieron con asombro por nueve noches continuas caer sobre esta ermita luces como de hachas encendidas.

Conseguido ya el nombramiento de Serora pasó luego á su ermita donde habia otra ya decrépita, que temiendo quedar privada con el nuevo nombramiento de aquellas limosnas con que el pueblo contribuye piadosamente á parte de su manutencion, esplicó sus quejas y sentimientos pero los depuso luego asegurándola Josefa, que no solo no la privaria de las limosnas, sino la serviria tambien aliviándola en los trabajos de su cansada ancianidad; y asi la asistió con especial cuidado y amor, hasta que murió reclinada en sus brazos. Pero cuando llegó á la ermita halló que toda estaba maltratada por la abundancia de goteras, que no habia en ella ornamento alguno sagrado; solo habia un frontal, y aquel tan ajado de la humedad que no podia servir sin indecencia, y para última

prueba del desaliño y aun de la irreverencia, vió que en la ermita habia cinco cocinas donde se hacia lumbre. Por esto inflamada del celo de la casa de Dios, amando como David el decoro, y la hermosura del lugar sagrado, tuvo mucho que trabajar en la limpieza y en el adorno de la ermita, empleando muchos dias en barrerla, y otros muchos en coser frontales, casullas y manteles con materiales, que para este fin la dieron de limosna algunas nobles y piadosas personas de la villa.

De las fatigas que en estos cuidados de la decencia de la ermita sufrió su cuerpo (antes estenuado con las interiores y exteriores penalidades) la resultó un recio tabardillo con punta de costado. Padecia vivisimos dolores, y aunque la sangraron diez y ocho veces no remitió sus fuerzas la calentura que pareció haberse irritado mas con los remedios. El médico que la asistia, hallando en la enfermedad todas las señales de incurable se despidió desahuciándola y dijo á su confesor que ya no podia esperarse la vida de remedios naturales. Diéronla el Viático y luego que recibió á Jesucristo, conoció la enferma y dijo sentia muy grande alivio. Los que estaban presentes y antes de la comunión la miraban ya casi muerta sin pulsos, se los hallaron despues de ella tan vigorosos, que quedando apenas señal de dolencia, la juzgaron libre de aquella enfermedad naturalmente incurable, pero fácilmente rendida á aquel remedio que dejó á su iglesia el médico celestial en el sobrenatural y sobresustancial pan de vida, con el cual confortada y vivificada se levantó pocos dias despues enteramente sana.

Pero aunque se deja conocer cuanto fatigarian su estenuado cuerpo los vivos dolores del costado, y los ardores de tan recio y dilatado tabardillo, la fatigaron mas que estos en su enfermedad, otras penas interiores que su confesor refiere de esta suerte. «Dos temores (dice) affigieron mucho su corazon desde el principio de esta enfermedad. El uno era, que como en el hospital habia visto á una pobre muger adolecer y morir de tabardillo, y » que en los delirios de esta enfermedad prorrumpió muchas veces » en horrendas blasfemias contra Dios y sus Santos, podia ser que » la sucediese lo mismo, pues estaba con la misma enfermedad. » Este temor la atormentaba, y la tenia en continua oracion supli-



» cuando á nuestro Señor la librase de aquella desventura, y la
» aguardase sin delirio alguno para amarle y alabarle hasta el mis-
» mo instante de entregarle su alma. El segundo temor que la afligía era, que por la muerte que á su parecer venia por la posta, habia de presentarse presto al tribunal divino, donde se conoce los engaños de Satanás y del mundo, y donde se vé claramente la calidad de las obras y qué habia de hacer allí, si viese que las suyas no habian sido del gusto de Dios? Solo este gusto de Dios movia entonces (como en toda su vida) su corazon como olvidado del infierno y aun de la gloria y el purgatorio, y ningún cuidado tenia de la muerte, aunque la creía tan próxima.» Esta relacion del confesor descubre en Josefa aquel linaje de finos temores propios de esposa, que cuanto mas ama al esposo, tanto mas se aflige con la solicitud amorosa de no desagradarle; temores que produce el amor casto y puro, que nada quiere en sí ni para sí ni á sí mismo, sino todo en Dios y para Dios, y por eso nada teme sino el ofenderle.

Libre ya de la prólija y gravísima dolencia, agradeció al Señor el beneficio de haberla dado mas tiempo de vida para servirle, y le lograba en su soledad, empleando la mayor parte del dia en la contemplacion, sin que por eso omitiese las ordinarias horas que daba de noche al mismo ejercicio. Por esto teniendo á todas horas su conversacion en los cielos, padecia de ordinario aquella sóbria embriaguez que suele comunicar el Señor á las almas que introduce á sus botillerías celestiales con el vino de su divina dileccion. Acontecía entonces permanecer en la suspension de los sentidos la noche entera y alguna vez, despues de las ordinarias horas de la oracion estando ya en pie para acostarse, quedó en esta postura enagenada de sus sentidos, é inmóvil como una estatua por dos horas. De dia oraba muchas veces en la ermita, donde la hallaron estática algunas personas, que casualmente iban á ella; y no faltó quien ó con presunciones de maestro ó con indiscreta curiosidad de aprendiz, deseando averiguar si aquel sueño era corporal, ó otro mas dulce y mas profundo, hizo la esperiencia de atravesar con una agaja el brazo de Josefa, pero no logró que por eso hiciese ella algun movimiento vital.

De ordinario tenia la oracion en un cuarto alto de la casita de las Seroras, y algun dia en que mugeres forasteras, deseando hablarla la buscaron en la ermita, no hallándola en ella llamaron á la puerta de la casa, y porque no respondia, abrieron ellas la puerta, y subieron al cuarto alto donde la hallaron de rodillas con los brazos elevados en cruz, daban gritos y tirábanla de la ropa pero no por eso volvía á sus sentidos; y así ó desengañadas de despertarla, ó temerosas de porfiar, volvieron á sus casas, dando noticia de lo que vieron al confesor, que yendo despues á verla, la halló tan dentro de sí misma, que la costó trabajo el responderle, quedando tan debilitada que apenas pudo levantarse. Refirióme alguna vez que solía perseverar entonces con los brazos así elevados en cruz por tres horas, sin sentir fatiga en aquella penosa postura porque en el íntimo recogimiento del alma arrebatada el divino amor á lo interior todas las fuerzas, quedando en lo exterior como sin vida, ó adormecida sin accion ni movimiento.

Pero como en tan frecuentes arrobamientos no podia lograr el silencio, que deseaba de estas mercedes de Dios, tuvo tan vehementemente pena de que por ellas fuese estimada, que alguna vez con el ímpetu de este sentimiento resolvió pasar á algun desierto, donde nadie la conociese, y de hecho, haciendo un atillo en que llevaba los instrumentos de su penitencia y alguna ropa, empezó á caminar al hiermo sin mas reflexiones, pero apenas habia llegado á un jaro distante no mas que dos tiros de escopeta de la ermita, quedó tan fatigada que no pudo ya proseguir el viaje. Paró en el jaro algun tiempo, y conociendo despues que en aquella impotencia de caminar, la avisaba el Señor el desacierto de su resolucion volvió á la ermita, venciendo así con el favor divino, aquella que con capa de humildad, era tentacion de la cual por esperiencia propia, escribe así Santa Teresa. (1) *Otras veces me atormentaba mucho, y aun ahora me atormenta ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales y de que decian mucho bien, en esto he pasado y paso mucho. Dábame algunas veces y duróme artos dias y parecia era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentacion (un fraile dominico gran letrado me lo declaró bien)*

(1) S. Ther. Vit. cap. 51.

Cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hacia se habian de saber en publico, era tan excesivo el tormento que me inquietaba mucho el ánimo. Vino á terminos la tentacion, que me queria ir de este lugar y dotarme en otro monasterio muy mas encerrado, era tambien de mi órden y muy lejos, que esto es lo que á mi me consolaba, estar á donde no me conocieran.

Asi descubre la mística doctora Santa Teresa con la luz del cielo, unos subtiles átomos de las faltas en aquella que parece virtuosa pena y fuga de la estimacion de las criaturas, porque verdaderamente hay acciones que son sentidas por imperfecciones en los perfectos las cuales serian tenidas por perfecciones en los imperfectos como escribe San Francisco de Sales, (1) refiriendo lo que San Gerónimo dice de Santa Paula, que sus defectos y faltas tendrían lugar de virtudes en una alma menos perfecta.

Porque la alligia tanto el temor de las humanas alabanzas, era consiguiente que estimase los oprobios y se complaciese en las injurias. Llegó por este tiempo á buscarla en su ermita una persona que impaciente de algun agravio esplicó furiosamente sus quejas contra Josefa como si ella hubiese contribuido á su calamidad. Tratóla de hipócrita y embustera, que teniendo engañado al mundo con apariencias de santidad, influía con artificios ocultos en la opresion de los inocentes. Estaba ella entre estos baldones con semblante sereno como el Iris entre las tempestades y borrascas, y cuando ya iba consumiéndose el fuego de aquella cólera, la respondió blanda y dulcemente: *Pues encomiende V. md. á Dios porque no sea tan mala.* Acabó de levantar sus iras con esta apacible respuesta, y continuó en agasajar con el mayor agrado y cortesía al autor de aquellas imposturas, llevóle á su casita donde le regaló agradeciendo el agravio, como el mayor beneficio, y dando de esta suerte á conocer, que era tan amante de las injurias como enemiga de las alabanzas.

CAPITULO XV.

Contribuye á la conversion de algunas almas y padece nueva persecucion del demonio.

Aunque en la soledad de la ermita deseaba la abstraccion del

(1) Sales. Introduc. cap. 2. lib. 5.

trato con las criaturas, no deseaba ni podia tener ocioso el celo que abrasaba su corazon por la salvacion de los prógimos, y por el remedio de sus necesidades. Muchos la buscaban, que en los efectos mostraban ser dirigidos de inspiracion divina, para lograr su conversion. Uno de ellos teniendo ya con la envejecida costumbre de la lascivia, hechizado el juicio y casi endurecida la voluntad, habia llegado hasta el extremo de juzgar invencible su pasion. Representábale Josefa la necesidad de apagar presto aquellas llamas deshonestas con las amargas aguas de la penitencia. Haciale cargo de la bondad de aquel Señor, que tanto tiempo la esperaba y la deseaba, ofreciéndole las delicias sempiternas por premio de la privacion de las caducas, y representábale vivamente el peligro inminente de pasar muy presto de aquel fuego temporal á otro que nunca se acaba; pero ya insensible igualmente al alago y á la comminacion la respondia: *que aunque viesse allí abierto el infierno no pudiera vencer su vehemente pasion del amor sensual.* Desengañada de que sus amonestaciones no sanarian aquella enfermedad ya casi sin esperanza de remedio, recurrió á Dios orando por la libertad de aquella alma entregada á tan dura servidumbre, y sin mucha dilacion tuvo por el confesor mismo de aquel hombre el aviso, de que no solo estaba ya libre de los incendios de aquel vicio, sino se ejercitaba tambien despues de muy dolorosas confesiones de sus culpas en la oracion mental en que con llanto copioso regaba muchas veces al suelo, y de hecho perseveró asi consagrando á la penitencia lo restante de su vida.

Vino por este tiempo á buscarla tambien una muger forastera, á quien recibió apaciblemente, y despues que emplearon ambas algun tiempo en coloquios espirituales, dijo la forastera que era una gran pecadora y venia á pedirle sus oraciones, porque Dios usase con ella de misericordia. Tuvo entonces Josefa la sospecha de que la muger venia movida de la curiosidad ó de algun buen concepto de sus virtudes, lo que ella tanto aborrecia, y por eso atajándola con algun desabrimiento la conversacion la respondió, que podia decir aquellas cosas á Dios en la oracion, ó á sus ministros en el confesonario. Conociendo por esta respuesta de ella su disgusto, se contuvo la forastera sin proseguir en la relacion de su



conciencia, que era el fin de la visita, y se despidió para volver á su casa, pero la misma noche, despues que acabadas las tareas ordinarias de la oracion se retiró Josefa á la cama, apenas empezó á dormir la despertaron unos dolores muy recios de todas sus coyunturas que la atormentaron por mucho tiempo, y cuando quedó libre de ellos, se representó inmediatamente á los ojos de su alma con grande claridad el infeliz estado del alma de aquella muger, que vivia en ocasion próxima de gravísimos pecados y con la misma claridad, entendió, que aquellos intensos dolores eran castigo del desabrimento con que despidió á la que tanto necesitaba el remedio de su espiritual dolencia.

Sintiendo entonces su culpa mas que la pena de los dolores, pidió perdon á nuestro Señor con el propósito de buscar á aquella muger, y de concurrir con sus oficios á su salud espiritual. Al dia siguiente encontró persona que debia pasar por el lugar de su habitacion, y le encargó la dijése en su nombre lo que deseaba viniése mas despacio á visitar al Santo Cristo que se venera en la ermita. Volvió aquella muger convidada ya de Josefa á mas larga detencion en la ermita, donde algunos dias comian y cenaban juntas, hasta que esplicándola la ocasion en que vivia, (que era la misma que ella habia entendido en aquella vista interior) la persuadió á hacer (como hizo luego) una dolorosa confesion, y resolver el mudar su habitacion de aquel lugar donde tenia su mala correspondencia lo que consiguió tambien con grande consuelo de su alma, contribuyendo Josefa al fin de esta precisa separacion con la direccion de algunos medios conducentes.

Cuando asi atendia no solo á la propia perfeccion, sino tambien á evitar las culpas de los prógimos era preciso, que concitando contra ella sus rabias el espíritu malignó pretendiese maltratarla ó atemorizarla. Habiéndose armado una tarde muy recia tempestad que amenazaba su desolacion al campo, corrió nuestra Serora á la ermita á tocar la campana segun la costumbre autorizada en la practica de la iglesia. Mientras á la puerta de ella tiraba la sogga de la campana, vió entrar muchos monstruosos cuerpos fantásticos como de Gigantes, que con grandes varapalos ya subian al coro de la ermita por una escalera, ya bajaban de ella con grande

estrépito, miraban con ceño formidable y ademanes de ferocidad á la Serora que estaba muy cerca de aquella escalera por donde subian y bajaban, pero aunque se turbó ella á la primera vista, prosiguió sin interrupcion el movimiento de sus brazos, tocando la campana sin soltar de las manos la sogga, hasta que despues de haber pasado algun tiempo en estas espantosas escaramuzas, desaparecieron los Gigantes sin hacer otra hostilidad, á quien supo mantener con tanto esfuerzo el campo de la batalla.

CAPITULO XVI.

De otros accidentes que padecia y del principio que se dió á la fábrica de la Iglesia y Convento de Santa Brigida en la ermita.

Mas sensibles eran á Josefa otras penas que padecia en este tiempo. Desde que mudó su habitacion á la ermita, no habiendo en ella misa ni sacerdote que la diese comunión, solia bajar muchas veces á oirla y á recibirla á la parroquia. Empezó entonces á experimentar al tiempo de dar las gracias de la comunión, que daba su corazon unos grandes golpes al pecho muy perceptibles á la vista, y cuyo ruido oian tambien muchas personas en la iglesia. Siendo ya patentes estos afectos ó pasiones á la gente que concurría á la parroquia, padeció aquella grande afliccion que suele dar la publicidad de los favores de Dios á las almas, que aman en humilde silencio su profundo secreto. Por eso determinó el confesor decir misa cada dia en la ermita y darla en ella comunión al amanecer, evitando con esta precaucion á la vista y noticia del pueblo aquellos golpes del corazon que proseguian tambien sensiblemente en las mas retiradas comuniones de la ermita, y juzgando el confesor, que en el alma de Josefa habia los adornos de una singular pureza y de especial devocion al Sacramento de la Eucaristía, la aconsejó que comulgase cada dia.

Por este tiempo llegó el Visitador general del Obispado de Pamplona á Azcoitia, á donde vino á verlo un religioso muy docto y grave del orden de predicadores. El Visitador á cuyos oidos llegaron los ecos de la fama de Josefa, solicitó que hiciese algun escru-



Unio de su espíritu aquel sabio religioso, que fué á verla en la ermita, y la examinó en la conferencia de tres á cuatro horas, oyendo en muchos puntos que la preguntó, respuestas verdaderamente superiores á lo que ella debia y podia saber, y porque al hablar el religioso de uno de los misterios de la fé católica empezaron á temblar sus brazos y las rodillas, presintiendo ella en aquellos temblores las señales de algun arrobamiento, hacia sus diligencias y fuerzas para ocultarlo pero no podia; y asi la dijo el religioso, que en vano trabajaba en resistir aquellos impulsos que nacian del corazon ya conmovido. Pero sin embargo del buen concepto que formó del espíritu de Josefa, quiso hacer otra esperiencia. Dijola que le parecia escesiva la frecuencia de sus comuniones y seria conveniente que no comulgase sino de tarde en tarde. Despues de proferir este dictamen la preguntó como llevaria la privacion de tan frecuentes comuniones si el visitador se la ordenase? A que respondió: *Padre, si yo mirase mis deseos querria mas comulgar muy amenudo, pero si el Visitador me manda no comulgar sino muy pocas veces, le obedeceré sin alguna repugnancia; porque cuando comulgo á menudo deseo hacerlo solo por agradar á Dios, y cuando no comulgare á menudo lo dejaré de hacer por dar gusto á Dios en ejecucion de la orden de mi prelado.* Informó al Visitador aquel religioso del buen concepto que hacia de su espíritu, y asi prosiguió en la cotidiana comunión, en la cual tenia de ordinario afectos de admiracion ó júbilo con tan grande hartura y satisfaccion del alma que prorumpia en decir á Dios: *Qué mas tengo yo ó pretendo Señor en el Cielo, ó qué me falta en la tierra teniendoos realmente en este divino Sacramento?* Pero como esta real presencia no duraba mas tiempo que las especies Sacramentales, solia despues explicar al Señor sus deseos ardientes de que se colocase en aquella ermita su inefable Sacramento de amor. *Ha Señor (le decia) si yo os tuviera continuamente en esta iglesia en el Santísimo Sacramento, no envidiaría la habitacion del cielo, donde solo con vuestra presencia haceis bienaventurados á los justos!* Añadíanse á estos afectos algunas luces que recibia en la oracion como si en ella la dijesen que aquella ermita habia de ser casa de oracion. Tenia repetidamente el sentimiento de estas voces: *casa de oracion, casa de oracion: pero*

no sabia entonces lo que en ella se significaba, y proseguia siempre movida al deseo de tener al Señor Sacramentado en la iglesia de su ermita.

Al mismo tiempo vino al pensamiento de Doña María Ignacia Hurtado de Mendoza, que en aquella ermita de Santa Cruz podria edificarse un monasterio de la religion de Santa Brigida. Esta piadosa Señora hija de Don Juan Hurtado de Mendoza y Doña María Josefa de Zarauz de las mas ilustres familias de Guipúzcoa y de Alava, vivia entonces asistiendo á su anciano padre, á quien esplicó este pensamiento; pero siendo aquel caballero de tan acreditada discrecion y prudencia, aunque queria y alavaba los piadosos designios de su hija, hechaba de menos los medios proporcionados para lograrlos, y asi rebestia estas especies como ligeras fantasías. Conferia tambien sus pensamientos con la Serora, pero ésta la respondia lo mismo que su padre, queriendo el fin y conociendo la incompetencia de los medios.

Poco despues el confesor de Josefa resolvió hacer nuevas bóvedas á la ermita, pero hallando al principio de la obra que sus paredes ya desmoronadas no podrian sostener el nuevo peso, emprendió no sin nota de temeridad, el derribar todas las paredes y construir de nuevo la ermita desde sus cimientos, faltando el caudal suficiente para tanta obra. En interin Don Ignacio de Munibe, hijo de los condes de Peñaflores, colegial antes del Viejo de San Bartolomé el mayor de Salamanca, y entonces abad de la iglesia colegiata de Zenarruza, continuando con generosa piedad como grande bienhechor de Josefa sus limosnas, hizo donacion de la propiedad de la caseria llamada de Basarte cercana á la ermita, para que su renta sirviese á la memoria perpétua que fundó de misas en ella, despues de haber dado quinientos ducados para dorar los retablos de sus altares. Con esta ocasion no se puede omitir la noticia de un suceso, porque contribuye á la veneracion del Santo Cristo, que se reverencia en esta ermita. Ordenó el confesor de Josefa á un labrador que bajase á la casa del dorador una columna del retablo, pero entendiendo mal el orden, en lugar de la columna, arrancó del altar al Santo Cristo y le llevó al confesor que al mirarle vió, que aquel rústico le habia quebrado un dedo



de su escultura. Preguntó despues á los oficiales, si podria soldarse bien aquel dedo, y respondiéndole que se soldaria, restituyó el mismo confesor el Santo Cristo á su ermita, y al tiempo que iba á colocarlo en su nicho, vió con grande admiracion que estaba ya soldado el dedo que poco antes vió quebrado, y no habiendo pasado á otras manos el Santo-Cristo, conoció que aquella no fué obra de artífice visible.

Como ya en estas nuevas obras de la iglesia y sus retablos, y en la fundacion de la capellanía de misas para ella, se ponian en práctica muchas ideas superiores á la comun espectacion del pueblo, pareció tambien á Doña María Ignacia Hurtado de Mendoza, que podria con estos ejemplares practicarse su pensamiento de construir en aquel sitio un pequeño monasterio con doce celdas para religiosas de Santa Brígida, y sin mas exámen de las dificultades empezó luego á abrir los cimientos y levantar las paredes, moviéndose con su resolucion en el pueblo unos á la risa y otros á la compasion de que se gastase dinero en obra fundada sobre el viento de vanas esperanzas. Pero fué asi, que siendo el principal tesoro de esta Señora su confianza en el poder de Dios que la movia, hacia trabajar en la obra á cincuenta oficiales, no teniendo para pago de sus jornales mas caudal que el que su esperanza tenia situado en la divina providencia. Sin embargo mostró la experiencia aquella verdad, que en ocasiones semejantes solia decir San Ignacio de Loyola: *Que donde está la confianza de Dios, todo sobra, y que se debe fiar mas de Dios, cuanto mas desesperadas se ven las cosas humanas.* Porque creyendo en la esperanza contra la esperanza (como escribe San Pablo de Abraham) tuvo esta confianza por gajes los progresos maravillosos de la fábrica del convento que se admiró perfectamente acabado pocos años despues; y habiendo entrado en él las madres fundadoras del instituto de Santa Brígida (de quienes se hará mencion á su tiempo) fué recibida en el mismo dia que Josefa al noviciado de este monasterio de Santa Cruz, donde ha sido por muchos años y es actualmente Priora para contribuir con sus ejemplos y direcciones á la edificacion espiritual, la que contribuyó antes con celo animoso al material edificio.

CAPITULO XVII.

De su llamamiento á Logroño y de los sucesos hasta restituirse á la ermita.

Mientras trabajaba asi remando contra los vientos de las contradicciones, sobrevino una nueva tempestad, que hubiera anegado todas las esperanzas si la perfeccion de esta obra no corriese á cuenta del divino artífice, que movió á empezarla y queria manifestar su imperio sobre los vientos y borrascas.

Dijose ya, que no sin grande afliccion de Josefa sonaban en estos pueblos las mercedes que recibia del Señor, siguiéndose á esto la murmuracion de los unos y la alabanza de los otros, como suele suceder introduciéndose el vulgo todo á presumir de entendido en la arte dificil de discernir los espíritus. Y por eso á cualquiera alma, que asi regala Dios con favores descubiertos, instruye Santa Teresa previniendo: (1) *se apareje á la persecucion que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda que la hace semejantes mercedes; porque hay mil ojos para una alma de estas, á donde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razon de temer y este debia ser mi temor, porque bien se puede aparejar una alma que asi permite Dios que ande en los ojos del mundo y á ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir á él, el mismo mundo la matará.*

Los materiales deliquios de Josefa y los ruidosos movimientos de su corazon, que no pudieron ocultarse á todos, daban asunto á las conversaciones del vulgo perdiendo entre ellas la verdad, lo que suele cuando se deja tratar de la muchedumbre. Muchos movidos de su inclinación descubrian la voluntad mas que el entendimiento en ponderar y aun abultar estos accidentes, que la gente ignorante califica y aprecia como sustancia de la Santidad, y aun no faltó quien pensando hacer obsequio á Dios, se dejase conducir de un celo imprudente á la resolucion de escribir por propio arbitrio las suspensiones y frecuentes éstasis de Josefa, y sencillamente satisfecho de sus apuntamientos, lo manifestó con nueva

(1) S. Ther. Vit. cap. 54.



y mayor indiscrecion á varias personas, mostrándose en este solo sobre escrito la impericia de su pluma para correr sin tropiezo en la dificultosa narracion de este linaje de sucesos.

Por esto alguna persona celosa dió noticia de este desacierto al Santo Tribunal de la inquisicion de Navarra, cuya vigilante y discreta conducta acordó la pronta providencia del exámen de aquellos apuntamientos, y hallándose en ellos tratada indiscreta y rudamente la sutileza de estos puntos forasteros al ingenio y á las esperiencias del escritor, pareció conveniente á los Señores Inquisidores examinar los quilates de su espíritu en aquel contraste de la verdad; ordenándola que compareciese dentro de veinte dias en Logroño, no como presa, sino para estar en la casa del licenciado Don Diego Sabando Enriquez, Comisario del Santo Oficio, y Beneficiado de la Parroquial de Santiago la Real de aquella Ciudad, el cual vivia entonces con su madre, mujer de mucho juicio y de acreditada virtud. Solia decir, que al oír la notificacion de este despacho tuvo grande consuelo con la consideracion de que si (como ella pensaba) la mandaban poner en alguna cárcel secreta y obscura, lograria en ella libre todo el tiempo para el continuo trato familiar con Dios en la oracion.

Puso luego en ejecucion el orden de hacer su viaje á Logroño con la decencia correspondiente á su esfera, y despues que en el camino se ejerció su paciencia entre muchos extraordinarios remolinos y uracanes, llegó al hospicio prevenido en la casa de aquel autorizado Sacerdote. Fué despues llamada desde ella al Tribunal, y al entrar en la sala de la inquisicion, sintió su corazon algunas angustias formadas en el empacho, en el susto y en el reberente temor á aquel gravisimo consistorio; pero luego se representó á su vista Jesucristo crucificado y mirando á *aquel autor de la fé y consumidor, que* (1) (como escribe su Apostol) *sufrió la Cruz con gozo despreciando la confusion*, quedó Josefa confortada y animosa. Despues que por su declaracion constó, que estaba enteramente ignorante del contesto de aquellos apuntamientos escritos sin noticia alguna de Josefa, pasó el Santo tribunal á examinar por personas de conocida conciencia y virtud su espíritu y vida, y con

(1) Ep. ad Habr. Cap. 42. v. 2.

juramento declaró la verdad en cuanto fué preguntada de toda ella. Pasó despues esta declaracion jurada á la Suprema y General Inquisicion.

Confesábala en este tiempo un vascongado Jesuita, que fué tambien el intérprete en el exámen que hizo de su espíritu el Santo Tribunal, y habiéndole mudado sus superiores á otro colegio de su provincia, quiso elegir para su confesor á un anciano religioso dominico, que entendia este idioma, pero se escusó dejándola su repulsa con mucho desconsuelo. Llegó esta noticia á los Señores Inquisidores, que avisaron luego al religioso la admitiese á confesarla cuando le buscasse; lo que ejecutó no solo con puntualidad, sino tambien con gusto despues que empezó á tratar su espíritu.

Un año se esperó la resulta de la Inquisicion Suprema, cuyas resoluciones aun por su circunspeccion y pausa, concilian la veneracion y en el interin se descubrieron los deliquios y movimientos ordinarios del corazon, no solo dentro de la casa que habitaba, sino tambien en público. Con el deseo de encubrir las mercedes de Dios, muchas veces subia á los desbanes de la casa donde yendo á buscarla las criadas de Don Diego, ó por su orden ó por curiosidad, la encontraban enagenada de sí misma, y algunas veces vieron, que estando asi en la suspension de sus sentidos se ponian las palomas sobre sus hombros y regazo. Un criado que servia entonces á Don Diego, solia despues referir con admiracion, que yendo á llamar de su orden á Josefa mientras estaba orando encerrada en su aposento, vió desde el resquicio de la puerta bañado en resplandores todo aquel sitio, derramándose asi la claridad con que Dios ilustraba el alma los reflejos de luz, no solo al cuerpo que informaba, sino tambien al aposento en que alojaba.

Padecía muy á menudo grandes interiores aflicciones, que se dejaban conocer en la inquietud del corazon, cuyos movimientos se percibian haciéndola perder el uso de la lengua. Visitábanla con frecuencia muchos graves religiosos, caballeros y señoras principales de Logroño, compitiendo todos con noble claridad y emulacion en hacer este honor á Josefa por el concepto de sus virtudes, complaciendo en esto á D. Diego Sabando y su madre, que se interesaban en las estimaciones de su huésped, como si fuese do-

méstica. Todos se condolían de verla padecer tan estraños y desusados tormentos, llamaban al médico, que pulsando á la enferma confesaba que él no entendía aquel linage de dolencias escondidas á los aforismos de su facultad, y así se volvía á su casa sin otra diligencia. De noche despertaban las criadas de Don Diego al ruido de aquellos movimientos del corazón, y hallándola con apariencias de cadáver, llamaban á su amo, á cuya imperiosa voz recobraba el uso de los sentidos.

Al ver postrada ya la naturaleza á la violencia dulce de estos afectos ó pasiones del divino amor, (1) la persuadían hombres sabios que divirtiese su atención de los pensamientos pios, en que se cebava esta enfermedad, y aun mandaron se quitasen de su aposento algunas devotas estampas á cuya vista se conmovía su corazón para padecer tan frecuentes suspensiones y deliquios. Padecíalos también en público cuando no la tenían tendida á la cama estos accidentes. Llevábanla muchas veces las Señoras principales de la ciudad al paseo de los jardines, pretendiendo divertirla así en sus amenidades el pensamiento; pero al ver en ellos la belleza de las flores, se arrebatava su corazón á la contemplación de aquella primera hermosura, que hace tan hermosas las flores, ó de aquella divinidad, que es la mas soberana y la mas pura de todas las hermosuras, y con este amoroso sentimiento, como si la naturaleza toda quisiese correr en seguimiento de sus delicias, ó como si el alma quisiese huir de la cárcel del cuerpo, padecía á veces suspensiones y desmayos, quedando así sin el uso de sus sentidos á vista de aquella ilustre comitiva. Mientras el Viernes Santo hacia las estaciones de las iglesias oyendo en una de ellas predicar la pasión de Jesucristo, padeció otro deliquio amorosamente doloroso, resultando de esta publicidad el mandarla detener poco en los templos, y no fijar la vista sino en las bóvedas y cornisas.

Y en suma pasaba en este tiempo por el espíritu de Josefa, lo que en sus moradas dejó escrito Santa Teresa: (2) *que viendo una imagen devota, ó oyendo un sermón ó música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacia volar.*

(1) Vide Auctor Lucernæ Mysticae tract. 3. q. 49. n. 198.

(2) S. Ther. Mer. 7. cap. 5.

Cuando llegó la resulta de la Suprema inquisición, estaba en el convento de Santo Domingo, de donde fué llamada al tribunal, para decirle que tenía licencia de volver cuando quisiese á su tierra, sin decirle otra cosa, según la práctica del silencio que observava en sus causas este venerable senado, pero pudo traslucirse de muchas conjeturas bien fundadas, que los teólogos que en la Corte y en Logroño hicieron exacto exámen de su vida, conformaron en que era Josefa de sólida virtud, de espíritu muy regular y humilde, de ánimo sincero y fervorosamente inclinado á hacer en todo la divina voluntad. Tal fué el concepto general que se formó de ella públicamente en Logroño, donde varias comunidades de religiosas la convidaron á competencia con el hábito, y aun los Señores Inquisidores la ofrecieron en sus casas aposentos retirados, si resolviese permanecer en aquella ciudad, donde hallaría á elección sabios directores que la guiasen con acierto. Mostró ella el agradecimiento correspondiente á estos favores, considerándose tanto mas obligada á la gratitud, cuanto se juzgaba mas distante de haberlos merecido; pero moviéndola el Señor á volver á la patria por los fines que se descubrirán en la serie de su vida, determinó volver á ella, dejando dolorida su ausencia á toda la familia de Don Diego Sabando, quien para complemento de los beneficios que la hizo en quince meses de alojamiento en su casa, la acompañó ahora desde ella en mas de veinte leguas hasta dejarla en su ermita de Santa Cruz, publicando en esta voluntaria, noble y piadosa demostración el aprecio de su huésped, y el concepto que hacia de sus virtudes y que manifestó despues en una carta escrita con el motivo que referiremos en tiempo oportuno.

Pero habiendo muerto muchos años antes que Josefa aquel eclesiástico que fué testigo de los favores y tesoros de las noticias de su espíritu, se han ocultado muchas, que quiso depositar en el silencio, por eso omitiendo la relación de algunos sucesos cuya certidumbre necesaria nos falta, nos contentaremos con referir lo que Don Manuel Ruiz de Lobera, Sacerdote anciano de Logroño declara. «Que oyó á Don Diego Sabando, con quien tuvo comunicación, que por las oraciones de la Madre Josefa, debía á Dios grandes misericordias y el alivio en las enfermedades que pade-



»ció, y que no duda manifestaría si viviese muchos muy espe-
»ciales sucesos del tiempo que estuvo en su casa. Y añade que de-
»scando encontrar entre los papeles de Don Diego algunas noticias
»de la madre Josefa, tomó por algunos dias el trabajo de registrar-
»los y no halló cosa conducente á este intento; pero halló entre
»ellos unos instrumentos, que por tres años antecedentes busca-
»ba inútilmente con la mayor diligencia, y los necesitaba para su
»defensa en pleito pendiente, y que el hallazgo de estos papeles
»suyos que tenia ya perdidos entre los de Don Diego, no le ha pa-
»recido casualidad ni ha dudado que sea premio del trabajo que
»puso en obsequio de la madre Josefa.

CAPITULO XVIII.

Refiérense varios sucesos del tiempo que vivió en el convento de Santa Clara hasta que pasó á la casa de Idiaquez.

Al volver de Logroño á su ermita de Santa Cruz con estas señales públicas de inocencia, todos los que miraban antes sin ceño las acciones de Josefa, fortalecieron el buen concepto que formaban de su espíritu, cuando apurado en el crisol de la fama y de la virtud dió tan buena prueba de sí mismo. Las principales Señoras de esta villa y de la de Azpeitia sin acertar á contener su complacencia, fueron luego á verla, pretendiendo desahogar con su presencia las ansias con que la habian deseado y esperado. Pero estos honores con que el mundo venera al que le desprecia, y son como sombras que siguen al que los huye, la eran tan sensibles como fueran á otros los desprecios. Deseaba ella una vida toda escondida con Jesucristo en Dios, y aunque en la ermita lograria como antes mucho tiempo para la soledad, y el silencio del espíritu en la oracion presentia el peligro de ser vista de la gente, que la buscaba entre aquellos desfallecimientos de los sentidos. Asi deseaba ardientemente esconder tambien al mundo el cuerpo en el jardin cerrado de la religion.

Mientras vivia en el hospital tenia frecuente comunicacion con muchas Señoras del religiosísimo convento de Santa Clara de Az-

coitia, que fundado y copiosamente dotado por el Señor Don Francisco de Zuazola Idiaquez, del Real y Supremo Consejo de Castilla, ha abrigado en sus claustros muchas vírgenes ilustres por su nacimiento y aun mas ilustres por sus virtudes. Debía Josefa á todo este convento aquel favor que suelen hallar los pobres en la nobleza Hermanada con la caridad, y le debía muy especial á la Madre María Teresa de Jesus y Munibe, Prelada de este monasterio, en que lograban sus talentos el comun amor y respeto de las súbditas. Manifestó esta Señora su propension á darla el velo, para cuyo fin ofrecia dotarla su hermano Don Ignacio de Munibe, abad de la colegiata de Zenarruza (de quien hicimos memoria) concurriendo de esta suerte en piadosa emulacion la caridad de estos nobilísimos hermanos, á la proteccion de Josefa: pero porque al mismo tiempo la ofrecia Doña Ana de Lasalde el título para Sero-ra de Santa Cruz, consultó la resolucion á su confesor, que la mandó pidiese por ocho dias en la oracion á nuestro Señor la luz, para elegir lo que fuese su divino beneplácito. Hizolo asi, y despues de este término dió noticia al confesor de los que la parecieron impulsos de Dios, para ir entonces á la ermita de Santa Cruz lo que ejecutó con su aprobacion.

Pero suspirando ahora de vuelta de Logroño por el encierro en el claustro religioso, donde fugitiva del tumulto del siglo, lograse la mansion solitaria del espíritu y del cuerpo, solicitó la gracia de ser admitida al gremio de esta observantísima comunidad, y la logró de la benevolencia de sus religiosas, ofreciendo dotarla competentemente Don Pedro de Idiaquez, dueño de esta ilustre casa cuyas memorias se ofrecerán muchas veces á nuestra historia.

Entrando en el noviciado por julio del año de mil seiscientos ochenta y seis, experimentó su corazon aquella alegría que suelen mostrar los navegantes cuando burlando las borrascas del mar, han arribado al puerto deseado. Descansaba aqui su espíritu entre las deliciosas tareas de la oracion retirada, y se entregaba ahora con mayor gusto á la angélica ocupacion de las divinas alabanzas en aquel coro de las vírgenes consagradas á Jesucristo, á quienes tenia entrañablemente amor, porque le merecian sus virtudes y porque debía esta correspondencia á los favores de todas. Pero



pocos dias despues que en el noviciado bebió la leche de las divinas consolaciones, la destetó el Señor dándola á gustar las mayores amarguras.

Mientras enterraban en el convento á una religiosa, meditaba Josefa la propia muerte, considerando que en aquel sitio se daría tambien algun dia la sepultura á su cuerpo, pero oyó entonces una interior y clarísima voz, en que se dijo á su alma: *No has de ser aqui enterrada.* Acabado el entierro deseaba borrar de la memoria las especies de esta voz, y no podía lograr su deseo, antes la parecia que iba tomando mas fuerza un aviso interior, de que su profesion seria en el nuevo monasterio de Santa Brigida que habia de fundarse. Aflijíala mucho el recelo de que podría llegar algun dia de dejar aquella clausura, porque su natural inclinacion la llevaba con vehemencia al deseo de profesar, á donde habia ya empezado el noviciado. Crecía cada dia el impulso de profesar en el nuevo, cuya fundacion se esperaba en la ermita, pero estaba siempre vigorosa su propension á permanecer en el que estaba. Fatigáronla aquellos encontrados pensamientos, combatiendo por espacio de diez meses su espiritu sin alguna tregua ni interrupcion dejándose fácilmente conocer, cuanto lastimaria esta próliza lucha interior á su corazon, que tanto mas temía ser engañada en la eleccion, cuanto mas ardientemente deseaba hacer la divina voluntad.

Por eso alargaba mucho la oracion pidiendo la divina luz para ver los lazos del demonio. Clamaban al Señor los gemidos de su corazon angustiado entre los temores del desacierto, enviando al cielo los suspiros como correos que fuesen á saber la voluntad de su dueño. Y aun parece que entre los suspiros se exalaba tambien toda arrebatada á aquella celestial region; porque casi ordinariamente en la oracion y en la misa quedaba sin el uso de sus sentidos. Advirtió desde el principio del noviciado estos enagenamientos la abadesa del convento, que manifestaba su discrecion en el cuidado de ocultarlos. Pero no bastaron todas sus diligencias para que tan frecuentes suspensiones se ignorasen en la Comunidad. Una de las domésticas que servia en el convento, la vió alguna vez puesta de rodillas y con señales de cadáver. Llamábala

y tirábala del hábito pero no la respondia ni se movia; asíala de las manos con violencia, y hallándolas eladas (porque el calor habia desamparado la porcion exterior por socorrer al corazon) crecia su temor de que estuviese muerta, aplicóla despues la llama de un candil que llevaba, á la nariz hasta quemarsela en la estremitad, y al ver que ni por eso daba muestras de sentimiento, buscó afligida á la abadesa para decirla que Josefa estaba muerta. Pero como la superiora habia notado otras veces en la novicia semejantes accidentes, creyó que aquella seria la que San Bernardo (1) llama buena muerte que no quita la vida sino la mejora, ó que no seria muerte natural sino uno de aquellos adormecimientos sobrenaturales que padecía. Por eso mandó á la que la llevó esta noticia que se retirase, y entrando en el coro la dijo, que volviese á su sentido. Obedeció al imperio de esta voz la novicia, volviendo luego en sí misma con un semblante penoso, en que manifestaba ó el dolor con que se arrancó su corazon de aquel alto y profundo sueño, ó la afliccion de ser vista en la suspension de los sentidos ó la pena que en la misma oracion padecía, y representaba al Señor deseando el acierto entre los contrarios pensamientos de profesar en este ó en el otro monasterio.

Llegaron á ser tan continuas estas comunicaciones estáticas de dia y de noche, que una sobrina de la abadesa compañera de Josefa en la celda dijo á su tia. «Madre, mi compañera todo el dia duerme y de noche está despierta.» Esplicando así los adormecimientos frecuentes de sentidos en que era vista de dia, y la vigilancia con que tambien de noche se entregaba en la oracion al mismo sueño vital, que iluminase sus sentidos interiores. Vió tambien la misma sobrina de la abadesa, descender por dos veces desde el techo cerrado de la celda una cándida paloma sobre la cabeza de nuestra novicia, mientras estaba ella en su oracion enagenada, arrebatando esta vista el asombro de aquella compañera que referia estos sucesos.

Añadia la novicia á esta continua oracion grandes penitencias corporales, con que moviese á Dios á socorrer á su corazon afligido entre los temores de no hacer su voluntad. Sobre estas mortí-

(1) S. Bern. Serm. pár. 2. in Cantic. Bona mors, quæ vitam non aufert, sed trasert in melius.



ficaciones voluntarias del cuerpo, sufrió tambien otras de tercianas prólixas que la fatigaron mucho, pero no eran comparables estos trabajos con las angustias del alma en la oposicion de sus pensamientos, manteniéndose firme su inclinacion á perseverar en el mismo monasterio, y creciendo siempre contra esta inclinacion los impulsos de profesar en el otro de Santa Brigida.

Habian pasado ya entre estas penas mas de los diez meses del noviciado, y habiendo de pedirse al Señor Obispo de Pamplona la comision para explorar su voluntad, resolvió no pasar á declararla sin tomar consejo. A este tiempo logró la oportunidad de comunicar por conducta de su confianza todos los movimientos y dudas que pasaban por su espíritu al Rmo. P. Andrés de Zúpide, rector del real colegio y Santa Casa de Loyola, el cual fué despues su director por trece años. Oyendo este la relacion respondió, que aunque la inclinacion natural de Josefa fuése de profesar en este convento, la perseverancia de los interiores impulsos que contra esta inclinacion crecian cada dia, le parecia señal de que Dios queria su profesion en el nuevo convento de Santa Brigida.

Aunque oyó ella esta respuesta con el respeto que solia la voz de Dios en sus ministros, renacian nuevas dificultades para ponerla en ejecucion. Representábase á su entendimiento la precisa nota de inconstancia y la de su ingratitud á las religiosas, que con tantos beneficios la tenian obligada al mayor agradecimiento, la pena de desprenderse de su deliciosa clausura y de la obediencia á una prelada á quien debia todos los oficios de madre amorosa. Entre estas consideraciones vivia Josefa entregada al desconsuelo y melancolia; hasta que el dia de San Antonio de Padua (á quien profesaba particular devocion) sintió que este Santo portentoso, como asiéndola suavísimamente de la mano á las cuatro de la mañana, la ayudaba á incorporarse y levantarse de la cama, advirtiéndole inmediatamente que se desvanecieron todas aquellas que la parecian insuperables dificultades, quedando su corazon sosegado y pronto para la ejecucion del consejo de profesar á su tiempo en el convento de Santa Brigida, verificándose aqui lo que sucede muchas veces que inspira Dios á los justos algunos buenos deseos, cuya ejecucion no permite ó quiere diferirla para otro tiempo.

Llegando el tiempo de la exploracion cometida al licenciado Don Francisco de Eizaguirre, Vicario de la parroquia, la sacó de la clausura porque entendió, que queria hacer fuera de ella la declaracion de su voluntad y conduciéndola á la capilla de la Soledad que hay en el hospital, descubrió ella su inclinacion á quedar allí como en depósito aquella noche; pero persuadiéndola el comisario á que eligiese para depósito alguna de muchas casas particulares que habia en la villa con oratorios privados, escogió la casa de Idiaquez de que dió noticia el Vicario á Doña Luisa Maria de Eguía, viuda de Don Francisco de Idiaquez y á su primogénito Don Pedro Señor de esta casa; y luego madre é hijo fueron á la capilla del hospital para conducirla á su casa, esplicando en esta demostracion el aprecio que hacian de Josefa, que al dia inmediato declaró su voluntad de no hallarse entonces en estado y ánimo de continuar su noviciado, por motivos que la parecian del servicio de Dios.

Pero aunque en dejar la clausura de tan ejemplares religiosas, sufrió ella una de las mas graves aflicciones de su vida, pudo consolarse en la esperanza de pasar despues á otra clausura de la religion de Santa Brigida, cuyas glorias han mirado como propias las hijas de Santa Clara. En los claustros de su monasterio de San Lorenzo de Roma, visitado frecuentemente de Santa Brigida en vida, estuvo tambien espuesto por tres dias á la veneracion del pueblo Romano, el cadáver de aquella bienaventurada princesa de Nericia que permaneció depositado en monumento de mármol entre las Clarisas hasta que Santa Catalina de Suecia digna hija de tal madre, le trasladó al primer convento de su órden, que fundó Santa Brigida en su Granja de Ubasten en Suecia, dejando á aquellas religiosas Clarisas, la principal reliquia de un brazo y otras pequeñas porciones que veneran como prendas del amor y devocion de esta Santa. Interesóse tambien en la canonizacion de Santa Brigida, aquel gran convento de Santa Clara porque unió sus representaciones con las de la religion de Santa Brigida, y con las de los Reyes de Suecia para solicitar su culto en los altares, manifestando de esta suerte las hijas de Santa Clara, que miran como domésticas las glorias de Santa Brigida que en vida y en muerte esplicó singular amor á las Clarisas, y aun á toda la ser-



fica familia de San Francisco. Y en fin del año de 1384 se edificó en aquel gran convento de San Lorenzo un bello altar sobre la tumba en que estuvieron depositadas sus reliquias para señal del respeto y veneracion con que conservaban la memoria de su precioso depósito doscientos años despues de la muerte de Santa Brigida. Hemos notado los antiguos vínculos de amor que enlazan á estas religiosísimas familias de Santa Clara y Santa Brigida, para significar que pasando Josefa al nuevo convento de Brigidas, no apartaba el corazon de las Clarisas que así interesan en las glorias de Santa Brigida y en la propagacion de su instituto celestial.

CAPITULO XIX.

De la calidad y distribucion de sus ejercicios en la casa de Idiaquez.

Pareció por los efectos inspirada del cielo la eleccion que hizo Josefa para su depósito de la casa de Idiaquez, no solo porque la autoridad de esta ilustre familia contribuyó mucho á vencer las dificultades de la fundacion del convento de Santa Cruz, sino tambien porque logró en ella su alojamiento retirado en un aposento con ventana al oratorio donde cada dia se celebraba el Santo sacrificio de la misa.

Deseó ahora que la confesase D. Ignacio Esandi, que vivia en la misma casa como capellan, pero aunque este sacerdote tenia el concepto universal de muy docto en la teologia escolástica y moral, y no poco versado en la mística, sin embargo vencido de su propia desconfianza entre los temores excesivos de una conciencia delicada y escrupulosa, rehusaba ejercitar este ministerio. Insistió Josefa con repetidas instancias en que la hiciese esta caridad con la confianza de que Dios le asistiría. Rindióse á estos ruegos Don Ignacio, que empezó desde luego á oirla, y continuó por siete años hasta que murió el cuidado de confesarla; pero durando la desconfianza de la propia conducta, solicitó con beneplácito y gusto suyo la direccion del V. P. Juan de Berceiarza, jesuita que vivia entonces, y murió despues en el Real Colegio de Salamanca, venerado de aquella grande universidad por sus virtudes y por muy docto y experimentado maestro de la mística teologia. Para el

fin de informarle formó Don Ignacio una sucinta relacion de los principales pasos de su vida desde la niñez, espresando en nombre de ella su deseo, de que en leyéndola quemase aquella relacion y la instruyese en lo que habia de hacer para agradar á Dios. Pero porque queria este Señor dejar para la comun edificacion alguna memoria de los muchos favores que hizo á su sierva y de la fidelidad con que le respondia, inspiró aquel venerable sabio jesuita que respondiese á Don Ignacio lo siguiente: *He leído la relacion que vuelve con esta carta v. md. la tenga en su poder con todo secreto y cerrada para que si v. md. no pudiere á su tiempo, se entregue al que fuere Rector en el Santo colegio de Loyola.* Ejecutó esta orden puntualmente Don Ignacio, entregando al morir la relacion al Real Colegio de Loyola donde se conservó, y por eso debemos al V. P. Berreiarza contra las humildes intenciones de Josefa, la permanencia de estos papeles, que dan materia para tejer la tela de la historia de su vida.

A pocos dias de su ingreso en la casa de Idiaquez, conoció el confesor las suspensiones de sentidos que padecia y queria disimular; pero ni este cuidado, ni el que tenia al mismo sin el confesor bastaron á impedir, que la notasen los domésticos. Destinaba entonces ocho y nueve horas á la contemplacion en que casi continuamente quedaba absorta ó enagenada, y al salir de la oracion ó al sacarla de ella el confesor, apenas podia tenerse en pie. Solia éste leer en su presencia (porque ella no sabia) algunos libros espirituales que de ordinario eran: *Las meditaciones y guía espiritual del V. P. Luis de la Puente. Los ejercicios del V. P. Alonso Rodriguez. La mística ciudad de Dios de la V. M. María de Jesus. Y la historia de la pasion del V. P. Luis de la Palma.* En la eleccion de todos estos escribe el confesor que se enternecia mucho Josefa, y especialmente cuando se leia en la pasion de Palma, era preciso muchísimas veces interrumpirla y aun dejarla, porque empezando por temblores de todo el cuerpo, quedaba sin el uso de sus sentidos al oír alguno de los piadosos discursos de aquel libro, y aunque cuando volvía en sí, pedia con humildes instancias al confesor que prosiguiese la leccion en el mismo asunto, no lo conseguia, costándola grave pena la privacion de oír aquellas



consideraciones de la pasión de su amado que la dejaban tan sabrosamente llagado el corazón.

Persuadido el confesor á que las tareas largas de oración con tan frecuentes deliquios la debilitaban con exceso, la prescribió tiempos precisos para ella, ordenándola que no pasase cada día de siete horas, y que estas fuesen con sus interrupciones sin exceder de dos horas cada vez. Obedecía en cuanto podía, no poniéndose á orar fuera de las horas señaladas sin nueva licencia, pero no por eso estaba libre el confesor del cuidado de sacarla de la oración, cuando en ella la sobrevenia aquel místico sueño en que ni el alma entra cuando quiere, ni sale de él cuando quiere sino cuando lo ordena aquel Señor que la adormece y la despierta.

Deseando un día festivo mas tiempo de oración que el señalado, pidió al confesor la licencia para retirarse al oratorio á las dos de la tarde, diósele con la prevención de que saliese de él á las tres, recelando la alargase mas de lo que juzgaba conveniente. Puesta en oración tardó poco en padecer la ordinaria suspensión de sentidos, y entrando cinco horas despues en el oratorio algun doméstico, la halló sin pulsos y con señales de cadáver. Con este susto la daba voces y tiraba de la ropa, pero como la que entonces estaba intensamente atenta al divino atractivo nada respondia, creció el temor de que estaria muerta y llamó luego al confesor que la halló en el mismo estado. Hizola volver en sí y su primera acción despues de volver á sus sentidos, fué la de sentarse y abrir los ojos, pero no podía hablar al principio aunque movía los labios por su debilidad; y reprehendiéndola el confesor despues por no haber salido á las tres del oratorio le respondió así: *¡Ah Señor! si v. md. supiera la mala obra que me ha hecho en sacarme de donde estaba, me hubiera dejado mucho mas tiempo.*

Fuera de las horas señaladas para la oración, empleaba otras en la labor retirada en su aposento donde de ordinario la dejaban sola, pero con las reliquias de los afectos ó pasiones de su contemplación se renovaba el calor del espíritu en la misma labor en que volvía á suspenderse, atizándose esta sagrada llama con el cuidado de la continua presencia divina. Así alguna vez entrando como solia el confesor en su aposento á leerla un libro espiritual, la

halló suave y profundamente entregada á aquel divino sueño con las manos puestas sobre las rodillas, y teniendo sin soltar de ellas la aspa y el hilo con que se puso á devanar. Los que moraban en aquel tiempo con Josefa en la casa de Idiaquez contestan ahora, que al entrar con algun motivo en el oratorio ó en su aposento, la hallaban ordinariamente absorta ó enagenada, sorda para las voces que la daban y muda para las respuestas como quien estaba con el oído en el cielo, y con todo el corazón atento á su divino maestro, que la instruía llevándola á la interior y deliciosa soledad.

Notaban tambien los domésticos, que al mirar Josefa una muy devota y primorosa estatua de Jesucristo que habia en el oratorio, empezaba á padecer grandes sensibles temblores todo su cuerpo, esplicando en ellos aquel santo reverencial temor de Dios que apoderado del corazón, rebotaba á la carne logrando de esta suerte lo que deseaba el Santo Rey David (1) cuando rogaba al Señor, que pasase á sus carnes aquel clavo del Santo temor, que tenía atravesado en el alma.

Pero aunque vivía así comerciando casi siempre en el cielo, y derritiéndose entre estasis amorosos con los ardores de Jesus que la heria y abrasaba el corazón, al salir de la oración ó al sacarla de ella el confesor, le esplicaba las desconfianzas y temores de esta oración que llamaba *simpleza*, y lo era en alguna manera porque aquel Señor, que solo porque quiere y cuando quiere eleva el alma á la contemplación infusa, suele en ella *llenarla de un espíritu de inteligencia* ó de una inteligencia sublime tan fina y tan sutil, que no parece sino simple aprehensión, segun aquel reposo en que la tiene, mirándole y contemplándole sin hartarse de mirarle y de amarle. Pero entre las aprehensiones que así la afligian de que fuese flojedad ó livieza suya aquel Santo y actioso ocio de su oración se consolaba con la esperanza de enmendarla en la primera ocasión. Llevaba siempre prevenidos sus puntos para meditarlos concertadamente, pero atraída del Señor al conocimiento y amor de su bondad infinita perdía la memoria de los puntos y la tenía su dueño absorta en aquella vista amorosa y simple con nue-

(1) Pf. 418 v. 420.



va merced tanto mas segura, quanto menos intentada de su humildad. Sin embargo con todas las esperiencias que tenia, de que de ordinario hallaba en la oracion aquel reposo de sus potencias en el bien amado, la solicitaba despues el desvelo de volver á buscarle por la meditacion, como si nunca le hubiese hallado, y por eso al salir de esta contemplacion, manifestaba al confesor su cuidado de aplicar fervorosamente las potencias á la meditacion.

El mismo cuidado la solicitaba para el ejercicio de las otras virtudes. Aunque estaba muy estenuado su cuerpo con los trabajos continuados desde la niñez no daba al sueño sino dos horas y media, recostada sobre los ladrillos ó vestida en la cama. Derramaba todas las noches con la disciplina mucha sangre. Su comida ordinaria no pasaba de tres onzas, y alguna vez que notando el confesor su abstinencia y la necesidad de reparar las fuerzas de su débil cuerpo, la mandó tomar algun alimento de regalo, obedeció con rendimiento, pero poco despues le lanzo no pudiendo abrazar el estómago aquel regalo. Y como los pensamientos de las almas robustas aun en cuerpos muy débiles están siempre en abundancia deseando hacer mas y mas por Dios, la martirizaban estos deseos en la forma que escribe el mismo confesor.

«Estos ímpetus (dice) que eran frecuentes en ella, la causaban » muchisima afliccion, porque como deseaba hacer mucho por Dios » y la parecia que nada hacia ni sabia lo que habia de hacer, des- » mayaba su corazon con un ardimiento de aprender lo que haria » por Dios.» De aqui procedian las ansias con que preguntaba siempre al confesor: *Señor que haré? Señor que haré?* y aun sin poder reprimir estos ímpetus hacia la misma pregunta á otras personas que la asistian consolándola en sus penas, aunque despues conocia el desatino de cansar inútilmente al confesor con la repeticion de sus preguntas. Cuando en la confesion ó fuera de ella la hablaba el confesor de la bondad de Dios, de su grandeza y otros atributos, empezaba á temblar su cuerpo, y á calentarse el corazon, prorrumpiendo entonces con nuevos ímpetus en sus preguntas: *Señor que haré?* y por eso despues se abstenia con cuidado el confesor de hablar con ella, sino muy de paso de cosas semejantes, reduciendo su conversacion al gusto que Dios tiene en el ejercicio

de las sólidas virtudes, de la paciencia, humildad obediencia, &c. aunque ni por esto cesaban del todo las ansias que la obligaban á prorrumpir en la misma pregunta, de lo que habia de hacer para agradar á Dios. Pero si á Jacob por la grandeza de su amor á Raquel, parecieron pocas todas las fatigas padecidas al rigor de los calores y de los hielos no es mucho que por el que tenia Josefa á su dueño, la pareciese poco todo lo que se desvelaba en sus obsequios, siendo cierto lo que en una de sus homilias escribió San Macario Egipcio: (1) *Que el alma verdaderamente amante de Dios y de Jesucristo, aunque haga mil obras buenas, aunque reciba varios dones del Espíritu Santo y se haya hecho digna de las celestiales comunicaciones, se mira como quien nada hace, y nada tiene por su inmensa é insaciable dileccion.*

CAPITULO XX.

De las enfermedades y penas que padecia.

A quien deseaba saber con tanto ardor el arte de agradar á Dios, condujo este Señor á la academia de la paciencia, en que lograrse los aumentos de la celestial sabiduria, aumentándose sus penas entre asechanzas del comun enemigo, entre muchos dolores del cuerpo, y entre las tribulaciones del espíritu.

Por cuatro años que habitó Josefa en la casa de Idiaquez, se oian en su aposento estrépitos horribles, algunas noches sonaban recios golpes como de piedras tiradas á sus ventanas, otras noches se oian ruidos como de perros que ladraban ferozmente en su aposento. Aun en el breve sueño la afligia el demonio con feas representaciones contra la castidad, como si estuviese en un peligro inevitable de perderla; en cuyo conflicto las mismas ansias, con que resistia al soñado peligro, la despertaban sudando como entre agonias, al modo que se refiere de San Francisco Javier, cumpliendo así lo que persuadia el apóstol: que velando ó durmiendo viviamos con Dios.

Pero no paraban solo en amenazas estas rabias del espíritu maligno, porque muchas veces la daba grandes golpes en las espal-

(1) S. Mac. Egypt.



das, en la cabeza y en otras partes del cuerpo. Escribe su confesor que mientras la leía un libro espiritual, advirtió que llevaba la mano al brazo como quien sentia en él algun grande dolor, y preguntándola lo que tenia, le respondió, que actualmente la daban golpes en el brazo aunque ella no veía quien ni con qué instrumentos se los daba, pero se deja conocer que la fuerza de aquella invisible mano sería de algun demonio obsidente.

Mayor fué la pena de otro lance en que quedó sin poder hablar con violentos temores de todo el cuerpo, y con la lengua como metida dentro del pecho. Asistiala el confesor leyendo los evangelios y eshortándola á ofrecer á nuestro Señor aquellos tormentos, y juntando ella como pudo todas sus fuerzas para hablar, apenas con mucha fatiga pudo pronunciar estas voces: *Señor agua bendita, que aqui parece está todo el infierno.* Sosegó un poco y pudo hablar despues que la aplicó el confesor el remedio que pedia aunque por mucho tiempo duraron en su cuerpo los dolores y el quebranto que resultaron de este accidente.

Padecía tambien con mucha frecuencia en el mismo tiempo otros muy graves tormentos, cuya calidad describe asi el confesor que la vió padecer. «Se le inquietaba el corazon haciendo un ruido como si dentro del pecho se moviese una rueda, y cuando paraba » padecía en el mismo corazon intensísimos dolores, como si se le » partiera, percibiéndose un ruido tal, como si se le disparasen por » arco violento. Despues de esto difundiéndose por todo el cuerpo » los dolores, sentia desde el corazon á la espalda un tormento » como si la hiriesen con lanza, y se estendian á todas las coyunturas de su cuerpo tan agudos y recios dolores que la privaban » del uso de la lengua. Este linaje de dolencias, que se repetian » muchas veces aunque no con igualdad de distancia en el tiempo, » serian como doce veces en cada uno de los cuatro años que alojó » Josefá en esta casa. Pero, aunque estaba muy estenuada para » sobrellevar tan vehementes dolores, no queria que se le mitigasen sufriendolos no solo con mucha paciencia, sino tambien con » alegría.

Muéstrase en esta relacion del confesor la maravillosa fortaleza que comunicaba el Señor á su sierva entre estos grandes trabajos

para que como el apóstol, *se gloriase en las enfermedades, se llenase de consuelo y sobreabundase de gozo en su tribulacion*, quedando mas vigoroso el espiritu cuando estaba mas débil el cuerpo, y para que se viese que las enfermedades corporales fortificaban y añaden vigor al espíritu de los justos.

A la fortaleza que la comunicaba asi el Señor en sus trabajos, añadía otras espirituales gracias y consolaciones. Mientras padecía una vez con rara paciencia y resignacion aquel género de accidentes, quedó de repente con los ojos cerrados con una pausada respiracion, y en grande sosiego y tranquilidad. Persuadióse el confesor á que en aquel silencio padecía alguna de sus ordinarias suspensiones, y aunque tenia esperiencias de que éstos enagenamientos la debilitaban mucho, le pareció entonces mas conveniente dejarla asi por ahorrarse los grandes dolores que poco antes padecía. Despues que por mediá hora duró aquel silencio y suspension de sus sentidos, volvió en sí y volvió luego á sentir la vehemencia de aquellos dolores, que prosiguieron por muchas horas. Cuando ya estos se remitieron de suerte, que pudo hablar, dijo al confesor: *Que en aquel breve rato olvidó los dolores arrebatado su espíritu á oír una celestial música de voces, que entonaban las alabanzas de nuestro Señor: y aunque al volver despues á sus sentidos, volvió á padecer los mismos dolores, permaneció en su corazon un extraordinario gozo con la memoria de aquel favor de su dueño,* de quien dijo el Santo Job: (1) *Qui dedit carmina in nocte:* que consuela á los justos con cánticos alegres en la obscura noche de la tribulacion, siendo este favor que hizo el Señor á su sierva mientras padecía las angustias del corazon, semejante al que el Santo Rey David reconoció, cuando dijo: (2) *Segun la muchedumbre de los dolores de mi corazon han alegrado tus consolaciones á mi alma.*

Mientras padecía en otra ocasion las mismas dolencias del corazon, pidió al confesor la comunión. Recibióla desde el oratorio de la misma casa donde oyó misa la enferma, y mientras despues se decia otra, mandó el confesor cerrar la ventana que desde su aposento habia al oratorio, atendiendo á la debilidad de la doliente.

(1) Job. cap. 33. v. 16.

(2) Pf. 95. v. 19.



Acabada la segunda misa entraron las domésticas á asistirla, y la hallaron con apariencias de sueño corporal, pero el confesor que conocia mejor la calidad de aquel sueño, dispuso para disimulo, que saliesen del aposento y haciéndola volver á sus sentidos la mandó que dijese el principio de aquella suspension á que le respondió, que cuando se cerró la ventana de su aposento para el oratorio, dijo á Dios en su corazon: *Señor para vos no hay puerta cerrada si quisieses venir á mí, y que sin duda se habria el Señor dignado de oír los deseos y ruegos de su pobre alma.*

Por la misma atencion á su debilidad pareció al confesor, que el Domingo de Ramos dejase de comulgar, por no esperar sin desayuno, á que se acabase la misa de la pasion, pero cuando él mismo iba á decirla en el oratorio con la persuasion de que habria ya tomado la enferma algun alimento, escribe que la halló con unos desmayos mortales. Preguntóla el motivo y no fué pronta la respuesta porque no la dejaban hablar sus agonias; pero animada del confesor esplicó con mucha dificultad la causa de su pena, que era la de privarse de comulgar aquel dia. Parecia difunta en el semblante, pero informado el confesor, que no habia desayunado, la dió licencia de comulgar y entonces pareció haber amanecido á su semblante una extraordinaria alegría, con la cual comulgó, hallando en aquel maná escondido las suavidades y dulzuras que nadie sabe, sino el que las recibe y gusta en el secreto del corazon purificado con el fuego de las tribulaciones.

Vieron tambien los domésticos estos admirables efectos de la sagrada comunión en Josefa alguna vez que pidió este soberano alimento á tiempo, que los trabajos que padecia, y la suma debilidad de sus fuerzas, dejaban poca esperanza de que viviese, y apenas comulgó notaron todos, que aquel semblante parecido poco antes á un cadáver, se vistió de tan estraña hermosura, que admirándola todos se decian mutuamente, que parecia un serafin en aquella brillantez de sus colores; y en fin despues que por media hora estuvo así felizmente absorta al volver en si, quedó vigorosa y sana viéndose en este suceso aquella verdad que en el camino de la perfeccion escribió así á sus hijas Santa Teresa: (1)

(1) S. Ther. Camino de perfeccion, cap. 54.

Pensais que no es mantenimiento aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina aun para los males corporales? yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se quitaba y quedaba buena del todo. Despues que se remitian aquellas vehementes angustias y dolores del corazon, solian sobrevenirle unos deliquios y languores suavísimos y sabrosos, que duraban muchas horas con grande calor en el corazon. En estas ocasiones no queria ni podia hablar sino de Dios, prorumpia ordinariamente en estas amorosas exclamaciones: *Jesus que bueno eres! Jesus que bondad!* Y si la hablaban de otro asunto, padecia un grande tormento, porque es una hermosa calidad de esta enfermedad que los místicos llaman *Languor amante ó divino* el no poder ver, gustar, ni oír otra cosa sino al amado.

Padeció tambien en este tiempo recios dolores de hijada, admirando la que la asistia la paciencia y serenidad con que los sufría, desahogando el dolor en su mayor vehemencia con el dulce nombre de Jesus que pronunciaba. Y aunque el desear segun la carne el alivio en tan recios dolores, no disminuye en punto la perfeccion de la paciencia, cuando está la voluntad perfectamente conforme con la de Dios, sin embargo confesó y lloró por mucho tiempo la imperfeccion que la pareció haber cometido en desear se mitigase algun tanto la vehemencia de aquel dolor, siendo cierto lo que dijo San Gregorio, (1) *que las buenas almas conocen de algun modo la culpa aun donde no la hay.*

CAPITULO XXI.

De otras penas espirituales que padecia.

Aunque manifestaba así el Señor que el corazon de su sierva era una fragua de amor en la oracion, y un horno de martirio su pecho entre tantas angustias y dolores, se escondia este conocimiento á su humildad. y por eso la afligian los temores de su desacierto en todo lo que hacia y padecia al modo que el Santo Job, (2)

(1) D. Greg. Ep. ad August.

(2) Job. cap. 9. v. 28. D. Greg. ibi.



cuando era verdaderamente admirable en los ejemplos de la inocencia y del sufrimiento, angustiaban los temores de todas sus obras, recelando como dice San Gregorio, que provocasen la divina justicia aquellas obras que suelen aplacarla.

Fatigábala mucho la aprehension, de que no caminaba derecha en sus ejercicios al fin único, que pretendia del divino beneplacito porque sintiendo siempre en su corazon ardientes deseos de buscar en todos la mayor gloria de Dios, creia que nunca lo hacia. Parecía que en la oracion de tantas horas las gastaba todas inútilmente, y lo fundaba en que al fin de ella se hallaba mas pobre de virtudes. Temia que sus deseos de frecuente comunión no fuesen de Dios, estando ella tan mal aparejada. Añadia que aquellos movimientos de su corazon, que percibian todos los que la asistian eran fingidos, y que eran tambien fingidos aquellos dolores á cuya fuerza la estaban viendo desfallecer, y porque el confesor la despreciaba en estos temores, recrecia en ella una nueva angustia de que engañaba al confesor, y de que tenia engañados á todos los que hasta entonces habia comunicado.

Las almas que aman deveras á Dios conocen bien cuanto mas, que todas las penas exteriores afligen estos interiores temores de que en todo desagradan á Dios, y de que traen engañados los confesores. *Todo no es nada* (dice Santa Teresa) (1) *sino es, que sobre esto venga el parecer que no sabe informar á los confesores, y que los trae engañados, y aunque mas piensa y vé que no hay primer movimiento que no les diga no aprovecha: que está el entendimiento tan obscuro, que no es capaz de ver la verdad, sino creer lo que la imaginacion le representa: que entonces ella es la Señora y los desatinos que el demonio la quiere representar á quien debe Nuestro Señor de dar licencia para que la pruebe y aun para que la haga entender que está reprobada de Dios, porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sensible é intolerable, que yo no se á que se pueda comparar sino á los que padecen en el infierno: porque ningun consuelo se admite en esta tempestad.*

Combatiéronla tambien ahora unos molestos pensamientos, con que pretendia el demonio enturbiar la pureza de la intencion que

(1) Morada 9. cap. 1.

desde niña tuvo en todas sus acciones, buscando siempre en ellas la mayor gloria de Dios. Escribe su confesor, que muchos años antes habia hecho Josefa, el voto de no hacer cosa buena ni indiferente sino para gloria del Señor, y que la memoria de este voto la sacaba á veces á unos impetus, en que parecia haber perdido el juicio porque se ponía á contar por menor todas las acciones buenas é indiferentes, libres y naturales, y se las ofrecia todas á Dios para su mayor gloria, volvía á ofrecerlas otra vez y renovaba el voto de jamás hacer advertidamente lo contrario, confirmaba estos propósitos con juramento y volvía á hacer muchos juramentos haciendo otras tantas cruces en la pared, traía por testigos á los santos de su devocion, y se detenía mucho tiempo en estos ofrecimientos sin acertar á reprimir el ímpetu con que era movida á aquellas exteriores demostraciones, cuando estaba sin testigos, que las viesén, y aunque despues la parecían locuras estas vehemencias del afecto, sentía la misma dificultad de reprimirlas, cuando se renovaban aquellos impulsos.

Por eso como la aguja no deja siempre de mirar á su norté entre las mayores tempestades y borrascas, la intencion de Josefa entre las borrascas de las opuestas tentaciones, no perdió de vista la mayor gloria de su amado. Asi se vé en las cláusulas de un papel que á sus instancias escribió su confesor, y le copiaremos ahora para argumento de lo que esta esposa de Jesucristo, supo herir el corazon de su dueño con uno de sus ojos, ó con la única y purísima intencion de agradarle al modo de la amante esposa de los cánticos.

JESUS, MARÍA Y JOSÉ.

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero: Yo Josefa de Larramendi, suplicando humildemente á su divina magestad, me asista por su divina misericordia con los ausilios de su divina y eficaz gracia, para cumplir perfectamente lo que fuere de su santo servicio, y lo que en este papel dijere, hago voto y renuevo el que antes tengo hecho, de que cuanto yo hiciere y padeciére, cuanto yo comiere y bebiere, cuanto yo durmiere y



» respiraré, todo cuanto pensáre, dijere y obraré, todo el bien que
» recibiére como pobre de los fieles, todo el tiempo que yo gastáre
» en conversar con los prójimos, ó por caridad ó por cortesía ó en
» otra cualquiera manera, ó todas las buenas obras que yo hiciere
» ayudada de la divina gracia desde este instante hasta el último
» de mi vida, quiero y se mi voluntad, que todo ello sea para ma-
» yor honra y gloria de Dios; y desde ahora para siempre jamás,
» ofrezco todo lo dicho á este fin debajo del voto que llevo hechos
» hora me acuerde de este voto en las ocasiones particulares, hora
» no me acuerde, y nada de todo lo dicho, ni otra cosa imaginable
» que pendá de mi voluntad, reservo para mi honra ni para mi pro-
» vecho, ni para la vanidad del mundo, ni para mi propia salva-
» cion, sino que todo sea únicamente para la mayor honra y glo-
» ria de Dios nuestro Señor y de su hijo santísimo Jesucristo nues-
» tro Redentor y Salvador.»

«Mas hago voto, y renuevo el que antes tengo hecho, y debajo
» de él me obligo de guardar perpetua castidad absoluta á mayor
» honra y gloria de nuestro Señor y de la Virgen Maria su santísi-
» ma madre.»

«Mas porque soy esclava de la Virgen Santísima madre de
» nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y estoy con
» la esperanza de que su Magestad Soberana reina de todo lo cria-
» do me tiene admitida por tal esclava suya, aunque yo no lo me-
» rezco desde ahora para siempre jamás, pongo en sus santísimas
» manos toda mi libertad, y la hago donacion de mi alma y de mi
» cuerpo, de todos mis pensamientos, palabras y obras, y de todo
» cuanto va dicho en este papel, para que su soberana magestad
» como absoluta Señora mia, disponga segun su voluntad y la de
» su santísimo hijo, de todas mis obras para mayor honra y gloria
» de Dios. Y suplico humildemente á su magestad soberana, que
» por sus purísimas entrañas, y por los infinitos merecimientos de
» la vida, pasion y muerte de su unigénito hijo Jesucristo, le ofrezca
» para su gloria el corto valor de las buenas obras que yo deseo
» hacer en toda mi vida. Y así bien, desde ahora para siempre ja-
» más con las entrañas de mi corazón, suplico á la Virgen Santísi-
» ma me mire como á esclava suya con ojos de misericordia, y me

» asista siempre con su poderosa intercesion para alcanzar de
» nuestro Señor su eficaz gracia para servirle y amarle, y hacer su
» santísima voluntad en todo, y para no ofenderle jamás en cosa
» ninguna por pequeña que sea, aunque el no ofenderle me haya
» de costar la vida, y aun mil vidas si las tuviera.»

«Mas desde ahora para mientras yo viviere en todas las buenas
» obras que deseo hacer, y espero hacer con la gracia de Dios,
» pido y suplico á su divina magestad, todo cuanto él quiere que
» yo le pida y suplique por todas las personas del mundo, y áni-
» mas del purgatorio, por quienes su magestad quiere que yo le
» pida desde ahora para siempre jamás. Amo lo que Dios ama,
» aborrezco lo que Dios aborrece, entrego á Dios lo que él quiere
» que yo le entregue, quiero cuanto Dios quiere, no quiero quan-
» to Dios no quiere, y desde ahora para siempre jamás reniego del
» demonio enemigo de Dios, y le aborrezco con todas sus obras, y
» en ningun tiempo quiero hacer nada de lo que él quiere, antes
» bien desde ahora para siempre jamás resisto á todas sus tentacio-
» nes y sugeriones. Todo lo cual deseo, y espero ejecutar siempre
» con la ayuda y gracia de nuestro Señor.»

«Mas porque yo como ignorante no puedo saber lo que me con-
» viene para hacer como deseo en todo la voluntad de nuestro Se-
» ñor, humildemente ruego á su divina magestad por su infinita
» misericordia y bondad, y por los merecimientos de la Virgen San-
» tísima, sea servido de hacer conmigo la misericordia de darme á
» sentir y padecer en mi alma y en mi cuerpo en el grado que fue-
» re de su santísima voluntad los tormentos y dolores que su di-
» vina Magestad en carne humana padeció en su santísima pasion
» y muerte, por redimirme á mi y á todo el género humano.»

«Mas desde ahora para siempre jamás mientras viviere todas
» las veces que Dios me hiciere la misericordia de darme no solo
» conformidad sino tambien gusto en los trabajos y dolores que
» por su infinita providencia tuviere yo, protesto y digo que aun-
» que yo sienta gusto y consuelo en los dichos trabajos y dolores
» y en otras cualesquiera buenas obras, no quiero padecer los tra-
» bajos y dolores, ni hacer ninguna buena obra por el consuelo y
» gusto que yo tuviere en la paciencia de los dolores, y en la eje-



» cucion de las buenas obras sino porque es gusto y voluntad de
» Dios el que yo padezca y obre bien, y solo quiero tener gusto
» en el padecer, porque es voluntad de Dios el que yo le tenga: y
» desde ahora para siempre jamás aborrezco y renuncio á todos
» los gustos y consuelos del cuerpo y del alma, y aun á los que
» se sienten en el ejercicio de las virtudes y amor de Dios, si los
» tales consuelos no fueren del agrado y voluntad de Dios, y desde
» ahora para siempre aborrezco todo cuanto el demonio por sus
» sugerencias me propusiere contra lo que aqui he asentado.»

» Mas porque nuestro Señor por sus divinos juicios ocultos á
» los hombres, puede manifestar las misericordias de su infinita
» bondad aun en tan viles criaturas como soy yo, si por su infini-
» ta bondad y merecimientos de la pasion de su santísimo hijo tu-
» viere por bien de ejercitar sus misericordias en mí, que conozco
» no haberlas merecido nunca, con las entrañas de mi corazón su-
» plico á su divina magestad se ha servido de ocultarlas á los ojos
» del mundo, para que la gloria del mundo no me lleve ni la mi-
» nima parte de los beneficios y favores que su divina magestad
» me hiciere, y para siempre jamás deseo y quiero volver á Dios
» enteramente toda la gloria y honra que hubiere en todos los be-
» neficios, favores y misericordias que usáre conmigo en cualquie-
» ra manera, de prosperidad ó tribulacion y para siempre jamás
» quiero y es mi voluntad, que solo la de Dios se haga en mí y por
» mí en tiempo y en la eternidad, y desde ahora para siempre ja-
» más ofrezco á su divina magestad todos los merecimientos de su
» hijo santísimo, los de su santísima madre, los de todos los santos
» y santas que hay en el cielo y en la tierra para honra y gloria
» de su santo nombre, y para que por su misericordia á mí y á
» mis confesores y directores nos conceda siempre su divina luz y
» gracia para conocer y cumplir en todo y por todo su santísima
» voluntad.»

» Y protesto para siempre jamás, que nunca mientras viviere,
» quiero ir contra lo que llevo asentado en este papel, antes de-
» seo siempre cumplir todo ello perfectísimamente, y hacer siempre
» la voluntad de Dios de que pongo por testigos y intercesores á
» la Virgen Santísima, á San José, San Juan Bautista, San Juan

» Evangelista y á San Francisco con todos los espíritus bienaven-
» turados, y como firmo esta escritura por mano de mi confesor,
» si fuera necesario para su firmeza, la firmára yo con la sangre
» de mi corazón.—*Josefa de Larramendi.*

En estas protestaciones se descubren los fervores del espíritu,
y la pureza de los afectos é intenciones de Josefa, que como fina
amante de su dueño, no queria admitir mezcla alguna en su amor,
procurando que fuese tan puro, tan simple y tan perfecto, que ni
las consolaciones ni las virtudes mismas tuviesen lugar alguno en-
tre Dios y su corazón, de manera que pudiese decir con el apóstol:
(1) *Vivo yo, pero no yo misma, mas Jesucristo vive en mí.*

CAPITULO XXII.

Prosiguen la fábrica del convento de Santa Cruz, y las dificultades de su fundacion.

Se dice que las perlas nacen entre borrascas y tempestades, y
asi se forman de ordinario entre mil contradicciones las casas reli-
giosas que puede llamarse las perlas de la iglesia. Dijimos ya
las que padeció en sus principios la obra del nuevo convento
de Santa Brigida, cuando Doña María Ignacia Hurtado de Mendoza
hechaba los cimientos á esta torre de perfeccion religiosa sin visi-
bles medios para continuarla; por lo que escitándose á la com-
pasion ó á la risa los pueblos vecinos, estimaban oportuna la pa-
rábola de Jesucristo en el evangelio de San Lucas: (2) *Quien hay
que intentando edificar una torre no considera despacio si tiene el
caudal necesario para perfeccionarla, porque despues que haya he-
chado los cimientos, y no pueda concluir la, no serian todos diciendo
que empezó el edificio y no pudo acabarle?* Pero dijimos tambien
que se perfeccionó la fábrica exterior con universal admira-
cion aunque faltaba mucho que trabajar en la obra interior del co-
ro, celdas y oficinas, para cuya conclusion eran necesarios muchos
caudales y no habia otros sino los que librase Dios sobre la piedad
de algunos bienhechores, inspirándoles su contribucion.

Esta dificultad que abultaba mucho á los ojos de la humana pru-

(1) Ad Gal. 2 v. 20.

(2) Luc. 14.



dencia, se desvaneció sin mucha dilacion, conspirando algunas personas devotas á ministrar todo lo que fué suficiente para la obra. Debióse mucha parte de este triunfo al gravísimo y religiosísimo convento de Brigidas de Vitoria, en que algunos años antes habia profesado la madre Teresa Francisca de la Presentacion que ha sido en él muchas veces, y es actualmente prelada dignísima por sus talentos de religion y prudencia. Es esta señora hija legítima de Don Juan Hurtado de Mendoza, que aunque (como ya se dijo) disintió al principio del proyecto de esta fundacion, movido despues de su especial veneracion á Santa Brigida á quien habia sacrificado una hija tan benemérita de su inclinacion, mudó dictámen y escribió á las madres Brigidas de Vitoria, solicitando se interesasen en promover con sus oficios la fundacion. Aquella venerable comunidad que veinte años antes dió fundadoras á otro Monasterio de su órden en Lasarte, continuó ahora las muestras de su celo ardiente por la propagacion de su celestial instituto, interponiendo sus representaciones para el logro de la nueva fundacion, y contribuyendo con dos mil y quinientos ducados para la fábrica de este convento, á tiempo en que sus rentas apenas bastaban á la propia subsistencia.

Concurrió tambien al mismo fin con limosnas y con su grande autoridad el Rmo. P. Pedro Gerónimo de Córdoba, que despues de haber gobernado la provincia de Castilla, se habia retirado al Real Colegio y Santa casa de Loyola, para descansar ó morir en esta ilustrísima y sagrada cuna de la compañia. Notaba desde su retiro aquel grande Jesuita las lineas que sobre los discursos humanos tiraba la divina mano para la fábrica del nuevo convento de Santa Brigida á la vista de la Santa Casa de Loyola, y las cortejaba con una ilustracion, que referia haber tenido la portentosa Virgen la Señora Doña Mariana de Escobar, de que habia de fundarse á la vista de esta casa de San Ignacio uno de los conventos de la recoleccion de Santa Brigida en que se serviria mucho á Jesucristo. Por eso no solo influyó con sus oficios á allanar las dificultades de la fundacion, sino contribuyó tambien con algunos subsidios á la fábrica.

Doña Luisa Maria de Eguia y Don Pedro de Idiaquez su hijo,

dieron mucha porcion de materiales y de otras limosnas para esta obra esplicando asi su grande propension al nuevo monasterio, como el invariable aprecio de su venerable huesped Josefa á quien para el mismo fin contribuyeron con otras limosnas sus grandes bienhechores Don Francisco Antonio de Munibe y Doña Ana Luisa de Idiaquez condes de Peñasflorida.

Estos subsidios y otros añadidos á los que espendió de su patrimonio Doña Maria Ignacia Hurtado de Mendoza, sirvieron á concluir toda la obra hasta el coro, oficinas y competente número de celdas, manifestando Jesucristo lo que se complacia en la habitacion que se disponia á sus esposas con varios sucesos que se reputaron milagros. Don Asensio de Ortuzar, vicario de la parroquia (que asistia á la obra del convento, y fué despues confesor mayor de sus religiosas) escribe que algunos oficiales de los que trabajaban en ella, cayeron de lo alto y quedaron sin daño alguno aunque se temió su ruina, y en dos ocasiones de acarretos de materiales quedaron tambien sin lesion alguna los bueyes, cuando se creyó que se hubiesen despeñado ó estropeado.

Aunque quedó vencida la primera que parecia dificultad insuperable de concluir la fábrica, sobrevinieron otras que retardaron la fundacion. La villa de Azcoitia en la mayor parte de sus vecinos admitia y aun deseaba la fundacion. Su cabildo eclesiástico conspiraba uniformemente al mismo piadoso sentimiento; pero habia algunos entre los seglares, que sin alguna torcida intencion formaban juicio opuesto á la fundacion; porque aunque confesaban que en los principios de esta obra se traslucian señales de una extraordinaria y casi milagrosa providencia, negaban que fuese dictámen de la prudencia esperar para su conservacion otros milagros, á cuya continuacion no estaba Dios obligado. Los que estaban inclinados al nuevo convento no podian negar, que su subsistencia y conservacion no se zanjaba en renta competente, y que era necesario situar la mayor porcion de ella sobre la esperanza de las limosnas, cuya necesidad hace gravosas á los pueblos las nuevas fundaciones. Ni se podia negar que habia en la provincia número competente de conventos de religiosas de diversos órdenes, de Agustinas, Franciscas, Dominicas y Mercenarias;



y los había también de Recoletas Agustinas, Bernardas y Carmelitas descalzas; y había en fin á poca distancia en Lasarte, convento de la misma recolección de Santa Brígida, donde podían ser recibidas las que Dios llamase particularmente á este instituto.

Mas aunque en tales reparos que la prudencia humana suele oponer á las nuevas fundaciones, se envuelve muchas veces la mayor imprudencia, pretendiendo estrechar á ciertos límites la fecundidad de las religiones, no hubo entre los vecinos contradicción que proviniese de dañado efecto de voluntad, y por eso calmaron en breve y sin algun tumulto aquellas disputas que formaban los entendimientos.

Después que consintió todo el pueblo en la nueva fundación, se ofreció la mayor de las dificultades en la aceptación del Señor obispo de Pamplona. Éralo entonces el Ilustrísimo Señor Don Juan Grande Santos de San Pedro, que aunque inclinado piadosamente á admitirla, hechaba de menos renta competente para el alimento de las religiosas, como una de las calidades que para su aceptación se prescribe en los decretos Pontificios de Gregorio XV y Urbano VIII, y á la verdad no había dotación alguna efectiva ó presente para el nuevo convento, y por eso se pretendía que el Señor obispo admitiese para renta competente la esperanza de los réditos que producirían seis mil ducados de plata de dotes de las que pretendían ser admitidas al noviciado, y que habiendo de venir fundadoras de alguno de los conventos de Santa Brígida con dotes ó renta vitalicia, se añadiría la que bastase á su manutención.

Pero en la circunspección de aquel gran prelado no halló lugar esta pretensión, porque estaba incierta la renta y aun la esperanza en las dotes futuras de las que podían arrepentirse antes de entrar en el noviciado, ó en él, antes de la profesión y por eso negó absolutamente la licencia sin otra mas firme y sólida dotación. Y porque para esta seguridad ocurrían dificultades que parecían invencibles, se reputaba como desvanecida la fundación, y se hablaba, de que se trasladase á este sitio alguno de los conventos vecinos de recoletas de otro instituto con sus rentas. Sin embargo porque cuatro años antes entendió Josefa en su oración que se lograría finalmente la nueva fundación de Brígidas, conservaba en

su corazón aquella firme y segura confianza que deja en las almas la locución divina, y por eso no cedía á esas dificultades ni á otras que se ofrecieron en la elección del convento de que habían de venir las fundadoras; para cuya explicación nos parece preciso el dar sucinta noticia del origen y de los monasterios de la recolección de Santa Brígida en España.

CAPITULO XXIII.

De la religion de Santa Brígida y de los conventos de su Recolectión.

La princesa de Nericia, ilustre secretaria de Jesucristo Santa Brígida, dió principio al establecimiento de la religion de su nombre el año de 1366 en que presentándose con la regla revelada por el mismo Jesucristo á su vicario el Papa Urbano V. logró su aprobación, y la conformación de este instituto debajo de la principal regla de San Agustín.

Construyóse en Ubastén de Suecia el primer monasterio de esta órden con dos casas separadas, aunque contiguas para religiosos y religiosas, que por eso era convento doble á ejemplo de los que S. Basilio el Grande estableció en el Oriente.

Vivían sujetos á la abadesa los religiosos, y por eso el erudito P. Théopilo Raynando (1) reconoce un especial timbre, y prerogativa de la obediencia en los frailes Brigidos ó Brigitanos, que invertido el órden de la naturaleza obedecen á una muger á imitación de San Juan Evangelista, que practicó la sujeción filial al imperio de María Santísima, según la regla que desde la cruz le dictó el mismo Jesucristo.

Dilatóse en el norte por Alemania y Flandes esta religion, y pasó también á Italia, donde florece en Florencia el convento llamado *Porta Paradysi* y en Génova el de *Scala Cæli*.

Pero no había llegado á España por casi tres siglos hasta que el mismo Jesucristo el año de 1615 declaró su voluntad de conducir aquella órden á este Reino á la V. Señora Doña Marina de Escobar, prodigiosa Virgen cuyo espíritu mostró muchos quilates en el universal aprecio de la ciudad de Valladolid su patria, y en

(1) Theopil Raynoud tom. 47. Ascet. pár. 6. sol mibi 327.



el desvelo con que por treinta años le cultivó su confesor el V. P. Luis de la Puente, conocido en el Orbe católico por el gran caudal de su ciencia mistica, y porque despues de llenar de luz y de admiracion á los sabios ha merecido á la Silla apostólica la aprobacion de todos sus escritos.

En la primera parte de la vida de esta Virgen V. que escribió, y dispuso para la imprenta aquel grande jesuita refiere que: «quiso Nuestro Señor tomarla por instrumento para que hiciese bien á muchas almas deseosas de vida perfecta, introduciendo en estos Reinos de España la religion de Santa Brigida.» Y recopila despues de las revelaciones que á este fin escribió la V. Señora Doña Marina. Entre estas se lee haberla dicho Jesucristo: «Sabe que yo deseo traer á estos reinos de España la religion de mi sierva Brigida, y que esta religion sea conocida y venerada en ellos, y para esto te queria tomar por instrumento, y que con mi gracia y ayuda que yo te daré, reformases, añadieses y quitases en sus reglas algunas cosas que yo te diré y enseñaré que serán muy necesarias y convenientes para su mayor perfeccion, aumento y acrecentamiento conforme á la disposicion de los tiempos, condiciones y naturales de lo que en estos tiempos y naciones viven, é irás tambien atada en lo que fué posible á las principales reglas de la patrona y fundadora mi sierva Brigida.

Al encogimiento y la humildad de la V. Doña Marina costaba mucho el allanarse á ser instrumento de obra tan grande, y por eso la confortaba y la animaba el mismo Jesucristo. Deciala: «Mira que lo quiero yo, y recibo en esto gusto y servicio. Falta á este reino una fuerza, que es conventos de esta religion á donde entren esposas mias, me sirvan y agraden. y sean defensa del reino con sus oraciones.» Y queriendo su Magestad pasar desde estas blandas insinuaciones al precepto la dijo: «Mira que ahora te quiero hablar con resolucion, y asi te mando, que sin réplica obedezcas á mi gusto y voluntad, que es que pongas en ejecucion esta obra de mi servicio y gloria

Deseaba la V. Señora ejecutar la divina voluntad, y mientras para este efecto buscaba por rogadores á Santo Domingo, San Francisco y otros Santos Patriarcas, refiere lo que la sucedió. «Vi

» al bienaventurado San Agustin, el cual me dijo: sierva de Dios y » amiga del Señor, este negocio que nuestro Señor te ha encargado » do mas es mio, que de ningun otro Patriarca; porque la regla » principal de la religion que fundó Santa Brigida, fué mia; y asi » en mi casa y en mi religion, has de hallar religiosos y religiosas » que á esta nueva fundacion te podrán ayudar é yo te lo ofrezco » cuanto es de mi parte. Despues por via de inspiracion me nombró tres monjas de su religion y de insigne virtud, que eran á » propósito para dar principio á esta fundacion.»

Refiere tambien el favor que pocos dias despues experimentó. «Vi (dice) á la Santisima Virgen nuestra Señora y en su compañía á Santa Brigida dándome las gracias de lo que habia hecho, » y hacia en servicio del Señor y de su religion, y añadió que aunque » que su regla habia sido dada por boca del Señor y era la que » convenia entonces conforme al tiempo y reino donde se fundó, » y al natural de la gente, pero que ahora con la mudanza de los » tiempos y gentes, y para estos reinos convenia se mudasen muchas cosas quedándose la sustancia de la regla de San » Agustin, y la suya que la dió el Señor: Dijome que no me espantasen las dificultades que se me habian puesto adelante, que » todas las obras del divino servicio y cosas grandes á los principios las tenian pero que el Señor las allanaria.

Escribe despues que la interior fuerza que la movia á escribir las reglas fué tan grande y apretada, que aunque no violentó su alma, la obligó el Señor con su querer y omnipotencia, á que en aquel mismo punto sin mas réplica escribiese aquellas reglas que su Magestad la enseñaba, y lo hizo asi dándola á entender el Señor con mucha luz y claridad, que esta era su Santisima voluntad determinada, y que estas reglas eran inspiradas por su Magestad al alma de la V. Doña Marina.

Escritas las reglas añade: «Estando una mañana con nuestro Señor le dije: Señor mio, ya he acabado de escribir estas reglas. » Respondió el Señor; bien has dicho que mias son, y para que » de todas maneras te satisfagas de esta verdad, levanta los ojos » mira á mi corazon. Levanté los ojos del alma y púselos en su » Magestad, y en su divino pecho vi con harta admiracion mia, es-



» culpadas y estampadas en aquel divino pecho, todas aquellas reglas que su Magestad me habia mandado escribir. Estaban como en cifra, y como selladas y embestidas en una luz de claridad, como de un sol divino muy resplandeciente.

Y porque dudaba esta portentosa Virgen el color y hechura del hábito de las Monjas de Santa Brigida, ni habia persona que le hubiese visto, de quien informarse, adquirió su noticia en la forma siguiente: «Un día (dice) se me apareció la Virgen nuestra Señora en compañía de Santa Brigida vestida de su hábito, y abriendo los brazos me dijo: Mira hermana, este es mi hábito. Tenia la Santa vestida una saya de Burriel, como el color de los Padres Minimos con unas listas de lana blanca, que la hacian un poco blanquear y este hábito era de la hechura del que traen las Monjas de Santo Domingo, y un cordon del mismo color. Encima de él un escapulario de estameña del mismo color, encima una capa estrecha de estameña del mismo Burriel con un boton de palo; y para que yo lo viese mejor, la Madre de Dios que traia tres piezas del hábito cogidas, las descogió delante de mí que fué la saya, el escapulario y la Cogulla y me las enseñó diciendo: Mira, de esta suerte es el hábito de esta religion.»

Refiere tambien la V. Señora, la ilustracion que tuvo de los metales de que se compone el anillo que usan las religiosas de Santa Brígida. «Dudando yo (dice) de qué metal seria, porque Santa Brígida en su regla manda, que no traigan cosa de oro ni plata, y tratando de esto con nuestro Señor vi un día la persona del Espíritu Santo, como suelo verle otras veces en una como figura de paloma celestial, cubierta toda de un velo riquísimo, descubria el pico, en él traia un anillo, y entonces me dijo nuestro Señor: Toma este anillo: yo me encogí grandemente y rehusé mucho el tomarle; pero acercándose á mí el divino espíritu en la forma que he dicho, me la arrojó en la mano, y entonces no pude dejar de tomarle. Vi que era de tres metales en tres trozos, una parte de acero, otra de oro y otra de plata. En la de acero estaban escritas estas letras, *Esclava*, y luego en la de oro decia, *de Jesus*, y en la de plata, *y de su Santísima Madre*: y entendí de nuestro Señor, que de esta manera habia de ser el anillo que

» han de traer las monjas. El oro significa la caridad, la plata la pureza, y el acero la pobreza y obediencia.

Pero aunque el V. P. Luis de la Puente su confesor la aseguraba mucho la verdad de estas revelaciones, (1) se hallaron dificultades en la práctica de la fundacion del convento, por lo que tocaba al patron y monjas que habian de fundarle. Habia descubierto Jesucristo á Doña Marina su deseo, de que el patron y fundador del primer monasterio fuese el personaje que la nombró ofreciendo hacerle esta merced, si la quisiese recibir porque le importaba y convenia mucho para ayuda á su salvacion; pero porque aquel no correspondia á los designios del Señor con las veras y fervor que queria su Magestad, no se abanzaba esta grande obra y así murió sin haberse dado principio á la fundacion el V. P. Luis de la Puente el año de 1624.

Por su muerte tomó el Rmo. P. Miguel de Oreña, provincial que fué de esta provincia de Castilla, el cuidado de dirigir el espíritu de la V. Señora, á quien mandó Jesucristo, (2) que de su parte dijese á su nuevo confesor se encargase de fomentar con solicitud esta obra. Hizolo así, y aplicándose con el fervor, que solia á las obras del servicio divino, gobernó con la mayor prudencia esta empresa, asistido de las oraciones y consejo de la Señora Doña Marina. Interpuso sus primeras y eficaces diligencias para obtener del vicario de Jesucristo, la aprobacion de la regla y consiguió que el Señor Rey Felipe IV influyese á este fin con su Real representacion, encargando á su Embajador y al Cardenal de Borja, que solicitasen en Roma la confirmacion de esta regla, la cual concedió el Papa Urbano VIII en bula espedida á instancia de aquel Rey católico el año de 1628.

Sobrevivió la V. Doña Marina á la confirmacion de la regla cinco años, hasta el de 1633 en que murió, pero por dificultades que ocurrieron no se efectuó en este tiempo la ereccion del primer monasterio que fundó despues, y dotó con Real magnificencia el mismo Rey Felipe IV.

Habia prevenido Jesucristo en una de sus ilustraciones á Doña

(1) In Vit. tom. 2. lib. 5. cap. 9.

(2) Libro 3. cap. 21.

Marina, que si por su divina ordenacion y atractisimos juicios dispusiese llevarla de esta vida á la eterna antes de efectuarse la fundacion de la orden de Santa Brígida, las personas que en esto entendiesen, guardasen y siguiesen lo que su Magestad la habia ordenado. Esto se ejecutó con la mas celosa aplicacion, hasta que se consagró á Jesucristo aquel primero Real monasterio de Brigidas el dia siete de Octubre, vispera de la fiesta de su Santa Madre el año de 1637.

Las que vinieron á fundar este primer convento fueron (como San Agustin prometió á la V. Doña Marina) hijas de este grande doctor de la iglesia y frutos del floridísimo y fecundísimo vergel de su recoleccion. La primera fundadora y abadesa fué la V. M. Inés de la Asuncion, que habiendo profesado en el convento de la Concepcion de Medina del Campo, salió con la V. M. Mariana de San José á fundar el de la Encarnacion de Valladolid, y de aqui pasó en su compañía á la fundacion del convento de la Espectacion de Palencia, el cual gobernó como priora doce años, y pasó despues como primera fundadora al de San José de Villafranca del Bierzo, en que fué priora otros catorce años, hasta que el año de 1637, volvió á Valladolid á cultivar con su direccion y con sus ejemplos la nueva planta de la recoleccion de Santa Brígida. Llevó en su compañía desde aquel convento á la Madre Agustina del Santísimo Sacramento, á quien solia llamar el *Jardin del Cielo* por la fragancia de sus virtudes, y á quien despues de ejecutada la fundacion de Brigidas, recuperó su convento de Villafranca, donde murió en el oficio de Priora. Pero la V. M. Inés ilustra con sus cenizas el Real convento de Valladolid, en que aquella grande hija de la recoleccion de San Agustin y primera Prelada de la de Santa Brígida, consumó la carrera de sus fundaciones y de su vida.

Recibieron el hábito en la vispera de su madre Santa Brígida nueve ilustres y felices Virgenes, cinco de coro y cuatro legas todas de grande espíritu y proporcionadas para hechar los fundamentos de una nueva reforma, ó para cultivar una planta reciente que el Salvador queria arraigar en su iglesia.

La primera de estas fué la Madre Maria del Santísimo Sacramento, compañera y principal secretaria de la V. Señora Doña

Marina, por cuya última voluntad aplicó todos sus cuidados á promover la fundacion de aquel Real convento, el cual gobernó despues por casi nueve años, como primera abadesa de las de su orden, y murió en el oficio llena de dias y de virtudes, habiendo esforzado con su direccion y ejemplo la mas exacta observancia de las reglas en treinta y cinco años de religion.

La segunda era la Madre Angela de la Madre de Dios, compañera tambien de la V. Doña Marina, en cuya escuela descolló en las virtudes de la caridad, y de la paciencia para edificar con ellas aquel Real convento, en veinte y siete años que vivió en él.

Las otras tres de coro, hermanas de sangre y mas hermanas en las virtudes, fueron las Madres Mencia de Jesus Maria, Ana de la Santísima Trinidad y Engracia de Cristo. Eran las tres hijas legítimas del Comendador Don Juan de Andonegui, y Doña Maria de Grez y Gamboa, naturales de la villa de Deva en esta provincia de Guipúzcoa. La primera y la tercera salieron (como se dirá despues) á fundar el convento de su orden en Vitoria, donde murieron dejando muy viva la fama de sus grandes virtudes; pero la segunda hermana Maria Ana murió antes de la fundacion de Vitoria en el convento de Valladolid, siendo de cuarenta y nueve años, y trece de religion con no menor fama de santidad.

Imitaron en el fervor del espíritu á estas cinco grandes religiosas, las cuatro legas que el mismo dia recibieron el hábito, Catalina de Santa Brígida, Ana Maria de San Ignacio, Antonia de Jesus y Catalina de San Gerónimo.

Dejamos para asunto digno de pluma elegante otra mas dilatada noticia de las virtudes de aquellas primeras fundadoras de la recoleccion, y la del establecimiento de la nueva regla en el Real monasterio de Valladolid, donde juntas las dos recolecciones de San Agustin y de Santa Brígida, practicaba cada una sus particulares diversas leyes y constituciones, donde recogidas en un mismo ramillete aquellas flores diversas del jardin de la iglesia, exhalában en la misma variedad mas deliciosa la fragancia, ó donde en fin aquellas diferentes voces unidas á un punto mismo de la divina alabanza, formaban en la misma diferencia mas sonora y primorosa la armonía.



CAPITULO XXIV.

Prosigue la misma materia.

Este convento de Valladolid (que se llama el mayor entre los de Santa Brígida, y á cuya abadesa como á prelada mayor, profesan los otros conventos alguna subordinacion en ciertas cosas determinadas en su regla) fué casa única de su recoleccion hasta el año de 1653 en que se fundó el de Vitoria. Las madres Carmelitas Descalzas, que edificaron por muchos años á la Ciudad de Vitoria con sus virtudes, en el convento de la Magdalena (como suelen las hijas de esta esclarecida reforma de Santa Teresa) pasaron el año de 1651 desde este convento á la Ciudad de Logroño, donde en nuevo monasterio las concedia ventajosas comodidades la divina providencia. Quedando ya despoblada aquella casa, se dividieron los dictámenes y las inclinaciones entre los capitulares de la ciudad, queriendo algunos que la habitasen las Agustinas recoletas, otros se inclinaban á Bernadas, otros á Dominicás, y algunos lo rehusaban todo, pretendiendo cerrar á todas igualmente la entrada en aquel, que poco antes era Paraíso de Vírgenes Sagradas.

Pasó por este tiempo á Valladolid á otra dependencia Don Simón de Goveo, chantre de la iglesia colegiata de Vitoria, y adquirió allí la noticia de la nueva recoleccion de Brígidas. Esplicó á las madres de aquel primer convento su propension á que las hijas de Santa Brígida llenasen el vacío, que dejaban las de Santa Teresa en la casa de la Magdalena, adelantando con el mayor esfuerzo este asunto, escribiendo en él á la ciudad de Vitoria, de cuya órden pasaron dos comisarios suyos á arreglar las capitulaciones de la fundación. Padeció esta á los principios una de aquellas contradicciones, que suelen detener la ejecucion de los proyectos del divino servicio; pero aunque se hizo ruidosa y tenaz la oposicion en litigio prolijo, quedó al fin vencida y salieron á fundar el nuevo convento desde el Real de Valladolid, á nueve de Marzo de 1653, la Madre Ana del Espíritu Santo, por abadesa; las madres Mencia de Jesus y Engracia de Cristo, por Priora y Supriora; las Ma-

dres Petronila de la Encarnacion y Josefa de los Angeles, por tornera y cantora del coro, y Catalina de San Gerónimo lega.

Al llegar á Vitoria salió á recibirlas la universal aclamacion de la ciudad. Tomaron posesion del nuevo convento, y colocaron en él su clausura el dia de San Joaquin Patrono de su religion, celebrando con igual piedad y magnificencia, la fiesta en que fué el orador Don Francisco de Aguado, catedrático entonces de Escritura de la universidad de Valladolid, y confesor del Real convento de Brigidás, y despues Obispo de Astorga, asistiendo á ella en florido numeroso concurso toda aquella nobilísima ciudad, que desde aquel tiempo ha esplicado en muchas generosas demostraciones, lo que aprecia aquel tesoro escondido en su heredad, ó las flores de el nuevo jardin de Santa Brígida, que adornan su territorio.

Diez y ocho años despues de la fundacion de Vitoria, condujo la providencia el tesoro de esta religion á la provincia de Guipúzcoa en el tercer convento, que en la poblacion de Lasarte fundaron el General Don Miguel de Oquendo, y Doña Teresa de San Millan, poseedores de los pingues y muy ilustres mayorazgos de sus apellidos. Doña María Teresa y Doña Antonia Francisca primeras hijas de este matrimonio esplicaron á sus padres la inclinacion al estado religioso en general, pero ocultaron la que tenian determinadamente al instituto de Santa Brígida, temiendo les desagradase esta eleccion. Despues, que por el exámen de tres años entendió su padre, que perseveraban en el deseo del estado religioso, ofreció á Jesucristo estas primicias de su matrimonio, y ofreció tambien fundar en territorio propio junto á su casa de Lasarte un convento, en que se consagrasen á Dios sus hijas. Al pedir facultad Real para la fundacion de un convento de Agustinas ó Bernardas recoletas, á repetidas instancias de Doña Teresa su muger, condescendió en que la suplicacion comprehendiese en tercer lugar á las Brigidás; pero aunque obtuvo la licencia del Rey, para fundar á su eleccion un monasterio de cualquiera de las tres órdenes, su deseo era determinado á Bernardas recoletas, y le esplicó eficazmente hasta tener ya casi ajustada sin noticia de sus hijas la capitulacion con las madres Bernardas.



Poco antes del día señalado para afirmar la capitulación, dió esta noticia á las hijas que consultando á su confesor lo que debían responderle, resolvieron explicarle su precisa vocación á la religion de Santa Brigida. Mientras esperaba este caballero la respuesta de sus hijas, entró como solía en el Oratorio á encomendar á Dios el acierto de sus resoluciones, oyó en él unas tristes voces, que le parecían de su hija Doña Maria Teresa y le decían: *Triste de mí, que mis padres me obligan á seguir otro camino que el que Dios me inspira!* Al oír aquellas voces quedó confuso aquel ilustre y piadoso caballero, que llamó luego á Doña Maria Teresa, y la preguntó lo que quería decirle en ellas. Respondió ella, que no habia dado voces algunas, y explicándola su padre las que habia oído, le volvió á responder con resueltas aunque humildes espresiones, *que habia estado muy distante del Oratorio, y no eran suyas aquellas tristes voces, pero que era cierto que su vocación y la de su hermana, eran precisamente á la religion de Santa Brigida.* Y así se vió en el efecto que á estas dos hermanas llamaba el Señor para grandes hijas de Santa Brigida, que propagasen en nuevas casas su familia sagrada, y educasen en ellas como madres muchas Vírgenes sucesoras de su espíritu.

Sintió este caballero la resolución de sus hijas en tiempo, en que á su contemplación tenia tan avanzado el empeño para la fundación de Bernardas, pero obedeciendo cristianamente al divino impulso solicitó su recepción en el convento de la Magdalena de Vitoria, en que profesaron ambas á diez de Setiembre de 1668.

A dos años y medio de su profesión, se hicieron las capitulaciones del monasterio de esta orden en Lasarte, á donde se encaminaron por fundadoras la madre Petronila de la Encarnación, abadesa, que era del de Vitoria, y una de las que de Valladolid vinieron á fundarle. Las Madres Francisca Antonia de San Juan Bautista, y Ana Francisca de la Natividad, priora y supriora. Las dos hijas del fundador que en la religion se llamaron María Teresa de la Cruz, y Antonia Francisca de Jesus Maria, por tornera y sacristana, y María Lorenza de San Antonio, lega.

Salió á recibirlas á tres leguas de Lasarte el General Don Miguel de Oquendo fundador del nuevo convento con D. Miguel

Cárlos su hijo mayor, Marqués de San Millan, y otros parientes y amigos.

Salió tambien Doña Teresa de San Millan con sus hijas y amigas á recibirlas á la puerta de su casa, que tenían rica y vistosamente adornada, para significar su respeto y reverencia á las esposas de Jesucristo. Tenian dispuestas celdas separadas para cada una de las seis fundadoras en la misma casa, en la cual pusieron la clausura y permanecieron en ella las religiosas asistidas siempre generosamente de la benevolencia de sus ilustres fundadores por cuatro años y medio, hasta que se perfeccionasen las obras todas del nuevo convento.

Ni podemos omitir otros motivos, que hacen al General Don Miguel de Oquendo, acreedor á la memoria y agradecimiento de la religion de Santa Brigida, porque este esforzado y devoto caballero escribió y publicó en nuestro idioma la portentosa vida y algunas de las celestiales revelaciones de aquella Santa Princesa de Nericia, mostrando así, que aquella mano que manejaba diestramente el baston, sabia usar con igual destreza de la pluma en asunto tan sublime. Pero no solo dió al culto de la Santa los frutos de su estudio y de su entendimiento; dió tambien los frutos de su matrimonio en cinco hijas, ó en cinco prudentes Vírgenes, que consagró al Salvador en este religioso instituto, porque á las madres María Teresa, y Antonia Francisca sus primeras hijas siguieron en la misma vocación otras tres hermanas, la madre Ana Josefa María de la Concepción, la madre María Magdalena de la Encarnación abadesa actual del convento de Lasarte; y la madre Brigida de Jesus Maria abadesa del de Santa Cruz de Azcoitia.

Y aun despues de la muerte de este caballero, pareció haber disfrutado su beneficencia los conventos de Lasarte y de Azcoitia, porque habiendo faltado la numerosa sucesión de barones de su matrimonio, percibieron muchos frutos de sus mayorazgos en representación de las madres María Teresa, Francisca Antonia y Ana Josefa sus primeras hijas y hermanas mayores de Doña Micaela de Oquendo Marquesa de San Millan, sucesora actual de estos vínculos, y sucesora tambien de sus padres, en la piedad y en la veneración á Santa Brigida, y en la devoción á su familia sagrada.



Aquellos obsequios con que sirvió á la Santa Princesa el General Don Miguel de Oquendo fueron tributos de su agradecimiento, porque gobernaba como Jefe la escuadra de Cantabria, padeció en la noche de la fiesta de esta Santa una recia tempestad, en que perecian sus vajeles, y perecian tambien las esperanzas de salvar la vida, pero escapó felizmente del inminente naufragio sacandó en sus brazos una primorosa y milagrosa imágen de nuestra Señora del Consuelo, que llevaba en su capitana, y la dedicó despues de colocada sobre columna de plata, con corona de oro guarnecida de piedras preciosas á la iglesia del nuevo convento, donde se conserva.

El cuarto convento de esta recoleccion se fundó en Paredes de Hava entre Carrion y Palencia poco despues que el de Lasarte, por Abril del mismo año de 1671, salieron á fundarle desde el convento mayor de Valladolid la madre Francisca de la Madre de Dios por abadesa, y para los demás oficios las madres María de la Asuncion, Andrea de San José, Maria Francisca de San Gerónimo y Maria de la Concepcion lega, cuyas virtudes y las particulares noticias de la fundacion, podrán dar algun dia fructuosa ocupacion á pluma devota.

CAPITULO XXV.

De las dificultades que se vencieron hasta salir las fundadoras del convento de Lasarte.

Volveremos ahora desde la noticia de los cuatro conventos de la recoleccion de Santa Brígida á las dificultades que retardaban la elección de fundadoras para el de Santa Cruz de Azcoitia. Solicitaba esta villa con la mayor instancia, que aquel religiosísimo monasterio de Brigidas de Vitoria, que tuvo tanta parte en disponer habitacion á las esposas de Jesucristo en esta nueva casa de su instituto, escogiese entre sus hijas las que estableciesen en ella la observancia de sus reglas.

No rehusaban el trabajo de venir á la fundacion aquellas Virgenes sagradas santamente sollicitas de propagar la religion del Sal-

vador y de su santa Madre, y por eso no temia embarazo alguno en que si el Señor Obispo de Pamplona diese la licencia para fundar este nuevo convento, pudiesen salir á establecer en él su regla las religiosas del de Vitoria, como salieron algunos años antes las del mismo monasterio á fundar el de Lasarte en este obispado de Pamplona. Pero se halló una no esperada resistencia en el Obispo de Calahorra, para conceder á sus súbditas del convento de Vitoria la licencia para salir á esta fundacion.

Era en este tiempo prelado de aquella santa iglesia el Ilustrísimo Señor Don Pedro Lepe, digno de los mayores elogios por las grandes virtudes que se traslucieron en su infatigable celosa aplicacion á las tareas del Ministerio episcopal. Poco despues que aquel Venerable Obispo llegó á su obispado, encomendaron las madres Brigidas de Vitoria al Licenciado Don Dionisio Colmenares su confesor mayor, que en representacion de su comunidad le prestase la obediencia, y le diese tambien noticia del nuevo convento de su religion, para cuya fundacion las buscaba la villa de Azcoitia. Al hablar de este asunto el confesor mayor descubrió en aquel prelado tan seria y fuerte oposicion, que le prohibió el que le hablase mas del nuevo convento. Dió ocasion de mayor mérito á la paciencia de las madres Brigidas esta repugnancia de su prelado, cuanto era menos esperada. Contúvose por algun tiempo aquella comunidad en un respetuoso silencio, pero porque despues se receló, que hubiesen influido á la resistencia del Señor Obispo algunos informes que disfrazaban en apariencias de celo el desafecto á la fundacion, pareció conveniente á las súbditas (practicando las reglas de la mas perfecta obediencia) el proponer con resignacion y sinceridad la verdad del hecho á su prelado, para que mejor informado deliberase y las ordenase su última resolucion, como regla que habian de seguir. Escribióle en esta sustancia la madre María Bernarda de la Coronacion su abadesa, pero lejos de mudar el primer dictámen el Señor Obispo mandó en virtud de santa obediencia á las religiosas, que no pidiesen licencia, ni hablasen de salir á la fundacion.

Porque esperaba en ínterin la Villa de Azcoitia, que no hallasen embarazo las instancias, con que solicitaba para fundadoras á



las Madres de Vitoria, fué preciso que estas respondiesen positivamente escusándose de venir á la fundacion, porque no las permitia su prelado de Calahorra. Sorprendió esta novedad á la villa, que luego determinó interesarse en la pretension de deshacer las impresiones que la hubiesen motivado y encomendó estos oficios á la representacion de Don Antonio de Idiaquez, fiando en la eficacia de sus espresiones que sinceraria el ánimo de aquel gran prelado, á cuyo oido se temia haber pasado por conductas menos puras desfigurada la verdad. El Cabildo eclesiástico nombró tambien para el mismo intento á Don Ignacio de Igartua su Vicario. Logró Don Antonio en la conferencia con el Señor Obispo el desvanecimiento de algunas de sus dificultades, pero por mas que insistió despues con razones y ejemplares, no pudo vencerle en la aprehension de que no podia dar licencia para que saliesen á fundar fuera de su obispado las que en su profesion votaron la obediencia á los Obispos de Calahorra.

Al verle inexorable en este punto, determinaron los Diputados volver á sus casas, pero dejaron poder con que en el tribunal de Calahorra se pidiese judicialmente la licencia para que saliesen las fundadoras de Vitoria, con la mira de que si se negase en él, se podria fácilmente obtener en el de la nunciatura, interponiendo á él la apelacion del auto del ordinario. Pero cuando entendió estas intenciones de la villa el convento de Vitoria, tuvo por mas conveniente á su decoro el rehusar este remedio, aunque licito por sacrificarse ciegamente á la voluntad y al juicio de su prelado, y asi dió aquella religiosa comunidad á la villa su última resolucion de no salir contra las intenciones de su superior á fundar este convento.

Solicitó despues la villa por intervencion de las mismas madres de Vitoria, que el convento mayor de Valladolid enviase de su gremio las fundadoras, lo que tampoco rehusaron las religiosas de aquel Real monasterio, que deseando igualmente la dilatacion de su celestial instituto ofrecian enviarlas con mil y quinientos reales de renta vitalicia.

Siendo tan merecedora del comun aprecio esta condescendencia del convento mayor de Valladolid, se dió noticia de ello al Señor

Don Juan Grande Santos de San Pedro, Obispo de Pamplona, cuya licencia se solicitaba para la fundacion con el mayor esfuerzo, y se hallaba siempre tanta inclinacion de su voluntad á darla, como repugnancia de su entendimiento, por no estar bien situada la renta competente. Porque nunca se componia á satisfaccion de aquel gran prelado la suficiente, esplicó claramente su voluntad de que en caso de fraguarse esta fundacion, habia de hacer eleccion el mismo Señor Obispo de la primera de las fundadoras. Habia formado el dictámen de que seria la mas conveniente la madre Maria Teresa de la Cruz, abadesa que entonces era en el convento de su filiacion de Lasarte, porque sabia que concurrían en esta ilustre Señora grandes talentos de la gracia, y de la naturaleza, y como hija de la misma provincia, y de una de sus mas calificadas familias, podria atraer mas fácilmente muchas Vírgenes de su país, que corriendo al olor de sus virtudes, y llevadas de la fama de su discreta direccion, llenasen con sus dotes aquel vacio que tenia esta casa en sus principios.

Habiendo declarado su intencion el Señor Obispo de Pamplona (cuya benevolencia se deseaba conservar para facilitar la fundacion) solicitó la villa, que la madre Maria Teresa con otras religiosas del convento de Lasarte fundasen en Santa Cruz su regular observancia. Al mismo intento cooperó con sus eficaces representaciones el Rmo. P. Pedro Gerónimo de Córdova (de quien hicimos memoria) escribiendo á la madre Maria Teresa, que no resistiese á esta, que parecia destinacion del cielo. Llegó esta primera noticia á Lasarte el primer dia de Pascua del Espiritu Santo llevando en esta circunstancia alguna señal de su inspiracion divina; pero no admitió luego la proposicion la comunidad, hasta que encomendándola á Dios despacio se descubriese mejor su santa voluntad. Dando lugar á la reflexion de los inconvenientes, se ofrecian el de la pobreza del nuevo convento, el de las quiebras de las principales rentas con que se fundó el de Lasarte, y el del poco número que habia en el de religiosas, y entre algunas enfermedades habituales, por lo que parecia desacierto el sacar fundadoras para otro monasterio. Juntábanse á estas reflexiones los dictámenes de personas que tenian título de espirituales, y persuadian á



las madres de Lasarte no se empeñasen imprudentemente en una fundacion sin apariencias de subsistencia.

Sin embargo encomendando á nuestro Señor el acierto en su resolucion el día de San Francisco de Asis del año de 1690 dieron lugar á conferir la materia, y desde aquel tiempo aunque entre muchas contradicciones forasteras, fué prevaleciendo el dictámen de no rehusar la fundacion que traia tantas señales de inspirada del buen espíritu.

Despues que dió la prudencia de aquella comunidad el tiempo competente á la oracion y á la consideracion de este asunto, resolvió el admitirle, pero faltaba todavia la licencia del Señor Obispo de Pamplona, que no acabava de aprobar por suficiente la renta que se le proponia. Dijimos antes la proposicion que se le hizo de que admitiese por parte de ella, la que habia de situarse con los dotes de seis, que descaban ser admitidas al noviciado, y dijimos tambien que no admitió el Señor Obispo aquella incierta esperanza de renta; y ahora, para suplir su incertidumbre, se obligaron varios vecinos de Azcoitia á pagar al nuevo convento trescientos ducados anualmente, hasta que profesasen en él seis religiosas, cuyos dotes produjesen un rédito de igual cantidad. El convento de Lasarte ofrecia tambien alimentos á una de las fundadoras, y el Marqués de San Millan su Patron ofrecia por seis años los de otra fundadora.

Sin mas fondos que estos instaba la villa por la licencia, y el convento de Lasarte envió á Pamplona á su confesor mayor Don Juan de Estillarte, que solicitase en su nombre las facultades de salir á la fundacion de Santa Cruz. Llegó á Pamplona el primer día de Marzo, y aunque halló en el Señor Obispo las dificultades de la tenuidad de las rentas para espedir su licencia, la firmó finalmente el día de San José, diciendo con admiracion de lo mismo que firmaba: *Hemos sido forzados interiormente á firmar esta licencia*: palabras que repitió despues, cuando visitando el convento ya formado de Santa Cruz, dijo á sus religiosas: *Fuimos forzados á dar licencia para esta fundacion, pero ya no nos pesa.*

Dió órden al convento de Lasarte para que eligiese dos religiosas de coro, y una de velo blanco que acompañasen en la funda-

cion á la madre María Teresa de la Cruz, á quien el prelado mismo habia escogido para primera piedra de su espiritual edificio. Eligió el convento las tres religiosas, y el veinte y seis de Marzo de 1691, despidiéndose tiernamente de sus amadas hermanas, empezaron á caminar las cuatro fundadoras con numerosa grave comitiva de Sacerdotes y Caballeros, que hicieron este obsequio á Jesucristo en sus esposas.

CAPITULO XXVI.

Dáse noticia de las fundadoras del convento de Santa Cruz donde recibe Josefa su hábito religioso.

La madre María Teresa de la Cruz fué (como hemos dicho) destinada para primera madre, cuyos espirituales pechos diesen al recién nacido convento saludable y vigorosa leche, con que creciese robustamente en las virtudes. Las de esta venerable fundadora eran muy dignas de narracion y elogio dilatado; pero diremos de ellas lo que baste, para que los sucesos que nos dejó escritos de su súbdita Josefa, tengan mas autorizado el testimonio y puedan ennoblecer mejor nuestra historia.

Fué la madre Maria Teresa primogénita del matrimonio del General Don Miguel de Oquendo y Doña Teresa de San Millan. Nació el año de 1647 en la ciudad de San Sebastian. Desde niña fué muy inclinada á la virtud, y singularmente compasiva de los pobres. A los doce años hizo voto de castidad, y aunque diferentes caballeros de su esfera la solicitaron sucesivamente para el estado del matrimonio, se desvanecian luego sus proposiciones con la muerte de los pretendientes. Sentia en la parte superior de su espíritu poderosa inclinacion al estado religioso, y al mismo tiempo padecia una fuerte aversion en la parte sensitiva, en cuyo combate la socorrió el Señor alentándola á la victoria con una voz interior en que dijo á su alma. *Hija, sígueme que yo te ayudaré.* Al imperio de esta voz se llenó su espíritu de serenidad y de alegría, y aunque despues volvieron las mismas repugnancias, las venció generosamente sudando su corazon afligido lágrimas copiosas en



esta batalla de los encontrados afectos. Cerca de los veinte años recibió el hábito en el convento de la Magdalena de Vitoria, y pocos dias despues padeció su vocacion nuevos combates de los que comunmente sufren las almas, que con estraordinario llamamiento han de obrar mas que lo comun en la religion; pero hizo luego con comunicacion de su confesor el voto de profesar en ella, para ensordecer con este remedio á las sugeriones enemigas. Algun tiempo despues de su profesion enfermó tan gravemente, que ya no quedaba esperanza de su vida, pero la confianza de la enferma halló la curacion de su enfermedad en la obediencia: porque dijo á su prelada: *Madre, mandeme V. R. que no muera:* Y aplicando luego á su cabeza la superiora una imágen de Maria Santisima sanó brevemente.

De Vitoria pasó á la fundacion de Lasarte, que disponian sus padres y contribuyeron mucho sus ejemplos, su autoridad y discrecion, á los acrecentamientos del nuevo convento. En interin hacia el Señor crecer su espíritu entre muchas tribulaciones interiores, porque fuera de muchos géneros de tentaciones que padecia, la dió á gustar el Señor las amarguras de la desolacion y sequedad de espíritu, en cuyo conflicto buscó la direccion del R. P. M. Tirso Gonzalez, catedrático entonces de la universidad de Salamanca, y despues Preósito general de la compañía de Jesus. Este insigne Jesuita la confortó en sus penas, exhortándola á padecer y á confiar en su respuesta, que conservamos original, y copiaremos, como doctrina digna de varon tan sabio y venerable. «Acuérdese v. md. (la dice) de su nombre que la está significando la Cruz, y no quiera tener el nombre vacio de la significacion. » Pida á la gloriosa Santa Teresa la alcance alguna parte de aquel espíritu con que decia: *O padecer ó morir*, v. md. confie, que quien la previno con la representacion de la Cruz, que la esperaba, no la ha de faltar en los aprietos. No está v. md. sola, pues tiene consigo á Dios, que asiste con especialidad á los atribulados, y si fuere gusto de Dios tenerla así muchos dias, y muchos meses, digale de corazon: *Hágase Señor vuestra voluntad*, como me deis gracia para que yo no os ofenda, poco importa que yo padezca.»

No la fatigaban menos los temores de que se mezclase el enemigo en algunas hablas interiores que sentia, en que tambien la confortó aquel grande hijo y sucesor de San Ignacio, respondiéndola así: «Mientras lo que interiormente sintiere v. md. fuere encaminado á cosas santas conformes al Evangelio y vidas de los Santos, no hay que cansarse en examinar de que espíritu viene; porque aunque el demonio hablára, mientras él no mueve á cosas malas, sino á cosas buenas, no hay peligro en esto. Dios es fiel y no permitirá que el demonio engañe al alma humilde, que con veras le busca.» Instruccion digna de tan consumado maestro que ofrece mucha luz, y serenidad á las almas escesivamente timidas ó turbadas entre las aprehensiones del engaño.

No se contentaba con recibir las cruces que la ponía Dios sobre sus hombros, queria tambien tomarlas por su mano, y así afligia su cuerpo con mas rigor del que podía tolerar su complexion delicada. Por eso el V. P. Juan de Berreyarza (á quien buscó para su direccion, despues que pasó á Roma el R. Tirso) la prohibió como indiscretas, las mortificaciones de que usaba mandándola cuidar mas de su salud tan estenuada ya, que si el espíritu fortalecido de la gracia no sostuviese la debilidad del cuerpo, la faltarian fuerzas para las cotidianas tareas de la recoleccion, en que era sumamente esacta y observante.

El Señor, por cuyo amor padecia y obraba así, la regaló con muchos estraordinarios favores, que no podemos inferir en esta historia, pero diremos por conducente á ella una vision que tuvo muchos años antes de la fundacion del convento de Santa Cruz, y la dejó escrita de su mano, para comunicarla á su venerable director. «Estando (dice) un dia sumamente congojada, me pareció, quedaba como en sosiego á modo de adormecida, y á este tiempo ví una calle muy larga, y que pasaba por ella una persona muy cargada con muchos maderos, que subian muy alto. Entonces el alma pensó si seria nuestro Señor quien llevaba esta carga, y como si respondiese á su pensamiento, sacó nuestro Señor la cabeza y su santisimo rostro muy fatigado, como euando le pintan con la Cruz acuestas, miró al alma y se acabó con esto. Nada ví con los ojos del cuerpo, todo fué con los del alma y en un

» momento, y toda la vida me ha durado el cuidado de su representación, como si fuese el mismo día.»

Refiere despues que mientras se solicitaba en Pamplona la licencia para la fundacion de Santa Cruz, oyó una voz interior, que la dijo: *Sígueme, que yo te ayudaré*: Y entendió en otra voz igualmente clara: *La licencia está dada*. El V. P. Berreyarza, á quien escribió esta relacion, puso á su márgen esta respuesta: «Al llegar al paso de los maderos que subia en alto, luego me acordé de la fundacion, á que se enderezó esta vision. Con semejante brevedad suelen las mas veces pasar las hablas y cifras de Dios, y de ordinario permanecen constantes, como si de presente se vieran. Guarde v. md. este papel para ser muy agradecida de Dios, y arrójese con su comunidad á sus brazos con gran confianza de que nunca le faltará.» *lacta cogitatum tuum in Domino, etc. ipse te enutriet.*

La providencia que así previno á la madre María Teresa para fundadora de Santa Cruz, la tomó tambien por instrumento, para que de lo que oyó y observó en su súbdita Josefa, nos dejase algunas anotaciones escritas de orden del mismo V. P. Berreyarza, que gobernaba entonces los espíritus de ambas. Tengo en mi poder la carta en que aquel celosísimo jesuita encomendó este cuidado á la madre María Teresa: *Las cosas de Josefa (la dice) oculte v. md. cuanto pudiere, pero vaya escribiéndolas en un cuaderno, señalando el año mes y día, y si pudiere la hora, y tenga el cuaderno guardado.*

Algun tiempo despues que recibió esta carta, empezó á formar el cuaderno la madre María Teresa, sacrificando á la obediencia los temores que la dictaba la humildad, y esplica así. «Confieso mi ignorancia que ni entiendo ni sé como acertar, pero como la obediencia hace milagros, espero alumbrará mi entendimiento para que acierte escribiendo algunas cosas particulares de la madre Josefa del Santísimo Sacramento, pues cuando nuestro Señor ostenta su grandeza manifestando sus misericordias en beneficio de su sierva, sería ingratitud pasarlas en silencio. Y la estimación que hace de esta sierva de Dios un varon tan ilustrado del Cielo, como el P. Juan de Berreyarza, es consuelo grande para

» las hijas de Santa Brígida. que tienen en su religion alma tan escogida de la Magestad divina, para piedra fundamental de una nueva fundacion.»

Ni podemos omitir lo que la misma fundadora advierte para prueba de que era inspirado del Señor, el cuidado de que escribiese las cosas de su súbdita. «Habia (dice) muchos dias, deseaba dar principio al cuaderno, y nunca faltaba un embarazo. Estando un dia bien descuidada de hacerlo por estar disponiendo una labor, parece dijeron á mi alma: *Cómo te descuidas tanto?* Entendiendo al mismo tiempo que esto se me decia porque no escribia estas cosas, y persuadiéndome con amor á que lo hiciese. Obedeci, y el mismo dia que di principio al cuaderno, falté á la casa de labor y me dijo la madre Josefa que al llegar el tiempo de la leccion espiritual, me habia hechado de menos en la casa de labor, y que aun quiso salir á buscarme, pero que fué detenida interiormente, mandándola el Señor, que me dejase. Y preguntándola si entendia lo que yo estaba haciendo me respondió, que no entendió otra cosa sino que me dejase. Héchase bien de ver, quiere su Magestad divina, escriba yo lo que el mismo Señor muestra á toda la comunidad, y otras cosas que yo he notado en esta sierva de Dios.

Hasta aqui la madre María Teresa, y añade que antes de venir á la fundacion, vió en el espíritu á Josefa á quien nunca habia visto, pero entendió que era ella, y que al venir despues á la fundacion, y al verla con los ojos del cuerpo, conoció que era aquella misma cara, tocado y cuerpo que se representó antes á su espíritu, dejándola desde entonces con respeto y amor reverencial á su súbdita.

Todas estas circunstancias harán mas recomendable la narracion de los sucesos de la vida religiosa de Josefa, que hemos de trasladar á nuestra historia, de los que la prudente fundadora pasó desde sus ojos á la pluma, gobernada por la obediencia, ofreciendo así mas pura y sincera la verdad, cuanto mas inmediata á su origen. Por eso añadirán mucho honor á Josefa aquellos testimonios de su prelada, cuya ilustre fama no escede al mérito de sus grandes virtudes y talentos. Los que tuvo para el gobierno, se

conocieron bien en veinte y un años de prelación. Las religiosas de Lasarte la lograron en dos trienios abadesa, y cuando en otros doce años gobernó el nuevo convento de Santa Cruz, deseó con grande instancia la exonerasen del gobierno, lo que consiguió entonces; pero volvió á ser elegida para el quinto trienio, sacrificándose á la voluntad de nuestro Señor, que con reprehension amorosa la dijo en una interior locucion, que obedeciese, tomando á su cuidado el cultivo de aquellas flores de su jardin.

Deseó siempre no morir en el oficio de prelada, y logró su deseo, porque despues de acabado el quinto trienio, vivió seis meses enseñando á obedecer á sus hijas, toda entregada al arbitrio de su prelada, á quien edificaba y confundía, pidiendo con discreta importunidad la licencia para las acciones mas menudas, y autorizando la grande importancia de esta práctica en la comunidad con los últimos ejemplos de su vida que acabó felizmente á veinte y seis de Octubre de 1709 en edad de sesenta y dos años y cuarenta y dos de religion, dejando en el convento tan vivo el sentimiento de su ausencia, como presente la memoria y la gratitud á los beneficios de la comun madre. Ella fué como la raiz escogida del Señor, para que con su jugo, alimentase las ramas, é hizo en este vergel de Santa Brigida, aquellos oficios que la diesen ocasion de decir: (1) *Ego quasi vitis fructicavi sua vitatem odoris, etc. flores mei fructus honoris etc. honestatis.*

La segunda fundadora fué la madre Ana Josefa María de la Concepcion, hermana tambien en las virtudes como en la sangre de la madre Maria Teresa. El General Don Miguel de Oquendo su padre, dispuso al abrir los cimientos para el convento de Lasarte, que hechase en ellos la primera piedra la madre Ana Josefa, y dispuso el Señor, que ella fuese la primera piedra de este espiritual edificio admitida en él antes que otra alguna, á tres meses despues de su fundacion. El año de su noviciado, y en el dia de la Santa madre Brigida al abrir una ventana alta del coro, dió de cerebro en una pared maestra, cayendo á ella de mas de dos estados de alto, y cuando las religiosas la creyeron muerta se levantó risueña y cantó luego las vísperas. Veinte años edificó con

(1) Eccli 24. v. 25.

sus ejemplos al convento de Lasarte antes de venir al de Santa Cruz, en que vivió otros treinta años y medio, y le gobernó en dos trienios como abadesa. En estos cincuenta años de religiosa, se aplicó con teson infatigable á la observancia de las reglas en el rigor de su letra, y aun cuando á su complexión débil en los últimos años de su ancianidad, queria conceder la discrecion de sus preladas algun alivio ó dispensacion, no acertaba á sufrirle sin hacer muy costoso el sacrificio á la obediencia. Su abstinencia y parsimonia se hacian reparar como singulares, y lo fué tambien su paciencia hasta la última enfermedad, cuyo rigor sufrió en sus principios sin rendirse á la cama por no privarse de los amados ejercicios de su regla. Agravóse la dolencia en vehementes dolores, que postraron en fin á la naturaleza, y ejercitaron con edificacion de la comunidad su sufrimiento, conservando entre ellos una serenidad del espiritu que esplicó bastantemente á su prelada diciéndola, que gozaba entre las aflicciones mayores de su enfermedad las suavidades de la presencia de Dios en cuyos brazos entregó su espiritu el veinte y uno de Setiembre de 1722 en edad de sesenta y ocho años.

La tercera que vino á la fundacion fué la madre Catalina de Santa Brigida, que ejercitó en el nuevo convento el oficio de maestra de novicias, y entre ellas dirigió con su magisterio á nuestra Josefa. Permanció en Santa Cruz diez años, y se restituyó despues á su convento de Lasarte, donde repetidas veces la ha fiado aquella comunidad este importantísimo ministerio de la educacion de sus novicias, para argumento de su experimentada prudencia y discrecion. No diremos mas de sus virtudes, porque pueda quedar agradecida á nuestro silencio su modestia.

Con estas tres madres vino tambien á la fundacion la hermana Juana María de San Joaquin, que permanció en Santa Cruz veinte y seis años en cuyo tiempo, despues de cumplir exáctamente las tareas de su ministerio, se ejercitó con grande interés del convento en muchas obras, no solo de su prerogacion, sino tambien estrañas de su sexo. Ella hacia de ordinario los oficios de zapatero, de albañil y de carpintero; y en fin ella sola trabajó con bellas columnas Salomónicas, y doró tambien ella misma el reta-



blo mayor, que colocado en la iglesia de Santa Cruz se deja admirar de todos por peregrina obra de una muger. Restituyóse después á su convento de Lasarte, donde vive empleándose en otras obras con que se aumenta el adorno de aquel templo y con que crecen tambien los adornos de su espíritu entre fatigas religiosamente dirigidas al divino culto.

El veinte y siete de Marzo llegaron las cuatro fundadoras al Real Colegio y Santa Casa de Loyola, donde hallaron aquella benevolencia y claridad, que debe desde su origen á los jesuitas la recolección de Santa Brigida. Señalóse el Rmo. P. Pedro Gerónimo de Córdoba en la ternura con que recibió y ofreció sus obsequios á las esposas de Jesucristo. Esperábalas allí Doña Ana de Lasalde viuda del último poseedor de aquella Santa Casa, para conducir las á su casa de Azcoitia, donde alojaron dos dias, oyendo misa en su oratorio y observando en lo posible la clausura. El treinta de Marzo señalado para la posesion del nuevo monasterio salieron de esta casa acompañadas de las principales Señoras de la villa á la parroquia, donde comulgaron. Ordenóse en ella la mas solemne y lucida procesion que se vió en el pueblo, para conducir las al convento. Iban en ella las fundadoras en medio de dos Coros numerosos de sacerdotes que alternaban el canto de los salmos de accion de gracias; sonando al mismo tiempo las salvas de la artillería y las mudas tierpas voces del universal regocijo en aquel devoto espectáculo. En esta órden llegaron á Santa Cruz, y recibiendo de la villa las llaves pusieron luego clausura en la nueva casa de Santa Brigida. Asi se lograron finalmente los votos y los deseos de tantos años, disponiendo el Señor que pasase ahora aquel desierto á deliciosa poblacion de vírgenes sagradas, y se mudase su soledad en un huerto divino, donde habitase el gozo y la alegría, la accion de gracias, y la voz de la alabanza segun las dulces espresiones de su profeta Isaias. (1) *Ponet desertum eius, quasi delicias etc. solitudinis eius quasi hortum Domini. Gaudium, etc. lætitia in venientur in ea gratiarum actio, etc. vox laudis.*

Ofició este dia la comunidad eclesiástica la misa solemne, en que

(1) Isai. 31. ver. 5.

estuvo espuesto el Sacramento y predicó á la fiesta el Rmo. P. Francisco Aleson, rector entonces del Real Colegio de Loyola, que esplicó oportunamente la extraordinaria providencia de Dios en las circunstancias de esta fundacion con aquellas voces del Santo Rey David: (1) *A Domino factum est istud, etc. est mirabile in oculis nostris.*

Al dia siguiente recibió Doña María Ignacia Hurtado de Mendoza el hábito, por cuyo logro afaná tantos años con fortaleza, y constancia siempre inmutable y le recibió tambien el mismo dia nuestra Josefa, que aun en los últimos cuatro años de su habitacion en la casa de Idiaquez se retiraba á un desvan, donde sin ser vista de nadie, y á la vista del sitio del nuevo convento, dirigia al Señor sus ruegos de habitar en esta casa del Señor en la soledad y silencio del estado religioso y logró ahora el fruto de sus suspiros concediéndola el Señor (por usar de las palabras del Santo Job) en la soledad la casa de su habitacion: (2) *Cui dedit in solitudine demum.*

LIBRO SEGUNDO.

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE LA VENERABLE MADRE JOSEFA DEL
SANTÍSIMO SACRAMENTO.

DESCRIBE LOS PROGRESOS DE SU ESPIRITU EN EL ESTADO RELIGIOSO HASTA LA MUERTE.

CAPITULO I.

Del fervor con que empezó el noviciado y de algunas contradicciones que padeció en él.

Hasta ahora ha ofrecido nuestra V. Josefa muchos ejemplos de virtudes en treinta y ocho años de su vida religiosamente inocente en los peligros y tumultos del siglo. Desde esta edad la concedió su

(1) Pf. 117. v. 22.

(2) Jov. 39 v. 6.



dueño la inestimable gracia de sacarla del mundo como de un campo todo espinoso al florido vergel de la religion, porque tan ardiente y dilatadamente habia suspirado. Sacóla del público teatro de sus batallas y victorias al alcázar cerrado de la religiosa casa de Santa Brígida, donde deliciosamente escondida entre las paredes y puertas firmes, que dividen al mundo del cielo, cantáse al Señor las gracias de tan grande beneficio con las voces del Santo Rey David: (1) *Alaba Jerusalem al Señor, alaba Sion á tu Dios, porque fortaleció las cerraduras de tus puertas.*

Para pasar ahora al nuevo convento desde su alojamiento en la casa de Idiaquez, debió á D. Pedro de Idiaquez Señor de esta casa la competente limosna para su dote, y la debió tambien á Don Francisco Antonio de Munibe, y Doña Ana Luisa de Idiaquez condes de Peñafloreda, esplicándola en esta noble y piadosa emulacion su antigua y nunca interrumpida beneficencia aquellos sus ilustres bienhechores.

Al recibir el hábito religioso sintió aquel júbilo ó gozo excesivo que por no caber dentro del corazon, *la embriagó con el torrente de las delicias celestiales, y con la abundancia de los bienes, que se encuentran en la casa del Señor.* Formábase este gozo espiritual en la esperanza de que en el estado mas perfecto de religiosa, y en los ejemplos de las fundadoras, aprenderia á trabajar mejor en la conquista de las virtudes, y en la seguridad de que en tan pocas y tan prudentes vírgenes se esconderian al mundo las suspensiones y los raptos cuya publicidad habia sido hasta entonces la mas sensible de sus penas. Confortada con estos favores del Señor se aplicó desde luego á los medios que la ofrecia el nuevo estado para perfeccionarse; y por eso pocos dias despues de su clausura, rogó con humildes instancias á su V. prelada, que por amor de Dios la advirtiese y la reprendiese sus faltas haciéndola cargo, de que como madre debia darla la mejor señal de su amor en no disimulárselas. Esta fué la primera pretension de nuestra novicia en el monasterio, el cual (como escribió San Francisco de Sales á una religiosa) (2) *Es una academia de correccion, y la señal eviden-*

(1) Pl. 147.

(2) Sales, lib. 6. Ep 57.

te de la perfeccion en él, es querer ser corregida, porque este es el principal fruto de la humildad que nos dá á conocer tenemos necesidad de la correccion.

Acudia con la mayor puntualidad á todas las distribuciones de la regla, procurando ejecutar perfectamente la voluntad de Dios, significada en ella. Empleaba en la contemplacion los ratos, que podia desocuparse, añadiendo este tiempo á las tres horas de oracion mental, que su instituto tiene cada dia las dos continuadas desde las cuatro y media hasta las seis y media de la mañana, y la tercera de las cinco á las seis de la tarde. Y en suma, conociendo bien lo que importa empezar con fervor las tareas de la vida religiosa, edificaba á la comunidad el desvelo, con que se entregaba á ellas desde los primeros dias de su noviciado, como lo rectifica su Superiora la madre Maria Teresa que escribe así: «Viéndose con el hábito Josefa, que solo en el hábito era novicia por tener de perfeccion muchas virtudes, las iba aumentando con la santa obediencia siendo ejemplo á todas su rendimiento y humildad, y siendo la primera en el trabajo, aunque estaba muy postrada de fuerzas por las muchas penitencias que hizo desde niña, sobre los atroces tormentos que de toda la vida la han dado los demonios.»

Atendiendo la prelada á la debilidad de la novicia, moderaba discretamente los fervores con que solicitaba la maceracion del cuerpo en las penitencias cuyo uso no puede exceder de la expresa permission de las superiores, en el instituto de Santa Brígida. Importunaba á su abadesa por mas francas licencias para castigar su cuerpo, pero ella ó se las negaba ó la remitía á su confesor que escribe así: «Sobre la privacion de las penitencias, desde que entró al noviciado ha tenido muchas mortificaciones, y aunque con humildad ha observado lo que la mandaba su prelada, ha sido algo prólija en pedir licencia para ellas, pero en vano, porque la abadesa viendo su estenuacion la ha negado siempre, ó por lo menos la ha remitido á su confesor, y este otra vez á la abadesa; y como muchas veces en sus fervores ha concebido odio implacable contra sí misma por sus faltas contra Dios, y mala correspondencia á sus misericordias, en estas ocasiones ha sido

mayor su sentimiento hasta decir con muchas lágrimas, que el confesor por la prelada, y la prelada por el confesor la embarazan el vengar en su cuerpo los agravios de Dios.» De esta suerte hacia mas penoso el sacrificio en la privacion de aquellas maceraciones que apetecia; y lograba en este sacrificio mérito doble, el uno de la voluntad de mortificar su cuerpo, y el otro mayor en la mortificacion de esta misma voluntad rendida á la obediencia, conforme á la doctrina que en semejante inclinacion á grandes penitencias reveló Maria Santísima á Santa Brigida.

Pero mientras caminaba así á largos pasos en las virtudes el comun enemigo transfigurado en ángel de luz, intentaba sacarla de estas sendas de la perfeccion evangélica. Y porque las buenas almas no son engañadas sino con apariencias de virtudes, la sugería con perversa astucia las esperanzas de mayores progresos de su espíritu en la vida secular que en la religiosa. Quería persuadirla á que padecía su alma detrimento, donde pensó hallar las ganancias; porque su oracion, que en el siglo se estendia á ocho y nueve horas cada dia, apenas pasaba de tres en el convento, donde en lugar de añadir mortificaciones aflojaba tambien en el castigo de su cuerpo; y así iba cortando aquellas dos alas de oracion y mortificacion con que se vuela al monte de la perfeccion y por eso no podria proseguir un rumbo en que volvía atras en vez de avanzarse en las virtudes.

Mas aunque duraron algunos dias estas sugestiones, las venció Josefa conociendo, que escondian como suele el escorpion su veneno en semblante alagüeño. Aprovechóse de ellas para pedir con mas instancia al Señor la gracia de la perseverancia en el estado religioso, y descubrió al confesor que la confirmó en el concepto de que el astuto enemigo con apariencia de mayores bienes, pretendia privarla de los inestimables tesoros de la religion donde con felicidad incomparable hacia la voluntad de Dios en cada una de las distribuciones de su regla.

Vencido en este combate el enemigo, movió otra batería enderezada á desalojar á la novicia del baluarte de la casa religiosa en que la puso su dueño. Un hombre que tenia sobrescrito de sabio y celoso asintió incautamente á los informes de quien quiso calificar

de sospechoso el espíritu de Josefa sin haberla tratado, y despues con mas reprehensible ligereza, refirió todo lo que habia oido y creído á la abadesa del convento mayor de Santa Brigida de Valladolid. Dijola, que despues que estuvo en la inquisicion nuestra novicia, fué hechada del convento de Santa Clara por sus religiosas á los once meses del noviciado, y que todo lo que comia bo.mitaba convertido en carbon. Habria parecido á la abadesa que haria grande agravio á un testigo de tan buenas apariencias si no le creyese; y así escribió luego á la fundadora de Santa Cruz sus sentimientos formados vivamente en el desdoro de toda su recoleccion por el recibo de una novicia de tan estrañas calidades, insinuándola que seria necesario enmendar este desacierto, negando la profesion á la que habia sido admitida al noviciado.

Afligió mucho esta carta á la V. Fundadora que en el inmediato trato de su súbdita estaba viendo la falsedad de aquellas imposturas, y por eso sentia que la prelada del convento mayor antes de crearlas, no la hubiese oido. Pero quiso sin embargo deshacer la impresion que aquel siniestro informe hizo en el ánimo de la abadesa de Valladolid, la cual mejor informada del confesor que entonces trataba el espíritu de Josefa, corrigió su carta, y conociendo que hubiera acertado mas si hubiese hecho menos favor al delator de la novicia, deseó su profesion.

No fué tan secreta esta oposicion que se ocultase á D. Diego Sabando Henriquez aquel noble eclesiástico en cuya casa alojó (como ya se dijo) nuestra Josefa en Logroño, y por eso escribió ahora desde aquella ciudad á la V. M. Maria Teresa una carta en que dice así: «Luego que entendi el contratiempo que amenazaba á mi hermana Josefa, conocí de donde se hacia el tiro, y aunque al principio me contristé por lo que ella pudiera sentir, me ha servido despues de risa, porque si estuvo quince meses en mi casa por orden del Santo Oficio, fué para acrisolar mas su segura virtud mal entendida de quien no la conoce. Y si esto no fuera así, ni en los conventos de esta ciudad hubiera sido apetecida como lo fué, ni yo hubiera dejado con tanto gusto mi casa por ir la sirviendo á su lugar con la vanidad que fui. Y de que fuese á él, fui yo la causa, careciendo de su amable compañía,



» por parecerme que ni el sobrescrito con que vino era razon per-
» judicase á los suyos sin que la viesen volver tan condecorada á
» donde salió. Y aunque cada uno de estos señores inquisidores la
» ofrecían su casa, y que la tendrían en lugar de hermana (que no
» lo hicieran, sino fuera lo que es) no lo permití por la considera-
» cion dicha. Y en fin señora, el hablar de esto lo tengo por ofensa.»

Este era el juicio que hacia de la novicia aquel prudente sacerdote despues que observó de cerca por quince meses los quilares de su espíritu; y tal era tambien el que formaba el V. P. Juan de Berreyarza su principal director, que respondiendo por este tiempo á una carta de la abadesa de Santa Cruz le dice asi: De v. md. gracias á Dios de que haya escogido á Josefa para hija de esa fervorosa y santa comunidad. Y tal suele ser finalmente la providencia del Señor que defiende la fama de sus siervas contra el ímpetu de un linage de hombres que con precipitado juicio reprueban los espíritus sin probarlos.

CAPITULO II.

De los ordinarios egercicios y algunos particulares sucesos de su noviciado.

Despues que distribuía nuestra novicia segun las ordenaciones de su maestra el tiempo conveniente en las regulares tareas de su noviciado, aplicaba á la oracion todos sus cuidados cuando se hallaba desocupada. En el tiempo que de dia estaba sola en la celda la sobrevenían los ímpetus de orar tan vehementes, que casi sin poder resistirlos, la precisaban á ponerse de rodillas y á estar asi largo tiempo dulcemente embelesada en la contemplacion de la divina bondad. Aun de noche la impedían el sueño estos mismos ímpulsos, como necesitándola á visitar al Santísimo Sacramento; y por eso solia levantarse con el ánimo de hacer una breve oracion, pero al principio de ella perdía el uso de los sentidos y perseveraba asi enagenada. En una de estas ocasiones se sintió fuertemente movida á levantarse á las dos de la mañana, con la aprension de que estaria apagada la lámpara del Sacramento que ardia en una claraboya del convento, y hallando que realmente estaba apagada, la encendió y logró con esta ocasion el continuar velan-

do y orando de espacio en la presencia del Señor. Otras muchas noches enteras solia pasar puesta de rodillas enagenada ó absorta en su celda con una cruz acuestas y corona de espinas en la cabeza. La madre Engracia de Cristo Religiosa (que hoy vive en su convento) depone que yendo de orden de la superiora un dia á las cuatro de la mañana á la celda de Josefa, la halló en ella extática en pie delante de una ventana que mira hácia la santa casa de Loyola con los brazos cruzados y una cara risueña en la misma postura en que permaneció arrobada desde las diez de la noche antecedente hasta aquella hora de la mañana.

Pero el V. P. Berreyarza informado de estos estraordinarios afectos que en el principio de la vida religiosa padecia Josefa, la dió esta instruccion que copiamos como digna de tan experimentado maestro. «En la oracion como en ejecutar las inspiraciones » estraordinarias de cosas exteriores, nunca salga de la orden de » su superiora. Cuando sintiere tales vehemencias, comuníquelas » á su prelada y ejecute lo que la ordenáre, y si alguna vez no se » las pudiese comunicar con prontitud como en el caso de encender » la lámpara, pida á Dios que dé aquellas inspiraciones á su su- » periora, para que esta la ordene la ejecucion de su voluntad, mas » hasta que la abadesa la ordene, permanezca en la distribucion » del tiempo que lleva la comunidad, aunque sea el de estar en » cama.»

Ejecutó la novicia puntualmente esta instruccion viviendo pendiente de la voluntad de su abadesa en los tiempos estraordinarios que deseaba dar á la oracion. Pero la discrecion de la prelada solia concederla la licencia de levantarse á las dos de la mañana á orar cuando no estaba muy débil ó enferma; y por eso de ordinario en estos principios ya habia empleado la novicia dos horas en su amada contemplacion antes de las otras dos que desde las cuatro y media destina para este santo egercicio la regla de Santa Brigida á sus hijas. Un dia de estos que nuestra venerable Josefa se levantó á las dos de la mañana entendió su prelada lo que el Señor se complacia en estas anticipadas vigiliass de su sierva con una señal que referiré como la escribe la misma V. Fundadora. «Estaba » yo desvelada (dice) desde la una de la mañana, y ví que á las



» tres pasaba hácia el coro por el dormitorio, una luz tan grande
» y clara como si fuera un rayo del Sol. La puerta de la celda
» tenía abierto un resquicio y no pude contenerme sin llamar á una
» hermana. Despertéla, pero no había ruido de pasos algunos.
» Pregunté á la mañana á todas las religiosas, y ninguna se había
» levantado aquella hora. Pregunté despues á Josefa donde había
» estado á tal hora, y me dijo que la había llamado nuestro Señor
» para el coro en aquel mismo tiempo en que yó ví pasar la luz
» hácia el coro.» Advirtió la prelada desde los primeros dias del
noviciado de su súbdita las suspensiones de sentidos que de ordi-
nario padecia en la oracion, pero procuraba ocultarlas, y para
esto tomaba el cuidado de despertarla con disimulo de aquel
dulce sueño, tirándola suavemente del hábito.

No era pequeña mortificacion para la novicia el embarazo que
acarreaban á la abadesa sus suspensiones, y por esto comunicó
al confesor el pensamiento de entrar en la oracion en comunidad
con el cuidado de observar el reloj, para que esta atencion la em-
barazase, ó á lo menos la moderase sus adormecimientos. Pero la
desaprobó el confesor aquel cuidado por distractivo de la oracion
y nada necesario cuando la superiora ejercitaba gustosamente la
caridad de despertarla.

Los afectos y efectos de esta contemplacion en que padecia
aquellas suspensiones, escribe asi su confesor: «Luego que se
» pone de rodillas, se le propone vivamente el conocimiento de la
» bondad infinita de Dios, el de la grandeza de sus beneficios y el
» de su mala correspondencia; y resultan de aqui tan copiosas lá-
» grimas, que humedecen sus vestidos y el suelo en que está de
» rodillas. Su corazón está tan inquieto, que parece ha de reven-
» tar con los golpes que sensiblemente se oyen, y cuando para, se
» enciende en su pecho un calor que la abrasa las entrañas, cre-
» ciendo el corazón hasta la necesidad de aflojar los vestidos. Cuan-
» do ella no puede aflojarlos, la socorre con este oficio la abadesa,
» que muchas veces me ha dicho, están sus vestidos tan ardientes
» que pueden quemar las manos.»

Esto que referia la V. Superiora al confesor contestan las reli-
giosas, que hoy viven, asegurando por su esperiencia: «que en

» estas ocasiones solian desabrocharla el ajustador, y sentian que
» su pecho y ropa despedia un calor tan grande, como si tuviera
» algunas ascuas en el seno.» Señales todas de la grande brasa y
fuego con que el Señor inflamaba y derretia el espiritu de su
sierva en la fragua de la oracion.

En los dias de su especial devocion tenia siempre algun parti-
cular afecto y señaladamente el dia del Nacimiento de Nuestro
Señor, habiéndose ilustrado su entendimiento con el conocimiento
de innumerables perfecciones de la divina naturaleza, se arrebató
inmediatamente su voluntad á un ardiente amor del objeto que
descubria tan infinita amabilidad, y asi pasmada y suspensa duró
cinco horas con incomparable sosiego de su espiritu llorando al
mismo tiempo tiernamente el no haber estado siempre amando á
aquella inmensa bondad.

De esta suerte el espiritu divino perfeccionando y clarificando
la fé con el don de la sabiduria, conferia á la V. Josefa un altísimo
y simplicísimo conocimiento de los misterios y perfecciones divi-
nas que ella no sabia explicar y se valia para decir la imposibili-
dad de explicarlos de esta comparacion. «Como si abriesen (decia)
» un jardin donde se viese muchedumbre de flores nunca vistas en
» el mundo, al salir de él quedara memoria de lo que se vió, pero
» no podrá explicarse porque nada se encuentra comparable con
» aquella hermosísima muchedumbre. (1) Es semejante á esta es-
» plicacion la que escribió Santa Teresa para manifestar la impo-
» sibilidad de declarar bien el alma lo que entonces entiende: Es-
» tando el alma tan hecha una cosa con Dios metida en este apo-
» sento del Cielo Empireo, que debemos de tener en lo interior de
» nuestra alma, de presto vé lo que está en aquel aposento, y asi
» queda despues que torna en sí con aquel representarse las gran-
» dez as que vió, mas no puede decir ninguna.»

Pero lo que no podia explicar la lengua, se manifestaba en los
efectos, que como escribe su confesor: Duraban muchos dias con-
»servando en su corazón un amor ardiente á aquellas divinas
» perfecciones representadas en la contemplacion, de la cual no
» acertaba á arrancarse sin grande violencia, y cuando la sacaban

(1) Mor 6. cap. 4.



» de ella la caridad ó la obediencia, deseaba intensamente desem-
» barazarse de la ocupacion para volver á aquel profundo reposo
» del espíritu de la oracion.»

Y porque aun mismo tiempo se representaba á los ojos de su alma la grandeza de las divinas misericordias y su propia indignidad y bajeza, gemia su ingratitud y tal desnudez de las virtudes, que podia afirmar con juramento no hallarse en su alma cosa buena. Seguíanse á estos sentimientos los temores de que en aquel género de oracion se mezclasen engaños del demonio; porque siendo la buena vida la mejor señal de la oracion, la parecia que no podia ser agradable á Dios aquella en que claramente se conocia á sí misma desnuda de todas las virtudes. Crecia su temor porque no podia ahora detenerse (aunque lo procuraba) en la meditacion de la Pasion de Jesucristo, porque borrándose de la memoria los puntos que llevaba prevenidos, era arrebatado el espíritu á contemplar aquel divino objeto que se representaba á su entendimiento.

Este ordinario cuidado que la afligia manifestó sensiblemente en una ocasion en que oyendo á su confesor lo que debia agradecer á Dios aquel gracioso don, recibiendo con humildad las dos alas de su conocimiento y amor con que la hacia volar y reposar en la cumbre de la contemplacion, padeció un deliquio amoroso, en cuyo tiempo daba su cuerpo unos grandes temblores que ella decia eran suavísimos y dulcísimos. (1) De esta suerte hacia ver el Señor en su sierva lo que dijo por su profeta Ezequiel, que las almas elevadas á la cumbre han de imitar á las palomas de los valles, que cuando con arrebatado vuelo se encumbran á los montes tiemblan todas en el que parecia lugar de la seguridad.

Sin embargo, el mismo Señor que queria en Josefa esta timidez de paloma, la confortó descubriéndola lo que debia apreciar sus mismos temores en una ilustracion de este tiempo, que escribe asi su confesor. «Representó un dia en la oracion á nuestro Señor
» los grandes temores con que de dia y de noche estaba combatida
» de ser engañada del demonio en justo castigo de su ingratitud á
» las divinas misericordias. El fervor con que representó sus temo-

(1) Ezeq. 7. y. 16 Erunt in montibus quasi Columbae convulsum emnes trepidi.

» res pidiendo á Dios el remedio, la arrebató á su suspension or-
» dinaria, y en ella con la claridad que otras veces se representó
» el Señor á los ojos de su alma, trayendo en sus divinas manos
» una hermosa fuente, y vió que en ella venian todos los temores
» que en su vida la habian fatigado y la fatigaban actualmente, y
» mirándola Nuestro Señor con semblante apacible, reparó ella,
» que todos aquellos temores que estaban en la fuente, se conver-
» tian en piedras preciosas. » Asi mientras estaba cercada de sus
temores, entendió que los justos tienen en ellos su precioso tesoro conforme á lo que dijo el mismo Señor por Isaias: (1) *Timor Domini ipse est Thesaurus eius.*

CAPITULO III.

De los votos para su profesion y de los trabajos que la precedieron.

Asi procedia en su noviciado la V. Josefa cuando se señaló el dia 11 de Febrero de 1692, para tomar á la tarde despues de visperas los votos de la comunidad para su profesion. La novicia que debia contar aquel dia entre los de su especial devocion, pidió á las once licencia á la abadesa para ir á saludar al Santisimo Sacramento desde una claraboya del convento mientras la comunidad iba á la hora de su recreacion. Pero la que empezó breve estacion se alargó desde las once hasta las tres de la tarde, cuando yendo las religiosas á visperas, hechó de menos en ellas á su novicia la superiora que refiere asi el suceso de aquel dia. «Cuando tuvo los
» votos para la profesion, hechándola de menos en visperas, salió
» sospechando lo que seria por evitar que otras la viesen. Estaba
» en la claraboya totalmente absorta, y por mas diligencias que
» hice tirándola de la ropa, trayéndola á una y otra parte, mo-
» viéndola los brazos y manos, y llamándola varias veces por su
» nombre, todo era en vano. Con que quedé á su lado por no de-
» jarla sola; tirábala á veces de la ropa, y viendo que no bastaba
» la dije (no en voz mas alta que las antecedentes,) y dándola un
» golpecillo en el brazo: *Ea vuela en sí.* Apenas pronuncié estas
» palabras, al pronto me miró con tal prontitud, que no habia vis-
» to jamás cosa del género en ella; y preguntándola yo, qué era

(1) Isai 56. v. 6



» lo que la hizo volver en sí, me respondió que había oído una
» grande voz. Es verdad que el decírselo yo, fué con superioridad
» de prelada, y así parece fué efecto de la obediencia, y en mí
» causó un júbilo grande.»

Tantas buenas pruebas que dió de su espíritu la novicia incli-
naron los ánimos de las religiosas á concederla sus votos para la
profesion, pero cuando ella mas se acercaba, manifestó el Señor
que quería purificarla mas en el crisol de muchos trabajos inte-
riores y exteriores. Dió licencia al comun enemigo para que la per-
siguiese con mayor furia en este tiempo. Varias veces yendo á
descansar á media noche sentía dentro de su celda un ruido tal,
como si en su concavidad aleasen y volasen muchos cuervos. Otra
noche al acostarse despues de larga oracion halló en medio de su
cama un animal feo del tamaño de un gato que desapareció saltan-
do por la ventana. Otra vez al tiempo tambien de acostarse vió
dentro de su cama una horrorosa culebra, y luego haciendo la se-
ñal de la cruz la mandó en nombre de la Santísima Trinidad que se
apartase de ella y lo hizo así desapareciendo luego de aquel sitio.

No solo la asustaba así el demonio, sino la maltrataba con re-
cios golpes, dejándola acardenalado el cuerpo y baldado sin poder
levantarse por la mañana á la oracion. Una de estas noches la
quebró un diente sano y otras muchas veces la abrasaba los
ojos de suerte, que causaba lástima á las religiosas que se los mi-
raban quemados.

Sin embargo, el confesor que escribe estos trabajos de la novi-
cia, asegura que ella se alegraba mucho en estas ruindades y tor-
mentos con que la maltrataba el demonio, porque nunca queria
dejar de tener que padecer por Dios á sus solas.

Mas ocasion de sentimiento hallaba en estas infestaciones del
demonio cuando las padecia en presencia de las religiosas por lo
que ellas se afligian de tales hostilidades. Refiere dos de estos su-
cesos su V. Prelada en carta que por este tiempo escribió al V. pa-
dre Berreyarza. «Pocos dias há (dice) que estando en oracion de
» comunidad, arrojaron con grande estruendo los enemigos y ar-
» rastraron en el coro á nuestra novicia Josefa. Todas oimos el rui-
» do. Pedí una luz y estaba tendida en el suelo. Entre dos la lle-

» vamos á la celda, así porque continuase la comunidad en la
» oracion, como porque parecia que la querian ahogar. En estas
» ocasiones suelo aplicarla la reliquia de N. P. S. Ignacio que
» traigo conmigo y decirla su oracion, y de allí á poco vuelve; así
» fué entonces.»

Añade despues en la misma carta lo siguiente: «Ayer mañana
» me dijeron á cosa de las cinco y media que estaba en cama la no-
» vicia apretada con los ratos que suele. Entré á verla y estaba
» la pobre sin poder hablar palabra y muy fatigada. No habia mas
» de verla padecer, y aunque la apliqué la reliquia y hechela agua
» bendita, estaba en su ser. Acordéme de lo que me dijo el P. An-
» drés de Zupide, que en tales ocasiones mandase en nombre de
» Nuestro Señor á sus enemigos, que dejásen libre á esta criatura;
» pero como estaba presente la maestra, no queria decirlo en su
» presencia, ni enviarla de allí por no causar reparo. Y así solo
» interiormente dije por dos veces que en nombre de Jesucristo
» Hijo de Dios vivo les mandaba se apartasen de allí. La segunda
» vez dije con mas fuerza que la dejasen y que debian obedecer,
» pues era su Dios y su Señor en cuyo nombre les mandaba como
» á sus esclavos que se fuesen al infierno que era su lugar. De allí
» á un instante volvió en sí, y cuando quedamos solas la pregunte
» ¿cómo se libró de aquella fatiga? y me respondió que toda la no-
» che desde las once, estuvo así muy acosada de unas figuras de
» perros, particularmente de uno espantoso y que poco antes de
» volver en sí, se habian apartado y despues la dejaron del todo
» libre. Y segun el tiempo en mi cuenta la primera vez que yo les
» dije se apartasen, se esparcieron, y la segunda vez desaparecie-
» ron del todo. Quedó ella muy maltratada, pero se recobró aprisa
» y pudo bajar á comulgar.»

Refiriendo estos casos preguntó al V. P. Berreyarza el modo
de proceder en tales ocasiones, y la respondió así: En casos que
» á v. md. parezcan convenientes, mande á los espíritus infestan-
» tes con gran fé y autoridad, así por su puesto como por ser es-
» posa de Jesus, y por consiguiente superior en dignidad á Luci-
» fer, y á toda su canalla revelde. Pero haga esto primero por
» tres veces á honor de la Santísima Trinidad y de los tres votos de



» la religion apartando las otras religiosas. Y si alguna vez no la
» obedecieren repita lo mismo á vista de todas las religiosas, con-
» fundiendo á los demonios con el ejemplo de la obediencia de las
» esposas de Cristo escogidas para los tronos, que ellos perdieron
» por su ignorancia, y locura.

Añadiáanse á estos trabajos otros que por este tiempo padecia, y escribe asi su confesor. «No tiene dia ni noche en que no padezca intensísimos dolores, de sus coyunturas por largo tiempo. Muchísimas veces me ha dicho, que parece la sierran la cabeza, y otras veces que de pecho á espalda siente el tormento, como de una lanzada. Estas penalidades vienen de repente, y queda tambien buena de repente, como si nada hubiese padecido.

Pero incomparablemente mas que todas las penas corporales la afligian las sombras, y aprehensiones de culpa. Porque oyó en la leccion espiritual de la comunidad, cuanto agradaba á Dios el cuidado de la propia salvacion en las almas, la solicitó el temor de su desacierto, porque nunca habia tenido en lo que hizo y padeció en su vida este importante cuidado de la propia salvacion, sino solo el de agradar, y dar gusto á Dios; pero se deshizo entonces su temor oyendo al confesor, que el fin mas realzado en el obrar y el padecer es el dar gusto á Dios, aunque el ordinario, y muy loable sea tambien el de la retribucion del premio eterno.

Mas importunamente la conturbaron otros temores, que refiere el mismo confesor. «Sus escrúpulos son (dice) que cuanto en ella hay es embuste que yó y cuantos le han tratado vivimos engañados, trabaja con mucha fuerza en persuadirme esto; queda afligida de no conseguirlo. Recurre á la abadesa con la misma demanda, y tambien la desprecia. Y aunque por entonces sosiega vuelve muchas veces á los mismos temores, y desconsuelos, lamentándose de que se le han pasado cerca de cuarenta años de vida en una continua ingratitud á Dios; y que ni en adelante halla camino para servirle y amarle, porque sus confesores mas engañados que ella, no quieren creer sus embustes.

Oyendo la relacion de estos vanos temores el V. P. Berreyarza, la respondió asi. «Esta es grande y peligrosa tentacion. En semejantes ocasiones responda al tentador, que mas quiere errar

» (aunque nunca se yerra asi) obedeciendo á su superiora y á los
» padres espirituales que creyendo á su imaginacion y gobernándose por su aprehension, aunque fuese muy serena, y mucho menos cuando anda con tanta turbacion y desolacion. Hasta que vuelva la luz deseada, no se ha de hacer en el tiempo de las tinieblas, sino lo que antes se hacia.»

CAPITULO IV.

De otras penas que sufrió la Venerable Josefa hasta su profesion.

Aunque entre los trabajos que padecia con esta continuacion la novicia estaba muy estenuado su cuerpo la robustez del espíritu se ofrecia á digerir y tragar mayores tormentos, y por eso importunaba á la prelada y confesor por licencias para afligir su carne con los mas asperos rigores. Pero al ver que no se las concedian pidió un dia á su confesor la licencia de traer atado á su cuello una cruz de bronce del peso de cinco ó seis onzas puesta sobre el hombro á raíz de la carne, para despertadora de la memoria de la Sacratísima Pasion de Jesucristo. Concediósele el confesor, y asi la traia de continuo experimentando que una cruz de suyo tan ligera pasaba á ser muy pesada por alguna secreta disposicion del Cielo.

Especialmente en el dia de los Dolores de nuestra Señora, despues de haber acabado con grandes ternuras las dos horas de oracion en la comunidad, sintió un grande peso que la dificultaba el movimiento para acercarse á comulgar con la comunidad. Despues en las horas de Prima, Tercia y Sesta continuaba el mismo trabajo, y al empezar Nona la abrumaba ya tanto el peso de aquella cruz, que la hacia torcer el cuerpo, temiendo caer en el suelo con la carga por mas que se esforzaba estar en pie. Cuando acabada Nona, habia de ir al refectorio con las religiosas, creyó que no solo la era imposible el poder moverse, sino que á vista de todas habia de dar gran golpe en el suelo porque pesaba la cruz como si estuviese un monte sobre sus hombros. Afligiála mucho la novedad que haria en la comunidad su caida pública con el oculto peso de la cruz, y por eso en una breve ardiente jaculato-



ria, pidió al Señor que si fuese su voluntad, la dejase seguir á la comunidad, y consiguió el efecto de su oracion. Porque cuando acabados los oficios dijo la superiora: *Vamos al Refectorio* prontamente se aligeró aquella carga, quedando la novicia sin algun embarazo para el movimiento. El confesor que refiere asi este suceso añade, que otras muchas veces padecia aquel mismo peso de su cruz, pero que sin embargo la permitia usar de ella con la instruccion de que cuando sintiese embarazo para asistir á alguna de las distribuciones de la comunidad, repitiese á Dios la misma jaculatoria que en aquella ocasion.

Aun mas, que con el peso de esta cruz se gravaban en su corazon los recuerdos de la Pasion de Jesucristo con una vista que se representaba al espíritu de nuestra novicia en la oracion de este tiempo, de la cual escribe el confesor lo que sigue: «En toda la
»cuaresma del año 1692, tuvo mucha pena su corazon en la vista
»que continuamente se repetía en su oracion. Delante de los ojos
»de su alma se representaba Jesucristo Nuestro Señor llagado de
»pies á cabeza, y viéndole con una vista clarísima entendía con
»la misma claridad la causa de aquellos dolores en sus culpas y
»en las de sus prójimos. En esta vista pasaba todo el tiempo de su
»oracion con intenso amor de aquella infinita bondad y con igual
»dolor de tantas y tan lastimosas llagas en todo el Cuerpo Sacro-
»santo. Deseaba curárselas todas con muy doloroso asombro de
»aquel estrago que nuestras culpas hicieron en el Hijo del Eterno
»Padre. Mezclaba con estos afectos grande copia de amarguissimas
»lágrimas que derramaba en todo el tiempo de su oracion. Y aun-
»que cuando la obediencia la sacaba de ella, no era tan clara
»aquella vista dolorosa que daban en su entendimiento y memo-
»ria tan vivas las especies de ella, que bastaban á continuar en
»su alma todo el dia y la noche los mismos afectos que en la ora-
»cion. En estas ocasiones suplicaba á Nuestro Señor con grandes
»ansias el perdon de todos los pecados del mundo, pues en aque-
»llas crueles llagas habia dado sobreabundante satisfaccion á su
»Eterno Padre. Pedíale que ninguna criatura le ofendiese, que no
»criase á nadie que le hubiese de ofender, y saliendo como fuera
»de sí misma en estas peticiones, se abrazaba estrechamente con

»Jesucristo y sus llagas, y le decia que habia de concederle pre-
»cisamente lo que le suplicaba.»

La que tenia tan penetrado el corazon con el sentimiento de las ofensas divinas, le anegó en mayores amarguras al oír un cruel desacato que por este tiempo de su noviciado, llenó de espanto y horror á los pueblos vecinos. Pasando una noche á su casa D. Francisco Lizaguirre, vicario de la parroquia, cayó muerto cerca de su misma iglesia á violencia de una mano sacrilega, que con mas de catorce puñaladas hizo sangriento estrago de su cuerpo. Era D. Francisco sacerdote muy virtuoso y atento á los cuidados de su ministerio pastoral. Por estas buenas calidades, y por haber sido algunos años confesor de nuestra V. Josefa, hacia de él todo el aprecio que la persuadia la justicia y el agradecimiento. A proporcion del respeto que le tenia, fué su pena en aquel lastimoso desastre, cuya memoria la affigia casi sin intermision. Ofreció á nuestro Señor la novicia toda la satisfaccion de buenas obras por aquella alma, y á pocas noches despues de su muerte, habiéndola encomendado á Dios como solia, se retiró á la cama con la misma afliccion, recelando si en tal especie de muerte repentina y violenta, habria arribado su alma al puerto de la vida eterna. Adormecióse con esta pena, y estando asi se le apareció el mismo sacerdote con semblante grave y alegre vestido de un rozagante ornamento y en sus manos un como Copon del Santísimo Sacramento. El gozo de esta aparicion la despertó, y aunque instruida de su confesor, no por eso dejó de proseguir en encomendarle á nuestro Señor, perseveró en su corazon todo el tiempo de su vida la memoria y gozo interior de esta aparicion.

Cumplido ya el año del noviciado determinó su comunidad dar la profesion á D.^a Maria Ignacia Hurtado de Mendoza. El tercer dia de Pascua de Resurreccion del año 1692, dilatando hasta algunos dias despues la de nuestra novicia. Pero manifestó el Señor su voluntad de efectuar sin mas dilacion la profesion de Josefa, para que ella fuese la primera que en el nuevo convento de Santa Cruz se consagrarse por los votos religiosos á la feliz desposicion con Jesucristo.

En aquel dia destinado á la profesion de su connovicia, padeció



a las cuatro de la mañana repentinamente tan vehementes angustias del corazon, que acudiendo á confortarla las religiosas, temieron muy cercana su muerte. Llamaron luego al confesor del convento que la dió aceleradamente el Viático creyendo que muy aprisa cederia su vida á las violencias de aquel accidente. El corazon apartado de su sitio daba tan sensibles y recios golpes que levantaba la ropa de la cama. Las ansias que acompañaban al violento movimiento del corazon, parecian ya de moribunda, y asi la estaba exhortando á bien morir su misma prelada, con no menor caridad que ternura. Decíala que pidiese á Dios algun alivio en tan recios dolores; pero ella esforzándose á hablar con pena, la respondió: *¡Hay Madre! No es tiempo este de pensar en el alivio del cuerpo, sino del alma.* Duraron estas angustias por tres horas, en cuyo intermedio fué admitida á la profesion, habiendo ofrecido entre sus agonias al Señor, aquellos votos con que las almas religiosas mueren precisamente á todas las cosas de la tierra para decir con el Santo Rey David: *Vota mea Domino reddam coram omni Populo eius: Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.*

Despues que recibió el Viático y la Profesion, pareció haber recobrado una nueva vida ó haberse curado con estas medicinas aquella enfermedad que provenia del amor de Dios mas que de la alteracion de los humores. Escribió la fundadora una distinta relacion de este suceso al V. P. Berreyarza que esplicó en respuesta la causa y la calidad de aquellas agonias y de aquel apartamiento del corazon. «En la profesion (dice) descubrió Dios que la queria » ya muerta al mundo, y el apartársele el corazon era el tomarle » Dios para sí. Demos gracias á su Magestad de que en las obras » nos haya hecho palpar la queria para sí en esta Santa Religion.

CAPITULO V.

Despues de la profesion sirve el oficio de enfermera y padece varias turbaciones del espíritu.

Poco despues que se recobró de este accidente, añadió la recien profesada las exteriores ceremonias de votos que previene su regla, para representacion de la profesion religiosa. Esperimentó en este

acto ciertos transportamientos de gozo y júbilo de amor, infundiendo á su alma celestiales suavidades aquel Señor á quien hacia irrevocable ofrenda de sí misma.

Dióla luego su prelada el oficio de enfermera, para el cual la juzgaba muy hábil por su natural viveza y vigilancia, y porque en sus continuas dolencias tendria bien aprendida la compasion de las enfermeras. Movióse tambien la prudente superiora á darle este oficio, porque la pareció que importaria á aquel espíritu extático de su súbdita alguna ocupacion para bajar á veces desde el monte de la contemplacion á los valles, sabiendo que la religion está figurada en aquella escala de Jacob en que las almas angélicas que la profesan no crecen menos cuando bajan á los prógimos en los egerecicios de caridad y de obediencia, que cuando suben á Dios en los de la contemplacion.

Consultó sin embargo á su confesor nuestra V. Josefa, si pondria á la superiora que la exhouerarse de este oficio, para el cual se le representaban dificultades que abultaban mucho en su aprension. Parecíala que aquellos adormecimientos que padecia cada dia, no la dejarian velar como debia en la asistencia de las enfermas, y que por eso se harian reparables á la comunidad las suspensiones de sus sentidos que tanto deseaba ocultar. Parecíala tambien que su oracion habia de tener muchas interrupciones por el cuidado del oficio, y que por él faltaria al coro en las horas del Oficio Divino á que tenia especial propension. Pero no la permitió el confesor aun el proponer estas dificultades á su superiora, mandóla rendirse ciegameute á su imperio, y persuadiéndola aquella verdad de que la oracion en las religiosas no ha de ser para quedar en efectos interiores, sino para difundirse en sus hermanas en efectos de caridad, paciencia, compasion y otros egerecicios de virtudes.

Con el oficio de enfermera pareció haber recibido una competente salud para egerecitarle, porque la que muchos años antes vivia casi continuamente trabajada de diversos males violentos, se halló ahora con fuerzas para trabajar en el cuidado de las enfermas. Atendia á su regalo y alivio con la mayor puntualidad en cuanto permitia la necesidad del convento, donde en los primeros años



se careció de muchas cosas precisas, queriendo nuestro Señor que sus esposas encerrasen amorosamente en los corazones el tesoro de la Santa Pobreza y arrojasen en él los cuidados de su alimento. Así lo hacia la V. Josefa acudiendo en las necesidades del convento á los almacenes de la providencia. Varias religiosas que hoy viven, aseguran que alguna vez la vieron arrebatada con éxtasis y clamando así á su dueño: *No nos deis Señor con abundancia, sino solo lo necesario.* Y fué así que en algunas ocasiones quiso el Señor manifestar á sus siervas, que corria á cuenta de una extraordinaria providencia el socorro de las necesidades del reciente monasterio. Hallándose un día sin pan en tiempo que la comunidad debia ir al refectorio, inspiró Dios á D.^a Luisa Maria de Eguia especial bienhechora de nuestra V. Josefa, el enviar pan cocido al convento sin que supiese su actual necesidad y sin haber enviado jamás en esta especie limosna alguna de las que frecuentemente solia distribuir á aquellas pobres evangélicas. Otras veces hallaron dinero y viandas en el torno sin saber de donde vinieron y en ocasion que por no tener la comunidad medios para comprar zapatos á las religiosas, carecian de ellos algunas, vino sin ser llamado ni saber lo que pasaba un zapatero con zapatos de limosna y con cantidad de dinero que ofreció y dió prestado al convento para socorrer aquella estrema indigencia.

Pero porque este religiosísimo monasterio en su mayor pobreza era muy rico de confianza, de fervor y de alegría, costaba poco á nuestra enfermera que sus enfermas estimasen como grande regalo el preciso alimento que las ministraba. Mas costoso era para su inclinacion el privarse muchos dias de asistir á los actos de comunidad, especialmente á la oracion y á las horas del Divino Oficio, porque aunque estando por obediencia ocupada en la asistencia de las enfermas llevase con paciencia esta privacion la solicitaba siempre el deseo del recogimiento y de la contemplacion, recelando que su ocupacion aunque buena, la distrajesse y disipase el espíritu cuando el amor de su dueño tiraba hácia sí todas las afecciones de su corazon.

No se descuidó el comun enemigo en arrojar su cizaña sobre estos buenos deseos de Josefa. Sugeriala que en el siglo no so-

segaba su espíritu sin dar á la oracion ocho ó nueve horas cada dia, y que ahora apenas alcanzaba á las tres de su instituto con dispendio manifiesto de su alma. Y como ella se inclinaba siempre á temer y aun á creer los detrimentos de su espíritu, recelaba que los hubiese en no lograr mas tiempo de oracion; ni la parecia que debia contar entre los tiempos de oracion los largos y frecuentes ratos que fuera de las horas de comunidad en el coro y en la celda se entregaba á este santo egercicio. Sobre estos temores con que el demonio la instigaba á la desconfianza y pusilanimidad, levantaba otra tempestad de turbaciones y obscuridades, representándola que su alma estaba llena de culpas, y porque en la diligente pesquisa que hacia de ellas en sus exámenes, no acertaba á encontrarlas, crecia mas su afliccion y angustia. Esplícaba al confesor los motivos de su pena llorando, porque ni daba paso en la virtud, ni en toda su vida hizo mas que proponer la enmienda de sus faltas, y no enmendarlas, parando en deseos ineficaces de espíritu perezoso. Quejábase tambien de que teniendo salud bastante para corporales penitencias, no se las permitiese la prelada ni el confesor, á quien pidió instantemente que escribiese al V. P. Berreyarza una relacion de estos males pidiendo el remedio.

Escribió el confesor esta relacion, á que respondió el V. P. lo que copiaremos como instruccion digna de tan sábio y experimentado director. »Dá Dios (dice) salud á esta alma en pena, no para »sí, sino para emplear en servir y aliviar á sus hermanas. En el »punto de las penitencias y mortificaciones obedezca puntual- »mente á su superiora, ofreciendo á Dios con el afecto y deseo »todas las penitencias y martirios del mundo las penas del purga- »torio y aun las del infierno mismo apartadas de los pecados. Las »fantasmas de las culpas á bulto acometen atemporadas y el no »hallar defectos en la conciencia no ha de ser para turbarnos, si- »no para rendir gracias al Señor por sus misericordias. El fati- »garse con la persuacion de que no dá paso en la virtud, es es- »pantajo de niños. El mirar lo que hemos obrado ó dejado de »obrar ha de ser para egercitar con valor y resolucion las virtu- »des unas en deseo y otras en la obra conforme á la comunidad



» donde se vive. En la oracion retirada no se aparte del tiempo,
» que la dá su prelada, y si la pareciere poco súplale con el cui-
» dado, y fervor. Este le ha de continuar con varias jaculatorias
» en los empleos del convento, pero no de suerte que haga mal lo
» que la mandan. Ha de ser la oracion para hacer lo que la orde-
» náren lo mejor que pudiere.

Procuraba Josefa acomodarse en todo á la voluntad de la superiora segun estas instrucciones de su V. director, quien la ordenó tambien (como yá se dijo) que permaneciese en las distribuciones del tiempo que lleva su comunidad, aunque fuese el de estar en cama. Por eso no se resolvía á dejarla mientras reposaba la comunidad pero como el amor que enjendra la contemplacion tiene por una de sus propiedades la incensabilidad que apenas deja divertir del amado los ojos interiores del alma, la impelia esta, ó la compelia con suave violencia á dejar el sueño muchas noches y entonces no teniendo licencia de salir de la cama, se arrodillaba en ella y abrazada con un Santo Cristo velaba las noches enteras con aquel Señor que quitándola el sueño corporal, la adormecia en otro espiritual mas profundo y mas sabroso. Asi depone la madre Engracia de Cristo, que cuidando con órden de la prelada de la salud de la V. Josefa, solia ir á verla con frecuencia y la hallaba ordinariamente arrodillada en cama sin el uso de sus sentidos, siéndola preciso valerse de la voz y comision de su abadesa, para que volviese en sí, y se sentase en su cama.

Pero aunque padecia por este tiempo tan frecuentes suspensiones, escribe su confesor, que muchas veces podia detenerse y se detenia en los misterios de la Pasion de Jesucristo, sacando de ellos en su corazon encendidisimos afectos y deseos de imitarle en sus sufrimientos; manifestándose asi en nuestra contemplativa Josefa la verdad, que enseñó santa Teresa, cuando escribió: (1) « Que no es bien á las almas que han llegado á mas alta » contemplacion no es bien juzgarlas por inhábiles para gozar de » tan grandes bienes, como están encerrados en la pasion de mí » buen Jesus: Ni nadie me hará entender, sea cuan espiritual quisiere irá bien por aqui. Ni tendrán razon de decir, que los que

(1) S. Ther. mor. 6. cap. 7.

» han llegado á perfecta contemplacion no podrán detenerse en » estos misterios y traerlos presente muchas veces; ni es posible » que pierda la memoria el alma de muestras de amor tan preciosas que ha recibido de Dios, porque son vivas centellas para » encenderla mas.»

Bien experimentaba estos incendios nuestra enfermera que sentia entonces despues de la oracion un calor intenso allá dentro del pecho que se levantaba y crecia hasta la necesidad de soltar el jubon porque no se ahogase; pero el confesor que escribe esto añade, que no conocia que aquel incendio proviniese del amor de Dios, aunque no negaba que proviniese del deseo de este amor sagrado, manifestando en esto mismo la insaciabilidad del amor, en cuyo grado las almas, aunque amen todo lo pueden, aman menos de lo que quieren, porque siendo el divino amor su alimento y su hambre, tanto menos las sacia cuanto mas las llena.

Pero la que se temia distante de la posesion del amor, recelaba que ella misma ponía embarazo á este don de Dios por la grande inclinacion que tenia á su abadesa siguiéndole á este temor los pensamientos de desviarle de su comunicacion, sino en lo que fuese muy preciso. Por eso aunque el grande amor, y reverencia á su prelada se formaba en el aprecio debido á sus virtudes y en los beneficios que la debia á madre sin embargo á temer siempre lo peor no se satisfizo sin consultar este escrúpulo al V. P. Berreyarza, que la respondió continuase sin algun desvio en su comunicacion, porque no brotando de ella alguna quiebra de regla otra conocida imperfeccion no debia contarse entre las que embarazan la perfeccion del amor de Dios.

CAPITULO VI.

Enferma la V. M. maltratada del demonio que la repite otras hostilidades.

Despues que por espacio de seis meses asistió á sus hermanas enfermas logrando para su alivio mas salud que la que tuvo en otros tiempos, enfermó gravemente de resulta de muchos y recios golpes que la dió el demonio. Escribe el confesor, que el dia de



la dedicacion de san Miguel, á quien tenia especialísima devocion, se imprimió en el oído y en el corazón de Josefa aquella sonora voz: *¿quien como Dios?* Esta voz, ocupó su atención y sus afectos todo aquel día con suavísimas ternuras y complacencias de que aquel santo Arcángel hubiese celado la hora de Dios contra Lucifer y sus secuaces. Gozábase de que en aquella victoria hubiese sido tan alabado Dios como abatido su soberbio enemigo. Amaba ardientemente estas alabanzas de su dueño y aboninaba el orgullo de aquellos ángeles reveldes. Congratulaba á san Miguel su fidelidad y valentía en aquella batalla y le daba gracias y parabienes de la victoria. Pero despues que ocupó aquel día amorosamente embelesada en estas complacencias, la maltrató á la noche el príncipe de las tinieblas con mayor saña y furor que en otras ocasiones. Descargó una multitud de violentísimos golpes sobre todos los miembros de su cuerpo, dejándola inmóvil y valdada. Hecháronla de menos las religiosas en el coro por la mañana y buscándola en su celda, la hallaron tan maltratada, que parecía mas cadáver que viviente. A la fuerza de estos golpes se escitó calentura que duró tres meses y precisándola á seis sangrias la redujo á una extrema debilidad.

Pocos días despues añadió el ódio implacable del demonio nuevas crueldades á que no pudiera resistir su debilidad sino la fortaleciese el señor con extraordinaria providencia. Hallándose la doliente sin aliento para levantarse á comulgar con la comunidad mientras comulgaban las religiosas, se encendió tanto su corazón en el deseo de la comunicacion, que padeció la ordinaria suspension de sus sentidos. Estaba así enagenada, cuando la rabia del comun enemigo asiéndola de un pie la arrancó de la cama, la derribó con furia sobre el suelo de la celda, donde la arrastró con tal violencia y ruido, que le oyeron las religiosas, que estaban entonces en el coro bajo del convento dando gracias de la comunión. Receló la superiora por otras esperiencias lo que seria aquel estrépito, y fué luego acompañada de dos religiosas á la celda de Josefa, á quien halló derribada en el suelo debajo de su misma cama. Estaba sin sentidos ni apariencias de viviente; pusieronla en su cama con grandes temores de que estuviese ya muerta,

pero poco despues advirtieron que respiraba y aunque esta nueva hostilidad alargó la curacion de su enfermedad, no la agravó tanto como temió la superiora.

Mientras estaba así rendida á la cama era la oracion su alivio y su tormento. Quería estar á solas con Dios y experimentaba que en estas horas de recogimiento crecían especialmente los dolores de su cabeza hasta sentirlos tanto como si se la serraren. Por eso advertida su V. prelada de lo que padecía, juzgó conveniente mandarla que no se pusiese de propósito á larga oracion, sino que areglándola discretamente con su actual indisposicion, se contentase con breves y frecuentes jaculatorias. Deseaba hacerlos así pero nó siempre acertaban á ser breves pasando su primera aspiracion á ser deliquio; y la que quiso ser breve jaculatoria paraba en largo arrobamiento. Así sucedía muchas veces que empezando Josefa por la mañana por un breve lanzamiento de corazón, quedaba enajenada de sus sentidos por mas de tres horas, hasta que á las once cuando la llevaban su alimento la hallaba así estática, y la despertaba la misma superiora.

Aunque al principio de Diciembre duraba la debilidad, y la calentura, que escitaron los golpes del demonio se levantaba algunos días á comulgar y al confesonario, donde tenia la costumbre de referir al confesor los discursos que á sus solas hacia del modo con que en adelante habia de servir á Dios. Un día de estos (escribe su confesor) hablaba con él Josefa, de sus discursos; y porque estaba ella muy flaca, la ordenó que se sentase en una silla en el confesonario, mientras estaba así sentada, se detuvo el confesor mas que otras veces en hablar de Dios sin acordarse del cuidado con que otras veces solia de paso hablarla de cosas que la moviesen á sus deliquios; pero advirtió que ella prorrumpla sensibles y suavísimos temblores, y poco despues en ruidosos movimientos de su corazón; luego perdió los sentidos; se levantó con su silla al ayre y cayó despues debajo de su misma silla en tierra. Esto fué conforme á lo que dijo San Gregorio, (1) que los coloquios celestiales renueban las llagas de la alma amante y la

(1) D. Greg. in Cant. 4. v. 9. Dum Cælestia locuntur amantem animam afficiunt, etc. maiori amore sagittant.



hieren con mayor y mas vehemente amor. No podia socorrerla en este deliquio el confesor por sí mismo, y llamando al tornillo con la campana, acudió luego la superiora que la hizo volver en sí de aquella suspension con nuevo quebranto de sus fuerzas.

Pero al modo, que el Santo Rey David cuando resolvía entregarse con todo su corazon al imperio de su dueño, vió *multiplicada sobre sí la iniquidad de los sobervios*. Asi experimentó Josefa concitados contra sí el furor y las insidias del demonio cuando ella meditaba y resolvía los medios de servir mejor á Dios, ordenando este señor, que contribuyesen á mayor triunfo de nuestra combatiente las trazas con que sus sobervios enemigos pretendian aruinarla.

Digimos ya, que mientras vivió en el hospital nuestra enfermera venció fortalecida de la gracia las asechanzas de un demonio incubo, que desapareció dando en un formidable estallido las señales de su despecho. Repitió ahora la misma batalla; y arrojando vehementísimas sugerencias contra la castidad á la V. Josefa, la dijo asi en una voz que oyó claramente: *O has de consentir en esta torpeza, ó he de abrasar tu cuerpo en fuego vivo*: A que respondió ella prontamente: *Enemigo de Dios, aunque traigas todo el fuego del infierno para quemarme, no consentiré en un pecado venial contra la infinita bondad de Dios*. De esta suerte triunfó tambien ahora de su enemigo, pero sintió luego vehementísimos dolores desde las rodillas hasta el pecho; queria ocultarlos y no pudo; porque en su semblante y movimientos hechó de ver alguna estraña novedad la superiora que la mandó decir lo que sentia, y sacrificó Josefa á la obediencia la mortificacion de manifestarla cuatro ó cinco llagas que tenia desde las rodillas hasta el pecho como abiertas con barras ardientes de hierro; padeciendo asi aquella pena de fuego que escogió antes de cometer una culpa venial. La prelada admirada del horror de las llagas y de la paciencia de su súbdita, atendió con cuidado y silencio á su curacion que fué de menos larga duracion de lo que prometia la calidad de las heridas con que la affligió el demonio para que pudiese decir en estos repetidos insultos infernales las palabras del Santo Job: *Concidit me vulnere, super vulnus, irruit in me, quasi Gigas*.

Estremeció este lance á la abadesa tanto como se conoce en las espresiones de una carta suya en que escribe asi á su V. director. » Cuando entendí la calidad de la tentacion que ha padecido la » pobre Josefa, fué grandísima mi pena por el grande riesgo, á » que se espone una alma que ha de forcejar con el demonio, que » de noche y en cama la solicita arrojándola incendios de llamas » infernales. Que lo que es por golpes y heridas no me affigia » mucho. Pero me parece que no puede haber mayor tribulacion » esta vida, porque al fin somos de naturaleza frágil y el enemigo » es astuto. He dicho á la pobre paciente que pida con mucha » instancia á nuestro Señor la quite de tan grandes peligros y que » no le pida trabajos, ofreciendo desde ahora á este fin todas sus » buenas obras hasta Páscoa de Resurreccion. »

A esta carta, en cuyas cláusulas conoció el V. P. Berreyarza la grande afliccion de la superiora, respondió esforzándola lo siguiente: « Mayores trabajos y peligros padeció Santa Angela de » Fulgino y otras almas escogidas. Bueno es el temor y necesario » en semejantes lances, pero ha de ser mayor el valor y la con- » fianza en Dios que no permite seamos tentados sobre nuestras » fuerzas, y estas crecen estraordinariamente al paso que es » traordinario el peligro. Bueno es el pedir á Dios nos aparte de » espíritu tan inmundo; pero ha de ser mas fervorosa la peticion de que no nos deje caer en la tentacion.

Aunque antes de este trabajo se esforzaba á levantarse de la cama rindió de nuevo á ella sumamente fatigada porque revivieron con grande violencia y continuacion los graves dolores de cabeza y de todo el cuerpo, y la calentura arraigada cobró mas fuerza con los repetidos insultos del enemigo que al mismo tiempo la hacia otra guerra aun mas sensible en la parte aprehensiva del alma con los ordinarios temores de sus acciones.

CAPITULO VII.

Agrávase con nuevas persecuciones del demonio la enfermedad de Josefa y recibe repentina salud en la comunión.

Mientras estas penas juntas affligian casi sin intermision á su corazon, la combatió el demonio con dos vehementísimas tenta-



ciones, cuya lucha duró toda una noche y las referimos como las escribió su confesor. »Estando (dice) en la cama tan estenuada, arrojó el demonio á su pensamiento muchas como achas encendidas para que en ella se abrasase su castidad y las que que apenas podían prender en su exhausto cuerpo, fatigaron sobremedera su imaginación. Desde el principio empezó la invocación de Jesús y de María, y pareciéndola que no eran oídos sus clamores, los repelia con tristes gemidos, confesando que no podría vencer en tan peligroso combate sin especial asistencia de Dios y amparo de la Virgen Santísima. Por largo tiempo repitió estos ruegos resistiendo á la molestia de las abominables sugerencias pero sin poder arrojarlas de la imaginación, lo que la angustiaba incomparablemente hasta que nuestro Señor fué servido, de que se apagasen en su imaginación aquellos dardos de fuego, y entonces quedó su alma con grande serenidad conociendo que debía la victoria de esta batalla amparo de Jesús, y de María á quienes rindió luego las gracias, y la gloria del triunfo.» Así salió nuestra V. Virgen de aquella hoguera como sale un rubí de entre las llamas ardientes, haciendo lucir su esplendor á los ojos del cielo.

Pero á la alegría de esta victoria se siguió inmediatamente otra no menos molestia y mas prolija tribulación y angustia. Valióse para ella el enemigo de los excesivos temores con que vivía siempre combatida Josefa recelando que ni su oración ni los demás ejercicios fuesen de gusto de Dios. Fomentó ahora esta aprehensión el demonio sugeriéndola, que cuanto había hecho desde el uso de la razón era hipocresía y embuste; y que en el juicio de Dios todas sus obras eran gravísimos pecados por la torcida intención con que las ejecutaba; que no era Dios sino su enemigo el que trasfigurado en ángel de luz contrahacía en la oración aquella frecuente suspensión de sus sentidos. Que tenía tan indignado al Señor con sus embustes y con tanto número de confesiones y comuniones sacrilegas que ya en el divino tribunal estaba irrevocablemente decretada la eterna condenación de su alma. Estaba tan lleno de obscuridades su entendimiento, que lejos de advertir la malicia de estas sugerencias, se persuadía á que en ellas se le

representaba la verdad, y por eso empezó á verter lágrimas copiosas mezcladas con profundos suspiros de su corazón con que gemía la infelicidad de haber desagradado á Dios con tan innumerables pecados. Pero no la afligían ni aun se ofrecían á su pensamiento las penas del sentido que había de padecer en el infierno; solo se formaban sus amarguras en la consideración de que sería insufrible á su corazón el estar aborreciendo por toda la eternidad á un Dios tan bueno, en cuyo amor solo podía descansar su espíritu.

Cuando en tales angustias lloraba Josefa inconsolables lágrimas, intentó el demonio conducirla á la última desesperación. Decíala en su imaginación, que las penas que entonces padecía, no podían dejar de durar todo lo que durare su vida, porque no tenía ya remedio la sentencia de su condenación; y que por eso sería menos sensible acabar cuanto antes con aquella aflicción, arrojándose por una ventana y precipitándose ella misma al infierno donde el tormento no sería mayor ni tan grande como el que entonces estaba sufriendo en su cama. Aquí conoció que no podía ser otro que el demonio el que la sugería este principio y por eso le abominó como sugestión diabólica, pero ni por eso cesó de correr aquel raudal de lágrimas que casi por toda la noche brotaron de su afligido corazón.

Al amanecer fué á visitarla su abadesa que quedó asombrada al ver tan lastimoso espectáculo en el semblante de su súbdita que solo tenía señales de vida en lágrimas que actualmente derramaba sobre las de la noche con que tenía regada abundantemente su cama. Mandóla luego la superiora que explicase el motivo de sus penas, y haciéndose mucha fuerza para poder hablar, la obedeció declarando los tristes pensamientos que motivaban su prolija y veemente congoja; para cuyo remedio halló los esfuerzos de que necesitaba en la discreción y caridad de su V. prelada que la hizo ver el desprecio con que debía burlar aquella tentación abominable; y después que la confortó y consoló en su angustia, dispuso que la diesen prontamente algún alimento con que se reparase la extrema debilidad á que la redujo la fatiga de la noche pasada. Llamó también luego al confesor de Josefa que oyén-

dola sus trabajos, la consoló con el desengaño de que todos aquellos pensamientos eran manifiestas mentiras del demonio, pero el mismo confesor salió desconsolado temiendo como temian tambien todas las religiosas, que podia durar muy poco la vida de nuestra enferma segun su grande estenuacion.

Todo el cuidado con que atendia á su alivio y asistencia la prelada no bastaba á reparar las fuerzas de Josefa que iban descaeciendo por horas, y por eso una noche temiéndose ya muy cercana su muerte, fué llamado el confesor á las once como para asistirle en aquel último lance. Reconcilióla, y á las dos de la mañana la dió la comunión que pedia con grande instancia la enferma. Otro dia, (que fué el del Nacimiento de nuestro Señor) llamó tambien la prelada al confesor para que reconciliase y consolase á la doliente, á quien halló muy postrada, aunque la enfermedad del cuerpo no quitaba su robusted á las potencias del alma, que (segun escribe el mismo confesor) no se apartaban de estar en Dios contemplando sus perfecciones, y á cualquiera descuido de dejarla sola en su celda, se suspendia por el conocimiento y amor de la divina bondad, que se representaba con mucha claridad á los ojos de su alma.

El dia inmediato de San Esteban, despues que comulgó la comunidad visitó la abadesa á la enferma que de repente la pidió licencia para levantarse y bajar á comulgar. No queria concedérsela la prelada pareciéndola temeraria en la suma debilidad que estaba viendo en su cuerpo. Pero replicó con humildad la súbdita diciéndola: *Deme V. R. licencia por amor de Dios, y verá como él me dará fuerzas.* Quería complacerla la abadesa que sabia por otras esperiencias las causas y los remedios de las dolencias de Josefa, pero la dijo, que aunque la dejaria levantarse si hubiese sacerdote que la diese la comunión, no le habia, porque habria ya bajado á la poblacion el que comulgó á la comunidad, como solia siempre bajar inmediatamente. Sin embargo, entendió Josefa por un aviso interior que no habia bajado como solia otros dias el sacerdote, y por eso pidió á la prelada que lo preguntase. Hizolo asi, y supo que estaba allí. Entonces la dijo la abadesa, que pues tenia tanta confianza en nuestro Señor, se levantara y recibiese la

sagrada comunión. Se levantó prontamente, y al comulgar adquirió tantas fuerzas, que por entonces no necesitó de volver á la cama, y pudo seguir muchos dias la comunidad. De esta suerte la enfermedad originada del odio del demonio se venció con la fortaleza, que el Señor comunicó á su sierva en su sacramento de amor, ó en la mesa eucaristica, que puso en su iglesia contra los enemigos, que nos atribulan.

No pareció á las religiosas, que debiese estimarse casualidad, sino especial providencia divina el haber esperado aquel dia contra su costumbre el sacerdote, hasta que la doliente Josefa recibiese la salud en el pan de vida. Algunas de las que ahora viven, observaron esta misma providencia en otro suceso semejante. No pudo levantarse á comulgar con su comunidad la V. Josefa un dia, porque toda la noche antecedente, y aun al tiempo mismo, que comulgaban sus hermanas, la estaba maltratando cruelmente el demonio. Despues de la comunión, y misa de la comunidad, cesó aquel trabajo, pero aunque desease entonces levantarse para comulgar y oír misa, no habia sacerdote, ni esperanza de quien la dijese, y affigia mas á Josefa el dolor de privarse aquel dia del divino alimento, que todas las hostilidades que sufrió del comun enemigo. Y porque á las almas que padecen esta hambre divina, sueie el Señor llenar con sus delicias, dispuso que en esta sazón fuese al convento de Santa Cruz el confesor de Josefa persuadido á que le llamaban sus religiosas, porque las refirió, que mientras se revestia para misa en la villa, como solia, le dijo una muger, que pasase luego á Santa Cruz, y por eso iba á saber lo que le mandaban. Respondieronle que ni le habian llamado, ni sabian quien fuese aquella muger, que le dirigió al convento; pero advirtiéndole, que aquel dia dejó de comulgar nuestra V. Josefa, se persuadieron á que Nuestro Señor dispuso la venida de su confesor para que recibiese el mejor lenitivo y premio de sus penas en aquella espiritual du'zura, que gustan las almas puras en la comunión, y que gustó este dia con abundancia Josefa, para que su agradecimiento se esplicase en aquellas voces del santo rey David: (1) *De-distis lætitiám in corde meo; á fructu frumenti, et vini.*

(1) Pf. 4. n. 7.



CAPITULO VIII.

De los frecuentes deliquios de la V. M. en la oracion, y de su celo para la salvacion de las almas.

Al recobrar nuestra enferma tan grande vigor y fortaleza, vió manifiestas las señales de que su grave dolencia debia inmediatamente la curacion á la mano del médico Omnipotente, y que este señor triunfó en ella de sus fuertes obstinados enemigos, y la confortó en su enfermedad, ciñéndola con el cingulo de la divina fortaleza, para que pudiese decir con la profetisa Ana: (1) *Arcus fortium superatus est, et infirmi accincti sunt robore.*

La sanidad; que adquirió ahora, continuó tan felizmente, que su confesor escribiendo por este tiempo al V. P. Berreyarza le dice así. « Es admiracion la mudanza, que ha hecho á mejor salud, » para seguir, como sigue á su comunidad en el todo, aunque no » la faltan los dolores casi cotidianos de sus coyunturas antes de » entrar en la oracion, y despues de ella. » Pero en esto se manifiesta, que se admiraban en Josefa como tiempos de irregular bonanza y sanidad aquellos en que á los ordinarios dolores, no se añadian otros mas violentos accidentes, que la imposibilitasen á dejar la cama.

Mientras seguia así á la comunidad hallaba en la oracion un grande sosiego de su alma sin sentir entonces los dolores del cuerpo. Padecia en ella ordinariamente el embargo de sus sentidos arrebatándose su entendimiento y voluntad al conocimiento y amor de la divina bondad, ó del inefable beneficio de habérsenos dado en la eucaristia, ó de la gloria, que aquella santísima humanidad tiene y tendrá siempre en el cielo. En la contemplacion de estos objetos, ó juntos, ó separados estaba amorosamente adormecida, sin que supiese la hora en que vivia, ni acertase á dejar su contemplacion, si la prelada, ó alguna otra religiosa, con órden suya no la despertaba; pero sin embargo al salir de la oracion se quejaba de ella al confesor, queriendo persuadirle, que gastaban inútilmente el tiempo; y pretendia, que la diese licencia para atender al reloj y resistir cuanto pudiese al embargo de sus sentidos.

(1) 4 Reg. 2.

En la misma carta escribió el confesor al V. padre Berreyarza la calidad de estos temores, que afligian á Josefa. « Siempre lleva » (dice) prevenidos puntos de la pasion; pero apenas empieza á » meditarlos, cuando sin saber como se halla contemplando, ó en » la bondad de Dios, ó en el misterio de la eucaristia, ó en la gloria de la resurreccion. Muchas veces se le proponen estos tres » objetos juntos, y queda ella como encarcelada entre los tres, sin elegir uno por no dejar los otros. En esta indiferencia se le pasan » dos, y tres horas con encendidos afectos de su voluntad y grande » de tranquilidad de su espiritu, pero sin embargo duda de la bondad de esta oracion. » A esta carta respondió así el V. P. Berreyarza. « Lleve siempre sus puntos á la oracion, y cuando algun » objeto ó muchos la arrebatan el entendimiento, ó la voluntad » déjese llevar *in vinculis charitatis*. A veces nos tira Dios con una » ebra; otras veces con muchos cordeles de finezas. »

Estos cordeles de caridad con que atraia el Señor á su sierva la apretaron estrechamente en la oracion de uno de estos dias, en que se representó á su alma vivisimamente la infinita amabilidad de Dios, y lo que este Señor quiere ser amado de sus criaturas. Entonces volviendo Josefa sus atenciones á sí misma empezó á concebir grande dolor de no haber cumplido jamás este deseo y voluntad de su dueño, como quisiera y debiera. Este dolor exprimió de su corazon tal avenida de lágrimas, que bañó el suelo en que estaba orando; y porque todavia no se desahogaba su pena, recelando dar alguna señal exterior de ella en el coro, salió de él con otro pretesto, y se retiró á una pieza la mas retirada del convento, donde sin poder reprimir los impetus de su dolor prorrumpió en muchos y grandes clamores, repitiendo muchas veces estas palabras: *Señor, qué haré yo, para amaros? Qué haré yo para amaros?* Decia despues á su confesor, que temió por algun breve tiempo que deliraba, cuando la vehemencia del dolor la forzaba á desahogarle en aquellos gritos siendo naturalmente enemiga de exterioridades, y estando acostumbrada á decir en silencio las penas; pero como advirtió por sus esperiencias la seráfica doctora santa Teresa: (1) *Ayuda su magestad con una tan viva noticia de si en*

(1) Mor. 6. cap. 41.

aquel tiempo de manera, que acrecienta la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos; con ser persona sufrida no puede entonces hacer mas.

Entre estas aflicciones amorosas llegó la cuaresma del año de 693 en cuyo principio enfermó de cuidado Doña Ana de Lasalde, de quien hemos hecho repetida memoria en esta historia por especial bienhechora de Josefa, á quien avisó ahora de su grave indisposicion para que la encomendase á Dios. Hacialo asi, como agradecida á los beneficios que la debia, y á los primeros dias de su oracion sintió un olor, como de sepultura, que se está abriendo. Recelaba, si seria antojo ó ilusion de el sentido, pero se repetía el mismo sentimiento siempre que iba á acostarse, y despues parecia que llevaba en los hábitos el mismo olor. Duró algunos dias su vida, aun despues, que Josefa conoció en la oracion, que que aquella era enfermedad de muerte; y en todos aquellos dias instó fervorosamente á Nuestro Señor por la salud eterna de su bienhechora. Entre once y doce de la noche del dia primero de Marzo se representó la señora enferma á la vista interior de la V. Josefa con semblante vigoroso, lo que la consoló entonces; pensando que todavia no estaba tan cercana su muerte, pero á las doce de la noche le faltó aquella representacion, y al mismo tiempo entendió, que entonces la asaltaba un accidente, que acabaria presto con su vida, con esta inteligencia vinieron á Josefa unos intensisimos dolores de todo su cuerpo, pero aunque estos la fatigasen mucho, era incomparablemente mayor la fatiga de su espiritu; sobre la suerte que cabria en el tribunal de Dios á la moribunda, cuya alma se representaba á su vista como en el principio de un breve y estrechísimo camino, para cuyo paso le parecia que necesitaba de grandes auxilios.

Oraba con quanto fervor la dictaba la caridad y el agradecimiento la V. Josefa por la feliz muerte de su bienhechora, y ofrecia al Señor para este fin todo lo que actualmente padecia. Asi pasó toda la noche entre las penas que la motivaba la representacion del peligro de aquella alma en el último trance de su vida. Levantóse despues á la oracion de comunidad, y pidió á la prelada que encargase á sus religiosas concurriesen al mismo fin con sus oraciones

en la comunion de aquel dia. Hiciéronlo asi todas como especialmente deudoras de estos oficios de caridad á la señora enferma, que salió á recibir, y alojó en su casa á las madres fundadoras (como ya se dijo) por tres dias.

Despues de acabados los ejercicios del coro, queria Josefa detenerse en él, pero la sacó de alli su prelada, y la llevó en su compañía, pretendiendo divertirla de las fatigas antecedentes, que se dejaban ver en su semblante. Sin embargo no podia desprenderse de su corazon el cuidado de la enferma, que ni la dejó comer aquel dia, ni la permitió algun sosiego. La misma superiora la condujó á su celda, donde la mandó se recostase. Obedeciola, y estando asi recostada sintió que se le acrecentaban mucho sus dolores y fatigas. Pareciola que llamaban con grandes golpes á la puerta de su celda, y se levantó luego creyendo, que la llamaba la abadesa, pero al ver que nadie parecia en el tránsito pasó luego al coro donde creció mas la vehemencia de los dolores del cuerpo y aflicciones del espiritu, y perseveró asi un cuarto de hora ofreciendo á Dios, quanto padecia por la salud eterna de la enferma. Despues de este tiempo cesaron de repente todas aquellas angustias y penas, entendiendo Josefa, que ya aquella piadosa señora habia espirado con la buena suerte de su salvacion.

Al salir del coro con este consuelo encontró á su prelada, que la advirtió, lo que tan larga detencion en él la debilitaba; pero la súbdita no acertando á reprimir el gozo interior la respondió asi: *Bendito sea Dios, que ha salido bien.* Mientras la prelada y súbdita conferian entre si esta materia llegó al convento la noticia de haber ya muerto Doña Ana de Lasalde, cuya beneficencia ejercitaba con la pobre Josefa mientras vivia en el siglo, halló aquel premio que tiene Dios prometido á la misericordia con los pobres.

No es mucho que asi afligiesen los cuidados de la salvacion de su bienhechora á quien atribulaba la misma solicitud en la de todos sus prójimos. Despues de este suceso refiere inmediatamente el confesor otras angustias que padeció en un dia de la semana santa de este año, cuando impelida con grande vehemencia á orar delante de un santo Cristo que tenia en su celda, se puso en ella de rodillas, y luego pasó á la ordinaria suspension de sus senti-

dos. Despues que por largo tiempo estuvo asi enagenada vió en la cara del santo Cristo una grande indignacion contra los pecados del mundo; y empezó á llorarlos Josefa pidiéndole el perdon por su misericordia y por los méritos de su sacratísima pasion. Prosiguió en esta suspension, rogando al Señor, que no permitiese mas culpas en el mundo, y no criase mas almas, que hubiesen de ofenderle. En esta peticion se aumentaron sus fervores, porque abrazándose con la imágen del Señor crucificado, gritaba en alta voz, diciéndole: *No Señor, no habeis de criar almas que os hayan de ofender.*

Oyó una religiosa estas voces, y al mismo tiempo tal ruido como si hubiese caido una silla en el suelo; acudió luego la prelada con algunas súbditas á la celda de Josefa, donde la hallaron arrojada delante de su santo Cristo, sin pulsos ni sentidos. Hiciéronla volver en si, pero porque todavia duraba impresa en su alma aquella dolorosa representación de los pecados del mundo, y no estaba enteramente recobrada de la embriaguez que la causó aquella pena, decia á todas las religiosas como las iba viendo: *Ola, ruegue á Dios, que nadie le ofenda jamás*, prorrumpiendo en estas llamadas aquel fuego divino que ardia en su corazon, y la hacia desfallecer de dolor de las divinas ofensas, como á David, cuando decia: (1) *Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam.*

Esta misma pena la obligó entonces á pedir á su prelada, que la mañana siguiente comulgasen todas las religiosas y rogasen á Dios, que nadie le ofendiese. Hiciéronlo asi todas, y cuando habiendo recibido á Jesucristo aquella fervorosa comunidad de sus esposas estaba dando las gracias, advirtió Josefa en el semblante de este Señor una grande alegría viendo con los ojos de su alma, lo que su magestad se complacia en esta comunión de aquel coro de virgenes consagradas á sus obsequios. El júbilo del corazon de Josefa en esta inteligencia, la transportó, la hizo perder los estribos de sus sentidos, y caer en el toro desmayada en los brazos de una religiosa. Asi alternando la pena y el gozo contribuyeron á diversos desfallecimientos, el uno amorosamente doloroso, y el otro deliciosamente amoroso.

(1) Pf. 118: v. 36.

El dia cuatro de abril de este año mismo en que su religion celebra la fiesta de la Compasion de Maria Santisima, fué tambien muy doloroso para Josefa, aunque con penas sabrosas, que debilitando el cuerpo recreaban y confortaban el espiritu. En la oracion de la mañana se imprimieron en su corazon los dolores que meditó de nuestra Señora, y empezó á sentirlos grandes, sin poder ni querer dividir los propios de los de Maria Santisima, porque estaban á su parecer mezclados, al modo que una gota de agua se mezcla en un vaso de vino. Todo el dia no acertaba á pensar en otra cosa, y se hecho de ver la intencion de sus afectos en el semblante, que parecia de difunta, y en las rodillas, que estaban muy débiles para el movimiento. Quiso la superiora divertir la un poco llevándola á ver el campo, pero nada bastaba para templar aquella pena amorosa, con que su dueño la tenia llagado el corazon; y con que estaba ella excitando la rabia del espiritu maligno, que delante de la misma abadesa la quiso ahogar esplicando asi su odio infernal contra la que estaba herida del divino amor.

Desde este dia padeció por mucho tiempo todos los dias, y en muchas horas grandes dolores en su cuerpo, segun los pasos que meditaba ó contemplaba de la pasion de Jesucristo. Cuando meditaba el paso de los azotes en la columna, sentia intenso dolor en las muñecas, y en las espaldas, cuando meditaba la corona de espinas, les sentia en su cabeza, como si se la abriesen á puñaladas; cuando meditaba la oracion del huerto sentia grandes angustias interiores, y asi respectivamente en los otros pasos, pero ni asi estaba contenta con su oracion, y por eso quiso que su confesor explicase lo que la pasaba al V. P. Berreyarza que la respondió asi: «Agradezca á Dios, y á su madre Santisima estas misericordias, sus dolores y todos los ejercicios sean grandes ó pequeños» arrójelos, como una gota de agua en una cuba de vino generoso» en las virtudes y perfecciones de Jesus y de Maria, que asi unidos» suben en quilates maravillosos.»



CAPITULO IX.

De algunos favores que recibió la V. Josefa mientras se ejerció en el oficio de Provisora.

El grande aprecio, que la V. M. Maria Teresa, fundadora, y prelada de este convento de Santa Cruz hacia de los talentos de gracia, y de naturaleza de Josefa, la llamaba á desear sus mas inmediatas comunicaciones, y á confiarla aquel oficio de comunidad en que la superiora misma descansase sobre la acertada conducta de tal súbdita. Por eso la eligió ahora para provisorá, y continuó en darla el mismo oficio, mientras gobernó el convento, como abadesa cuatro veces reelegida.

Era bien costoso á Josefa el sacrificio que hacia á la obediencia en esta ocupacion; porque suspiraba siempre con amor incesable por buscar á Dios en la soledad y silencio espiritual; y temiendo que se derramasen sus pensamientos entre las tareas exteriores del oficio tenia envidia á las hermanas, que en la sala de labor, ó en el coro hacian el oficio de Maria, mientras ella se empleaba en el de Marta. Pero los efectos descubrian, que era vano aquel temor, conforme á la doctrina, que dió á sus hijas la iluminada madre Santa Tere-a: (1) *Creame, que no es el largo tiempo el que aprovecha al alma en la oracion; que cuando le emplean tambien en obras, gran ayuda es, para que en muy poco espacio tenga mejor disposicion para entender el amor, que en muchas horas de consideracion.*

Así eran frecuentes en nuestra V. provisorá las suspensiones y deliquios de amor mientras ejercitaba este oficio; de suerte, que muchas veces por no despertarla de aquellos sueños divinos, las religiosas solian con beneplácito de la prelada quitarle las llaves que traia consigo de la provisoría, sin que ella lo sintiese, ni advertia que la faltasen las llaves hasta que la superiora misma la preguntaba despues con gracia: *Hermana Josefa, qué ha hecho de las llaves? qué cuenta me dará de ellas?* Notaban al quitárselas las religiosas un grande ardor, que á los vestidos de Josefa rebotada de aquel fuego interior, que la estaba abrasando el corazon, y derrelia hasta aquellos desfallecimientos.

(1) Fundac. cap. 3 infine.

Efectos eran de la actividad de aquel fuego los dolores que padecia por este tiempo en todas las coyunturas del cuerpo con grandes movimientos del corazon, que daba golpes ruidosos al pecho, que le tenia caliente, como si dentro de él hubiese una hoguera; y mostrándola alguna compasion de lo que padecia su confesor, le respondió: *No Señor, no se aflija v. md. que yo estoy muy bien hallada con estos dolores, y con este calor.* Así manifestaba, que estaba su corazon como lámpara encendida, á quien no faltaba el aceite de la interior suavidad y consolacion, mientras ardia en él el fuego del amor.

Cuando salia á la huerta con el motivo ó pretesto de honesta recreacion advertian las religiosas, que solia ponerse de rodillas mirando hácia el sitio, en que estaba colocado el Sacramento; y á poco rato la admiracion y el amor de este compendio de las maravillas del Señor la enagenaba de los sentidos exteriores, embriagándola amorosamente la contemplacion de aquel cáliz divino, de quien dijo David: (1) *Calix meus inebrians, cuam præclarus est?*

Subió otro dia á un desvan para bajar, como provisorá, algunas manzanas que se guardaban en él para la comunidad, y advirtiendo las religiosas, que tardaba mucho en bajar con ellas, subieron á buscarla en el desvan, donde la hallaron de rodillas, con los brazos puestos en cruz, inmóviles, como una estatua, y por eso insensible, á una gotera, que por ser el tiempo lluvioso, estaba cayendo derechamente sobre su mano; pero ella ocupaba las atenciones de el alma en recibir en sus senos otra mas abundante y mas preciosa lluvia del cielo, que regaba y fertilizaba la tierra de su corazon.

Mientras estaba hilando otro dia entre las religiosas, la vieron todas arrobada con el huso en la mano y estendido el brazo con la hebra.

Por ocho dias continuos la duró una grande agilidad en el cuerpo, que no parecia pisaba la tierra, y una religiosa que entonces la asió de un brazo al tiempo de subir la escalera, refiere, que su cuerpo no pesaba mas que una paja. Efecto de la que llaman los místicos contemplacion ignea, cuyo fuego penetrando al alma ali-

(1) Pref. 22. v. 7.



jera tambien el cuerpo, que informa; al modo, que el fuego material hace ligero el pesado tronco que penetra.

En este tiempo mientras la comunidad iba un dia, segun su costumbre, en procesion con el niño Jesus, vieron tambien en ella arrobada á la V. Josefa sus religiosas, que la dijeron pidiese á su magestad las echase su bendicion; y ordenando el Señor, que percibiese Josefa en su arrobamiento la peticion de sus hermanas, las respondió con semblante risueño: *Yá, yá ha echado, yá ha echado su bendicion.*

En otra ocasion estando del mismo modo enagenada, la oyeron decir las religiosas, con semblante igualmente risueño: *Sentaos aqui mi Señora, sentaos aqui junto á los Angeles;* infiriendo de estos afectos y voces que eran con María Santísima aquellos coloquios amorosos.

Solia por este tiempo padecer grandes penas, cuando la prelada, ó por su orden alguna religiosa, la hacian volver á sus sentidos, experimentando entonces en su corazon un vivísimo dolor, que ella comparaba al que se padece cuando un emplasto puesto sobre una grande llaga, y ya endurecido, se arranca de golpe y con violencia. En una de estas ocasionés al sacarla de su deliquio no acertó á reprimir su sentimiento, y pronunció en alta voz un *Ay Jesus*, refiriendo despues á su confesor, que quedó en aquel lance su corazon tan lastimado, como si se le hubiesen partido con un cuchillo.

El mismo Señor de cuyas comunicaciones, no podia Josefa desprenderse sin dolor, la llagaba así, guiándola amorosamente á la soledad espiritual, para hablarla en ella al corazon. Un dia al acabarse la oracion de comunidad volvió de su suspension ordinaria, y al salir del coro con las religiosas oyó, que su magestad la dijo en clara voz interior: *Alma detente algo mas conmigo, y conducida de este fuerte, é imperioso impulso volvió á arrojarse á sus piés, y así unida con su dueño por conocimiento, y amor, permaneció otras dos horas, en que se ilustró su entendimiento con una clarísima luz de innumerables perfecciones divinas.*

Añade despues de esto el confesor, que el dia once de Mayo de este año de 93, movida su voluntad desde la oracion de la maña-

na, padeció hasta mediodia una grande violencia de apartarse de ella. Vencida de este impulso, pidió á la abadesa licencia para retirarse un poco al coro donde entró á la una de la tarde, y cuando á las tres iban á vísperas las religiosas la hicieron volver á sus sentidos, notando en ella mucha abundancia de lágrimas. La misma tarde fué el confesor á reconciliarla, y la halló en el confesionario vertiendo raudales de llantos. Preguntó la causa y se resistia á decirla, hasta que el confesor la mandó, que se la declarase. Entonces le respondió, que en las dos horas últimas de su oracion la estuvo diciendo el Señor. *He de hacer muchas cosas por tu alma;* y que á estas voces amorosas estaba derretido en llanto su corazon. Añadió, que en otras muchas ocasiones habia oido esta misma habla interior; y que aun cuando viviendo como serora en la ermita de Santa Cruz, no se pensaba en fundar en ella el convento de Santa Brigida, entendió muchas veces en locucion interior que la decia su dueño. *Yo haré en esta ermita grandes cosas por tu alma.* Lo que despues se vió en la ereccion de aquel religiosísimo monasterio de puras y fervorosas vírgenes. Pero porque volviendo de estos favores á mirarse á sí misma se hallaba Josefa á su parecer tan llena de miserias y faltas, no le parecia posible que aquellas hablas fuesen de Dios, ni que favoreciese así á quien tanto las desmerecia. De esta suerte el mismo Señor, que la elevaba al solio de sus comunicaciones, la hacia despues bajar al suelo, y poner su boca en el polvo; la daba estos profundísimos sentimientos de su bajeza, la sublimaba y la humillaba, con aquella humildad afectiva, que es el efecto de la divina luz, fruto de la contemplacion verdadera y hija de la caridad.

CAPITULO X.

Previénela el Señor á padecer mucho, y sufre grandes penas y tribulaciones.

Estas mercedes y regalos del Señor son ordinariamente premio de los trabajos, que por su amor sufren gustosamente las almas, y las confrontan al mismo tiempo, para que en nuevas tribulaciones se refine su amor y su paciencia. Pero cuando son estraordi-



narios los trabajos que han de padecer, suele su magestad prevenirlas al sufrimiento con luces, ó avisos antecedentes.

Por Junio de este año de 93 mientras la V. Josefa contemplaba en la Pasion de Jesucristo, la previno á padecer con estas voces, que percibió claramente con los oídos del alma: *Alma, ya conoces en la meditacion de mi Pasion la acerbidad de penas que padeci por redimirte de la esclavitud del demonio. Ahora es mi voluntad, que te prevengas á padecer mucho por mí, imitándome perfectamente en las virtudes, que descubri en mi Pasion.* Quedó muy confusa con tan grande misericordia, sintiendo al mismo tiempo tan ardientes deseos de cumplir esta voluntad de Jesucristo que apenas descansaba su corazon encendido en el ámbito del pecho. Iban creciendo estos afectos con tantas angustias interiores, que no hallaba ya consuelo, ni refrigerio, para aquel fuego que la abrasaba. Quiso comunicárselas á su abadesa, en quien tenia justamente la confianza de que las entenderia, y la esforzaria para el sufrimiento; pero para que fuese mas puro el padecer sin consuelo á imitacion de Jesucristo, ordenó este Señor, que la prelada, que otras veces solia confortarla, no pareciese á su vista en esta ocasion; y así dejada en muy sensible desamparo, tenia en su memoria el que padecia Jesucristo, cuando clamaba: *Dios mio, Dios mio, porque me has desamparado?*

A las dos de la tarde fué á reconciliarla el confesor, que mientras la esperaba en el confesonario, conoció que Josefa estaba en una pieza interior sin poder hablar, pero esplicando mejor que con la voz su pena con la inquietud de su corazon en movimientos ruidosos. Acudieron las religiosas, y vieron, que su corazon se movia dentro del pecho al modo de una rueda de molino; y la condujeron con trabajo desde aquella pieza interior al confesonario, donde la confortó en su afliccion el confesor, dándola á conocer, que la causaban aquellos ardientes deseos de padecer á imitacion de su dueño.

Poco despues el dia que se celebraba la fiesta de la Corona del Señor en este obispado, se ofreció por principio de la oracion de la mañana á Josefa el tormento de Jesucristo en su Corona de Espinas, en cuya consideracion empleó las dos horas de oracion de

su regla, admirando y agradeciéndole al Señor su caridad en padecerla por los hombres, y ofreciéndole los deseos de padecer el mismo tormento por su amor. Oyóla el Señor sus ruegos, porque al salir de la oracion padeció tan vehementes dolores de cabeza, que la parecia se la atravesaban de puñaladas, y se mezclaban con este tormento unas interiores agonias, que no la dejaron descansar todo el dia, aunque asistió con la comunidad á las horas del Oficio divino. Cuando cerca de las seis y media se acabaron las Completas, se vió repentinamente libre de los dolores y angustias, que la affigieron hasta aquel tiempo sin interrupcion.

Sufrió tambien por toda una noche dolores tan intensos en todo el cuerpo, pero especialmente en las diez uñas de ambas manos, que al dia siguiente se halló casi del todo baldada. Otra noche habiéndose retirado á su tarima, se levantó de ella á traer luz para ver, que clavos ó puñales habia en su cama, que tanto la atormentaban. Nada halló, porque no eran visibles aquellos instrumentos de su pena; y volvió á acostarse, ofreciéndose animosamente á padecer, cuanto el Señor quisiese en aquel lecho de su dolor, pero no halló ya en él los tormentos á que se entregaba.

El odio del demonio, que la atormentaba así secretamente pasó tambien á otras manifiestas hostilidades. Mientras iba á bajar Josefa unas escaleras harto largas en la primera grada padeció en sus espaldas un violento golpe, que la hizo rodar por todas ellas, hasta parar en el suelo: pero mientras bajaba rodando se reia de aquella ruindad del demonio, que no hizo en esta ocasion daño alguno á su cuerpo, defendiéndola el Señor con extraordinaria providencia, para que le diese gracias con aquellas voces del Santo Rey David: (1) *Impulsus eversus sum ut cade em etc. Dóminus suscepit me: fortitudo mea etc. laus mea Dóminus.*

Pero la affigió crudamente otra noche de Junio de este mismo año, en que mientras rezaba los Maitines con las religiosas, padeció grandes temblores, hasta faltarla el Breviario de sus manos. Mandáronla salir del coro, y se retiró á su celda, donde se puso en oracion. En este tiempo entró en su celda con grande estrépito una como compañía de caballos, que escaramuzando en aquel

(1) Pl. 117. v. 15.



breve sitio, querian estropearla. Oyeron las religiosas el ruido como de caballería en la celda de Josefa, y por eso interrumpiendo los Mailines, iban á socorrerla, pero notando, que duraba todavía aquel estrépito, hicieron traer luz, y desapareciendo á su vista aquellos ministros de tinieblas entraron las religiosas, y encontraron á su V. hermana arrojada en el suelo y maltratada con muchas heridas en la cabeza.

Pero estos tormentos del cuerpo, cuando no venian juntos con temores del alma, no afligian tanto como recreaban á Josefa, que (segun escribe su confesor:) «Sentia un grande gozo interior al mismo tiempo que padecia el cuerpo. Y asi la afligió mas sensiblemente el demonio por este tiempo, con una vehemente sugestion contra la pureza, mientras ella estaba entregada á su breve sueño. Representóla vivamente á la imaginacion las especies de un actual peligro de perder su castidad entre los halagos y fuerzas de alguno, que pretendia violentársela; pero Josefa, cuyo corazon velaba mientras dormia el cuerpo, hacia los mayores esfuerzos para la resistencia. No se dió por vencido el demonio porfiando en sugerirla, que si consentia al detrimento de su pureza, concebiria en sus entrañas, á quien fuese despues un grande siervo de Dios. Entonces crecieron tanto las angustias de su corazon, que prorrumpiendo en grandes gritos, dijo asi: *Aunque fuese mejor, que San Francisco.* Al ruido de sus propias voces despertó, y dió luego al Señor las gracias de la resistencia, que puso en su corazon á aquellas sugestiones enemigas.

Su mas frecuente y mas penoso trabajo era el que nacia del temor, de que tenia ya provocada con sus culpas la divina indignacion para echarla al infierno. Esta pena acompañada con grandes temores del cuerpo la afligió una noche entera, hasta sacarla casi fuera de sí misma.

No fué menor la vehemencia de semejantes temores el dia veinte de Julio de este año, en que representándose á su alma con la claridad, que otras veces la infinita amabilidad de Dios, duró en su corazon la pena, de que nada amaba al que debia amar con todas las fuerzas de su alma. Esta afliccion la hacia derramar grande copia de lágrimas sin poder reprimirlas aun en presencia

de las religiosas en el coro, mientras rezaba el oficio divino. Quería hallar en la oracion retirada algunas centellas de aquel divino amor, que deseaba; pero la superiora conociendo la calidad de su enfermedad la negó licencia para larga oracion en el coro, y se la dió solo para visitar desde la claraboya el Sacramento. Allí desahogó su dolor, manifestando al Señor sus intenciones, de que nada queria hacer, padecer, pensar, ni decir, ni por ser virtuosa, ni por la salvacion, ni por temor del infierno, sino por solo darle gusto. Entre estas protestaciones de su pura intencion padeció los impetus, que solia otras veces, de hacer muchas cruces, jurando en cada una de ellas, que deseaba hacer y padecer cuanto pudiese por sola la gloria de Dios. No se acabaron estos impetus hasta que sintió un repentino é intensísimo dolor, como de una lanzada, que la traspasaba todo el cuerpo; queria moverse, y no podia por el crecido dolor de aquella herida; pero poco despues, se vió repentinamente sin herida y sin dolor, debiéndose igualmente ambos favores de la herida y de su curacion á la mano de aquel médico divino, de quien dijo el Santo Job: (1) *Ipse vulnerat, etc. medetur; percutit, etc. manus eius sanabunt.*

El 24 de Julio vispera del apóstol Santiago, á quien la V. Josefa tuvo desde niña devocion entrañable, padeció otra pena sabrosa, que referiremos como la escribe su confesor. «Hallándose por la mañana en la oracion sumamente afligida de su mala correspondencia á las divinas misericordias, se acordó de su antigua devocion al apóstol Santiago, y se acordó tambien de una historia, que habia oido (aunque no sabe donde) de que el corazon del Santo Apóstol habia llegado á estar abrasado, y seco á las violencias del fuego del divino amor. Aquí fué cuando con grande fervor, y hecha un mar de lágrimas pidió al santo su intercesion, para que se encendiese en su corazon la misma llama divina. Consiguió llenamente sus deseos, porque absorta en la bondad de Dios, pasó las dos horas de oracion con suma tranquilidad y sosiego. Cuando la sacaron de ella encontró con la vista de su nada, que casi todo el dia, la tuvo, como anegada en sus lágrimas, con grandes ansias de volver á la oracion, pero no se

(1) Job. 5. n. 48.



» lo permitia su prelada, à quien puso en cuidado aquel desasosiego de Josefa, y la mandó recostarse sobre la cama. Llamó al confesor à las cinco de la tarde, para que la afligida súbdita le comunicase sus sentimientos. Entró en el confesonario, y en él renovó las invocaciones del favor del Santo Apóstol para el amor de Dios, que deseaba ardiese en su alma. Daba gracias à nuestro Señor del que comunicó al su apóstol, y poco à poco pasó el fervor à tal extremo que dando su corazon contra el pecho crecidos golpes, la llevó à un deliquio de fuerzas materiales. Mandóla el confesor, que se arrimase de espaldas à la pared del confesonario; pero viendo, que ya apenas hablaba, y que crecian las congojas, llamó à las religiosas con la campanilla. Acudió luego la abadesa, y la halló sin pulsos, pero abrasándose todo el cuerpo, y especialmente el pecho. Una hora duró este deliquio, en cuyo tiempo, repetia con desmayo estas voces: *Oh qué Santo! qué Santo!* Examinándola el confesor despues que volvió en sí de aquel deliquio, le dijo, que al llegar al confesonario sintió en su corazon un agradecimiento al Santo Apóstol, por la eficacia de su intercesion; que despues se vió movida à pedirle el mismo favor para siempre, y que al mismo tiempo se puso el Santo delante de los ojos de su alma, aplicando à su corazon un grande calor, como el que el cirujano aplica en un cauterio à la llaga del doliente; y que esta vista la hacia prorrumpir en aquellas voces. *Oh qué Santo! Qué Santo!* Añadió, que aquel favor lastimaba mucho su corazon, pero con pena tan sabrosa, que ya sentia mucho el haberse mitigado.»

CAPITULO XI.

Recibe grandes consolaciones y penas, especialmente en las fiestas de María Santísima.

La sólida y tierna devocion de María Santísima, que prendiendo en el corazon de Josefa desde su niñez, iba echando en él mas profundas raices cada día, se descubria mejor, cuando la iglesia celebra sus grandes fiestas, en cuyas vigiliass se prevenia con toda la intencion de sus afectos al culto de la Madre de Dios.

Asi ahora desde la víspera de la Asuncion de este año de 693, empleó todas las fuerzas del alma en accion de gracias al Señor por las grandezas y prerogativas, que concedió à su Santísima Madre, y por la gloria con que como à Reina y Emperatriz del Universo, la exaltó y sublimió sobre todas las gerarquias de los ángeles y de los santos. Congratulaba tambien à la misma Reina la posesion de aquella eminentísima gloria, en que constituye corro aparte, muy superior à todos los que forman los bienaventurados, y solo inferior al que constituye el rey de la gloria su hijo.

Con la intencion de estos afectos, que sin alguna interrupcion ejerció en la víspera, y en el dia de la Asuncion, se debilitó tanto, que no podia moverse, ni tenerse en pie, y apenas tenia fuerza para articular con desmayo algunas voces; lo que advirtió la superiora, y la mandó, que luego se recogiese à su celda sin permitirle bajar al refectorio à servir à la comunidad.

Estas celestiales consolaciones se alternaban con molestas, y amargas penas formadas en los temores de su ingrata correspondencia à los favores de su dueño. Temia regularmente por este tiempo, que faltaba à sus confesiones el preciso aparejo del dolor de sus faltas, porque nunca las enmendaba, y por eso derramando grande copia de lágrimas, no acertaba à reprimir su interior congoja sin decir varias veces al confesor y à su abadesa que era ella peor, que Judas en la ingratitud con que respondia à la divina beneficencia. Proseguia asi en sus temores confortándola el Señor con especiales suavidades y regalos en la oracion, especialmente en las fiestas de su santo nacimiento, y en la de la Purificacion de María Santísima, y cerca de la Cuaresma del año de 694 se añadió à la ordinaria pena de su temida ingratitud, la de los pecados con que era Dios gravemente ofendido de los hombres. Este dolor, que penetró su corazon la hacia clamar casi continuamente al Señor, que convirtiese à los pecadores, y les concediese su gracia para no volver à injuriale.

Mientras la fatigaba este cuidado, se dignó de favorecerla la Madre de Dios y de los pecadores con dos apariciones, que aunque no fueron en perfecta vigilia causaron en su alma aquellos efectos, que suelen los sueños sobrenaturales, los cuales à diferencia



de los naturales, siempre son de cosas serias, y graves bien ordenados sin mezcla de cosa impertinente, y trayendo consigo una luz con la cual el alma conoce, que no son dueños naturales, dejan gravada su memoria y obran los afectos de gozo ó de tristeza, segun las especies representadas.

El sábado primero de Cuaresma despues que se ejercitó en los ruegos de que cesasen los pecados del mundo, se retiró á su tarima, y apenas empezó su breve sueño, la pareció que veía á la Virgen Santísima, con muy doloroso semblante, entendiendo su alma, que aquella representacion de sentimiento era por los pecados con que los hombres injuriaban á Dios. Esta vista traspasó como con una lanza su corazon, y soltando un copioso raudal de lágrimas, daba grandes gritos llamando á todos los pecadores, para que viesen en sus culpas la causa de aquella representada afliccion de María Santísima. A estas voces despertaron las religiosas que habitaban las celdas vecinas; y despertando tambien enteramente la misma Josefa, quería tener muchas virtudes que ofrecer para mover al Señor á la piedad y misericordia con los hombres, pero mirándose tan pobre de ellas le ofrecia á este fin el deseo de todas sus comuniones, y todo lo que en adelante deseaba hacer, y padecer con su gracia, sin hallar término á sus ofrendas.

Siguiéronse á estos ofrecimientos unos intensísimos dolores de todo el cuerpo, que sufrió sin intermision toda la noche, y aunque intentó levantarse á la oracion de comunidad, no tenía fuerzas aun para llamar á alguna de las religiosas, que por la puerta de su celda pasaban al coro. Visitóla su prelada, que advirtiéndole su quebranto, la mandó detenerse en cama, hasta que diesen alguna tregua aquellos dolores, los cuales continuaron hasta el sábado inmediato, no cesando en interin la doliente de clamar entre sus tormentos al Señor, que convirtiese y perdonase á los pecadores.

En este segundo sábado de Cuaresma, luego que se adormeció la pareció tambien que estaba viendo presidir á María Santísima en una solemne procesion formada de muchos espíritus bienaventurados, que daban muy dignas alabanzas á la comun reina, sintiendo al mismo tiempo Josefa un ardiente deseo de juntar sus vo-

ces con las de aquellos felicísimos predicadores de las alabanzas Marianas. Este deseo junto con un íntimo y suavísimo gozo de su corazon, acabó de despertarla, dando gracias á nuestro Señor por la disposicion de aquellas tan justas y tan bien ordenadas alabanzas de su Madre Santísima, y luego se vió libre de los dolores, que en los ocho dias antecedentes la habian fatigado y reducido á una suma debilidad. Permanecieron en su memoria fijas las especies de esta vista y no sintió ya mas dolores del cuerpo, ni afliccion alguna del espíritu en muchos dias hasta la Anunciacion de la Santísima Virgen.

Desde la vispera de este dia se ocupó en la contemplacion del incomprendible beneficio de la Encarnacion del Verbo Divino, y se inflamó tanto su corazon en afectos de amor, y agradecimiento, que dando violentos movimientos en el pecho apenas cabia en él, y fué preciso como otras veces alhojar las vestidos para respirar. De estos movimientos del corazon provinieron gravísimos dolores de todo el cuerpo, que padeció toda aquella noche. Pero por la mañana se levantó á comulgar con la comunidad aunque muy quebrantada con la vehemencia de aquellos tormentos, que continuaban todavia, y padecia con grande gozo de su alma, mientras no venian mezclados con otras penas interiores.

No tardaron estas en privarla del gozo con que toleraba las corporales, porque luego que se acabó la misa primera de comunidad, se apoderó de su alma tal oscuridad y turbacion, que la pareció no conocer á Dios, ni á la virgen Santísima, ni la quedaba memoria de la Encarnacion, ni de los demas misterios de nuestra Redencion. Creció tanto esta angustia, que sin poder descansar en el coro, ni en la celda, subió á un desvan del convento, deseando ocultar á las religiosas aquella interior afliccion, que se manifestaba contra su voluntad en la copia de amargas lágrimas que vertia.

Cuando llegó al desvan cayó en tierra desmayada sobre su rostro, y perseveró de esta suerte hasta que á las diez, cuando la comunidad iba á cantar la misa segunda, salió á buscarla su prelada temerosa de alguno de los ordinarios accidentes de Josefa. Hallóla allí postrada en tierra y con la cara lastimada del golpe de la

caída, ayudóla á levantar, y confortándola en sus temores con la discreción, que otras veces, la hizo bajar al coro, donde con licencia de la misma abadesa se detuvo despues, que cantada la misa salieron de él las religiosas. Mientras quedó allí sola, la consoló el Señor, arrebatándola en su contemplacion á una dulcísima union, que llenándola de gozo inefable, desterró de su alma las penas, que la atribulaban, y manifestándose á los ojos de su alma Jesucristo, como compasivo de lo que habia padecido su sierva en este dia, y el antecedente, la dijo asi en locucion interior: *Tú deseas, y me pides los aumentos de mi gloria y servicio en este convento, á donde te llamé; y es razon, que padezcas algo para que yo te lo conceda.* Estas voces obraron en el espíritu de Josefa, lo que persuadian, porque ilustrándose su entendimiento con una clarísima luz de lo que agradan al Señor los trabajos sufridos por su amor, se inflamó la voluntad en deseos de padecer mas, y mas tribulaciones, y asi las pedia fervorosamente en su oracion, con vivísima esperanza de que se las concederia, y de que concederia tambien á su monasterio los espirituales y temporales aumentos, que solicitaba para mayor gloria de Dios.

Desde este dia proseguia en la peticion de mas trabajos rogando á Jesucristo y á su Madre Santísima, que sintiese su corazon una grande pena de las que por nuestras culpas padecieron en el Monte Calvario. Logró el fruto de esta oracion llenamente en el dia de los Dolores de Nuestra Señora, en cuya víspera creció la sed que tenia de padecer, y empezó á sentir unos dolorosos afectos de compasion. Siguiéronse á estos otros gravísimos dolores de todo el cuerpo, que sufrió por toda la noche, y la privaron no solo del sueño, sino tambien de las fuerzas para levantarse á la oracion de comunidad por la mañana. Visitóla su prelada con cuya licencia se levantó á las seis y media á comulgar, y despues de la comunión padeció aquellos movimientos violentos del corazon, que solia otras veces, pero ni de ellos, ni de las otras penas corporales hacia caso, empleando toda su atencion el alma en otras mas amargas interiores, que entonces la asaltaron con vehemencia:

Parecíala, que Dios se habia ausentado de ella, y que sus potencias estaban como encadenadas para no acordarse de Dios, ni

conocerle, ni amarle. Fatigábala en esta oscuridad un espantoso temor de su conciencia, renovándose con mayor fuerza que otras veces aquel dolor de que todas sus acciones eran grandes ofensas de Dios. Entre aprietos, y aflicciones inexplicables la parecia que aquel desamparo era castigo debido á sus culpas graves. Entre estas turbaciones no cesaba de sugerirla el demonio, que se arrojase por una ventana alta del convento, y que bajaria volando sin lesion, ó que aunque quedase muerta, y bajase al infierno, no hallaria allí mayores, ni tan grandes penas como las que estaba padeciendo.

Aunque porfió en esta tentacion por mucho tiempo el demonio, ya rayaba en el espíritu de Josefa la luz del cielo, para ver, que era contra la ley de Dios aquel precipicio y por eso le abominaba: «Pero como ella dijo despues á su confesor la parecia, que solo »tenia juicio para resistir á esta sugestion, y en lo demas estaba »como privada de la razon por la vehemencia de la pena, la cual »explicaba con la semejanza de la que se padeciera dentro de un »horno ardiente con los piés y manos atadas, sin facultad para el »movimiento, conforme á lo que por sus esperiencias escribió de »este linage de tribulaciones Santa Teresa (1) El tormento, que »en sí se siente sin saber de que, es incomparable, y á mi parecer es un poco de traslado del infierno. Esto es asi, segun el Señor en una vision me lo dió á entender, por que el alma se quemaba sin saber quien, ni por donde la ponen fuego, ni como huir »de él, ni como le matar.»

Buscó Josefa á su prelada para que la esforzase á padecer este desamparo, pero la pareció, que no gustaba de oirla, y asi se desviaba sin hablarla palabra, permitiéndolo y disponiéndolo asi el Señor para que fuese mas pura y meritoria su afliccion, lo que escribió tambien de propia esperiencia Santa Teresa: «No se puede decir lo que en esta parte se padece, ella anda á buscar reparo, y permite Dios, que no le halle.» Por eso, sin algun alivio llena de amargura, y embriagada con el Absintio empezó Josefa á pronunciar, sin saber, ó sin advertir lo que decia, aquel primer terceto del oficio de los Dolores de María Santísima.

(1) Cap. 50 vitæ suæ.



*Stabat Mater dolorosa
Iuxta Crucem lacrimosa,
Dum pendebat Filius.*

Al pronunciar estas voces, iba bebiendo mayores amarguras, y aumentándose la embriaguez pasaba luego á decir otros tercetos.

*Sancta Mater istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.*

*Eia Mater fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac. vt tecum lugeam.*

De esta suerte repitiendo sin reflexion estos tercetos, y creciendo cada vez, que los decia las angustias de su espíritu, permaneció Josefa en todo el dia de los Dolores de nuestra Señora, para que á su imitacion pudiese decir despues. *Posuit me desolatam toto die mærore confectam.*

Á la noche empezó á rayar alguna luz en su entendimiento, y entonces la visitó, y la halló muy debilitada de fuerzas corporales su abadesa, pero haciendo ahora reflexion de lo que vió padecer á su súbdita, y de que habia resuelto muchas veces entre dia llamar al confesor de Josefa, para que la confortase en sus angustias y que luego se olvidaba de llamarle, hizo el juicio de que nuestro Señor lo dispuso asi para que en mayor desamparo se acercase mas su sierva á la imitacion del que padeció su Magestad en la Crucifixion.

CAPITULO XII.

Instrúyela el Señor en las virtudes y en los puntos para su oracion.

Venció presto la fortaleza del espíritu de nuestra V. Josefa la debilidad, con que quedó su cuerpo en el dia de los Dolores de María Santísima; porque levantándose á comulgar con la comunidad del domingo de Ramos, recibió su corazon en aquella fuente de dulzuras espirituales una grande avenida de devocion sensible.

La mayor parte de este dia empleó despues en la contemplacion, padeciendo la ordinaria suspension de sus sentidos.

Mientras estaba asi enagenada contemplando el triunfo con que aquel dia entró Jesucristo en Jerusalem, se sintió movido su corazon á ofrecérsele al Señor para su templo, y asi en interior amoroso coloquio, le dijo: *No vendrias, Señor, á mi corazon, y harias en él un templo de tu gloria, para que yo te amase, y alabase eternamente?* Luego que descubrió al Señor este deseo, oyó, que con magestad apacible la respondia asi: *Yo iré á tu corazon; pero es menester, que me prevengas en él un banquete de mi gusto. Un plato ha de ser de la continua memoria de mis innumerables perfecciones. Otro, el de un entrañable agradecimiento al misterio de mi Encarnacion. Otro el de una cordialísima devocion al Sacramento de la Eucaristia. Otro el de una grande pena por las que yo padecí en mi Pasion. Otro el conocimiento de tu nada con grande confianza en mí. Castidad semejante á la de los Angeles. Perfecta obediencia con rendimiento de tu juicio al ageno. Mucha paciencia en cuanto sucediere contra tu gusto con perfecta resignacion de mi voluntad.*

Decia despues Josefa, que recibió su entendimiento la luz de estas virtudes juntas sin discernir cual fuese entre ellas la primera; al modo, que en un torbellino de granizo descenden muchos granos juntos sin que se discierna cual fuese el primero. Pero al entender la necesidad de estas virtudes, se las pidió á su dueño en perfectísimo grado, para que hallase en su corazon aquel banquete de sus complacencias, y perseverando por mucho tiempo fervorosamente en este ruego, salió de la oracion con grande confianza de que seria oida.

Poco despues la afligió el temor de si habria pedido estas virtudes con la mas pura intencion; si se habria mezclado algun fin de propia complacencia; si las deseaba por librarse del infierno, ó por ganar el cielo, ó porque la tuviesen por buena religiosa; y por eso renovando sus antiguos propósitos, volvió á pedirselas á Dios con vehementes instancias, protestando y jurando, que las deseaba solo para mayor gloria de su Magestad, sin alguna atencion á los propios consuelos y emolumentos.

Aunque trabajaba con fervorosa diligencia en la conquista de

estas virtudes, descontenta siempre de sus acciones, lloraba amargamente las faltas, que aprehendía á bulto en su conciencia, y renacian los temores, de que fuese tibia ó inacción perezosa aquella amorosa quietud, en que se adormecian sus potencias en la contemplacion, de la cual no acertaba á salir, si la prelada con vaivenes del cuerpo, ó con voz de superiora no la hacia volver en sí misma casi cada dia. Por estos recelos instaba siempre á su confesor, que la instruyese en el modo de orar con fervor, sabiendo, que la oracion habia de ser la oficina de aquellas virtudes, con que deseaba prevenir á Jesucristo aquel banquete.

El dia de la Invenzion de la Cruz de este año de 694, representó al principio de su oracion este mismo cuidado á Jesucristo postrándose con un fervor extraordinario delante del Santísimo Sacramento; y perseveró asi por mucho tiempo, deshecha en lágrimas, rogándole que la concediese el espíritu de oracion, como si en aquella postura estuviese esperando el buen despacho de su ruego mientras permanecia asi postrada, y como anegada en su llanto, entendió con la claridad, que otras veces, estas voces de su dueño dichas interiormente al corazon: *Alma, considera mi amor y caridad en bajar del cielo á tomar vuestra naturaleza en las entrañas de mi Madre. Mi providencia de quedar real y verdaderamente con vosotros en la Eucaristia; y mi pasion de muerte de cruz por vuestro remedio.* El confesor de Josefa al referir este favor, dice asi sus efectos. «Con esta inestimable misericordia se arrebató su corazon á un encendido amor del que asi la hablaba; y despues se ha reconocido haber quedado tan impresas en su alma las especies de estos tres puntos, que quando vá á la oracion, se le representan juntos, sin que su diligencia baste para separarlos.» Tales efectos suele obrar la locucion divina, que al modo de un vehemente fuego ilumina y alienta las almas, imprimiendo con suave magisterio las verdades, que percibe brevemente el entendimiento, y no se borran brevemente de la memoria.

Aunque no podia Josefa separar por su diligencia estos puntos, quando el Señor queria, que los contemplase juntos, algunas veces la tenia amorosamente embelesada en la contemplacion de uno solo de estos misterios. Digimos ya la devocion con que en el si-

glo se dedicó á las estaciones de la Via Crucis; y despues que recibió el hábito religioso meditaba con consejo de su confesor delante del Santísimo Sacramento aquellos pasos de la Pasion brevemente por la precisa atencion á otros espirituales egercicios de su regla, y por la estrecha habitacion del nuevo convento. Pero el dia tres de Junio de este año, habiendo entrado en el coro con intencion de concluir con la brevedad ordinaria estos recuerdos de la Pasion de su amado, quedó luego absorta y como embriagada con el dolor de las penas, que sufrió Jesucristo por nuestro remedio. Dos horas estuvo asi enagenada pareciéndola despues, que no habia pasado un cuarto de hora hasta que volvió en sí, quando á las tres iban á visperas las religiosas; pero aunque volvió entonces á sus sentidos, no se desprendian de su pensamiento las especies de aquella oracion aun entre las ocupaciones de su oficio de provisora; y quando ya despues de Maitines iba á recogerse cerca de las diez de la noche, se renovaron aquellas con mas vehemencia hasta llevarla á una nueva suspension de sus sentidos, en que duró mas de una hora; pero quando ya volvió en sí de esta suspension se retiró á su tarima; donde la fatigaron tanto los dolores de todo su cuerpo, que pasó la noche entera en vigilia, añadiéndose á sus tormentos la pena de oir en su celda espantosos ruidos, como de cadenas, que asustaron tambien á una religiosa, que habitaba la celda vecina á la de Josefa, que al dia siguiente no pudo levantarse porque se halló valdada, y como si la hubiesen quebrado los huesos de su cuerpo.

El dia diez de Junio, en que se celebraba la fiesta del Santísimo Sacramento, despues, que empleó toda la mañana en la contemplacion de este Misterio, pidió licencia á su prelada para ir al coro á las doce, mientras las religiosas por tiempo de silencio debian retirarse á sus celdas. Perseveró en el coro una hora hasta que la comunidad fuese á cantar Nona, pero en este tiempo, que pareció brevisimo á Josefa, la favoreció el Señor con una regalada vision intelectual, que referiremos con las voces de su confesor. «De doce á una (dice) estuvo viendo á Jesucristo Nuestro Señor en el Sacramento con una admirable magestad; y que innumerable multitud de ángeles y cortesanos del Cielo le estaban como haciendo

»córte, y cantándole inefables alabanzas con profundísima reverencia. Sobre esta vision la hice algunas preguntas, y respondió, »que no habia visto aquel soberano teatro, ni con los ojos del »cuerpo, ni con los del alma, y no sabia como, sino que lo habia »sentido asi, y con tanta seguridad como sabia, que estaba hablando con su confesor, aunque no le veia por la interposicion de la »rejuela.» Hasta aqui el confesor, en cuya relacion se manifiesta la dificultad con que puede esplicarse aquel modo de sentir la presencia de Jesucristo sin verle con los ojos del cuerpo, ni del alma, lo cual es propio de las visiones intelectuales, de las cuales escribe asi por sus experiencias Santa Teresa: (1) *Para esta manera de vision a mi parecer no hay comparacion que cuadre, que asi es de las mas subidas,* (segun despues me dijo un santo hombre llamado Fr. Pedro de Alcántara) *asi no hay términos para decirlo acá. Porque si digo, que con los ojos del cuerpo, ni del alma no le veo, porque no es vision imaginaria, como entiendo y me afirmo con mas claridad, que si le viera que está cabe mi &c.*

Algunos dias despues entró en la oracion con ardiente deseo de concebir grande pena de las que Jesucristo padeció por nosotros: y luego que se puso á orar, se representó este Señor á los ojos de su alma, como lleno de todos los oprobios y dolores de su sacratísima pasion. Esta vista traspasó el corazon de Josefa con pena tan amarga, que permaneció largo tiempo sin cesar en un llanto copioso, y sintiendo que su compasion no fuese tanta como deseaba. Acompañó á esta visita de los dolores y oprobios de Jesucristo otra igualmente clara, en que se manifestaba á su alma aquella infinita perfeccion de las virtudes de Jesucristo en su pasion. Veia con claridad la resignacion de este Señor en la voluntad de su eterno Padre. La prontitud con que se ofreció á los tormentos y á los vituperios. La ardientísima caridad con que amaba á todos los hombres sin escluir á los mismos que le ultrajaban y le crucificaban. La suma pobreza hasta no tener con que cubrir su sacratísimo cuerpo. La fortaleza con que venció al demonio á costa de su inocentísima vida. En la representacion de estas y otras virtudes del Redentor crecía el raudal de las lágrimas de Josefa, y dando

(1) Cap. 27 vita.

con las voces del corazon muchas alabanzas á Jesucristo por aquella altísima perfeccion de sus virtudes, se alentaba á si misma á imitarlas en el grado, que se le concediese.

Mientras queria asi esforzarse á copiar en su alma con la perfeccion posible las virtudes de aquel divino original, se acrecentaron las angustias y los llantos de Josefa, representándola el Señor por otra vision interior el estado de su propia alma, dándola á conocer la debilidad y enfermedad que en ella tenian aquellas virtudes que estaba viendo tan robustas en la de Jesucristo. Este claro conocimiento de su propia flaqueza la inclinó á contemplarse como á enferma delante del médico omnipotente, y asi mezclaba con sus lágrimas los ruegos de que por los méritos de su sacratísima Pasion fortaleciese ó vivificase aquellas virtudes, que la parecia estaban como espirando en su alma, y estendia estos mismos ruegos para todas las del mundo. Necesitó la prelada de valerse de su imperio para sacarla de esta oracion, en que unida con su dueño, y deshecha en lágrimas le importunaba por el remedio de su propia debilidad. Pero tales suelen ser á la vista del sol de justicia los sentimientos de los contemplativos en los extásis y arrobamientos. (1) *Porque el sol está muy claro* (dice Santa Teresa,) *y asi por mucho que trabaje una alma en perfeccionarse, si de verás la coje este sol, toda se vé muy turbia.* Es como la agua que esta en un vaso, que si no le dá el sol está muy clara, y si dá en él véese que está todo lleno de motas. Acuérdate del verso que dice: *Quién será justo delante de tí? Cuando mirá este divino sol, deslumbrate la claridad; como se mira asi el barro le tapa los ojos. Ciega está esta palomita.... Aquí se gana verdadera humildad.*

Esta divina ilustracion obró en el espíritu de Josefa un mas profundo, y vivo conocimiento de su debilidad ó de su nada, dignándose el Señor de guiarla á mayor perfeccion con aquellas luces en que viesse la imperfeccion propia; porque entonces comunica Dios mas copiosamente la voluntaria lluvia de sus gracias, y entonces perfecciona mas á las almas, cuando ellas conocen mejor su enfermedad é imperfeccion, como advirtió San Agustin entendiéndolo asi aquellas voces del santo rey David. *Pluviam voluntariam se-*

(1) Cap. 20 vita.



gregabis Deus hereditati tuæ etc. infirmata est; tu verò perfecisti eam.

(1)

CAPITULO XIII.

Recibe algunos favores interpolados con penas especialmente en ocho dias de ejercicios.

Como los mendigos haciendo ver su pobreza, y enfermedades suelen mover mejor la compasion y la beneficencia de los ricos, asi aquel profundo sentimiento, que nuestra V. Josefa tenia de las propias miserias y flaqueza, movia á su dueño á derramar abundantemente en sus senos los tesoros de las gracias.

Las que recibia por este tiempo en la oracion escribe asi su confesor: » Una visita interior de la bondad y amabilidad de Dios arre-
» bata su corazon por amor tan encendido, que aun material-
» mente se le abrasa el pecho y todo el cuerpo, y esta causa y sus
» efectos siente todos los dias en la oracion. En ella muchas veces
» se embargan sus sentidos; y entonces sin que lo embaraze la
» grande debilidad de sus fuerzas está de rodillas dos y tres horas
» sin mas movimiento, que si fuera una estátua; y estuviera mas,
» si el cuidado de su abadesa no la sacase de la suspension. Otras
» veces cuando no padece este embargo de sentidos, no por eso
» entra por ellos á su alma ruido alguno, ni pensamiento extraño,
» que la interrumpa la vista de la divina bondad.» De esta suerte la confortaba el Señor en profundo recogimiento, conjurando á sus sentidos, que no la despertasen, ni turbasen el reposo de aquel sueño amoroso.

Oyó por este tiempo en la leccion espiritual de algun libro, que el tránsito de María Santísima fué un viernes á las tres de la tarde; y acordándose de que tambien Jesucristo murió en otro viernes, y á la misma hora, la sobrevino un impetu de llevar para materia de su oracion los beneficios, que de estas dos preciosísimas muertes provinieron á los hombres, y la gloria, que aquellas santísimas almas tienen en el cielo. Al entrar en la oracion movida de este impulso se encendió su corazon en afectos de agra-

(1) D. August. lib. 4 de Tri. cap. 4. Pf. 67, v. 40.

decimiento, y en los de complacencia de la gloria de Jesucristo, y su Madre Santísima; y mientras perseveraba asi con extraordinarios júbilos, entendió su alma por una clarísima ilustracion, que era muy grata á S. M. esta devota reflexion de las circunstancias de ambas muertes de Hijo y Madre.

Algun tiempo despues en el dia de la Asuncion de nuestra Señora recibió Josefa grandes suavidades y gozos interiores en la contemplacion de este misterio, empleando todo aquel dia y su octava en dar gracias á Dios de la gloria con que coronó las virtudes de su Madre Santísima, y en dar parabienes á la misma Señora de la posesion de tanta gloria. No se interrumpieron estos afectos aun en todas las acciones exteriores á que debia atender por su oficio; y fué tanta su actividad y su eficacia, que yá á la noche no pudo mantenerse en pie por la debilidad, á que la redujo la continuacion de sus amorosos coloquios, diciendo muchas veces con la lengua del corazon, y como con juramento á nuestra Señora: *Que si por imposible diese Dios á Josefa para sí todos aquellos dones de gracia y gloria, querria privarse de todos por darlos á Maria Santísima.* Afectos ó delirios en que suele esplicarse el amor que llaman excesivo, sin detenerse en prometer hasta los imposibles.

« De esta suerte (dice el confesor) en los ratos libres de sus ordinarias penas interiores solia estar en una alegria inesplicable de su alma atenta solo á amar á nuestro Señor, y á alabar su infinita grandeza, sintiendo en estas ocasiones que su cuerpo, aunque muy estenuado de fuerzas naturales, estaba tan ligero, que no la parecia pesaba mas que una pluma.» Agilidad que se comunica al alma en la contemplacion ignea, y que experimentó tambien Josefa en otro tiempo, como ya se dijo.

Pero de ordinario era breve el tiempo de esta bonanza y serenidad: porque se seguia muy presto la tempestad de grandes y amargas tribulaciones. Las que en este tiempo se interpolaban con los consuelos eran tantas, que segun escribe su confesor, era raro el dia en que dejaba de padecer muchas horas de gravísimos tormentos en su cuerpo, como si se le atravesasen á puñaladas de dia y de noche: pero tolerándolos con grande resignacion y



gusto acostumbraba decir al confesor, que los males del cuerpo importaban poco, si su alma estuviese sana.

Por eso la mayor de sus aflicciones se formaba en la aprehension de los males del alma, padeciendo muy frecuentemente espantosos temores de la conciencia, sin que conociese causa alguna de ellos; decia que sus potencias estaban como atadas con fuertes cadenas, para no poder recurrir á Dios, ni acordarse de su Magestad, y que á su parecer no tenia mas libertad, que para resistir á las sugerencias repetidas de acabar con la desesperacion estas penas. Queriendo el confesor examinar bien el principio y la calidad de estas angustias, la preguntaba, en que forma las padecia, y no sabia responderle, sino que eran inexplicables, porque *no tenían nombre aquellas penas*; conforme á lo que de este linage de trabajos interiores escribió así Santa Teresa: (1) *Es verdad, que sabrá decir lo que tiene: Es indecible porque son apretamientos, y penas espirituales, que no se saben poner nombre.*

Estas angustias mezcladas con gravísimos dolores del cuerpo padeció en la vispera de la octava de la Asuncion de este año de 94, cuando despues de haberse ocupado deliciosamente en la contemplacion de la gloria de Maria Santisima hasta las diez de la mañana, desde esta hora sufrió tales tormentos de cuerpo, cuales nunca habia experimentado; y su alma fué metida en una prensa de tan horribles congojas, y tan espantosos temores, que llegó á decir al confesor, que la parecia estaba en el infierno, ó todo el infierno en ella; y aunque á la voz del confesor se serenó despues esta tempestad, se conoció la vehemencia con que la afligieron estas penas en haberla precisado á acostarse.

Otras muchas veces experimentaba estos tormentos de cuerpo y alma de noche; y aunque decia Josefa, que mientras los estaba padeciendo, no sentia ruido alguno en su celda, no pocas veces oian estrépitos horribles las religiosas, y pasando á verla por la mañana, la encontraron baldada.

Mientras padecia este género de tribulaciones notaban las religiosas, que habia dentro de su pecho, como un volcan de fuego, que comunicaba á todo el cuerpo sus incendios, y que sus ojos

(1) Santa Teresa Mor. 6, cap. 4.

vertian al mismo tiempo grande copia de lágrimas, pareciéndose entonces su corazon á aquellas nubes, que llueven, y fulminan despidiendo agua y arrojando fuego.

Alternáronse especialmente estos favores y angustias en el recogimiento de ocho dias de egercicios de San Ignacio de Loyola, en que, por devocion establecida desde su ereccion en este convento de Santa Cruz, entran añalmente sus religiosas, y entró ahora Josefa con grandes ansias de curar las enfermedades de su alma en este tiempo de salud. Oia leer cada dia los puntos de oracion, que con caractéres de fuego escribió San Ignacio en aquel que la iglesia llama *admirable Libro de sus egercicios*, previniéndose con todos sus conatos á meditarlos, y á sacar de ellos los afectos correspondientes; pero aunque queria atar sus potencias á rumiarse aquellos puntos, no podia embarazar, que su entendimiento y voluntad fuesen arrebatados á la contemplacion de los misterios de la Encarnacion, Eucaristia y Pasion de Jesucristo.

En el primer dia de egercicios se representaron á su entendimiento como otras veces las penas de Jesucristo en su Sacratissima Pasion, y luego la sobrevino un grande impetu de lágrimas, con que llorando sus pecados, y los de todos los hombres, le rogaba, que por su bondad y merecimientos perdonase á todos, porque todos lograsen el fruto de su Redencion, que no criase alma, que hubiese de ofenderle, y que luego arrojase sobre su corazon mucho fuego de amor divino, en que ardiese. Entre estas fervientes aspiraciones no acertaba á dejar el lugar de la oracion, y era preciso, que su abadesa, la arrancase de él. Quería recogerse á las diez de la noche con la comunidad, pero la fuerza de estos afectos la postró de rodillas, y perseverando así hasta las once, se acostó entonces, abrazada con la esfigie del Santo Cristo arrimado á su rostro. Parecióla despues, que entre los coloquios amorosos con su dueño se adormeció por tres veces, y que la despertaba aquel Señor con quien estaba abrazada, hiriéndola el corazon para que prosiguiese en aquellos afectos y peticiones.

Continuaron el segundo dia con el mismo fervor sus ruegos, perseverando en el interior recogimiento hasta las diez de la noche. Acostóse entonces, y cuando ya empezó á dormir sintió el



ruido de dos golpes en el tabique de su celda, quiso saber, quien la llamaba, y porque nadie la respondia, volvió á adormecerse, pero luego oyó otros dos golpes mas recios en el mismo tabique. Vistióse para saber, quien la llamaba, y al ver que en el tránsito no parecia religiosa alguna, se persuadió á que aquel llamamiento de mano invisible la conducia á orar en el coro, donde entró á las dos de la mañana, y prosiguió todo el tercero dia en los mismos afectos, padeciendo grande violencia en salir del lugar de su oracion, aun para el refectorio; porque la parecia, que al apartarse de aquel sitio la decia Dios al corazon: *A dónde vás dejándome así?*

En iguales afectos continuó hasta la noche del cuarto dia, y en ella, luego que quedó dormida (escribe el confesor) «despertó tan sobresaltada del susto de que alguno la agarraba, que por mas »de media hora estuvo temblando. Volvió despues á adormecerse, »y luego el mismo susto de que alguno la agarraba para arrojarla »en un horno encendido, la despertó, creyendo, que estaba ya »ardiendo en él. Proseguian aun despues de despierta los tormen- »tos, como de fuego, y aunque advertia, que estaba en su cama, »ni podia gritar, ni podia salir de ella, mudaba postura, pero á »cualquiera parte á donde se movia encontraba el mismo incendio »que la atormentaba. Estuvo en esta pena indecible hasta las »cuatro de la mañana, y entonces, aunque con vivisimos dolores »en la superficie de todo el cuerpo, se levantó á la oracion de- »jando ver en el semblante demudado las señales de la grande »afliccion pasada, que conoció su prelada.»

Añade despues el confesor, que continuó Josefa en su recogimiento con quietud hasta la noche del sexto dia, pero en ella, y en el dia sétimo padeció con gravisimos dolores del cuerpo aquellos temores, y desamparos semejantes á los que quedan referidos. Conocia la abadesa sus penas, y con el deseo de divertirla, la llevó á un desvan de donde se descubre mucho campo ameno, pero ni por eso se remitian sus penas interiores y exteriores. Mandóla sentar la prelada, pero ella con lastimosos suspiros, y con el impetu de lágrimas, que la sobrevino, regó abundantemente sus hábitos y los de su superiora, que la animaba á padecer por Dios aquel trabajo, y la decia que rogase á su Magestad se le tem-

plase; mas aunque deseaba obedecerla no acertaba anegada en sus lágrimas á decir otra cosa, sino el himno *stabat mater dolorosa*, con los versos siguientes. Duró esta tempestad hasta el medio dia, y de repente quedó en serenidad su espíritu con admiracion de todas las religiosas, que vieron en Josefa una grande alegria tan inmediata á las angustias antecedentes. Ellas fueron tales, que segun dijo al confesor, la pareció que dos rabiosos lebreles la mordian las espaldas, y se las iban comiendo hasta las entrañas.

Pero como contribuyendo los torbellinos y tempestades á la bonanza del mar parece mas quieto despues de la tormenta, asi restituida Josefa desde esta tempestad á sí misma, pareció haber logrado mayor serenidad para acabar sus ejercicios. Volvió luego á los ministerios de su oficio, pero al desprenderse para ellos de la oracion, sintió en su corazon ciertos atractivos de su dueño, como si la preguntase: *por qué te vas ahora dejándome?* A que respondió Josefa: *Señor por vos mismo os dejo, porque voy á servir el oficio, que me dió mi prelada.*

CAPITULO XIII.

De la muerte del confesor de la V. Josefa, y de algunos sucesos en que se dejó ver su humildad y su obediencia.

Por Noviembre de este año de 694 recibió Josefa otro doloroso golpe en la muerte de su confesor D. Ignacio Esandi. Porque si bien la pareciese preciosa en la presencia del Señor la muerte de aquel ejemplar sacerdote, no podia dejar de afligirla la falta de este unico arrimo, que tuvo sobre la tierra entre las agitaciones y temores del espíritu, por espacio de siete años, en que la asistió con el mayor cuidado, recibiendo las direcciones de V. P. Juan de Berreyarza, que murió tambien por este mismo tiempo en el Real colegio de la Compañía de Jesus de Salamanca.

Pero concedió sin dilacion la providencia á Josefa en lugar de su director, y confesor difuntos, un padre espiritual, que llenase ambos vacios en el Rmo. P. Andrés de Zupide, muy prudente y sabio Jesuita, que despues de haber gobernado los colegios de



Avila y Medina del Campo, fué destinado por sus superiores á los colegios de su país nativo, donde se reparase la débil salud, que esplicaba bien su semblante siempre macilento, y donde fué rector de los colegios de Loyola, Lequeitio y Azcoitia muchas veces.

Esforzabase el P. Zupide á cultivar este espíritu, aunque presentia, que saldrian costosas á su cuerpo enfermo las tareas de su operatura, en las frecuentes visitas que desde los colegios de Loyola y Azcoitia hacia el convento de Santa Brigida á pie, porque no le permitia el uso de carruage alguno la calidad de sus dolencias. Estas solian rendirle entre grandes dolencias á la cama, al volver fatigado desde el confesonario de Santa Cruz á su colegio; pero ni por eso cesó hasta los últimos alientos de su vida en la direccion y gobierno del espíritu de Josefa, dando á conocer que aquellos trabajos corporales se endulzaban entre las espirituales suavidades, y consolaciones, que recibia en su comunicacion.

Pasó ahora á la custodia del padre rector aquella relacion de la vida de Josefa, que para remitirla al V. P. Berreyarza tenia formada (como dijimos) «D. Ignacio de Esandi, el cual protesta que en solos los cuatro años, que la trató mas continuamente en la casa de Idiaquez observó otras muchas cosas singulares, sobre las que dejó escritas, y que omito tambien entre los sucesos posteriores otros muchos semejantes á los que contienen su relacion, y han dado hasta ahora la materia á nuestra narracion.»

Aunque las continuas enfermedades del nuevo director nos privaron tambien de muchas noticias, que pudieran añadir mucho cuerpo y alma á nuestra historia, se suplirá en mucha parte esta falta, por las que nos han dado de los sucesos de este tiempo las religiosas de este convento de Santa Cruz, que los vieron y observaron, y por las que dejó anotadas su V. fundadora la madre María Teresa de la Cruz, la cual escribió desde este tiempo muchos de los éxtasis, y arrobamientos, en que vió á su súbdita, »advirtiendo que aunque en los primeros años de religiosa solia »durar en ellos enagenada por dos y tres horas, crecieron des- »pues estos recibos tanto, que sino hubiera cuidado de hacerla vol- »ver en sí, estaria enagenada dia, y dias enteros.»

Pero la misma fundadora, que nos dejó escritas las noticias, que

diremos de sus amorosos deliquios, testifica lo que el recelo de ser vista en ellos afligia á la humildad de su súbdita. En dos dias de Pascua del Espiritu Santo, cuando las religiosas empezaban á cantar Tercia, notaron que se levantaba Josefa del lugar que ocupaba en el coro, y mirándola, conocieron que estaba abstraída de sentidos con un semblante risueño, índice de los júbilos interiores. Usó la prelada del imperio, que solia para restituirla á sus sentidos, luego que advirtió aquella suspension; pero como ya entonces estaban presentes todas las religiosas, conoció ella, que la habrian visto en la embriaguez, y por eso mostró bien el dolor, y los afectos de su humilde corazon en el rostro sonrosado, y como oprimido del peso de su vergüenza virginal, á vista de aquel coro de vírgenes, que contemplaba, como testigo de su afrenta y confusion. Ni despues acertó por mucho tiempo á detener el curso de las amargas lágrimas, que hizo imprimir aquel rubor á su corazon doliente.

Otra igual pena la afligió en tiempo, que empezando á convalecer de molesta enfermedad, apenas podia sostenida sobre un báculo salir de su celda á la vecina claraboya. Mientras en ella estaba orando, padeció uno de los arrobamientos que solia; y no acabó de volver á sus sentidos, cuando dejando repentinamente el báculo, se acercó á encontrar á la abadesa y religiosas que salian del coro. Admiraron todas aquel firme movimiento en quien poco antes vieron tan vacilantes los pasos; y creció despues su admiracion cuando la miraron revestida de extraordinaria alegría en todo el semblante, y que brillando sus ojos con magestuoso resplandor, convidaban igualmente al respeto y regocijo de todas. Cercó á Josefa aquella tropa de vírgenes con el deseo de gustar mejor la dulzura, y la novedad de su transformacion; y hablando por todas la V. fundadora, la dijo á Josefa. *Hermana Josefa, donde está el báculo, y á que viene? No he menester báculo, Madre,* respondió ella, *porque ya estoy buena y vengo á contar cuantas hijas tiene el Santo Cristo en esta su familia.* Hizola sentar la superiora para que las contase. Empezó á contarlas, y no podia proseguir; volvia á empezar, y se perdia en la cuenta porque estaba en aquel estado, que esplicó Santa Teresa; *como una persona, que ha mucho dormi-*

do, y no acaba de despertar. Despues, que las religiosas celebraron festivamente este adormecimiento, conocieron que Josefa iba volviendo poco á poco en sí misma, y sabiendo cuanto la aflijiria la vista de todas, la dejaron sola con su abadesa, que trabajó mucho en reparar la herida, que dejó en su corazon aquel público embebecimiento.

Por eso la V. prelada cuidaba en cuanto podia, de que ninguna religiosa estuviese presente cuando la mandaba volver á sus sentidos, y por eso tambien á instancia de su súbdita mandó hacer muchas oraciones en su comunidad, á fin de que se escondiesen aquellas exteriores señales de las mercedes divinas; y por eso en fin por trece años continuos interpuso sus ruegos al Señor porque se ocultasen en el seno de su corazon estas gracias con aquel deseo, que suele solicitar á las almas perfectas igualmente atentas á encubrir las, y á merecerlas.

Sobre esta confusion humilde con que miraba á Josefa entre sus deliquios la superiora, escribe las esperiencias, que en ellos hizo de su pronta obediencia. «Me ha parecido (dice) poner capitulo » separado de su obediencia, para que se haga mejor el juicio de » la seguridad de su espíritu. Ha sido casi muy ordinaria, que es- » tando en medio de sus arrobamientos, llegándome yo á ella, y » diciéndola, *vuelva en sí*, con sola esta palabra volvía al punto, y » mirándome de ordinario; pero mientras yo no la mandaba volver, » por mas que la tirasen de la ropa sus compañeras, y yo por ver » lo que hacia, no se movía mas que una difunta, y no solo con voz » exterior, sino con mandarla interiormente, como suelo, que vuel- » va en sí, obedecía luego».

De estos casos, que llama muy ordinarios su prelada, quedan referidos algunos y diremos ahora otros particulares de este tiempo, copiándolos en la sustancia de los apuntamientos de la misma fundadora. «Ayer tres de Octubre (escribe) estando Josefa en cama » dos veces sangrada, y con otros accidentes, fui á su celda á dar- » le un jarabe. Halléla enagenada; hícela volver en sí, como suelo, » y habiéndola tomado, volvió luego al éxtasis. Quedéme yo lue- » go junto á su cama, y me dió gana de abrazarla poniendo la ca- » beza sobre su corazon, y tomándola su brazo sobre mi cuello,

» senti en esto un gozo especial, lo cual me sucede siempre que » me viene aquel deseo de abrazarla.

» El dia inmediato de la fiesta de San Francisco de Asis, á quien » Josefa profesaba particularisima devocion, quedó tambien sin sen- » tidos desde las cuatro de la mañana habiendo pasado la noche » antecedente entre grandes dolores y fatigas, sin mas sueño, que » de media hora. Al tiempo, que habia de comulgar volvió por sí » misma, sin que yo la despertase de la suspension, y luego que » recibió al Señor, fué otra vez arrebatada al éxtasis. Bajé á co- » mulgar con la comunidad, y subiendo la enfermera despues de » misa á darla la miel rosada, la halló fuera de sí. Llamóla dife- » rentes veces por su nombre, pero no logró que la respon- » diese. Acordóse entonces la enfermera, de que yo la habia encar- » gado la diese aquel jarabe, y con esta advertencia dijo la enfer- » mera: *Hermana Josefa, nuestra madre me manda que tome esto;* » al punto se incorporó en la cama; la tomó sin hablar palabra, » y volvió luego á su deliquio. Pero lo que me admiraba mas » era, que cuando volvió en sí perfectamente, no se acordaba » de lo que pasó; ni de haber tomado la miel rosada; y sería por- » que yo no dije á la enfermera, que la hiciese volver en sí, sino » que la diese el jarabe, y asi se conoció, que la enferma, cum- » pliendo lo que yo la ordenaba, tomó el jarabe; pero no volvió en » sí, porque no se lo ordené. Circunstancia, que merece pondera- » cion.»

Asi escribe la prelada, á quien obedecía Josefa, no solo cuando la mandaba, sino tambien cuando sin imperio deseaba que volviese á sí misma, desde las abstracciones que padecía. Atestigualo la misma, que escribe asi: «Debiendo yo tomar una bebida ordenada » por el médico, y teniendo natural repugnancia á tomarla, pre- » gunté á la mañana por Josefa; dijeronme, que la hallaron en el » coro á las cuatro de la mañana fuera de sus sentidos, como de » ordinario. Con esto dije me trajesen la purga, porque no quise » llamarla, sino dejar, que nuestro Señor hiciese lo que gustase: » pero deseaba mucho, que viniese, y me decia á mí misma! Harto » será, que ella no venga. Tomé la purga en mis manos, y al mis- » mo tiempo entró por la puerta esta sierva de Dios, que me con-



» sólo con su presencia, y preguntándola despues á solas, como
» había vuelto en sí? me respondió, que el mismo Señor la había
» mostrado, era ya tiempo de que viniese á nuestra celda. Sea
» bendito este Señor, que por consolarme la envió, y tuve el dia
» feliz, quedando muy aliviada.»

De esta suerte enseñaba á Josefa su divino maestro en las familiares comunicaciones de la oracion infusa, aquel último grado de la perfectísima obediencia, que alababa San Gerónimo en los monjes, (1) que sin esperar á que explicase el superior lo que deseaba, le adivinaba el gusto ó le profetizaban la voluntad.

CAPITULO XV.

De algunos favores divinos, que recibió la V. Josefa en presencia de su abadesa.

Es propiedad de la contemplacion llenar el vaso del alma elevada con tanta copia de lluvia celestial, que rebose tambien al cuerpo; y por eso arroja por la boca lluvias de oro. Al tiempo mismo que padece aquella soberana elevacion, como se advierte frecuentemente en la prodigiosa Virgen Santa María Magdalena de Paxis, que manifestaba y pronunciaba en el mismo éxtasis los afectos de dolor, ó de complacencia, de que estaba ocupado, y excesivamente lleno el corazon.

De muchos lances en que la abadesa y religiosas de Santa Cruz oyeron los clamores de Josefa entre sus arrobamientos, inferiremos en esta historia algunos de este tiempo, que observó y escribió la fundadora.

«Hoy 20 de Junio de 695, despues de haber estado arrebatada
» en el coro desde la mañana, y especialmente risueña en tiempo
» de misa, continuó así Josefa hasta las ocho y media; hícela sentar, como suelo, y poco despues, creciendo estraordinariamente
» su alegría empezó á hablar de esta suerte. *No Señor, no para mí,
» todo para vuestra magestad.* Paraba un rato, y volvía á decir. *No
» mi Señora, no para mí;* y despues que estuvo en silencio algun

(1) D. Hieron. de Reg. Monach. cap. 40.

» tiempo, prosiguió hablando así. *Oh qué Angeles! ¡Oh qué Angeles!*
» Haciendo como ademanes de resistir á algun favor decia. *No puedo, no puedo sin licencia de mi confesor. Dónde está el padre Zupide,
» para que se lo diga?* Recé yo entonces la oracion y la antifona de
» los ángeles, y realmente sentia en mí no se que júbilo, y aun ligereza del cuerpo. Cuando ya volvió en sí la pregunté, para qué
» queria la licencia del confesor, y me respondió, que hasta tenerla
» se resistia á recibir algun favor, que la querian hacer los ángeles, sintiendo al mismo tiempo su alma, que agradaba al Señor
» aquel encogimiento suyo, y sujecion á la voluntad de su ministro. Digo tambien, que esta mañana entendió mi alma escribiéndose sin falta, lo que queda referido. Diciéndome *Dios lo quiere.*

Añade otros coloquios semejantes, que la oyó con los ángeles estando enagenada en sus festividades de Octubre de 95 y 96, y prosigue despues con otro suceso del dia primero de Marzo en que se reza de los Angeles Custodios del obispado de Pamplona en esta diócesis. «Habiendo comulgado en este dia Josefa á las seis y media, no volvió en sí hasta las doce de mediodia, y la oíamos los razonamientos, que en el éxtasis tenia con nuestro Señor y nuestra Señora. Cuando empieza á hablar es regularmente despues de haber estado algunas horas en suspension y silencio; y así fué ahora, que estuvo sin hablar hasta las diez y media, y entonces la oimos decir: *No, no, no está enojado el Padre Eterno, yá lo he conocido.* Poco despues hablaba así. *Oh que olor! Oh que sitio tan grande!* Y haciendo luego ademan, como de resistir á algun favor decia: *Yo no, yo no, todos, todos.* Notamos todas entonces en Josefa una grande alegría, pareciéndose su semblante á un serafin, y permaneciendo así en su suspension, y silencio, volvió á encogerse en ademan de resistir á las mercedes, que la ofrecian, y decia así: *A mí no Señor; que ya se quien soy. No amado mio, no quiero yo mas, que vuestro amor: Todo para mi Señora;* y repetía esto muchas veces ofreciendo á María Santísima aquellos dones con muestras de estraordinario regocijo.

Así suele el Señor dar sentimientos de profunda humildad á las almas, que eleva á sus soberanas comunicaciones, y suele hacerlas ver su pobreza, cuando las enriquece con sus dones, co-

mo esplicó allá en su cántico la favorecida madre de Samuel: (1) *Dominus pauperem facit, etc. ditat, humiliat, etc. suble vat.*

Antes que volviese en sí de este rapto la V. Josefa, la oian decir las religiosas: *Cuando quedaré aqui para siempre? Cuándo quedaré?* Y despues que ya volvió en sí, quedó tan desfallecida, que apenas podia hablar, ni salir de aquel embebecimiento, que la duró todo el dia. Preguntóla despues su prelada, porqué manifestaba aquellos deseos de quedar allí para siempre? y la respondió que la pareció haber sido arrebatada su alma á otra dichosa region, donde María Santisima la abrigaba, y en cierto modo la escondia debajo de su amparo. Favor que se lee en las historias eclesiásticas concedido á muchas almas puras en aquellos, que Santa Teresa llama apresurados arrebatamientos del espíritu en que, (2) *parece al alma, que toda estaba en otra region muy diferente de esta que vivimos. Si esto pasa estando en el cuerpo, ó no, yo no lo sabre decir: muchas veces he pensado, si como el sol, que estándose en el cielo tiene tanta fuerza en sus rayos, que no mudándose el de allá, ellos llegan de presto aqui, si asi el alma y el espíritu que son una misma cosa, (como lo es el sol y sus rayos) puede quedándose ella en su puesto con la fuerza del calor que viene del verdadero sol de justicia segun alguna parte superior, salir de sí misma.*

El dia de los Inocentes de este año de 695, despues que como provisorá sirvió Josefa á la comunidad, salió á la huerta donde su prelada fué á verla, y la halló extática, mirando al sitio donde está colocado el Sacramento. Las religiosas, que lo advirtieron la miraban tambien, y la oian clamar de esta suerte *Oh qué bella cruz! Oh que hermosa bola!* Suspendiáse un poco, y volvía á clamar. *Oh cuantos son, oh cuántos! oh que multitud!* Estuvieron oyendo, y mirándola hasta mas de la una de la tarde, cuando ya empezó á volver en sí, y por eso se desviaron las religiosas dejándola sola con su prelada, á cuya pregunta respondió, que prorrumplia en aquellas muestras de admiracion por la hermosura y muchedumbre de los Santos Mártires Inocentes, que se manifestaron á su alma en vision interna, ó intelectual, ó imaginaria.

(1) 4. Reg. 2.

(2) Morg. 6 cap 5.

Pero la que al salir del refectorio se arrebatava tan prontamente á aquella espera de su amor, mostraba parecerse á la yesca, que á la menor centella concibe luego la llama.

Con esta ocasion diremos otra aparicion, que refirió á su superiora, la supo tambien la Madre Brigida de Jesus María, actual abadesa de su convento, y la entendí yo de la misma Josefa muchos años despues del suceso, y cuando conservaba ella las especies de esta vision enteras, como entregadas en depósito á la fé de su imaginacion y memoria. Murió por Setiembre del año de 695. D.^a María Luisa de Insausti, muger legitima de D. Antonio de Idiaquez despues de prolija, y dolorosa enfermedad, en cuyo crisol se manifestaron los quilates de aquellas virtudes, con que edificaba al pueblo esta ilustre Señora, toda entregada á la devocion y á la piedad. Tuvo con nuestra V. Josefa, mientras hospedaba en la casa de Idiaquez aquella familiar comunicacion, que las buenas almas fundan sobre la virtud y la sencillez; y despues en frecuentes y familiares visitas solia ir á su convento á recibir de Josefa la alegria y la serenidad. Por eso al morir esta Señora, oraba ardientemente por la salud de su alma, como obligada á la gratitud por muchos beneficios que la debia; y una noche despues, que acabados los Maitines iba á recogerse, vió en su celda á Doña María Luisa llena de una inexplicable alegria, y trayendo como asidos de sus manos á dos hijos de su matrimonio, que murieron con la gracia del bautismo antes del uso de la razon. Esta aparicion la dejó entonces muy vivos los sentimientos de gozo y complacencia interior, y la duró toda su vida la memoria de ella, como reciente.

Escribe la misma superiora otra suspension en que la vió el primer dia de las Rogaciones de la iglesia, cuando el cabildo eclesiástico suele ir con el pueblo en procesion al convento de Santa Cruz. «Quedó (dice) enagenada, como suele, nuestra Josefa, y »muy risueña. Parecióme dejarla asi, y por no moverla de donde »estaba en medio del coro, dejé sin cerrar la reja. Bajaron á comunidad las religiosas, y al tiempo, que tambien queria yo bajar »oí una voz, que me llamaba: *Madre*: volvía á un lado y á otro »en el coro, y nadie parecia. Vi despues una religiosa á distancia



» y la pregunté, si me habia llamado; respondiome, que no; con
» que me persuadí á que aquella voz seria de parte de Josefa. Ar-
» riméme á donde estaba, y ví, que continuaba en el éxtasis, y
» despues que estuve un rato junto á ella, bajé al refectorio por
» persuasion, que me hicieron las monjas, dejando en el coro dos,
» que la asistiesen. Poco despues empezó á hablar asi. *A dónde*
» *iremos Señor? á dónde iremos todas todas?* y prosiguió diciendo,
» *oh qué religion esta! Gracias Señor, gracias os doy. Aqui, aqui, Se-*
» *ñor, aqui:* Duró en esta suspension y coloquios hasta las doce,
» y porque era ya tiempo de silencio envié á las religiosas á las
» celdas, quedando yo sola con Josefa. Hicela volver en sí, y la
» llevé desde medio del coro delante de la reja, que como he dicho
» dejé abierta. Al emparejarse al Sagrario, quedó otra vez ena-
» genada, y empezó á clamar en alta voz. *Oh qué Calvario! Oh qué*
» *hermosura!* Y no pudiendo contener el gozo interior prorrumpió
» en una risa tan grande, que oyéndola nueve religiosas, que es-
» taban en la celda mas vecina al coro, vinieron á él, y la vieron
» proseguir en el mismo regocijo, repitiendo muchas veces; *oh qué*
» *hermosura de Calvario! oh qué sangre tan preciosa!* Duraria esta
» grande alegría, como medió cuarto de hora, y volvió despues á
» su suspension; pero cuando volvió á sus sentidos, fué diciendo
» que cerrasen las puertas, temiendo, que alguna la viesé, porque
» parece se recata aun del aire, y tengo gran cuidado de que me
» dejen sola, cuando vuelve en sí.

«Fué este dia en que la comunidad empezó una rogativa á pe-
» tition de ella, para que el Señor la hiciese el favor de ocultar
» estas exterioridades, y parece, que cuando mas solicitaba Josefa
» esconderlas, queria Dios manifestarlas. Refirióme despues, que
» el consuelo y alegría, que mostró en esta ocasion tuvo su origen
» en haberla inspirado nuestro Señor su voluntad, de que le pi-
» diesé, que yo no saliese de esta casa, y alcanzó de su Magestad,
» lo que la inspiró. Pero porque se entienda mejor esto advierto
» el cuidado con que los dias antes estaba yo, de si seria voluntad
» de Dios, que yo quedase en este convento, ó queria otra cosa de
» mí, segun algunos indicios, que se ofrecian para dudar si querria
» su Magestad servirse de mí en otra parte. Con harta vergüenza

» escribo esto, aunque esta no es cosa mia, sino misericordia del
» Señor, y solo es mia la confusion.

Asi se vió efectivamente, que aunque la V. Madre María Teresa
podia haber dejado esta casa de Santa Cruz pasando á vivir en la
de Vitoria, donde profesó, ó en la de Lasarte á donde salió á fun-
dar, y aunque tambien hubo esperanzas de ereccion de nuevo
convento de esta Recoleccion, para cuya fundacion era solicitada,
quiso vivir y morir en esta de Santa Cruz, disponiendo asi la Provi-
dencia, para que quedase en los últimos ejemplos de su vida mu-
cha luz y direccion á sus hijas, y quedase mucho honor á este
Monasterio en el depósito de sus venerables cenizas.

CAPITULO XVI.

Prosigue la misma materia.

Dijimos ya la devocion especial de nuestra V. Josefa al Se-
ráfico Patriarca S. Francisco de Asis, á quien contemplaba como
á un milagro de amor, que puso Dios en su iglesia, y solicitaba
su intercesion para arder á su ejemplo en aquellas purísimas lla-
mas del cielo. Solia celebrar sus fiestas con el fervor correspon-
diente á su devocion, manifestándole en los desfallecimientos del
corazon herido con los deseos de su imitacion. Fueron mas públi-
cas en su comunidad estas señales en dos dias de la fiesta del Santo
Patriarca, y en el de la impresion de sus llagas.

Las primeras observó, y escribió asi la Madre María Teresa su
prelada. «El dia cuatro de Octubre estando enferma Josefa comul-
» gó; quedó luego en arrobamiento, y prosiguió en él hasta la hora
» de misa mayor, que debia cantar la comunidad. Llegué á su cel-
» da; hablela, y apenas me respondia palabra; hice se volviese al
» lado derecho con intencion de que atendiese á la misa por ser
» cantada, y estar su celda cerca del coro; pero luego, que dió la
» vuelta, y se puso al lado derecho, sin volver de la suspension,
» en que estaba, empezó á dar unos quejidos suaves con grandes
» golpes del corazon. Detúveme un poco, pero por ser en la en-
» ferma tan usados estos accidentes, y con el deseo, que yo tenia

» de ir á la comunidad, salí de su celda encargando á la enfermera
 » el cuidado de asistirle. Al tiempo del *Sanctus* en la misa, levantó
 » mas el clamor, de suerte, que se oyó desde el coro; esperé á que
 » el sacerdote elevase la hostia, y el cáliz, y salí á ver lo que
 » tenia mi enferma. Hallámosla la enfermera, y yo puesta en cruz
 » estendidos los brazos y las manos, y medio encogidos los dedos
 » de ambas manos, como se pinta á Jesucristo crucificado. Duróla
 » un rato el quejido por los dolores, que mostraba padecer, aun-
 » que no pronunciaba palabra. Paró un poco, y porque no habia
 » yo rezado Maitines quise por no dejarla, rezarlos en su celda en
 » frente de su cama. Mientras yo los rezaba fué levantando poco
 » á poco el brazo derecho, hasta que quedó del todo levantado, y
 » con los dedos encojidos en la postura que he dicho. En este tiem-
 » po entró una religiosa en la celda, y viéndome rezar sola, me
 » dijo, que me ayudaria; y al llegar á pronunciar en la tercera
 » leccion de San Francisco aquellas palabras: *Qui eius, etc. mani-*
 » *bus, etc pedibus, etc laterivestigia clavorum impressit*, dió Josefa un
 » clamor tan grande, estremeciéndose todo su cuerpo, que nos es-
 » pantó y nos hizo dejar el rezo. Aquietóse despues y quedó en gran
 » silencio hasta las diez del dia, y entonces volvió á estremecerse
 » todo el cuerpo moviéndose hácia arriba. Y notaba yo, que en este
 » grande movimiento, que hacia su cuerpo, no se descomponia la
 » ropa de su cama, sino se levantaba como unida con el cuerpo mis-
 » mo. Esto duró como tres credos rezados, y despues demudándose
 » su semblante que antes estaba afligido en risueño, empezó á de-
 » cir asi: *A mi no Señor, á mi no, todo para vuestra magestad, á mi*
 » *solo vuestro amor*, y otras voces semejantes de humildad, que
 » son sus ordinarios razonamientos en estos lances.

» Cuando ya empezaba á volver á sus sentidos, pero antes, que
 » volviere á ellos perfectamente la hice mis preguntas, y me res-
 » pondió, que los primeros dolores y saltos de su corazon fueron,
 » porque en aquel tiempo se le sacaron de su lugar; y que el glo-
 » rioso San Francisco, y nuestra Madre Santa Brígida, se le pre-
 » sentaron á nuestro Señor. Dijome tambien, que vió á ambos san-
 » tos de una misma estatura, y preguntándola yo, como era el
 » traje de nuestra Madre Santa Brígida? me respondió, que era co-

» mo el que traemos sus hijas, y al decirme esto esplicaba las admi-
 » raciones de su grande gloria en el cielo. Preguntéla tambien de
 » aquella postura de sus brazos, y estremecimientos de su cuerpo
 » á que me respondió, que la pusieron en cruz los ángeles con
 » clavos y martillos, y que aquel estremecerse toda, era por los
 » dolores, que sentia, cuando la quitaron de la cruz.»

Hasta aqui la V. prelada; pero favores semejantes con que suele
 el Señor sacar el corazon y crucificar espiritualmente entre grandes
 dolores á las almas, que quiere asemejar mas á sí mismo en la cruz,
 no carecen de ejemplos, aun domésticos, entre las hijas de Santa
 Brígida, porque son muy parecidos los que de la V. señora Doña
 Marina de Escobar, autora de esta recoleccion están recopilados por
 el V. padre Luis de la Puente en el primer tomo de su vida. (1)

Añaden en su relacion las religiosas, que en diferentes ocasio-
 nes vieron alli á Josefa abstraída de sus sentidos, y en forma de
 crucificada, y que especialmente en un dia de las llagas de San
 Francisco estuvo por tres horas continuas en aquella postura, pa-
 dociendo gravísimos tormentos, de que daba exteriores señales y
 al volver á sí misma, quedó muy postrada, y con grande que-
 branto. Otro dia padociendo los mismos dolores, la oyeron decir
 por tres veces: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*, mientras estaba asi ena-
 jenada.

Refieren tambien, que en un dia de la Corona del Señor mien-
 tras estaba arrebatada en éxtasis, y puesta de rodillas, la vieron
 con grandes señales de dolor en la cabeza, y la oyeron decir en
 alta voz: *Entre, entre*, infiriendo de estas voces, que nuestro Se-
 ñor quiso aquel dia darla á gustar los dolores de su coronacion.

Con las penas, que en tales accidentes sufría en el espíritu, y
 en el cuerpo la V. Josefa, se disponia á las soberanas delicias, que
 la comunicaba el Señor en otros espirituales deliquios: Escribe la
 fundadora uno de estos en que por este tiempo estuvo viendo en
 su súbdita las señales de sus júbilos interiores, y del humilde des-
 precio de sí misma. «El dia de los Reyes de este año de 697 des-
 » pues que comulgó Josefa con la comunidad y salieron las reli-
 » giosas despues de misa de coro, quedó en él arrobada, y la dejé

(1) Lib. 4 cap. 50. Lib. 5 cap. 22.

«yo así por ser día tan grande hasta el tiempo de misa mayor, como lo he hecho otras muchas veces: Al empezar á las diez la misa mayor, la hice volver en sí, porque no faltase á ella; pero estaba de suerte, que no podía tenerse en pie, y así no me atreví á llevarla á donde estaba la comunidad, ni me atreví á dejarla sola; y teniendo el pretexto de hallarme medio enferma, falté del coro por ir con Josefa á otra reja de donde las enfermas oyen misa. Estuvo hasta la Epístola en aquel embebecimiento, y llegando en el Evangelio á las palabras de la adoración, que hicieron los Santos Reyes, se enagenó con una alegría tan humilde en su semblante, que parecía del cielo, y así la veo muchas veces en semejantes días, y en otros muchos de su devoción. Aquel gozo interior fué rebosando de suerte, que prorrumplía muchas veces en estas voces: *Basta Señor, basta, no mas, no mas*. Temí, que estas voces se oiesen en la iglesia, y anduve con cuidado poniendo embarazo entre ella y la reja, para que no fuese oída afuera. Así estuvo continuando sus coloquios hasta acabar la misa cantada. Quedó despues en silencio, pero se conocía en su rostro lo subido de los júbilos de su espíritu en todo este tiempo estuvo de rodillas, y yo lo estaba también; empecé á rezar la estación del Santísimo Sacramento, y cerca de acabarla sentí una flaqueza de estómago, que me hizo sentar, y al mismo tiempo sin poder sustentarse la sierva de Dios sobre sus rodillas empezó á caer hácia donde yo estaba sentada, y así la cojí entre mis brazos. Algunas veces que la veo así enajenada suelo pedir á nuestro Señor, que por el amor que la tiene, y por el que ella le tiene me asista; este día quería hacer lo mismo, y no atinaba hasta que la ví caída en mis brazos.

«Entonces muy de lo íntimo de mi corazón le pedí, que pues la había puesto su Magestad en mis brazos, me asistiese por sus méritos; y la que desde que se acabó la misa estuvo hasta entonces en silencio, empezó á hablar, y decir: *No Señor, no por mí, no Señor, no por mí*. Yo según la experiencia que tengo, entendí, que decía esto por la petición, que yo hacía interiormente sin hablar palabra, y pues me la entendió sin que yo la pronunciase, empecé también á hablar como ella. Decíale yo, *si Señor,*

» *si Señor por los méritos de esta alma*. Ella respondía, *no Señor, no por mí*. Y yo respondía que sí, y así estuvimos en esta porfía por mas de dos credos, estando Josefa siempre enagenada.

» A poco rato despues empezó con un llanto grande, que podía causar compasión á levantar la voz diciendo *Señor, no soy yo aquella, no soy yo es otra*; no es fácil el poder manifestar aquel querer suyo, que era como querer persuadir á Dios, que no era aquella que la mostraban, y así decía á su Magestad con unas ansias como de muerte; *no soy yo Señor, es otra, otra es, mis faltas mis males mi pobreza*. De esta suerte estuvo mas de un cuarto de hora, y para que se vea la bondad de nuestro Señor, hizo conocer á Josefa en el mismo raptó, que estaba allí casualmente su confesor, y empezó á decir: *pues dónde está el padre Zupide?* Y como si despues hablase con él le decía: *No padre, no soy yo aquella es otra, es otra, mis faltas mis maldades etc.* Entre estos afectos volvió de su raptó, que duró desde las seis y media hasta las once, porque aunque la hice subir al coro bajo á la reja de arriba, no salió de su ejercicio. Despues de esto la pregunté, porqué decía á nuestro Señor aquellas palabras: *No Señor, no por mí?* y me respondió, que las decía por mi petición, y que cuando decía: *No soy yo, es otra*, la mostraron su propia alma, cual sería de hermosura, pues tal pasmo la cogió, y por eso era todo el llanto.» Hasta aquí escribe la V. abadesa los humildes sentimientos con que su súbdita vivía mas segura en la cumbre de la contemplación.

Pero, como Josefa hallaba sus mayores delicias en asemejarse á su amado en los sufrimientos, se siguieron presto á los grandes júbilos de este día estraños tormentos, cuya vehemencia se conoció bien en los efectos. Porque (como dejó escrito la misma fundadora) «el lunes de Carnestolendas de este año de 697, tiempo en que se celebra en los colegios de la compañía la fiesta de las Cuarenta Horas, y en que solía recibir Josefa especiales favores del Señor Sacramentado habiendo comulgado á las seis y media se retiró á su celda donde la hallé suspensa, y despues de gran rato, que volví á verla con ánimo de sacarla del raptó, exclamó así con grande voz: *qué se abrasa! qué se abrasa!* Dejéla un ra-



» to, y quedando junto á ella la pregunté; *quién se abrasa?* y me
» respondió *se abrasa este Señor en amor á sus criaturas.* Tenia de-
» lante de sí la efigie del Santo Cristo, y poco despues, como des-
» falleciendo dijo: *Ay mi corazon! Ay mi corazon!* Preguntéla: *que*
» *es eso?* Y me respondió que la entraban una cruz en su corazon,
» y pendiente de ella el mismo Señor crucificado, Todo aquel lunes
» pasó con la representacion de aquella presencia de Jesucristo en
» su corazon, hasta que á las siete y media de la noche la dió un
» accidente tal, que á toda prisa llamé al médico y cirujano, y la
» sangraron á las diez de la noche, y otras tres veces la sangraron
» en los días inmediatos. Y el domingo siguiente la arrastraron los
» enemigos arrojándola de la cama al suelo con tan grande estruen-
» po, que se juntaron en su celda las religiosas desfavoridas, y así
» han sido tres ó cuatro las ocasiones en que estando sangrada la
» han hecho dar los espíritus malignos con todo el cuerpo en el
» suelo, aunque, gracias á Dios, sin quebrarla hueso alguno.»

CAPITULO XVII.

*De un nuevo ofrecimiento de sus obras á mayor gloria de Dios, y
del ardor de su caridad con los prójimos.*

Porque el éxtasis de la vida, y de la obra es el que perfecciona á los otros de la voluntad y del entendimiento, no se conociéra bien la calidad de los que hemos referido, si no correspondiese á ellos una vida devota, sobrenatural, extática ó relevante sobre la comun condicion de los hombres; si no consagrarse á Dios Josefa todos los momentos de su vida enderezando á su mayor gloria sus acciones, y fielmente atenta á seguir las inspiraciones, y los instintos del Salvador sobre su espíritu.

Pero se conoció lo que la solicitaba el cuidado de sacrificase á los intereses, y gloria de su dueño en un papel, que este año de 697, escribió á su instancia su confesor, y le copiamos para testimonio de la pureza y fervor de sus afectos é intenciones.

JESUS.

«Josefa del Santísimo Sacramento, Religiosa Profesa en el con-

» vento de Santa Cruz de Recoletas de nuestra Madre Santa Bri-
» gida, deseando de lo íntimo de mi alma servir, y agradar en todo
» á mi Dios y Señor, buscando púramente su mayor honra y
» gloria, y renunciando todo interés propio, confiada solamente
» en los méritos de mi Señor y Redentor Jesucristo, y en su infinita
» piedad y misericordia, ofrezco á la Santísima Trinidad, Padre,
» Hijo y Espíritu Santo con el afecto mas puro y fervoroso, que
» me es posible, todos mis pensamientos, palabras y obras, hasta
» el último aliento de mi vida, repartiéndolos por los días de la
» semana, segun su Magestad me ha dado á entender, que es vo-
» luntad suya en la forma siguiente:

«Primeramente ofrezco á su Magestad en reverencia suya to-
» dos los pensamientos, palabras y obras de todos los lunes y
» martes de cada semana mientras me durare la vida; suplicándole
» no permita, que de aqui adelante se condene ninguno á los in-
» fiernos, ni erie alma, que le haya de ofender y condenarse; y
» para que esta mi corta ofrenda y súplica sea grata y acepta en
» su divina presencia, deseo unirla con los méritos de mi Señor
» Jesucristo en su niñez desde el instante, en que se hizo hombre
» en las purísimas entrañas de María Santísima, hasta los doce
» años de su edad en que fué hallado en el templo entre los doc-
» tores; y así unida se la hago á su Magestad juntamente con las
» referidas obras y méritos de mi Redentor en su niñez, para que
» por su beneplácito en ellos, se digne su Magestad de admitir mi
» ofrenda, y otorgar mi súplica á mayor honra y gloria suya.

«Item ofrezco á su Magestad todos los pensamientos, palabras
» y obras de todos los miércoles, jueves y viernes de cada semana
» durante mi vida, en reverencia de la Sacratísima Pasión y muer-
» te de mi Redentor, suplicando á su Magestad, que por la vida
» santísima de su Hijo, sus obras, y méritos infinitos desde los do-
» ce años de su edad hasta que murió por mí en la cruz, con los
» cuales deseo unir mi corta ofrenda, y así unida se la hago desde
» ahora para siempre, se apiade y tenga misericordia de todos los
» que están en pecado mortal, y desgracia de su Magestad; y dé á
» todos su gracia para que de veras se conviertan y restituyan á su
» amistad, y todos se salven sin que ninguno le ofenda jamás de



» aqui adelante; y esta gracia de que ninguno le ofenda la pido
» especialmente por los que están en su gracia para que nunca la
» pierdan, y por todos los que profesan el estado eclesiástico y re-
» ligioso, y entre los que están en pecado comprendo, no solo á
» los católicos, que han caído en esta desgracia, y se hallan en ella,
» sino tambien á todos los demas, asi hereges y cismáticos como
» idólatras y gentiles de cualquiera calidad y condicion que fueren.

Item ofrezco á su Magestad todos mis pensamientos, palabras y
» obras de todos los sábados y domingos de cada semana mientras
» viviere, en reverencia de la resurreccion de mi Señor y Reden-
» tor Jesucristo, y de la gloria y excelencias, que su humanidad
» santísima goza en los cielos, suplicando á su Magestad, que por
» la sangre, que por su amor derramaron todos los santos mártires
» por su intercesion y méritos, con los cuales deseo unir esta ofren-
» da, y asi unida se la hago juntamente con todos ellos, como si
» todos fueran propios míos tan solamente, concede á todos los
» hombres que viven, y á los que ha de criar hasta el fin del mun-
» do, la participacion de su gloria, para que todos todos le alaben
» y glorifiquen eternamente en el cielo.

» Y para que esta corta ofrenda sea mas acepta á su Magestad,
» juntamente con ella en la forma referida le ofrezco el sacrosanto
» y cruento sacrificio, que de sí mismo ofreció á su Eterno Padre
» el Hijo de Dios y redentor nuestro Señor Jesucristo en la cruz,
» y el inmenso tesoro de sus méritos, todos los santos sacrificios de
» su sacratísimo cuerpo y sangre, que se le han ofrecido en la misa
» desde su primera institucion en el cenáculo hasta ahora, y los
» que en adelante se le han de ofrecer hasta el fin del mundo; todas
» las heroicas obras de virtud y santidad que en excelentísimo gra-
» do ejerció Maria Santísima su madre sobre todas las puras criatu-
» ras juntas, y todos los merecimientos de esta soberana Reina y
» Señora, y finalmente todas las buenas obras que desde la creacion
» de los ángeles hasta ahora se han hecho por ellos, y por todos
» los hombres, y las que se han de hacer hasta el fin del mundo, y
» han sido, son y serán gratos en su presencia divina con todos
» los merecimientos de todos los ángeles y santos del cielo, y jus-
» tos de la tierra. Y todo esto lo ofrezco á su Magestad con la in-

» tencion mas recta y pura, que me es posible de su mayor honra
» y gloria, y de la salvacion de todas las almas por manos de Ma-
» ria Santísima mi Señora y mi madre, á quien suplico, postrada á
» sus pies, se digne por su inmensa piedad de hacer este oficio
» acompañada de todos los ángeles y santos del cielo, cuya poderosa
» intercesion imploro tambien para el mismo fin, y porque deseo
» con ansia la libertad de las benditas Animas del Purgatorio pa-
» ra que vayan con la mayor brevedad á gozar de Dios, y alabarle
» eternamente en la gloria, renuevo la ofrenda, que tengo hecha
» de toda la satisfaccion de todos mis pensamientos, palabras y
» obras y de todas las indulgencias, que ganare por todo el discurs-
» so de mi vida, para su rescate á la misma Señora, y Madre mia
» María Santísima, á quien de nuevo suplico rendidamente la acep-
» te, y como señora mia, y madre de toda piedad distribuya y apli-
» que dicha satisfaccion entre las benditas Animas á su voluntad y
» arbitrio, que será el de la mayor gloria divina, la que pura y
» únicamente pretendo. Y para que conste de esta mi voluntad, y
» me sirva de recuerdo para ponerla en ejecucion con la mayor
» perfeccion, que me fuere posible la puse por escrito en este pa-
» pel de cuyo contenido, y de los motivos que tenia para ello di
» cuenta á mi confesor, que le escribió á petición mia, y yo en lu-
» gar de firma le puse una cruz hecha de mi mano al pie de él, á
» veinte y nueve de Marzo del año de 1697 dia en que la santa
» iglesia celebra la fiesta de los Dolores de María Santísima Virgen
» y Madre de Dios, á quien ruego, que por los dolores de su Ma-
» dre Santísima al pie de su cruz, y por la sacratísima pasion y
» muerte de cruz, me conceda la abundante gracia, de que nece-
» sito para poner en ejecucion todo lo contenido en este papel, co-
» mo su Magestad quiere que lo ejecute, y lo espero de su infinita
» bondad y misericordia.

» Y finalmente, pido y suplico humildemente á María Santísima
» me admita por esclava suya perpétua, que asi lo deseo ser, y
» por tal me ofrezco desde luego para siempre, rogando á su Mages-
» tad me otorgue esta gracia por sus dolores y por el amor que tu-
» vo á su Hijo Santísimo, y traspaso su alma al pie de la cruz.
» Amen.»

Duró á Josefa por toda su vida el cuidado de renovar esta ofrenda junta con la otra, que hizo escribir á su antecedente confesor, y queda inserta en esta historia, manifestando asi que la gloria, y las alabanzas de su dueño eran el soberano motivo de sus operaciones, queriendo que todas las criaturas le glorificasen.

Esplicó bien el fervor de estos deseos en el primer mártir de la Cuaresma de este año de 697 en el cual «(escribe su prelada) como»
»mulgó como enferma en cama, y desde las seis y media hasta las»
»once estuvo sin volver á sus sentidos. El dia antes me habia di-»
»cho, que nuestro Señor la manifestó la desordenada vida de al-»
»gunas religiosas, aunque no entendió de que convento, ó conven-»
»tos eran, ni de que religion. Estuvo ahora toda la mañana en su»
»suspension pidiendo á Dios con grandes clamores el remedio de»
»aquellas almas, y pronunciaba con triste semblante estas pala-»
»bras, que á todas las presentes nos movian á lágrimas. *O eterno*»
»*padre, que cara tan airada tiene vuestra magestad. Veis aquí Se-*»
»*ñor á vuestro hijo. No puedo sufrir mas el dolor de veros enojado;*»
»*yo me ofrezco Señor á padecer por esas almas, yo padeceré todo, y*»
»*no las castigueis Señor.* Era grande la fatiga y congoja de su al-»
»ma entre estos clamores. A las once la hice volver en sí, y aun-»
»que la propuse, si queria tomar algun desayuno, me respondió,»
»que no tenia flaqueza, y volvió con pocas palabras, que me dijo»
»á su suspension, en la cual perseveró hasta la una, y no es fácil»
»referir los lances que en ella pasaron. Volvió á clamar, pidiendo»
»á Dios misericordia, y ofreciéndose como antes á padecer por»
»aquellas almas, para cuyo remedio pedia su intercesion á Maria»
»Santisima con quien tenia muchos razonamientos. Estuvo des-»
»pues algun rato en silencio, y revestida de un semblante de justi-»
»cia y severidad, y con demostracion de asco y horror de lo que»
»estaba viendo, reprendia á aquellas almas sus culpas. Era tan»
»excesivo el dolor, que mostraba esta sierva de Dios, que las que»
»estábamos presentes pensamos, que no podria resistir la natura-»
»leza. Enmudeció y tenia los ojos vueltos, como agonizante, res-»
»piraba poco, y la cara estaba quebrada, y con señales de mori-»
»bunda. Asi estuvo tres cuartos de hora y tenia los pulsos retirada-»
»dos, y fuera de su lugar. Temí que se nos quedase muerta antes

» que viniese su confesor, á quien llamé. Al dar las doce dijo: *En*»
» *esta hora ha de ser Señor, y no despues.* Y á la una volvió en sí»
» tan quebrantada como se deja considerar.

» Habléla despues á solas, y respondió á las preguntas que la»
» hice, que aquel accidente fué efecto de la vista, que tuvo de las»
» ofensas de Dios, que cometian aquellas almas religiosas y que los»
» ángeles de cada una de ellas volvian á su Magestad las coronas»
» y palmas que las dieron en su profesion, pero al volver Josefa»
» en sí fué con grande esperanza de su eterna salud por la inter-»
» cesion de Maria Santisima.»

De esta suerte llevaron hasta el desfallecimiento á Josefa las penas por las ofensas de su amado, pasando por su espíritu aquel amoroso sentimiento del santo rey David, cuando decía: *Yo he desfallecido por los pecadores, que violan vuestra Santa Ley.*

Manifestó tambien su caridad con los prójimos difuntos en otro lance del dia dos de Noviembre, que refiere asi la misma V. fundadora. «Este dia despues de haber concluido con el sufragio, que»
» se hace en la órden por los difuntos, me quedé á solas con Jose-»
» fa, y viendo que estaba desfigurada, la pregunté lo que sentia.»
» Respondióme, como suele, con encojimiento, que la noche no»
» habia sido buena; volví á preguntarla lo que habia padecido, y»
» porque tardaba en la respuesta, la inste, que me la diese, y me»
» respondió luego mostrándome la mano, que en partes la tenia co-»
» mo quemada, y especialmente el dedo pulgar, y me añadió, que»
» tambien la almohada de su cama estaria en parte quemada. Oyén-»
» dola yo esto, la dije, que lo queria ver, y entré con la sierva de»
» Dios en su celda, y senti el olor de cosa quemada, aunque olor»
» suave, como de cosa buena. Vi la almohada quemada en redon-»
» do, casi como de una cuarta, y la lana quemada y tostada, como»
» se vé por ella misma á que me remito. Estuve un rato con la»
» sierva de Dios, que me dijo, que la noche antecedente de Ani-»
» mas, no teniendo la licencia que deseaba para velar, se habia»
» acostado á las doce de la noche, y pensando en las penas y fue-»
» go, que padecen las almas del Purgatorio, deseaba aliviarselas,»
» y se puso de repente sobre la almohada un fuego mas amarillo,»
» que el de acá, y que despedia centellas de fuego, que aclaraban



» toda la celda, y que aquel fuego hacía un ruido semejante al que
» hace el de aquí cuando se quema un hueso. Y con ser así, que es
» de animo varonil esta sierva de Dios, me dijo ella, que se estre-
» meció toda, pero que sin embargo quiso agarrar aquel fuego, que
» estaba á menos que seis dedos de distancia de su cabeza, y aun-
» que no le quedaron mas señales, que aquellas de la mano, que
» dó con tanto calor en el cuerpo, como si hubiera en su cama
» algun incendio. Asi lo pasó hasta las cuatro de la mañana, que
» se levantó con la comunidad sin llamar á nadie de noche, ni de-
» cir palabra hasta que fué preguntada de mí. Parecióme no era
» bien pasar en silencio esto, que su Magestad mostraba en lo ex-
» terior, y que queria con esta demostracion enseñarnos la com-
» pasion de las benditas Animas del Purgatorio, y por eso sin que
» estuviese presente la Madre Josefa, llamé á nueve religiosas de
» la comunidad, que han visto la almohada en la forma referida.
» La Madre Ana Josefa de la Concepcion, priora; la Madre María
» Ignacia de San José, subpriora; la hermana Brigida de Jesus Ma-
» ria, la hermana Engracia de Cristo, la hermana María Josefa de
» Santa Brígida, la hermana María Clara de la Encarnacion, la her-
» mana María Ana de la Cruz, la hermana María Magdalena de
» San Ignacio y la hermana Juana Maria de San Joaquin.

CAPITULO XVIII.

Da muestras de su caridad, y del propio abatimiento, padece nuevas persecuciones del demonio, y recibe otros favores.

Estos incendios de caridad con los prójimos vivos y difuntos brotaban del grande fuego de amor divino, que ardia en el corazon de Josefa. Sentiale por este tiempo penetrado de tan intensos aunque sabrosos ardores, que desfallecia el cuerpo sin poder resistir á su actividad. Solia quedar sin fuerzas para el movimiento, ni aun para hablar, mientras daba cuenta de conciencia al confesor, y por eso se vió éste muchas veces obligado á llamar á las religiosas para que sacasen del confesonario á la que por sí misma no podia mover el cuerpo exhausto y desfallecido á los incendios

de aquella fiebre de amor. Era tambien necesario, que el mismo director la mandase frecuentemente cesar, ó remitir los ejercicios internos, y que saliese á pasear á la huerta para buscar algun refrigerio á los ardores que sentia.

Estaba entonces tan herida por las saetas del divino amor, que no descansaba sino en la contemplacion, donde queria beber sin cesar en la suavissima fuente de la divinidad. Pero la misma continuacion con que bebia, aumentando el incendio interior, producía aquella enfermedad, que los Santos llaman Divina Hidropesia, haciéndose su sed tanto mas inextinguible, cuanto mas bebia. La grandeza de esta pena, que conocen bien las felices almas que la experimentan, esplica asi Santa Teresa. «Abrasada con esta sed,
» no puede llegar al agua, y no sed, que puede sufrir, sino ya en
» el término, que con ninguna se le quitaria, ni quiere que se le
» quite, sino con la que dijo nuestro Señor á la Samaritana, y esta
» no se la dán. Oh válgame Dios! Señor, como apretais á vues-
» tros amadores!»

Por eso deseando ardientemente desatarle del cuerpo para saciarle en la gloria, se exhalaba su corazon frecuentemente en aquellos amorosos sentimientos de los santos: (1) *Ay de mi! Y cuánto se prolonga mi destierro! Quién me librará del cuerpo de esta mortalidad? Mientras manifestaba en la oracion estas ansias á su dueño, vió que este Señor por un modo admirable la manifesta-
ba su propia alma, detenida dentro de una cárcel, y forcejando por romper sus prisiones, significándola que sufría ella en este estado aquella amorosa pena, que experimentaba el santo Rey David, cuando clamaba: (2) *Sacad, Señor, de estas prisiones á mi alma para que alabe tu Santo nombre.**

Solia entonces bullir, y dar saltos el corazon de Josefa dentro de su pecho, penetrado asi de aquel fuego que le derretía, y algunas veces al sentir aquellas palpitations y movimientos solia ver grandes globos de luz, que rodeaban la imájen del Santo Cristo, que se venera en el altar mayor de su iglesia; y otras veces vió que del pecho del mismo Santo Cristo, salian candores como de

(1) Pf. 119 v. 5.

(2) Pf. 131 v. 611.



nieve, descubriendo á su sierva en estas visiones abstractivas los resplandores y los candores de su efigie, aquel Señor, que se manifestó en persona á sus discipulos en el Tabor entre luces, y candores semejantes.

Era fruto de esta caridad la humildad afectiva, con que no solo se juzgaba indigna de los favores, que recibia, sino se reputaba tambien por la mas ingrata y vil de las criaturas. Asi acostumbraba en este tiempo pedir en su oracion al Señor, que la manifestase en el infierno aquel lugar en que padece su infiel discípulo Judas; porque allá á sus pies (decia ella) que debia estar su alma, como mas ingrata, é infiel á los divinos beneficios; pero decia esto á su Magestad con la condicion de que no permitiese, que en aquella horrorosa region oyese ella las blasfemias de su santo nombre. «Oyóla el Señor su peticion, porque como escribe la Madre Maria » Teresa su prelada, la oyó decir, que el mártir de la Semana Santa » de este año, fué llevada en espíritu al infierno; y vió en él el lugar en que padece Judas, sin que ella sintiese el fuego, ni tormento alguno, y que su Magestad la manifestó con modo admirable » algunas cosas en aquel sitio, donde vió muchas figuras de serpientes, que hacian ademán de esconderse en las cavernas infernales; y que al volver á esta region sintió un grande gozo de que » su Magestad la hubiese concedido su peticion de no oír allí las » blasfemias de los condenados.»

Mientras se conservaba asi en los senos de su alma la brasa de la divina caridad, cubierta con la ceniza de la humildad, permitia el Señor á su enemigo, que esplicase contra ella su furor con diversas especies de asechanzas, sustos y tormentos. Alguna vez se apareció á Josefa de noche en su celda, llenando aquel sitio de aparente resplandor; pero acudiendo luego ella humildemente á su dueño, con los temores de ser engañada, conoció con la luz del cielo, que aquella era visita del ángel de las tinieblas transfigurado en ángel de luz, y mirándole, le dijo asi: *Ha desventurado! Ya te he conocido.* Al ver asi descubiertas sus mentidas apariencias, salió el demonio por la ventana de su celda, disponiendo Dios, que al mismo tiempo hubiesen visto algunas religiosas, que salió de ella una grande llamarada y humo, que se hundió y des-

vaneció en la huerta del convento. La misma superiora refiere haber visto hácia las diez de la noche, que caía de la ventana de su celda esta llamarada semejante á la de un rayo, y lo testifica tambien la Madre Maria Ana de la Cruz, superiora de este convento, que murió por Febrero de este año de 723, despues de habernos dejado escritas de su mano algunas cosas singulares de nuestra V. Josefa, que observó, y se continuarán en esta historia.

En otra ocasion intentó tambien aquel padre de la mentira defraudarla de las medras, que lograba su espíritu, con la prudente direccion del Reverendisimo Padre Zupide, porque mientras pasaba al coro su superiora por la puerta de la celda de Josefa, salió de ella el demonio remedando su hábito, su semblante y su voz, y la dijo asi: *Madre, no quiero que me trate mas el Padre Zupide, porque he conocido, que me trae engañada, y así V. R. le escriba que no venga.* Quedó asombrada la prelada de esta novedad, y escribió luego lo que pasaba al confesor, sin que en aquella turbacion hubiese caído en cuenta, de que podia el demonio haber contrahecho la figura de su súbdita. Pero al leer la carta, conoció el Padre Zupide, que aquella representacion seria algun engaño diabólico, y por eso pasó luego al Monasterio, donde llamó á la abadesa, y mientras hablaban de este suceso ambos en el torno, bajó á él Josefa, á quien refirieron el asunto de su conversacion que ella ignoraba. Asi se sabe, que mas de una vez usó de ardid semejante el demonio intentando engañar con las apariencias del hábito y semblante de Santa Maria Magdalena de Pazis á las religiosas de su monasterio de Florencia, para desdorar la fama de aquella virgen portentosa, como en la narracion de su vida escribió Vicente Pucino confesor de la Santa. (1)

Mas costosa fué á su paciencia otra representacion del enemigo, que la fatigó una noche en la forma que dijo á su prelada, que escribe asi: «Estuvo viendo una horrorosa serpiente, que llegaba desde la puerta de su celda hasta cerca de la ventana, la cual » está como á cinco varas de distancia; la cabeza y pies eran de » serpiente, y el resto del cuerpo, como de un macho. Levantaba » la cabeza, y abriendo la boca, con que parecia, queria tragar á

(1) In vita apud Bolland. to. 6. Mais cap. 6. n. 61.



» todo el mundo, causaba grande pavor y espanto á Josefa , pero
» vió tambien, que al tiempo, que levantaba asi la cabeza, y abria
» la boca le daba en ella un ángel golpes con una varita, y le
» derribaba en tierra ; volvía á levantarse, y volvía á derribarle
» el ángel. De esta suerte pasó grande parte de la noche. »

Pretendió tambien el demonio asustar, y quitar de la oracion á Josefa una noche de la conmemoracion de los difuntos , en que con licencia de su prelada velaba sola en el coro ; porque tomando un cuerpo fantástico de disciplinante se movia en la iglesia con grandes estrépitos, y porque con ellos no lograba el fin de amedrentarla, y sacarla de aquel lugar de su oracion, subió despues al coro mismo, intentando ahuyentarla asi de aquel sitio , pero ní por esto desamparó Josefa su lugar , en que permaneció orando hasta que á su vista desapareció de alli aquel fantasma. (1) *Ad nihilum deductus est in conspectu eius malignus.*

Añadiánse á los sustos los tormentos, con que la afligia el espíritu maligno. «Escribe la V. superiora, que por este tiempo » era casi continuo el maltratarla cruelmente de dia , y especialmente de noche, de suerte, que las religiosas, que habitaban las » celdas mas cercanas á la suya, oían los golpes y los azotes. » Iban ellas en estos lances á socorrerla , y unas veces la hallaban baldada; otras con pocas señales de viviente , y otras como » ahogándose, porque le apretaban la garganta.» Cuando asi acudian á su celda solia pedirles Josefa, que la echasen agua bendita, con cuyo remedio cesaba algunas veces el tormento, pero en otras ocasiones proseguian sus hostilidades, y alguna vez, quebraron estos espíritus infestantes la pila de agua bendita, que habia en la celda ; la quemaban los ojos; y la atormentaban el olfato con pestilentes olores.

Mientras estaba la comunidad en el coro una mañana, se oyeron alli los grandes estrépitos , que sonaban en la celda de Josefa, que estaba enferma; acudieron algunas religiosas á socorrerla , y la hallaron en un deliquio sin el uso de sus sentidos , pero advirtieron, que ésta estaba puesta sobre su garganta una efigie del Santo Cristo, que solia tener debajo de su almohada, lo que dió ocasion

(1) Pl. 44 v. 8.

de pensar á aquellas religiosas, que alguna mano invisible, y celestial puso sobre su garganta aquella imágen Sagrada , con que se reprimiese el furor de su enemigo, que pretendia ahogarla.

Estando otro dia enferma, y recientemente sangrada , despues que tomó algun alimento , la mandó su prelada , que descansase un rato; pero muy brevemente se oyeron grandes estruendos en su celda , á donde todas sus hermanas concurren apresuradamente. Halláronla derribada en el suelo de su celda , y en el extremo de ella, que distaba mas del sitio de la cama , estaba sin señales de viviente. El cuerpo cubierto con la ropa de la cama, de que fué arrojada, pero descubria los pies atados con las vendas de las sangrias recientes. Volviéronla luego á su cama , donde despues de algun rato recuperó el uso de los sentidos.

Con estos sufrimientos de Josefa entre las penas interiores , y persecuciones del demonio, se alternaban los favores y consolaciones celestiales. Asi mientras esplicaba en su oracion su amorosa afliccion por ser detenida en este destierro entre los peligros de ofender á su amado, la confortó María Santísima en una aparicion ó vision interna, manifestando á los ojos de su alma una corona preciosísima, que traia en sus manos ricamente labrada en un extremo, pero dándola á conocer, que todavía faltaban á aquella corona algunas labores con que se perfeccionase. Refirió Josefa esta vision á su director el Padre Zupide, que la esplicó su significacion animándola á sufrir la pena de vivir mientras con la divina gracia acabase de labrar aquella corona , que el Señor la tenia aparejada.

Despues la regaló tambien la misma Reina del cielo con otra visita, manifestándose interiormente á su alma llena de indecibles resplandores, y vestida de un preciosísimo manto orleado de campanillas menudas, y hermosísimas, y dignándose entonces de abrigar dentro de aquel manto á su sierva , la dejó abismada en una confusion reverente.

Llenóla tambien de alegría su dueño con otro favor, porque deseando ardientemente Josefa, que su reciente pobre monasterio se poblase de muchas puras fervorosas vírgenes, que le sirviesen y glorificasen , vió en un éxtasis , que la manifestaba el Señor



muchos blancos corderos encerrados dentro de un seto ilustrando à su alma, con la inteligencia, de que dentro del seto, ó clausura del convento, se encerrarían muchas vírgenes inocentes y candidas, como corderos. Lo que brevemente se manifestó en el efecto, cuando dentro de un año fueron conducidas de divino impulso nueve novicias, ó corderos, que recibiesen saludables pastos en las fértiles y deliciosas dehesas del monasterio.

CAPITULO XVIII.

Esfuerza el Señor á Josefa contra los temores de su vida y de su oracion, cuya calidad y efectos se refieren.

El fuego material embistiendo en el tronco manifiesta las señales de su actividad en las llamas que levanta; pero cuando ya le penetró todo, y le transformó en ascuas, cesando aquel bullicio de los exteriores ardores, hace en él mas suave y secreta operacion. De esta suerte el fuego del amor seráfico muestra en el corazon, que inflama su actividad en los ímpetus, éxtasis y deliquios; pero cuando ya la penetró, y le transformó en su semejanza, arde en él con mas quieta, y mas oculta eficacia.

Por eso desde este tiempo se minoraron aunque no cesaron enteramente los exteriores arrobamientos, en que era vista nuestra V. Josefa, cuyo corazon penetrado ya de aquel fuego divino, recibia en silencio, y reposo sus ardores, habiendo ya logrado el efecto de aquellas oraciones, con que por trece años solicitó de su dueño el favor de que se ocultasen á la vista de las criaturas las mercedes que recibia.

Asi de ordinario estaba ya en la oracion quietamente suspensa, ó amorosamente absorta entre los dos conocimientos de Dios, y de sí misma. Entraba en el abismo de su nada, en que no hallaba fondo, y desde aquel la conducia el Señor al otro abismo de sus infinitas perfecciones, elevándola tanto mas á la cumbre de sus favores, cuanto mas se aniquilaba en la profunda vista de sus miserias y vileza. Dábala á conocer por claras ilustraciones su propia nada, enseñándola acabar en este, que solia ella llamar un

arenal sin fondo, y por eso cuando desde aquella profundidad la elevaba su Criador á la cima de una sublime contemplacion, concebía su alma un grande suavísimo espanto, que la encogía, y arrinconaba, como pasmada de que asi favoreciese, ni sufriese Dios en su presencia á tan indigna criatura.

De aqui brotaban las humildes resistencias á los favores, que queria comunicarla en aquella soberana elevacion de sus potencias y se quejaba amorosamente á su amado, con estas aspiraciones. *Cómo derramáis, Señor, sobre esta vil criatura los tesoros de vuestras misericordias? No me conocéis, Señor? No veis, qué pobre estoy, qué andrajosa y llena de miserias.*

Pero complaciéndose el Señor en esta humildad y encogimiento de su sierva, la ilustraba el entendimiento y la inflamaba la voluntad con palabras interiores amorosísimas, que herian su corazon, y la abismaban en una confusion reverente. Otras veces la representaba en la parte inferior del alma, ó en los sentidos interiores algunas imágenes, y figuras dando luz á su entendimiento, para que en ellas viese y leyese las verdades, y virtudes, que representaban, al modo, que á San Juan Evangelista en su Apocalipsi reveló por figura los misterios y la soberanía de sus perfecciones.

Algunas veces mientras representando en la oracion su indignidad y miserias, queria retirarse de recibir los favores, que la comunicaba su dueño, oyó, que la decia asi. *Yo quiero derramar mis misericordias sobre tus miserias y pobreza.* Otras veces la decia. *Yo tengo en tu alma mis complacencias. Esas miserias son el trono de mis misericordias. Yo he de llenar ese vacio.* Pero como despues volviendo al propio conocimiento se hallaba á sí misma tan pobre y tan desnuda del aparejo para recibir estas comunicaciones de su amado, volvía de nuevo á encogerse, retirándose con humildad, como indigna de aquella contemplacion sublime á que la levantaba. Por eso instruyéndola el mismo Señor en la sumision á su divino atractivo, la representó en su imaginacion la figura de una mariposa, y la habló asi al corazon. *Mira ese animal, que pequeño es, pero, porque le han dado alas, vuela. Mientras no vé luz se esconde en su rincón, pero cuando la vé, vuela enamorada á buscarla.*



Espantala la claridad y el fuego, pero no pára hasta arder en él, y consumirse. Asi entendió Josefa, que, aunque era grato á Dios aquel encogimiento de su alma, mientras no fuese poderosamente atraída de su Magestad al monte de la contemplacion, queria sin embargo aquel Señor, que se dejase conducir de su atractivo á la region de ardores, y de luces sin dar lugar á que sus temores embarazasen la sumision y el vuelo.

En otra ocasion la dió la misma doctrina representando á su vista interior una oveja, que tiraba hácia sí á un cordero atado de pies y manos; ilustrando á su entendimiento con la inteligencia, de que en aquel cordero se figuraba su propia alma, la cual no habia de moverse por sí misma, pero atraída de la oveja en que se figuraba Jesucristo se habia de dejar conducir sin resistencia á donde la guiaba manifestándose á Josefa en ambas semejanzas la verdad, de que las almas, ni han de formarse ellas mismas las alas para volar por propio movimiento á la cumbre de la contemplacion infusa, ni han de arrinconarse con escesivos temores cuando les ajusta el Señor las alas para hacerlas volar á aquel delicioso desierto.

Sin embargo aunque frecuentemente quedase asi confortada en sus temores, renacian estos, cuando se miraba á sí misma; y por eso no acertando á componer la divina beneficencia con tanta indignidad, como conocia en sí, recelaba, que fuesen ilusiones, ó engaños del demonio estas hablas interiores. Acudia al Señor representándole sus deseos de agradarle, y sus celos de ser engañada de la infernal serpiente. Respondía el Señor confortándola asi. *Yo reino en ti, no dejaré que te dañe la antigua serpiente.* Quietábase entonces, pero despues brotaban los mismos celos, porque la parecia que no podia complacerse Dios en criatura tan ruin y tan para nada. Mientras en la oracion representaba estos temores á su dueño, oyó, que la decia con la claridad, que otras veces asi al corazon. *Pregunta si no hay muchos hombres sabios, que no ponen su gusto en manjares exquisitos, sino gustan mas de los ordinarios y toscos. Asi quiero yo recrearme con tu alma. Yo gusto de esto.*

Fué enderezada á confortarla en la misma especie de temores otra vision en que se representó á los ojos de su alma Jesucristo

trayendo en sus manos dos frutas; una exquisita, y grande; y otra pequeña, y ordinaria; y vió Josefa, que entre las dos escogió su Magestad la pequeña, y ordinaria. Decíame despues al referirme este favor, que la habia confortado mucho pareciéndola, que estas semejanzas eran bien ajustadas al talle de su espiritu tosco, y ordinario.

Pasmada otra vez en su oracion de que lloviesen tantas gracias sobre su alma, cuando no hallaba en ella otra cosa buena, que los deseos de agradar á su dueño, le decia asi: *Cómo caben, Señor, tantas misericordias con criatura tan ruin como yo? No se si os obligan estos deseos, que me dais de agradaros, ó me admitis estas pajas, porque os las ofrezco buscando solo vuestra mayor gloria.* Vió entonces, que nuestro Señor tomaba en sus manos unas pajas, y uniéndolas con sus obras, las convertia en preciosísimas piedras, y así las presentaba á su Eterno Padre; de cuya vision resultó á Josefa una grande confusion, y desfallecimiento de fuerzas naturales.

Los que entre sus temores la martirizaban mas, eran los de que su vida no correspondia á los favores, que recibia. Se lamentaba de su propia inaccion y flogedad en el divino servicio, y de que en toda su vida nada hacia mas, que adeudarse creciendo cada dia los recibos, y creciendo tambien su tibieza. Quería vengarse de sí misma, pero no se le permitian las asliciones corporales, que apetecia. En una de estas ocasiones quejándose en la oracion al Señor (al modo, que solia al confesor) de su vida floja y tibia le decia: *Señor yo no estoy contenta con este modo de vivir;* pero oyó, que la respondia asi su Magestad: *Si yo estoy contento, qué quieres?*

La calidad de su oracion (en que como yá dijimos, y como deseaba Josefa se minoraban mucho los movimientos del corazon, los impetus de amor y arrobamientos) la daba tambien ahora nuevo cuidado. Parecíala, que este mayor reposo en la contemplacion, no era nuevo favor de su dueño, sino frialdad, ó tibieza de su espíritu; pero para quitarla esta aprehension la manifestó el Señor en otra vision interna, las figuras de dos diferentes globos, ó pedazos de tierra. Uno de ellos estaba bien labrado, y se

embebía, ó se empapaba en sus senos toda la lluvia del cielo; pero del otro globo, por no estar bien labrado, rebosaban las aguas, significándola en esta diferencia de tierras la diferencia de los corazones, que cuando están perfectamente labrados reciben con reposo la voluntaria lluvia de las gracias celestiales, pero cuando no están dispuestos perfectamente los senos del corazón, rebosa hacia fuera esta lluvia en los deliquios y arrobamientos.

Volvió sin embargo á solicitarla casi cada día el cuidado de que fuese flojedad suya aquel reposo con que la tenía su dueño en la contemplación. Así sus pretensiones ordinarias con el confesor eran de que la enseñase un método concertado para orar. Decíala yo, que continuase siempre en llevar (como llevaba) prevenido un punto de los misterios de la vida, y pasión de Jesucristo, para meditarle, pero que si allá viese, que el Señor gustaba de suspenderla sus potencias, se dejase guiar á su voluntad. Hacíalo así, y me confesaba, que por mas que ella insistía en la pretension de rumiar con concierto el punto que llevaba prevenido, era de ordinario llevada á una suspension en que estaba su alma, como una boba, como un jumento, ó como una niña, y en una parvulez tal que no podía acertar á esplicar.

Referíame un día con especial cuidado estos temores del desconcierto de su oración, y con grande ahinco deseaba persuadirme su propia inacción. Decíame así. *Creame v. md. que estoy hecha, como una niña, muy niña con Dios.* Díjela yo, que estuviese en hora buena, y que pidiese á Dios, que la hiciese cada día mas niña. Mientras yo la respondía así advertí, que quedó Josefa en una suspension. Esperé; y no hablaba ya; pero despues, que estuvo así absorta algun tiempo, cuando ya empezó á hablar la mandé que me dijese, lo que pasó por su espíritu, y me respondió, que cuando ella con aquellas veras quería, que yo la creyese, cuan niña estaba con Dios en la oración, oyó que la decía el Señor á su corazón estas voces *Tambien yo estoy hecho niño contigo*, mostrando así complacerse en la pequeñez, ó parvulez de su sierva aquel gran Señor, que quiso hacerse párvulo por nosotros.

Díjola tambien en otra ocasion para confortarla en tales temores su dueño estas palabras interiores: *Yo soy, el que te enseñó, y es-*

toy en ti. Pero brotaban despues de algun tiempo los mismos recelos de que no fuese agradable á Dios aquella su simple oración. Hablábame de esto (como solia de ordinario) en la vispera de Santo Tomás de Aquino, y porque yá me habia dicho antes la especial devoción que tuvo siempre por su angélica pureza á este Santo Doctor de la iglesia, se me ofreció responderla, que aquel Doctor Angélico entre las grandes obras con que ilustró á la iglesia, supo, y escribió mucho de oración, y le pidiese su intercesion con Dios para que la enseñase á orar. Calló Josefa, y al día siguiente me refirió, que por tres veces solicitó con cuantas veras pudo los oficios de su intercesion, para saber el modo de orar á gusto de Dios, y sintió (sin ver cosa corporal) la presencia de este Santo que la dijo así: *Muy buen maestro tienes de la oración en nuestro Señor, déjate enseñar.*

Pero si la humildad no inclinase á las buenas almas á temer siempre lo peor, aun donde no hay motivo de temor podia advertir Josefa en los mismos efectos de su oración sus buenas calidades. Al salir de ella regularmente sentia un grande incendio interior, que no pocas veces se comunicaba al cuerpo, escitándola una fiebre ardiente, pero sabrosa. Conocía, que en esta, que llamaba parvulez, y abobamiento, se debilitaban sus fuerzas y sentia una estrema debilidad y flaqueza. Sentia, que salía de la oración con una hambre insaciable de volver á ella con fervor, y con concierto; pero porque todo lo temía, la fatigaba tambien la vana aprehension, de que esta hambre, que sacaba de la oración provenia de no haber gustado á Dios en ella, debiendo hallar en esta misma hambre las señales de haber tomado bien aquella refeccion espiritual.

En esta, que llamaba oración boba me decía, que su corazón ardía en los deseos de hacer y padecer mas, y mas por su amado; pero cuanto pensaba, é ideaba de sus obsequios, y de todas las criaturas, no satisfacía al deseo, que tenia de responder á los favores que recibía; por eso un día notando aquella insaciabilidad de sus deseos ó de su amor decía á su dueño: *En qué pararán, Señor, estos deseos, que nada encuentran que baste?* Y oyó entonces esta respuesta de su Magestad: *En mí.*



Fué semejante á otro favor, que recibió mientras en su oracion buscaba con solicitud amorosa la limosna de los ángeles y de los santos, para retribuir á Dios los beneficios, de que se hallaba deudora; porque cuando mendigaba esta limosna de los espíritus bienaventurados, se representó á su alma la humanidad santísima de Jesucristo, que la dijo así: *Qué buscas? En mí tienes cuanto has menester.*

Entre los ardores interiores que sentia en este tiempo la parecia, que se deshacia todo el armazon de sus huesos, y que aquel fuego la comia las entrañas pasmándose ella (como me decia muchas veces) de que pudiese resistir la naturaleza á sus incendios. Así dijo en la oracion una vez á su amado: *Señor, de esta suerte muy presto vendrá mi muerte, que yo tanto deseo.* Y oyó, que su Magestad la respondió así: *Como los rios no paran hasta entrar en el mar, no parará tu corazon hasta dar en su centro y origen.* En otra ocasion recelando, que ya su corazon no podia resistir mas á la actividad de aquel fuego, vió con los ojos del alma, que caian sobre ella muchos copos de purísima nieve, siguiéndose á esta vision el efecto de un interior refrigerio entre aquellas llamas, que la abrasaban.

En la vigilia de la Asuncion de María Santísima sintió por toda la noche la repeticion de muchos accidentes, como de agonía entre los ardores de esta fiebre amorosa. En cada uno de aquellos la parecia que espiraba; pero cuando ya creia, que iba á espirar la confortaba el Señor, y la fortificaba para resistir á otro nuevo accidente. Así me refirió, que en toda aquella noche estuvo como enferma ya moribunda, que de cuando en cuando recibe del médico algun pisto para fortificar la naturaleza contra el último parasismo que amenaza. Pero en esta misma vigilia de la Asuncion la dió á conocer el Señor el principio y la significacion de aquellos accidentes, hablándola con apacible magestad así: *Tú has de morir de mi amor.*

CAPITULO XX.

De su resignacion en la muerte del confesor y fundadora, y de los humildes sentimientos con que entró á ser abadesa de su convento.

Cuando retiró Dios á la compañía de los santos (como piadosamente creemos) á la V. fundadora María Teresa de la Cruz, que espiró en los brazos de nuestra Josefa por Octubre de 709 expresó de su corazon muchas lágrimas el sentimiento de esta separacion, porque en ella perdía todo el convento el estímulo de su direccion, y sus ejemplos; y porque perdía la misma Josefa los alivios, que en los interiores trabajos hallaba en la voz de su amada Madre. Decia, que en esta privacion era preciso el sentimiento porque mugeres de tantos talentos se logran de tarde en tarde en los monasterios.

Alligióla mas este golpe, porque halló lastimado su corazon con otra pena, que poco antes sufrió en la falta del Reverendísimo Padre Andrés de Zupide, su director, que falleció en el Real Colegio y santa casa de Loyola, y cuya muerte entendió Josefa por un secreto aviso del cielo mientras rezaba Maitines con la comunidad. Pero quiso el Señor templarla el dolor de estas privaciones de padre y madre apareciendo ambos á Josefa en diferentes tiempos con las señales de gloria que poseen en el cielo.

Volviendo ahora á aquellos profundos sentimientos de la propia indignidad, que tenían tan tímida á Josefa en los montes de la contemplacion, la fatigaron mas al verse amenazada con los temores de otra tribulacion tanto mas sensible, cuanto menos esperada de su humildad. Sospechó, que intentaban elegirla en prelada de su convento las religiosas, notando pocos dias antes de la eleccion en sus semblantes alguna oculta conspiracion de todas para ponerla en esta Cruz, cuyas amenazas podia haber previsto antes en varias señales, con que nuestro Señor la prevenia y la alentaba á su sufrimiento, sino se mirase Josefa en el abismo de su bajeza bien defendida de este golpe, y aun del susto.

Despues que la V. M. María Teresa gobernó por doce años el

nuevo monasterio, querian sus religiosas aliviarla del peso del gobierno, pasándolo á los hombros de su hermana y segunda fundadora la madre Ana Josefa Maria de la Concepcion. Pero porque esta religiosa miraba el oficio con aquel ceño y horror, que sabe formar la humildad contra tales empleos, rehusaba sacrificarse á su aceptacion. Estando por este tiempo Josefa arrebatada como solia, en éxtasis por la vispera de San Matías, despues de la comunión, sintió la madre Ana Josefa grandes interiores impulsos de bajar desde el coro alto en que estaba al sitio donde Josefa se hallaba asi enagenada, y bajó sin saber á lo que venia, acompañada de la madre Brigida de Jesus Maria, actual abadesa de este convento. Pusieronse ambas de rodillas, teniendo en medio y en la misma postura á nuestra Josefa, que empezó á llamar asi: *Concepcion, Concepcion! Por qué rehusa tomar el cuidado de la casa del Señor?*

Refirieron ambas este suceso á la madre abadesa, la cual llamando á Josefa la mandó decir lo que pasó por su espíritu en esta ocasion, y obligada asi de su precepto la respondió, que nuestro Señor habia llamado á la madre Ana Josefa á aquel sitio donde ella oraba, tomándola por instrumento para significarla su voluntad divina, de que aceptase el gobierno del convento.

Ejecutólo asi la madre Ana Josefa, consintiendo en la eleccion, que el año de 1703 hizo de ella el convento para abadesa, porque como escribe ella misma en la relacion de este suceso, al oír aquellas voces de Josefa, se disiparon todos sus temores, y quedó alentada á llevar el peso de la prelación. Quería despues volver á elegirla su comunidad el año de 1709 (cuando la madre María Teresa acababa el quinto y último trienio de su gobierno) pero lo resistía como antes su humildad, por los temores de su ineptitud para el empleo. Púsose tambien entonces la madre Ana Josefa al lado de Josefa mientras estaba enagenada, y preguntándola si seria del gusto de Dios su eleccion, oyó la respuesta de que esta era la voluntad divina, y asi volvió á ofrecerse al yugo por otro trienio.

Cuando ya faltaban cinco meses para concluirle solicitaba á la misma Madre Ana Josefa el cuidado de acertar con el gusto de

Dios en la futura eleccion de prelada. Entró en el coro, donde estaba extática Josefa, y poniendo entonces sobre su cabeza la efigie de un Santo Cristo, pidió la superiora á su Magestad se sirviese de inspirarla, ó significarla su voluntad en orden á esta eleccion. Oyó entonces como pronunciadas por Josefa estas voces: *Déjese eso ahora á la divina Providencia.* Afirmaba la abadesa haber oido estas voces, y la súbdita, que estaba entonces enagenada se acordaba despues de que allá en su interior entendió esto mismo, pero no sabia como pudo percibir la prelada lo que ella creia secreto entre Dios y su alma.

No temia sin embargo nuestra humilde Josefa, que en los designios de la Providencia se reservase para ella esta superioridad, que juzgaba incompatible con la propia indignidad. Pero nuestro Señor, que queria hacer menos sensible el golpe á la paciencia de su sierva, la iba previniendo con secretos avisos de que no estaba tan defendida de él como pensaba ó suponía. Porque por el mes de Marzo (en que se habia de hacer la eleccion) echándose en suerte las cédulas de los santos de aquel mes para las religiosas (segun la costumbre establecida en aquel convento) salió para Josefa Santa Catalina de Suecia, hija de Santa Brigida, y abadesa del primer monasterio de su orden, y al leer esta cédula sintió un gran temblor y estremecimiento, en el cual segun otras experiencias entendiese las prevenciones del Señor para el sufrimiento de alguna próxima tribulacion, que la amenazaba.

Llevó esta cédula á su celda, y la puso como solia, las de otros santos asida de los pies del Santo Cristo, que tenia en ella. Pero mientras oraba despues delante de esta efigie sagrada, advirtió que se desprendia aquella cédula de los pies del Santo Cristo, y caía sobre Josefa renovándose por este inopinado accidente los precedentes sustos y temblores.

Manifestábala el Señor por este tiempo en la oracion el símbolo ó figura de una escala de cinco gradas, á cuya vista se retiraba el alma temerosa, pero repitiéndose la misma representacion frecuentemente entendía, que por ella la llamaba su dueño á una cumbre de penosa y difícil subida.

Por eso en una de estas ocasiones convidada de su dueño á su-



bir por las gradas de esta escala, que la representaba, la decía así Josefa: *Señor, yo no puedo subir, vos solo podeis llevarme á esa altura.* Respondiéndola el Señor, *es así, que no puedes subir por tí misma, pero es menester, que para que yo te haga este favor, recurras á mi Madre, por cuyo medio comunico yó las gracias á las almas.* Buscó luego, como solia, la proteccion de María Santísima, pero aunque no entendió entonces que se figurasen los trabajos de la prelación en aquella penosa subida, la manifestó despues su Magestad en una clara ilustracion que esta era su voluntad significada en la figura y semejanza de la escala.

Poco antes de la eleccion se dignó tambien su Magestad de hacer exámen del amor, que le tenia su sierva por tres preguntas al modo, que para fiar á San Pedro el gobierno de su rebaño, quiso por otras tres preguntas examinar su amor. Condujóla en su oracion á un monte altísimo, en el cual con inefable dulzura la preguntó *Cuánto me amas?* Respondió prontamente Josefa. *Señor, yo no se cuanto os amo, pero ya sé cuanto os quisiera amar.* Volvió á preguntarla el Señor. *Pues cuánto quieres amarme?* Yo Señor dijo ella, *quiero amaros tanto como os ama vuestra Santísima Madre.* Preguntóla otra vez: *Cuánto quieres amarme?* Respondió Josefa. *Yo Señor, quisiera amaros tanto, como vos amais á vuestro Eterno Padre.* Entonces descendió su espíritu desde aquel monte alto á un valle, en el cual volvió á preguntarla el Señor. *Cuánto me amas?* A que respondió. *Yo Señor, os quiero amar como San Miguel, como el Angel de mi Guarda, como todos los Angeles, como todos los Bienaventurados, como todos juntos.* Y aun todo este amor la parecia poco, para saciar los deseos que tenia de amarle.

Pero, ni por estos exámenes, ni por las precedentes señales acababa Josefa de persuadirse á que el oficio de prelada pudiese ajustarse á su pequeñez, aunque vivia con algunos sustos, ó recelos. Pero cuando pocos dias antes de la eleccion advirtió que las religiosas no le hablaban de este asunto, y recatándose de ella, la daban indicios de algun designio forjado ya contra su humildad, creció vehementemente su temor, y me lo explicó con lágrimas y gemidos, lamentándose de que tan buenas almas conspirasen á una eleccion indecorosa al buen nombre de su comunidad.

Dijela yo, que pidiese á nuestro Señor se desvaneciese cualquiera designio menos conforme á su santa voluntad, y enderezase á mayor gloria suya los votos de las religiosas. Pero porque con sola esta diligencia no se creia bien defendida del susto, sabiendo que el ordinario de Pamplona me habia cometido la asistencia á la eleccion de prelada, pretendió con grandes llantos, que yo persuadiese á las monjas, lo que desagradaria á Dios tan desatinada resolucion. Porque *cómo se puede sufrir, ni creer, me decia, que en un convento tan religioso, se haga un disparate de tanto escándalo?* Dijela, que no podria yo sin grande desacierto introducirme á impedir la libertad de las religiosas para la eleccion, cuando me constaba, que nada pretendian mas, que la mayor gloria de Dios en la que hubiesen de hacer.

Cuando entendió, que yo rehusaba impedir aquel proyecto tan pernicioso en su aprehension, crecieron tanto sus angustias, que ya embriagada de la pena, se me quejaba de que tolerase aquel error, que ella llamaba heregia, y aun peor que heregia, volviendo á solicitar mis oficios con muchas lágrimas, para el remedio. Pero desengañada de que yo no debía, ni podia condescender á sus instancias, queria persuadir por sí misma á sus hermanas la obligacion, que tenian á resistir á los pensamientos de su eleccion, como opuestos á los intereses de Jesucristo, y de su casa. No me parecia bien, que pasase á estas espresiones, pues ni sus lágrimas, ni las ponderaciones de su insuficiencia moverian los ánimos de las electoras, porque ya la conocian, y hallarian en sus repugnancias, y en sus llantos motivo racional para confirmar su resolucion mas, que para retratarla. Por eso la mandé omitir este recurso á las religiosas, como inútil, y buscar con todos sus gemidos á Dios, solicitando, que enderezase su Magestad la eleccion á mayor gloria suya. Hizo en el silencio un sacrificio penoso á la obediencia; pero cuando clamando á Dios en la oracion hallaba allí siempre cerradas las puertas al alivio de su pena, explicaban bien su desfigurado semblante, y sus lágrimas aquellos interiores sentimientos, que no exprimian la lengua.

Al publicarse despues la eleccion, que por votos uniformes de su monasterio pareció hecha en Josefa, creció el dolor de su corazon



angustiado: y al ofrecerla en la Regla, y las llaves, las alhajas de prelacia, se retiraba con aquel humilde encogimiento, que se formaba en la vista de su indignidad. Pero aunque en sus sollozos se manifestó bien la repugnancia con que entraba en el oficio, se rindió á recibirle. Clamaba despues al Señor, como quejándose amorosamente de haberla puesto en un empleo improporcionado á sus talentos, y distante de aquellas sendas de propia abyeccion y desprecio; por donde la habia guiado su magisterio divino, hasta ahora, que ya cumplia los sesenta años de su edad. Asi le decia en su oracion el dia de la Invenzion de la Cruz, titular de su monasterio. *Vos Señor, me tragiste á esta casa, para que os sirviese como criada. Ahora me han dado este oficio, para el cual no tengo talento alguno. No es este aquel camino de humildad, por donde me habeis guiado hasta este tiempo. Y qué haremos despues, cuando yo como incapaz, no dé buena cuenta del oficio?* En estos temores que en secretas aspiraciones de corazon explicaba Josefa á su amado, quiso confortarle aquel Señor, respondiéndole asi. *Para tí será tambien ese oficio de humildad y de ignominia.*

CAPITULO XXI.

Entre nuevos trabajos y persecuciones del demonio, recibe algunos favores del Señor.

Apenas entró Josefa en los ministerios de la prelacia, notaron en ella sus súbditas, como admirable una estraña agilidad; porque la que estando hinchada con señales de hidrópica no podia antes moverse sino con paso lento, y difícil, iba ahora con acelerado movimiento á los diferentes cuidados del oficio, sin que se embarazase en la gravedad de sus humores, y en la debilidad de su fatigada ancianidad, y asi solian decirme las religiosas, que en la nueva abadesa se habia renovado la juventud, segun aquella presteza, con que la veian correr á todas las oficinas del convento.

Valiáse de este beneficio del Señor para velar sobre la puntual observancia de la disciplina regular, llamando con el ejemplo á todas sus hijas á las distribuciones ordinarias de su regla. Pero

no por eso se minoraron aquellos continuos dolores de todo el cuerpo, y principalmente los intensos dolores de cabeza, que toleraba con el gusto de que no la privasen de la asistencia al coro y á los otros ministerios de su empleo.

Aunque vivia contenta entre estos dolores exteriores, la afligió desde luego el temor de que entre las atenciones al temporal gobierno de la comunidad, y entre los negocios de personas seglares, que la buscaban por su consuelo espiritual, se disipaba el espíritu, y la faltaba el tiempo, que deseaba dar al íntimo recogimiento en la soledad interior, á que se sentia dulce y poderosamente atraida. Por estos temores renovaba frecuentemente los afectos de la pura intencion, pidiendo á su dueño, que todas sus ocupaciones fuesen dirigidas únicamente á mayor gloria suya; rogábale, que todos los momentos, que ocupaba en oír personas seglares, en el gobierno de la hacienda de la comunidad, en el sueño, en la comida, y en fin todo el tiempo, que no podia dar como deseaba al interior trato con Dios, se sirviese de aceptar su Magestad conforme á los deseos, que ella tenia de buscar en todos su divina honra, y gloria, sin alguna atencion á los propios intereses, y consuelos.

Mientras manifestando al Señor en la oracion estos deseos, solicitaba ardientemente, que su Magestad se los aceptase por la mediacion de su Santisima Madre, quedó Josefa enagenada, ó absorta, y vió entonces allá en el fondo de su alma, que la Virgen Santisima puesta de rodillas, y Jesucristo en pié delante del Eterno Padre, le presentaban esta oracion de su sierva, entendiendo al mismo tiempo el alma, que el Señor oia sus deseos de buscar única, y púramente la gloria divina entre todas las exteriores ocupaciones, y conociendo tambien la soberana eficacia de los ruegos de la Madre Dios con su Hijo, y del Hijo de María con su Padre, segun el dulce sentimiento de San Bernardo. (1) *Excandiet Matrem Filius, etc. Filium Pater.*

Sin embargo la alligia otras veces este mismo cuidado de que perdía las atenciones á la divina presencia entre los diversos cuidados del convento, y de negocios de personas seglares. Referia

(1) Serm. de trat. Virgin.



sus temores en la oracion al Señor, que la confortaba asegurándola, que en ellos hacia su divina voluntad; pero aunque se serenaba entonces, renacian despues los mismos temores sin nuevo fundamento, porque como sola la caridad, ó la obediencia la sacaban de aquel interior retiro de la contemplacion á las ocupaciones, al volver desde ellas al coro, la introducía luego su dueño en aquella oracion retirada, y silenciaria en que los negocios, que habia tratado no turbasen el reposo de su alma con Dios, conociéndole asi, que el corazon de Josefa no amaba menos el amor cuando se divertia por las necesidades externas, que cuando oraba, como no ama menos el ruiseñor su melodia, cuando hace sus pausas, que cuando canta.

Parecióla un dia en su contemplacion, que el Señor desde una alta montaña la daba la mano para levantarla á aquella cima, persuadiéndola á la abstraccion de las criaturas; y temiendo, que el tiempo, que ocupaba en oír la gente del siglo la distragese de esta atencion, pidió á su Magestad la declarase si seria gusto suyo, que escusase las audiencias de personas seglares, que venian á buscarla; y entendió que la respondia asi: *Has de hacer lo que te mandáre tu confesor en esas ocurrencias.*

Pero aun la hacia su Magestad el favor de que en estos mismos negocios, que trataba por su amor, no perdiese aquella union de su voluntad toda empleada en Dios mientras las otras potencias se ocupaban en las obras exteriores; lo que especialmente me refirió haber experimentado en una fiesta de Santa Brigida, porque con el concurso de gente seglar á la fiesta tuvo muchas ocupaciones y cuidados, que la llamaban, y acudia á todos sin que la voluntad dejase aquel reposo y soledad interior, siendo entonces semejante su alma á los rayos del sol, que sin dejar el cielo tocan á la tierra. Escribe en una de sus cartas Santa Teresa las esperiencias, y los temores, de favor semejante, que consultó con San Francisco de Borja. (1) «Alguna vez, y muchas veces, (dije) »entiende el alma, que es unida sola la voluntad, y se entiende »muy claro, (digo claro á lo que parece) que está toda empleada »en Dios, y que vé el alma la falta de poder estar, ni obrar en

(1) Lib. 4 cart 48 núm. 6.

»otra cosa; y las otras dos potencias están libres para negocios y »obras del servicio de Dios; en fin andan juntas Marta y María. »Yo pregunté al Padre Francisco, si seria engaño esto? Porque »me traia abobada, y me dijo, que muchas veces acaccia.

Siguióse luego á esta paz interior la guerra con que el demonio intentó persuadirla, que aquella era falsa paz, porque siendo tanta su flojedad en todos los egercicios espirituales, estando tan ociosa en la oracion, tan simple, y abobada en las comuniones, no hallaria sosiego, sino estuviese insensible á los remordimientos de su conciencia. Que en vano se cansaba en hablar de esto al confesor, porque ni él, ni ella entendian bien el peligro en que vivia, y en que se perderia, sino emprendia otra forma de vivir, que entendiase bien, y fuese menos espuesta á las ilusiones. Pero aunque duró dos dias la fuerza de estas sugestiones (en cuyo tiempo oian las religiosas en su celda, y oia tambien Josefa grandes estrépitos) se defendia protestando, que solo deseaba agradar á su dueño, en quien confiaba, que no permitiria la ruina de su alma.

Eran muy frecuentes semejantes tentaciones con que el maligno espiritu pretendia inclinarla á una falsa humildad, poniéndose de parte de los ordinarios temores, con que vivia Josefa de todas sus acciones. Sugeríala, que cuanto pasaba por su espíritu en aquella oracion escondida, era ilusion; porque nunca comunicaba Dios sus favores, á quien nada hacia, como ella en su servicio; y cuando golpeando á fuera estas tentaciones, sentia sin embargo grande paz, y serenidad interior, la afligia de nuevo con otra tentacion de que esta misma serenidad entre tantos males del alma era manifiesta señal de un corazon endurecido. Pero resolvía siempre Josefa entre estas oscuridades y nieblas, que la combatian, no apartarse de aquel rumbo, por donde la guiasen sus confesores, como intérpretes de la divina voluntad. Sugeríala tambien el demonio, que tarde ó temprano la haria resbalar en aquel camino y la llevaria al infierno: á lo que respondió ella asi: *Aun al infierno iria yo á dar culto y reverencia á Dios, que es lo que solo pretendo y deseo.*

Ordinariamente la turbaba el enemigo con estas oscuridades y



temores escesivos, despues, que recibia algun particular favor de su amado, que debia decir al confesor. Referíame una tarde en el confesonario con grandes lágrimas estos temores, que tenian estremadamente afligido su corazón y mientras yo procuraba persuadirla á que los mirase como sugeriones de Satanás, para esforzarse á su desprecio, se suspendió un rato, y pronunciando despues unas amorosas inspiraciones á su dueño me dió señales de haberse deshecho aquella tempestad. Preguntéla lo que sentia, y me respondió, que nuestro Señor habia disipado una muy espesa niebla, que habia en su interior, dejando al alma en grande claridad y reposo. Estuvo en esta serenidad hasta la hora de Maitines, y entonces la sobrevino otra igual oscuridad, que duró toda aquella noche, reproduciéndola el demonio los temores antecedentes, y sugeriéndola de nuevo, que estaba ilusa aun en la aprehension de aquella claridad, que sintió poco antes en el confesonario.

En otra ocasion mientras estaba refiriéndome una merced, que recibió del Señor, sintió anudada su garganta de suerte, que no podia proseguir; y recelando yo, que aquel impedimento la ponía algun demonio obsidente, le mandé con interior precepto, que la dejase; y fué asi, que apenas se lo mandé interiormente, cesó el embarazo de la garganta, y prosiguió Josefa la relacion empezada.

Por este tiempo sufría á las noches frecuentemente grandes dolores, como si la atravesasen con una espada la cabeza, y las espaldas, pareciéndola, que cada una de aquellas noches seria la última de su vida, y al referirme despues estos trabajos se quejaba de la propia tibieza, porque cuando los estaba padeciendo empleaba las noches enteras en esta sola aspiracion ó jaculatoria á su amado. *Hágase tu voluntad.*

Otras veces sin atormentarla el cuerpo la embarazaba el demonio el reposo de la noche moviendo en su celda ruidos ya como de perros, que mordian las tablas, ya como de quien revolvía muchos papeles: pero conociendo, que el espíritu maligno pretendía inclinarla con estos artificios á alguna impaciencia, ó desabrimiento, se esforzaba á sufrirlos con serenidad.

En otras ocasiones representándose á su vista el enemigo la provocaba con sugeriones lascivas, y con visages impuros, po-

niendo entonces el Señor en el corazón de su sierva una estrema displicencia y amargura; y en uno de estos lances fortalecida Josefa con la gracia, ahuyentó luego al demonio, diciéndole asi: Apartate maldito, que aqui está una esposa de Jesucristo.

Cuando despues hacia nuestra V. abadesa las reflexiones de haber vivido tantos años cercada de enemigos invisibles y astutos, y cuando entendia tambien en la oracion claramente la fragilidad de nuestra naturaleza espuesta, y pendiente al abismo de todas las culpas: *Venian sobre ella el temor, y el temblor.* Formaba una justa idea de la propia flaqueza; y aunque en las pesquisas, que hacia á menudo de todas las acciones de su vida, no hallaba alguna en que conociese haber ofendido á Dios con deliberacion plena, la afligia sumamente el cuidado de algunas faltas escondidas á su conocimiento.

Asi acostumbraba en la oracion confesar espiritualmente á Dios aquellas culpas, que no conocia. En una de estas ocasiones el vehemente deseo de purificar su alma no la dejaba sosegar sin hallar sus faltas ocultas; pedia luz á su Magestad para conocerlas; y porque no la recibia como deseaba, le confesaba todas aquellas, que el mismo Señor conocia en ella; pero aun no estaba contenta con esta generalidad. Quería determinar algunas culpas ciertas, y no se atrevia á particularizarlas por el temor de mentir. Mientras estaba asi solícita y turbada; oyó que su Magestad benigna y amorosamente la decia asi al corazón. *Alma, cuando estarás contenta de haber dicho tus faltas?*

Porque esta aprehension de defectos ocultos la afligia muchas veces por este tiempo, solía representársela á su amado en interiores gemidos; y la confortaba, y aseguraba en sus temores el Señor, diciéndola asi. *Nunca te has apartado de mi voluntad.* Pero aunque por entonces se desvanecía aquel temor, la acosaba despues, y volvía á clamar á su dueño, que tambien la consoló diciéndola: *Siempre has estado en mi gracia.* Sin embargo renaciendo otra vez las mismas penas formadas en la aprehension de aquellas faltas, que ignoraba, volvió su Magestad á confortarla con estas voces interiores. *Nunca me has desagradado.*

A los temores de la vida pasada se añadan con no menor vehe-



mencia los de las acciones presentes. Dióla Dios á ver como en un clarísimo espejo la grandeza de las misericordias, que egercítaba con ella, avisándola, que no habia de interponerse entre ellas y su alma, ni una falta advertida, y conociendo al mismo tiempo la fragilidad de la naturaleza, desconfiaba de sí y temblaba clamando entre estos sustos á su dueño, que la librase de sí misma, porque no fuese ingrata á quien tanto debía.

Mientras vivia entre estos temores pareció á Josefa, que su espíritu fué conducido á una cumbre en la cual se halló sola, y temblando de susto por la aprehension de un precipicio inminente; pero vió formada luego en aquella cumbre una columna á la cual se arrimó advirtiéndole, que venia cabalmente ajustada á sus brazos. Abrazada con esta columna depuso el susto, entendiendo su alma, que aquella columna figuraba á Jesucristo, en cuyo arrimo tendria toda la firmeza necesaria, para no resbalarse en las alturas á donde fuese conducida. Dióla tambien á conocer el Señor, que en aquella columna se representaba el confesor, cuya direccion como de lugar teniente del mismo Jesucristo, la afirmaria entre los peligros que temia. Asi la instruia su Magestad en el temor y en la confianza, repitiéndola despues la misma doctrina en el simbolo de un papel, que fijado en la columna se mantenía firme, aunque sin este arrimo no pueda resistir á la fuerza de los vientos.

Ahondando otra vez, como solia en el abismo de las propias miserias, pedia al Señor con ansias vehementes, que no la dejase, ni se fiase de ella, porque le seria ingrata según aquellos temores, que la escitaba el conocimiento de la propia fragilidad. Descubrióla entonces Jesucristo su sagrado pecho dentro del cual la pareció, que estaba viendo un campo dilatadísimo, como lugar de refugio contra nuestros enemigos, y allí la mostró el Señor su propia alma, hablando asi: *Tú estas en mi corazón, y yo en el tuyo.* Dejó este favor en una confusion humilde á Josefa, que le respondió encogida, *Cómo cabe, Señor, que vuestra Magestad esté en un corazón tan inmundo como el mio?*

Pero nuestra V. abadesa, cuando mas favorecida temia mas los peligros de desagradar á quien amaba; y asi me decia muchas ve-

ces, que dándola Dios grandes deseos de hacer algo por su amor, la era pena insufrible el vivir en la incertidumbre de si le agradaban sus acciones; y no pocas veces agitada de estos temores amorosos decia al Señor en la oracion, que si pudiese enterrarse viva sin ofenderle, tomaria de buena gana este partido, por no vivir expuesta á los peligros de desagradarle. La vehemencia de estos temores llegó á turbarla tanto algun dia, que corrigiéndola amorosamente, y consolándola su Magestad la dijo asi: *No te turbes tanto: Yo vendré de dia, y no de noche;* pero Josefa que aun no se aseguraba de lo que en estas palabras interiores queria significarla su dueño, le preguntó con humildad, *Qué queréis, Señor, decirme en esto? Queréis decirme, que moriré de dia, y no de noche?* A esta pregunta respondió su Magestad con mayor claridad: *Yo vendré de dia, y no de noche, porque, ni hallo, ni hallaré en tí la noche de la culpa.*

CAPITULO XXII.

De algunas particulares mercedes, que hizo Jesucristo en la oracion á la V. Josefa.

Cuando aquellos castos temores como saetas de amor herian el corazón de Josefa, la daba el Señor alas de paloma, con que volase al desierto de la contemplacion. Empezaba la oracion por un paso de la vida ó pasion de Jesucristo, y quedando brevemente absorta recibia ordinariamente el favor de que este Señor adornando con un preciosísimo vestido su alma la introdujese á contemplar la divinidad al modo, que fué introducido Jacob adornado con los vestidos de su hermano mayor á la presencia del padre.

Pero como al volver despues á sí misma, se hallaba desnuda de aquel precioso ornamento, y en el conocimiento de su extrema pobreza, temia el engaño, y explicando al Señor sus recelos oyó que la decia: *Yo soy el que te adorno asi, déjate gobernar, viviendo siempre con recato, y temor de tí misma.*

Otras muchas veces recibiendo en la oracion la luz del agradecimiento, que debía á Dios por cada uno de sus innumerables be-



neficios, la afligia el no tener caudal para retribuirlos, y solia entonces ver con los ojos del alma un árbol cargado de preciosísimos frutos (entendiendo, que estos simbolizaban los tesoros de nuestra redencion, los cuales queria su Magestad le ofreciese para retribucion de sus dones, y asi descansaba Josefa con ofrecer estos méritos de Jesucristo á su Eterno Padre, diciéndole : *Señor esta es nuestra paga.*

En las fiestas principales de los misterios de nuestra redencion recibió especiales favores, de que referiremos algunos. En un dia de la Expectacion de Maria Santísima mientras contemplaba absorta Josefa la grandeza de Dios, y su propia bajeza, sintió con grande claridad, como que nuestro Señor en un grande fuego, la deshacia, y la convertia en menudísima ceniza, y volvía despues á formarla, ó renovarla, dándola á conocer por interior ilustracion, que la disponia con esta renovacion para recibir noticias, y tiernos sentimientos del misterio de su Encarnacion; y asi la dió muy especiales luces de este misterio mostrando á los ojos de su alma por un modo inefable la purísima sangre de Maria Santísima, de que se formó su sacratísimo cuerpo, y la fortaleza con que desde el principio de su Encarnacion se ofreció á padecer por nosotros.

Dos dias despues de la Expectacion la pareció, que en otro mayor fuego deshacia el Señor su corazón, y la reformaba, diciéndola, que hacia con ella lo que el ollero, que teniendo formada la masa la examina para reformar lo que tiene de imperfecta. En esta vision se sintió interiormente movida á pedir á nuestro Señor, que pues la deshacia, y la reformaba, habia de bautizarla tambien para que asi quedase su alma pura, y graciosa á sus divinos ojos; y como condescendiendo á este ruego la dijo su dueño asi : *Bien está, yo te bautizaré.* Quedó Josefa en la esperanza de este nuevo bautismo ó clarificacion de su espíritu entonces; y despues en el dia de la Natividad de la Santísima Virgen entrando en la oracion sin alguna memoria de esta esperanza, sintió vehementísimos impulsos de pedir á la Reina del cielo, que la alcanzase de su Hijo Santísimo un nuevo nacimiento y bautismo, con que renovado, y purificado su espíritu le agradase perfectamente en adelante, yá

que hasta ahora nada habia hecho en su servicio con la perfeccion que deseaba.

Imploró fervorosamente el favor de todos los Angeles y Santos del cielo al mismo fin de que la negociasen con la comun reina su intercesion, para obtener esta purificacion de su alma; y quedando dulcemente arrebatada, ó absorta, sintió por una clarísima ilustracion la asistencia, y la proteccion de una grande turba de ángeles y de santos en general; pero antes que Josefa conociese lo que ellos pedian al Señor, oyó, que su Magestad la decia estas palabras: *Alma, yo soy el sacerdote Eterno.* Luego vió que Maria Santísima tomando en sus brazos una niña muy pequeña, se la presentaba á Jesucristo, entendiendo al mismo tiempo, que la concedia por la intercesion de su Santísima Madre aquel Bautismo simbólico, ó purificacion de su espíritu, complaciéndose en la parvulez de esta criatura, y en la intencion con que pretendia solo el agradarle.

Por las últimas semanas del Adviento acostumbraba manifestar al Señor en la oracion los deseos de haber alcanzado el tiempo en que vivia su Magestad en el mundo para servirle de criada, ó esclava en aquel viage, que con su Madre Santísima y con San José hizo á Belen; y para descubrirla este Señor, que le eran gratos aquellos amorosos sentimientos, al tiempo de recibirle Josefa en la Comunión Sacramental cinco dias antes de la fiesta de su santo nacimiento, oyó una clarísima voz, en que la dijo. *Vamos.* Al oír esto se representó á la vista de su alma un camino amenísimo por el cual marchaban entre grandes luces la Santísima Virgen y su esposo. Entendiendo Josefa que era este el dia en que empezaron su viage desde Nazaret á Belen, y que en él los servian, ó acompañaban muchos ángeles. La representacion de este viage de Maria Santísima y San José duró en su alma los dias siguientes, pareciéndola, que aun cuando caminaban de noche les alumbraba una clarísima luz; pero dudando Josefa como podria ser verdadera tan estraña claridad por la noche, entendió, que aquellos resplandores eran del sol de justicia, que venia á alumbrar al mundo.

Representándola despues el Señor en la vispera de su nacimiento aquel camino, la dijo asi en voz interior : *Ea vamos, yo en*

las entrañas de mi Madre, y tú en mi corazón. Dejó este favor á Josefa confusa, y abismada en el conocimiento de su indignidad, y mientras permanecía en aquel humilde encogimiento la manifestaba el Señor el símbolo de un purísimo torno de cristal, dentro del cual había un tan grande, y tan peregrino resplandor, que no hallaba con que compararle, ni modo de explicarle.

Duró en esta dulce contemplacion hasta la noche pasando desde aquel cristalino espejo, que contemplaba rayos de luz, y de ardor á su alma; pero despues que con la comunidad bajó á la colacion la pareció, que una espesa niebla se interpuso entre aquel divino resplandor, y su alma, dejándola en penosa oscuridad, que por todo el tiempo de Maitines, y hasta el fin de la misa la afligió con la aprehension, de que ella hubiese dado motivo para aquellas tinieblas en alguna culpa suya. Comulgó al fin de la misa con sus súbditas, y entonces disipándose en la presencia del sol aquella niebla, volvió á rayar la luz en la interior region de su alma, pero queriendo acusarse Josefa, de que su ingrata correspondencia hubiese dado motivo á aquella ausencia de Jesucristo, la dijo así este Señor: *He estado yo dormiendo en tu corazón.*

En el día de la Circuncision al tiempo de recibir á Jesucristo Sacramentado, vió que antes de llegar la forma consagrada á la garganta, se formaba en la misma boca, y se envolvía en pañales un niño, de quien no vió Josefa sino los ojos. Quedó confusa, y admirada de esta vision, que pasó brevisimamente, pero retirándose luego á las gracias de la comunión, se representó allá en el fondo de su alma un pañal blanquísimo, cuya pureza y hermosura la parecia inexplicable. En este pañal vió caer cinco gotas de sangre, dándola el Señor tiernísimos sentimientos de la fineza de haber vertido este día las primicias de aquella sangre divina, que había de derramarse despues pródigamente en cinco fuentes copiosas para consumir la empresa de nuestra redencion.

En el día de la Epifania pedia nuestra V. abadesa á los Santos Reyes su intercesion con nuestro Señor, para que tambien ella acertase á hacer una ofrenda digna de su aceptacion. Así oraba absorta entre estos fervorosos deseos, cuando entendió, que agradómas al Rey de los Reyes la voluntad, que los dones en aquella

ofrenda de los Magos; y que queria su Magestad celebrar en el alma de su sierva este Misterio. Encogióse Josefa representando su indignidad y vileza; pero entre los afectos de humildad con que resistia á este favor de su dueño, sintió que se dilataba y ensanchaba su espiritu para recibir la merced, que la ofrecia. Vió tambien señales de haber participado el cuerpo visiblemente de aquella interior dilatacion; porque todo él se ensanchó de suerte, ó se hinchó, que apenas podía sosegar, ni tenerse, no cabiendo sin grandes apremios el cuerpo dentro del hábito. Receló Josefa si este accidente seria efecto de natural hidropesia; pero cuando despues de media hora advirtió, que ya su cuerpo volvía al antiguo estado sin algun remedio natural, conoció, que no era esta la hidropesia que sospechaba; y al referirme despues este favor, se conmovió de suerte su corazón, que la pareció andaba allá en su pecho, como una rueda de molino, segun lo que experimentó tambien en otros lances ya referidos en esta historia.

Despues de la fiesta del Triunfo de la Cruz estando en oracion la previno el Señor con secreto anticipado aviso, que queria hacerla una merced. Encogíase con la vista de su indignidad y se retiraba de recibirla, representando á su Magestad los temores que la afligian de que alguna vez le hubiese desagradado ó hubiese tenido en sus acciones otro fin, que el de su gloria divina. Pero mientras ella se encogía sintió que el Señor, como acercándose mas á su alma la ponía á su vista los grandes tesoros que tiene preparados para las almas, que se disponen bien á recibirlos; mas nuestra Josefa, como apartando la vista de estos premios, decia á su amado. *No es eso, Señor, lo que yo quisiera: Mi única pretension es la de agradaros, todo lo demás fuera de vos no me satisface.* Nobles afectos de una alma pura y perfecta, que no sabe amar los tesoros del esposo, sino al esposo de los tesoros, que no estima menos el Calvario mientras Jesucristo está crucificado en él, que el cielo donde está glorioso, ó que solo ama el cielo, porque es amado en él su esposo.

mas el Rey de los Reyes la voluntad, que los dones en aquellas



CAPITULO XXIII.

Prosigue la relacion de otros favores.

Como uno de los cabellos de la esposa, ó la única pretension, que tenia de agradar al esposo de los cantares, (1) hirió su corazon, así el puro amor con que solicitaba Josefa únicamente las complacencias de su amado le movió á derramar sobre ella la lluvia de sus gracias.

En un día de San José mientras pedia en la oracion á nuestro Señor, que por intercesion de este santo Patriarca la concediese aquellos dones de fé y confianza, con que le enriqueció, se representó á su alma la sacratísima humanidad de Jesucristo, como convidándola á recibir una merced, que queria hacerla, á cuya vista aunque se estremeció con el peso de los ordinarios temores, sintió, que la porcion superior de su espíritu volaba á recibirla con pacífica sumision. Dijola entonces nuestro Señor así: *Pues tú referes á mi gloria únicamente tus acciones, y las misericordias, que recibes, quiero derramar sobre esa desnudez de espíritu mis favores.* Despues de esta prevencion sintió que su Magestad arrimaba al pecho de su sierva las llagas de sus pies divinos, diciéndola que queria sellar en su corazon aquellas virtudes de la fé y de la esperanza, que le pidió por intercesion de San José. Descubrióla tambien el Señor una llaga en el hombro siniestro de su cuerpo sacratísimo, dándola á conocer, que el grande peso de la cruz, que llevó acuestas al Calvario, habia abierto aquella llaga, y se la curase Josefa, como todas las demas, que abrió en su cuerpo santísimo la crueldad de los hombres. En la contemplacion de estas llagas estaba tambien llagado el corazon de Josefa con una pena amorosamente dolorosa cuando experimentó el nuevo favor, de que su Magestad, como apretando la cabeza de su sierva, se la arrimaba á su costado, y la decia. *Este ha de ser tu alimento.*

Otro dia despues de haber comulgado se representó á los ojos de su alma Jesucristo, como un pastor, que con infinito amor de

(1) Canto. 4 v. 9.

sus ovejas, queria recojer las que andaban derramadas entre los peligros del precipio, dándola á conocer, que era tan grande su deseo de buscar á cada una de sus ovejas, como si ella sola fuese todo su cuidado. Con esta inteligencia recibió Josefa tierno, y doloroso sentimiento de ver que fuesemos tan ingratos los hombres á este beneficio, y se ofreció á hacer, y padecer, cuanto pudiese, porque todas las criaturas le agradeciesen aquel amor con que vino á buscar los pecadores. Queria su alma introducirse en aquellas llagas, que nos descubrieron sus entrañas amorosas, pero mirándose tan miserable, y defectuosa, no se resolvía; por eso rogó al Señor con todas las fuerzas de su espíritu, que la purificase para que pudiese llegar á sus pies á adorarle y agradecerle, como debia este beneficio.

Estaba absorta en estas aspiraciones á su dueño, cuando la pareció, que vió su corazon, como colgado de un hilo, que estribaba en los pies de Jesucristo. Pero todavía temiendo Josefa su propia fragilidad clamaba al Señor, que no soltase su corazon, que le asegurase bien, y no se fiase á ella misma, porque le seria infiel. Vió entonces el mismo corazon en las manos de Jesucristo, entendiendo, que su Magestad le guardaba en ellas con cuidado. Esta vision la escitó á pedirle otra vez, que mirase bien aquel corazon, y le purificase sin permitir, que en él hubiese cosa desagradable á sus ojos, y como si todavía no se asegurase con la vista de su corazon en las manos de Jesucristo, movida del mismo Señor, clamó á María Santísima, que la negociase un sitio, donde estuviese libre de sí misma. Sintió entonces, que la Santísima Virgen la introducía en la llaga del costado de su hijo santísimo, como en un dilatadísimo campo, en el cual estuvo dulcísicamente enagenada, sin acordarse de sí misma, ni de los peligros de desagradar á su amado, hasta que volviendo á sus sentidos padeció indecible vergüenza, y confusion, con la reflexion de ser tan favorecida, y tan ingrata. Parecióla, que cuanto padeció de persecuciones del demonio, y de los hombres era nada para lo que se debia á su ingratitud, y se pasmaba como no conspiraban todas las criaturas, y como las piedras mismas no se conjuraban, para vengar en ella la infidelidad con que respondia á las mercedes de Dios.

Fué semejante otro favor, que recibió en el día de la Presentación de Nuestra Señora, porque mientras estaba en la oración temerosa de su flojedad en el divino servicio, fué introducida en un templo donde al principio vió á Jesucristo, en forma de niño recién nacido entre su Madre Santísima y San José, y cuando estaba absorta en la admiración, y en el amor de esto, que se representaba á su alma, sintió la presencia del mismo Jesucristo, que llagado de pies á cabeza destilaba por sus heridas sobre el espíritu de Josefa un licor celestial, con que la confortaba.

Poco despues volvió á representarse á su vista interior el mismo Señor Crucificado en cuyas santísimas llagas descubria un campo dilatado como refugio para todas las almas, que buscasen en él la salud, y la defensa contra sus enemigos. Arrimóse entonces su alma á los pies de Jesucristo con la ansia de besar aquellas llagas sacratísimas, y esconderse en ellas; pero pareciéndola, que aun no se escondia bien de sus enemigos, y de sí misma, pedia al Señor, que la escondiese mas. Entonces como por una escala fué conducida su alma á las llagas de las manos de Jesucristo, pero aun con esta representacion no cesaba el deseo de esconderse mas. Sentia el alma la sed de acercarse á la llaga de su santísimo costado, y vió, que su Magestad despegando de la cruz sus manos sacratísimas, la abrazaba y la introducía en su costado, en el cual pareció á Josefa, que estuvo como media hora clamando á su dueño, que la tuviese allí, y hiciese en aquel sitio su morada, sin dejarla volver á sí misma. Todo aquel día la duró despues la presencia de este favor con un linage de embebecimiento amoroso, y con una delicadísima pena de vivir en la cárcel del cuerpo.

En otra ocasion manifestando á nuestro Señor Josefa, como solia, sus deseos de que la purificase, se sintió movida de un extraordinario impulso á pedirle, que la introdujese en la llaga de su costado, y allí la uniese con su corazón divino. Entre estos ruegos oyó, que la decia el Señor así: *Es muy grande esa merced, que me pides, y dónde tienes tú la pureza necesaria para unirte con mi corazón?* Pero ocupada entonces Josefa de una vergüenza animosa, le dijo. *Es verdad Señor, que no tengo la pureza necesaria, pero veo á vuestra Magestad tan inclinado á comunicarse á sus cria-*

turas, que solo por complacer á su inclinacion, lo pido. Sintió despues de esta respuesta, que su alma fué introducida, como otras veces en la llaga del costado, dignándose el Señor de concederla el efecto de aquellas peticiones, que la inspiraba.

Solia nuestra V. abadesa, despues de Maitines recogerse en el coro antes de la visita de las celdas de las religiosas, que hacen las preladas por ordenacion de la Regla de Santa Brígida. Poníase allí delante de una estátua de Jesus Nazareno á breves aspiraciones, y la pareció una noche víspera de San Matias, que la cara de aquella estátua, se revistió de terrible severidad, como queriendo hablarla de algun asunto lastimoso. Tembló Josefa recelando, que alguna culpa suya hubiese motivado aquella severidad, y enojo; pero volviendo la noche inmediata al mismo sitio, la pareció, que aquella estátua la miraba con agrado y apacibilidad, convirtiendo los antecedentes temores en repentinos júbilos del corazón, que no pudo contener: porque embriagada de ellos decia á su amado. *Señor, somos amigos? Señor, estoy yo en vuestra amistad.* Afectos de aquel amor ardiente, que olvida la dignidad del amado, ó no mira la reverencia que le debe. Pero así suele la vehemencia de esta fiebre amorosa excitar un feliz delirio en las almas puras, para prorumpir en aquellos, que Santa Teresa llamaba: *Santos desatinos.*

En los deseos, que afligian á Josefa de desatarse de las prisiones del cuerpo, la confortó el mismo Señor, por cuya vista suspiraba. Hizola ver en su oración el simbolo de la abeja, que escogiendo las mas fragrantés flores, va labrando la miel, y luego se representó á la vista interior de su sierva Jesucristo, mostrándola en sus divinas manos un hermosísimo panal, y dándola á conocer, que lo habia labrado la divina gracia con ella; pero advirtió, que para acabar de labrarse perfectamente aquel panal le faltaba un pedazo en un extremo.

Con simbolo semejante, se manifestó despues el mismo Señor á la alma de Josefa, trayendo en sus manos una cruz de rara belleza, cuya frente estaba bañada de indecibles resplandores. Al mirarla en las manos de Jesucristo le dijo así: *Señor, esa cruz es vuestra: nada hay mio en ella.* Pero su Magestad la dió á conocer,

que habia labrado en ella, y con ella aquella cruz, en cuya cabeza estaba tambien labrada una hermosísima corona, á la cual faltaba un poco, que llenar; y queria que llenase aquel vacio con trabajos bien sufridos á su imitacion. Este favor la dejó confortada en la pena, que sentia, de que su destierro se prolongaba demasiado.

Pero para que mientras viviese entre los peligros del mundo evitase las celadas del amor propio, la enseñó su Magestad la sujecion al arbitrio de sus ministros, por aquella ciega obediencia, que se llama: *Muerte espontánea, y sepultura de la propia voluntad*. Iba á rezar visperas con su comunidad, cuando miró nuestra V. abadesa una estampa del Descendimiento de Jesucristo, que tenia en su Diurno; y al mirarla en un repentino rayo de luz, entendió estas voces de Jesucristo á su corazón. *Como estoy aqui muerto, y entregado á los brazos de mi Madre, quiero que vivas muerta, y entregada á la direccion de mis ministros*. Obró esta interior locucion en su espíritu aquel respeto y sumision, que persuadia al imperio de los confesores.

Y porque temia muchas veces, que se escondiesen al conocimiento del confesor, algunas faltas suyas, que ella no advertia, ó no sabia explicar, fué confortada en estos temores, por el mismo Señor, á quien vió allá en el fondo de su alma, como en una sala, mirando todos los retretes, y rincones de aquel sitio, y esparciendo en ella suavísima fragancia de sus llagas. Vió despues que su confesor, siguiendo los pasos de Jesucristo miraba con cuidado todos aquellos retretes, y senos de su conciencia, entendiendo al mismo tiempo Josefa, que como su Magestad estaba siempre viéndolos todos, daba tambien á su ministro la luz, para que entendiese y dirigiese su espíritu.

Mientras me referia este favor, y el agradecimiento que debia á Dios, porque desde niña la instruyó en la reverencia debida á los confesores, quedó suspensa en el confesonario, y daba señales de algun deliquio amoroso. Preguntéla lo que pasaba, pero antes de mi pregunta estaba ya arrebatada en éxtasis. Dejéla así un rato, en cuyo tiempo, la oía pronunciar estas palabras: *Ay, que hermoso viene!* Cuando volvió á si misma, me dijo, que sintió en el paladar

undulcísimo, y suavísimo sabor, que quiso el Señor rebose al sentido del gusto, desde el espíritu de su sierva, que recreaba en aquella dulcísima union con el maná escondido de sus delicias.

Los favores, con que la regalaba el mismo Jesucristo en la comunión sacramental, eran muy frecuentes. Sentia muchas veces por una clarísima luz, que estaba este Señor recostado en su pecho, en forma de niño, que dormia en él. Otras veces le sentia como niño al principio, y despues iba creciendo de suerte que la parecia, no cabia ya dentro del pecho, y solia aflojar el hábito, como si necesitase de esta diligencia para respirar.

En otras comuniones le parecia, que su propia alma iba creciendo mientras tenia en su pecho al Señor Sacramentado, dándole á ver su Magestad en esta ilustracion el principal efecto del espiritual crecimiento de gracia y virtudes, que obra el sacramento de la Eucaristía en las almas, que dignamente le reciben.

Entendia tambien por una clarísima ilustracion en otros dias de comunión, que manando de Jesucristo, como de una clarísima fuente la lluvia de las gracias de su alma, formaban en ella un rio tanto mas caudaloso, cuanto con mas prontitud y desinterés volvía Josefa á la misma fuente el reconocimiento y la gloria de aquella lluvia y dones que recibia.

Sin embargo, lamentándose siempre la V. M. de la tibia disposicion, con que la parecia llegaba á recibir á Jesucristo, la alentaba este Señor, significándola, que le eran aceptas sus comuniones. Luego, que recibió un dia la forma consagrada en la boca, advirtió que pasó desde ella al estómago con tan arrebatado movimiento, que la causó grande admiracion. Mientras daba las gracias preguntó con humildad al mismo Señor, lo que queria significarla en aquel paso tan veloz desde su boca al estómago, y entendió que su Magestad la respondia así: *Tengo en tu alma mis delicias*.

A tres horas despues de haber comulgado otro dia entendia claramente, que se conservaban todavia en su estómago las especies Sacramentales. No acertaba á dudar de la verdad de esta inteligencia, y dudaba solo, si el permanecer por tanto tiempo sin corromperse las especies, provendria de que la faltaba calor natural



para su digestion ; pero mientras se resolvía en su pensamiento esta duda , oyó que nuestro Señor la decía : *No es por eso , sino porque entiendas , que yo reino en tí.*

En otra comunión la confortó también en sus ordinarios temores el mismo Señor , diciéndola en una suavísima voz al corazón estas voces. *De mi mesa ha de ser tu alimento.* Favor , que produjo en Josefa la confusión humilde , con que respondió así á su dueño. *Señor , eso será porque también los perros comen las migajas de la mesa de su Señor.*

Refirióme la V. M. que varias veces mientras representaba á Dios sus recelos de que no le fuesen agradables sus comuniones por la propia tibieza , vió con los ojos del alma , que se abría de par en par el sagrario de la iglesia , y aunque al principio recelaba que esta fuese alguna ilusión del sentido , pidiendo á nuestro Señor , que no permitiese su engaño , se repetía la misma vista imaginaria , y duraba mucho tiempo con mas claridad , que si la vista fuese con los ojos del cuerpo.

Porque así manifestaba el Señor complacerse en las comuniones de su sierva pretendía embarazárselas el demonio , sugiriéndola frecuentemente los temores , de que comulgaba sacrilegamente , y añadiendo otras invenciones , con que la amedrentase y retragese. Por tres dias la afligió en la imaginación con la viva representación de unos toros de extraña fiereza , que con disformes astas , y con horriblas lenguas , que colgaban de sus bocas , intentaban cerrar el paso para el comulgatorio ; pero experimentaba al mismo tiempo una fortaleza singular para pasar por medio de ellos haciendo actos de amor de Dios , y de confianza en su Magestad , sin cuya facultad , no tenían ellos poder para maltratarla. Después de los tres dias , en que al horror de esta vista imaginaria acompañada con muchas tentaciones , se demudó notablemente su semblante , no se pudo ocultar á las religiosas alguna grave aflicción , que padecía Josefa , pero entonces la hizo su Magestad la gracia de interponer como una muralla entre su imaginación , y aquella representada fiereza de los toros , con que descansase de la fatiga y del susto.

CAPITULO XXIV.

Recibe por otro trienio el oficio de Prelada , y nuevos favores de María Santísima y de los Santos.

Por Marzo de 715 , acababa el trienio de abadesa la V. M. Josefa , y aunque las religiosas tenían en la ancianidad , y en los ajes de su amada superiora mucho motivo para aliviarla ya de esta carga , sin embargo se movieron uniformemente á reelegirla para otro trienio : porque experimentaban lo que sus ejemplos conducían , para mantener el vigor de la disciplina regular , y porque aun los temporales intereses del monasterio , se acrecentaron notablemente en los tres años precedentes de su gobierno.

Toda la inclinación de la V. M. sería no tener otro cuidado que el de su propia alma , porque ya se miraba llena de años , y de dolencias en el borde del sepulcro , y porque se contemplaba también desnuda de los talentos proporcionados para superiora. Pero se rindió otra vez á este yugo sabiendo , que no es nuevo en los designios de la Providencia , servirse de instrumentos débiles para manifestar en los efectos aquella mano divina , que suple su improporcion , ó los proporciona para los fines y obras , á que los destina. Por eso mientras representaba en la oración Josefa á su dueño , la propia ineptitud para servirle en el empleo de prelada , entendió , que alentándola á recibir esta carga , la decía el Señor así. *Ambos lo haremos.*

Continuó la V. Abadesa en el cuidado de mantener el tesón de la regular observancia , que vió tan constante hasta ahora en el fervor de sus súbditas , y aplicaba también no pequeño cuidado en la economía y prudente distribución de las rentas y limosnas , que percibía el convento. Pero tenía siempre en deseo la quietud , y el silencio de la oración , para la cual procuraba desembarazarse cuanto la permitían las precisas ocupaciones del oficio.

De esta suerte siempre atenta á lograr todo el tiempo , que pudiese para conversar en los cielos , recibía en la contemplación nuevos favores de María Santísima , y de los ángeles y Santos.



En un dia de la Presentacion de Nuestra Señora, acordándose de haber oido, que se presentó en el templo con intencion y propósito de servir á Dios en él, no por tiempo determinado, sino por toda su vida, pidió Josefa fervorosamente ser admitida á imitacion de Maria Santísima en aquel templo para perpétua esclava. En la vehemencia, con que hizo esta peticion, y ofrecimiento de sí misma, padeció una suspension, en que se manifestó á su alma la figura, ó simbolo de la culebra, que pasando por el estrecho agujero de una piedra, deja alli su piel. Al ver con los ojos del alma este simbolo, prorrumpiendo Josefa en aquellos sentimientos de propio desprecio, á que mueven las divinas mercedes á las almas dijo asi á su dueño. *Ya veo, Señor, lo que quereis decirme en la figura de esta culebra: yo soy como ella, y soy peor, que las culebras, peor, que Judas, y los demonios.* Cuando se acusaba de esta suerte á sí misma, entendió lo que la representaba aquel simbolo; que para entrar como deseaba á imitacion de Maria Santísima en su templo, era menester dejar el vestido viejo de Adan, y revestirse de Jesucristo. Al entender esto se puso á su vista interior un paso estrecho, por el cual pasó con grande opresion y dificultad, pero despues de este estrecho paso sintió, (como otras veces) que Maria Santísima vestia, y adornaba su alma, y la decia asi. *Por mayores, que sean las ansias con que solicitas mi favor para tí, y para todas las criaturas, es incomparablemente mayor el deseo que yo tengo de favorecer á todos, y de que logreis todos el fruto de la Redencion de mi Hijo Santísimo.*

En un dia de los Dolores de Nuestra Señora despertó la V. Josefa con deseos de pedir en la oracion alguna participacion de los que en la crucificacion de Jesucristo padeció su Madre Santísima. Entrando á orar con estas ansias, fué arrebatada su alma á un éxtasis, en el cual sintiendo la presencia de Maria Santísima con semblante de una inesplicable serenidad y gozo, entendió, que la decia asi. *Aunque fueron tan grandes los dolores de mi espíritu en las penas de mi Hijo Santísimo, no tocaron, ni alteraron la serenidad, y la indiferencia, con que estaba aparejada á beber hasta la última gota de aquel cáliz de tribulacion.*

Tuvo presente la memoria de este gozo hasta la tarde, y en-

tonces volvió á arrebatarse su alma en la contemplacion, á la vista imaginaria de un grande mar de fuego, en el cual la parecia, que estaba viendo á Maria Santísima, como anegada hasta la garganta; y entendia tambien la serenidad con que bebia la inundacion de aquellas amarguras por su perfectísima union con el divino beneplácito; sintiendo al mismo tiempo Josefa grandes impulsos de acompañar en aquel golfo de amarguras á la dolorosa Madre de Jesucristo, y asi pidió fervorosamente á este Señor, que la condujese á aquel mar de penas, pero la pareció, que su Magstad la permitia solo acercarse á la orilla, sin dejarla pasar mas adentro, al modo, que un padre permite á su hijo tierno que se acerque á teñir sus zapatos en la orilla del mar, pero le prohíbe el que se engolfe. En esta detencion entendió Josefa la diferencia de las pequeñas tribulaciones de las otras puras criaturas, comparadas con las grandes amarguras de Maria Santísima.

Pero todavía no la dejaba sosegar la sed de participar algo de aquellas penas, y por eso insistió con nuestro Señor, que pues no habia en ella fortaleza para tragar tan grande inundacion de amarguras, á lo menos la permitiese unir las pequeñas gotas, que participaba en la orilla con todo aquel mar de los dolores de su Madre Santísima. Crecian en la oracion estos deseos, y á proporcion de este crecimiento, la pareció, que iba creciendo su propio espíritu, mostrándola el Señor en esta representacion aquella verdad de que nuestras pequeñas acciones, y trabajos crecen, y abultan en la divina presencia, cuando se unen con las grandes virtudes de Maria Santísima, y de los santos. Al volver á sí misma de esta vision se halló con intenso dolor de todos sus huesos, que en todo aquel dia, y el siguiente la privó sin alguna interrupcion del reposo del cuerpo, aunque en la parte superior del alma sentia especial consuelo de padecer, á imitacion de nuestra Señora.

En otra ocasion habiendo salido en suerte de los santos del mes (segun la costumbre de su monasterio) para Josefa la Reina de los santos, delante de su imágen, que tenia en la celda, la pidió que pues lograba la suerte de tener tal abogada la negociase con su Hijo Santísimo una pureza tal, como la que tuvo su alma,



cuando recibió el bautismo, que no permitiese hubiese en ella mancha, con que la desagradase, porque la seria pena intolerable parecer en el divino tribunal con culpa alguna, no tanto por temores del castigo, como por puro amor á su Dios. Asi instaba fervorosamente sintiendo una segura confianza, de que serian oidos sus ruegos, cuando oyó con la claridad, que otras veces estas palabras de Maria Santisima. *Ya sabes, que nada sabe negar á mi intercesion mi Hijo Santísimo, y te concede las gracias, que le pides, y no ha habido en tu vida cosa con que le hayas ofendido:* Pero al referirme estos favores me añadió Josefa: que entendió estas palabras en el sentido, de que nunca habia ofendido á Dios con perfecta advertencia y conocimiento de la divina ofensa.

La que era tan favorecida de Maria Santisima desde la niñez lograba por uno de sus mayores favores el amor á su grande bienhechora; pero no contenta con lo que la amaba solicitaba los crecimientos de este amor, y por eso en un dia de San José rogaba ardientemente á este Santo Patriarca en la oracion asi: *Concededme Santo mio un amor muy grande á vuestra Santísima Esposa, y tan grande como el que vos mismo la tuvisteis, y no puedo contentarme con menos.* Con la vehemencia de estos afectos perdió el uso de los sentidos, y la pareció, que su espíritu arrebatado á la vista de un monte altísimo, entendió alli con grande gozo suyo la inefable pureza del alma de San José, la grande humildad y reverencia á su Esposa Santísima, junta con un amor tan elevado, y tan incapaz de ser comprendido, que quedó despues ella como avergonzada de haber pedido para sí misma un tan grande amor.

Añadirémos ahora brevemente la devocion de la V. Josefa á los santos, y algunos particulares favores, que recibia. Solia decirme que sentia frecuentemente por vista intelectual la presencia, que la hacian los santos de su particular devocion, entre los cuales contaba, San José, San Juan Evangelista, Santiago, San Francisco de Asis, San Antonio de Padua, Santa Brigida y San Ignacio. Solia ofrecer á nuestro Señor los merecimientos de estos sus especiales abogados, y de todos los santos en general, dando á su Magestad las gracias de los favores, que les hizo en el mundo. Otras veces como mendiga espiritual acostumbraaba pedirles su in-

tercesion, empeñádoles en que diesen en su nombre aquel agradecimiento, que ella no sabia dar á los divinos beneficios; entendiéndola Josefa en ambas oraciones la complacencia, que tienen los santos en ser rogados para concedernos su intercesion, y la que tienen tambien en que nos intereseamos los viadores en agradecer á Dios los dones de gloria, que poseen.

Acostumbraba encender de noche unas velas de cera en las fiestas de los santos sus devotos; y para señal de que les era acepta esta devocion me refirió Josefa, que en la vispera de los Santos Mártires Emeterio, y Celedonio (que se veneran en una antigua Basilica de esta villa de Azcoitia, con especial devocion del pueblo) encendió como solia en su celda una vela despues de acabados los Maitines. Habiéndose encomendado á estos santos, apagó la luz para retirarse á su tarima; pero luego que se acostó advirtió, que se volvíá á encender aquella vela, que dejó como apagada. Causóla esto alguna novedad, pero inclinándose á que provendria de no haberla apagado bien, se levantó, y volviendo á apagarla con mas cuidado, se acostó otra vez; pero tambien se encendió de nuevo la vela con mayor estrañeza de Josefa, que la habia apagado con mas reflexion. Sin embargo volvió otra vez á levantarse, y la apagó con la última diligencia. Retiróse á la cama, y vió, que tercera vez se encendió la vela. Asi la dejó arder persuadiéndose á que nuestro Señor la hacia ver aquella luz, lo que se complace en los obsequios religiosos, que se hacen á sus santos.

Solia tambien Josefa guardar las cédulas de los santos del mes, para quemarlas despues de algun tiempo. Tomó una noche tres de estas cédulas, y arimándolas á la luz del candil, dijo asi á nuestro Señor con un pronto impulso. *Como arden estas cédulas, y como ardieron los Santos escritos en ellas, quisiera yo Señor, que ardiese mi corazon en vuestro amor.* Al decir esta jaculatoria se arrebató una de las cédulas de su mano, y voló con el fuego hasta el techo, quedando Josefa asombrada, y temerosa, de que prendiese el fuego en el techo mismo; pero recobrándose luego del susto dudaba como pudo subir tan alto aquel delicado papelillo, embestido del fuego? Y en esta duda entendió con claridad es-



las voces: *para que veas, que tus deseos y afectos suben al cielo.*

Al Apóstol Santiago solia dirigir la peticion de que la negociase para la hora de su muerte aquella especial asistencia de María Santísima, que el Santo Apóstol logró en la suya; y mientras solicitaba ardientemente esta intercesión en un dia del Santo, tuvo Josefa en clarísima ilustracion el conocimiento de que por la especial devocion, que tuvo á la Reina del Cielo, la mereció su particular asistencia, con que acrecentó muchos méritos en su martirio glorioso, y que por aquella devocion logran tambien los reinos de España, como patrimonio del Santo Apóstol, la singular proteccion de María.

En un dia de San Ignacio de Loyola solicitaba Josefa, (como solia muchas veces) la intercesion del Santo con nuestro Señor para que la consiguiese la firmeza de la purísima intencion en todas sus obras, segun los propósitos que desde la niñez concibió de referirlas todas á la mayor gloria divina, sin respeto á las esperanzas de premio y temor de castigo; y engolfada en esta peticion tuvo una clarísima inteligencia de la grande gloria del alma del Santo Patriarca, por aquella pureza, y desinterés con que buscó en todas sus empresas la mayor gloria de su Dios, y entendió tambien cuanto glorifican á su Magestad las almas, que olvidadas de los propios emolumentos y consuelos, pretenden por fruto y fin del amor al mismo amor. Despues de esto fué introducida en una estrechísima senda, por la cual la manifestó nuestro Señor, que caminaban pocas almas, y la descubrió al mismo tiempo otro camino mas ancho, por el cual iban muchas, entendiendo por esta diversidad de caminos, que aun entre las almas justas son las menos las que siguiendo aquella senda mas escelente buscan pura, y desinteresadamente la mayor gloria de Dios.

Despues de la vista de estos dos caminos oyó en clarísima locucion interior estas voces. *Dios solo*: Inspirándola el Señor por ministerio de su Angel, que las almas perfectamente amantes viven por Dios, y para Dios, no mirando los propios intereses, sino los intereses, y la gloria de Dios solo; porque aun que el servir á Dios por el premio de la gloria, y aun por el temor de las penas eternas sea muy honesto, y loable; sin embargo el puro, y per-

fecto amor es aquel de la esposa, que ni cobra fuerza con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza, como escribe San Bernardo. (1)

Aunque quedan escritos muchos favores, que recibió la V. M. en las festividades de los ángeles custodios, añadiremos ahora otro en que el Santo Angel la confortó en los ordinarios temores de su inaccion y tibieza. Mientras en la oracion se confundia de mirarse tan desmedrada en las virtudes, y tan ingrata á los beneficios, que debia á su ángel, se manifestó á la vista de su alma un monton de tierra seca, y luego vió, que cayendo el rocío del cielo en ella, se formaban muchas hermosas flores, que con pronta diligencia recogia el Angel Custodio, significándola en este simbolo, lo que se deja fácilmente conocer, que aunque su alma fuese semejante á una tierra sin agua, y estéril de su cosecha, producía con las influencias de la divina gracia las flores de las virtudes, que con diligente ministerio recogia y presentaba al Señor el Santo Angel.

CAPITULO XXV.

De su última enfermedad y muerte.

Ya en el segundo trienio de nuestra V. abadesa estaba completo en su reciente monasterio el número de treinta religiosas, que prescribe la regla de Santa Brigida, ya crecieron las rentas del convento en los seis años de su gobierno tanto, que se miraba visiblemente la bendicion, que echaba el Señor á la conducta de la humilde superiora, la cual amando el decoro de la casa de Dios, y el lugar de su habitacion, adornó con limosnas, que recibió de sus bienhechores el templo, yá en muchas vestiduras sagradas para el uso de sus altares, yá en parte del retablo mayor, y otros dos colaterales, que hizo labrar y dorar colocando en ellos cuatro primorosas estátuas de San Joaquin, Santa Ana, Santa Brigida y Santa Catalina de Suecia.

Al fin de los seis años pareció ya justo relevarla de las tareas,

(1) D. Bernard. Serm. 83. in Cant. Purus amor de spe vires non sumit, nec tamen dissidentia damna non sentit.



y cuidados de prelación, porque en su salud quebrantada con tantos trabajos, y en el peso de la edad, que ya tocaba en sesenta y seis años, tenía derecho á que las religiosas la dejasen vacar á sí misma. Hiciéronlo así, y al dejar la V. prelada su empleo pareció por las cuentas, que se dieron al Ordinario de Pamplona, que sobraban en el depósito de su monasterio más de diez y seis mil reales, cantidad que se extrañó, como no esperada, porque sus tenues rentas no alcanzaban para los precisos gastos de su monasterio.

Exhonerada del gobierno se dió enteramente al cuidado del propio aprovechamiento, pretendiendo aumentar en los limitados plazos de su vida los tesoros de la eterna. Por eso añadiendo ahora á la contemplación aquellas horas, que ocupaba en los ministerios del oficio, lograba en ellas su apetecida soledad y abstracción, en que ordinariamente permanecía absorta. Solía decirme, que en esta contemplación era conducida su alma á lo interior de una grande niebla, donde advertía, que destilaba á su espíritu un suavísimo y copioso rocío. Otras veces era llevada á la contemplación de la divinidad, en la semejanza de un fuego inmenso en cuyas llamas ardía deliciosamente el corazón, y se comunicaban también al cuerpo sus incendios hasta excitar una dulce calentura.

Cuanto más se acercaba al término, y á la posesión del sumo bien, crecía más el ímpetu de sus favores, al modo, que en las cosas graves, cuanto se acercan más á su centro, suele ser más acelerado el movimiento. No acertaba á dejar de día la oración unida estrechamente con su Dios, y renovándose ordinariamente de noche aquellos afectos ardientes, en que empleaba el día, la privaban del sueño, que reparase las fuerzas de su fatigado cuerpo. Y así me refirió, que varias veces, conociendo la necesidad, que tenía del sueño para volver después á la contemplación dijo á su amado: *Señor, ahora quisiera yo dormir*. Siendo cierto lo que por sus esperiencias solía decir San Felipe de Neri, que una alma enamorada de Dios llega á tal extremo, que necesita de decirle: (1) *Señor, dadme treguas al comun alivio del sueño, para volver con más fervor á contemplaros*.

(1) P. Anton. Vasquez in Epito. parrafo de la oracion.

Porque estos mismos ardores, que recibía en la oración la excitaban la sed de Dios, y deseaba ya con encendidos afectos saciarla en la gloria; la manifestó el Señor en visión sobrenatural una grande puerta que se abría en dos piezas, pero una cortina interpuesta la embarazaba ver lo más interior de aquel sitio. Entendió al ver esta puerta, que las dos piezas, en que se abría, representaban á Jesucristo, y á su Madre Santísima, la cual se llama también puerta del cielo, pero dudando Josefa, como podía ser tan grande la puerta del cielo, que ella había oído siempre era muy estrecha, pidió humildemente al Señor, que no permitiese fuese engañada, y oyó entonces, que la decía así su Magestad. *La puerta del cielo es estrecha para los grandes, y es grande para los pequeños*.

Poco antes de su última enfermedad mientras estaba como solía absorta en su oración sintió un estrechísimo abrazo de Jesucristo á su alma, y al referirme este favor advertí que lloraba no sabiendo como explicarme aquella amorosa dignación de su amado. Díjome también, que á su parecer la avisaba este Señor, que estaba cercana su muerte.

A diez y ocho de Febrero de 1721 se rindió á la cama con la última enfermedad, que desde su principio dió cuidado á las religiosas. Fui llamado á reconciliar á la enferma, á quien hallé persuadida á que sería mortal su dolencia. Y aunque no habiendo descubierto toda su malignidad en los primeros días, se esperó, que cediese á los diferentes remedios que la aplicaban, se temió después, que no prevaleciesen, hallando el médico, que la asistía con el mayor cuidado, mucha razón de desconfiar de la curación por las confusas diferencias del pulso, y porque iba cohibiéndola la respiración un globo humoroso y ardiente que sentía en medio del pecho con amago de sufocación. Cuando entendí la gravedad del peligro dije á la doliente, que podía recibir el Viático, y me respondió lo que solía siempre á las insinuaciones del confesor. *Lo que vdm. quisiere*. Recibióle con grande devoción, y al tiempo de dar gracias, cuando la pareció, que ya la dejaban sola, una religiosa, que estaba cerca la oyó prorrumper en estas amorosas aspiraciones (1) *O qué hermoso Señor! ó qué hermoso!*

(1) Zach. 9. v. 47.



Usando así de los tiernos afectos de aquel santo profeta que decía: *Que es lo bueno, y lo hermoso de Dios: sino el trigo de los escogidos, y el vino, que produce las virgenes?*

Decíanla muchas veces sus hermanas, que pidiese á Dios la salud para consuelo, y alivio de su comunidad; pero la V. M. estuvo siempre firme en responderlas así. *Lo que Dios quisiere, lo que quisiere el Santo Cristo.* Sometiéndose con absoluta conformidad, é indiferencia á los designios del Señor sobre su vida, ó su muerte. Hacíanse muchas fervorosas oraciones por su salud pero sin fruto, porque se descubrió la malignidad de la dolencia insuperable á la repetición de los medicamentos. Insinuaba, que ya se acercaba el tiempo de recibir la Extrema Unción, y me respondió como solía. *Lo que vmd. quisiere.*

Vispera de San Matías por la noche pareció al médico, que podía quedar el confesor dentro de la clausura; porque para resistir á aquel linage de enfermedad, que dificultaba tanto la respiración, estaban muy disminuidas las fuerzas, no podía la doliente recobrarlas con el sueño, porque se le embarazaba el ruido, que hacía su pecho con silbos, que se percibían á distancia. Entré esta noche á reconciliarla, y la dije, que quedaría dentro del convento por si fuese necesaria mi asistencia á su cabecera, y respondióme la V. M. que no moriría aquella noche, y que podía yo restituirme á mi casa sin este recelo: Volví á decirle, que acaso convendría mi detención en la clausura para administrarla á tiempo oportuno la Extrema Unción. Respondióme entonces, que para este fin podía quedar en el convento.

Hacia la media noche la asaltó un parasismo, que robándola los sentidos pareció el último, y las religiosas ocupadas del susto y la turbación me llamaron, pero al entrar yo en su celda, ya se recobraba la moribunda, y me manifestó el deseo de que la administrase la Santa Unción. Cuando iba á ungirle pidió perdón con humildad profunda á sus hermanas del mal ejemplo, que decía haberlas dado. Recibió después este venerable Sacramento con señales de una tiernísima devoción y reverencia. Luego, que fué ungida cerró los ojos del cuerpo para atender mejor con los del alma al agradecimiento de esta merced divina. Estaba así cuando

acercándose la abadesa, sugirió á la enferma algún afecto de piedad, y la respondió: *Madre estoy dando gracias á Dios del beneficio que acabo de recibir.* Poco después la dije, que ya su Magestad la había regalado con el último sacramento, y me respondió; *si Señor, ahora estoy contenta,* dejándose ver en su semblante risueño aquel consuelo con que quedaba recreada, y confortada el alma.

Notáronse también estas señales de alegría en la moribunda poco antes de su muerte, porque una religiosa, que quedó asistiéndola, mientras la comunidad estaba en misa, la oyó prorumpir en grandes risadas, como quien en la vecindad de la patria bienaventurada no podía ocultar los júbilos del espíritu, imitando aun en los últimos alientos á aquella mujer fuerte, de quien dijo Salomón. (1) *Fortitudo, etc. decor indumentum eius, etc. ridebit in die novissimo.*

Pocas horas antes de su fallecimiento la envió Doña María Ignacia de Idiaquez, condesa de Peñafloreda un manto, ó vestido de la imagen angélica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, que conserva como precioso venerable tesoro, con que fué regalada en una peregrinación á aquel celeberrimo santuario. Este manto le puso luego á su cabecera con singular devoción y agradecimiento. Entré yo á oírle la última confesión, y antes de empezarla me explicó el grande consuelo, que la condujo este manto ennoblecido con el contacto de aquella imagen Sacratísima, porque acordándose de que solía pedir muchas veces á su gran devoto el Apóstol Santiago, que la negociase una particular asistencia de María Santísima para la hora de su muerte, la parecía, que lograba ahora en este vestido de su efigie una prenda de su protección.

Dijome, que miraba ya como cierta su próxima muerte, y que vería presto en el tribunal de Dios si le habían sido agradables sus acciones. Hablábame así sin algún susto ni turbación de la inminente muerte, y de la última cuenta; pero haciendo yo la reflexión de que en el discurso de su vida la sujiría tantas veces el demonio excesivos temores de todas sus obras, (aunque ahora no viese en ella alguna señal de inquietud, ni desasosiego) la dije lo que había de esperar en la bondad de Dios, á quien debió la gra-

(1) Prov. 31. v. 25.



cia de no haberle ofendido jamás con advertencia, ó plena deliberación. *Eso es así, me respondió, y tengo grandísima confianza de que no ha de desampararme en esta última hora aquel Señor á quien tanto he debido.*

Reconcilióse despues como solia cuando estaba sana, porque aunque respiraba con dificultad, y salia su voz con grande fatiga desde el bullicio del pecho, se esforzó á hacer su confesion en la forma ordinaria, y al concluirla me dijo así. *Tengo grande dolor de todas mis faltas, y no por temores de infierno, ni por esperanzas de la gloria, sino porque son faltas contra la divina bondad. Este ha sido siempre el motivo de mi dolor, y nunca me ha hecho fuerza gloria, ni infierno.*

Su abadesa la madre Brígida de Jesus María asegura, que hablando con la V. M. de su cercana muerte, la dijo: *Madre Josefa, en esta hora suele hacer sus especiales favores á las almas María Santísima, y la respondió la moribunda así. Madre, ya está aquí.* Ni á la verdad podrá parecer extraño en la benignidad de la reina del cielo este nuevo y último favor, con que regaló á su sierva: Porque habiéndola honrado con la misma dignacion de su soberana presencia, cuando empezaba á usar de la razon, y otras muchas veces despues en la carrera de su vida, no queria negarla su singular beneficencia ahora que la consumaba.

Entre siete y ocho de la noche la dieron una bebida para conciliarla el sueño. Cuando la comunidad iba á Maitines á las ocho pidió, que se encendiesen dos velitas delante de una devotísima estatua de Jesus Nazareno, que hay en aquel coro. La misma moribunda hizo traer á su cama la cerilla, y corto de ella dos pedacitos, que entregó á una hermana, para llevarlas á arder delante de aquella imágen de su esposo, á cuyas bodas se disponia así la prudente virgen con luces encendidas.

Despues de esta diligencia la sobrevino luego el último accidente, pero con tal sosiego, que las religiosas presentes en su celda se persuadian á que reposaba en quieto sueño, hasta que á las ocho y media, notaron alguna señal, de que aquel sueño queria ser muerte. Llamaronme luego, y la hallé sin pulsos, y sin voz. Puse á su vista la imágen de Jesucristo, que tenia á la cabecera

de su cama; y poco despues mientras pronunciaba yo los nombres de Jesus, y de Maria, y los actos de fé, esperanza y caridad, noté, que tres veces inclinó la cabeza hácia el costado del Sagrado Crucifijo, como á la esfera dulce de su amor, y sin más agonias le entregó suavemente el espiritu cerca de los 69 años de su edad, y treinta de religion.

Observaron las religiosas, que al tiempo mismo en que su V. M. daba las últimas respiraciones, dieron tambien sus últimas llamadas, y se apagaron aquellas velas, que envió á arder en el coro, como si avisasen ellas en su difunto resplandor, que carecia ya de este hemisferio de aquella lumbrera, que le comunicaba tanta luz, y ardor con sus ejemplos.

CAPITULO XXVI.

Su Entierro y multiplicadas exequias, y el retrato de su corporal disposicion.

Los sollozos, y las lágrimas de las religiosas esplicaron luego el dolor, que sentian en la privacion de su buena Madre, quejándose amorosamente del desamparo y orfandad en que dejaba á las que hasta ahora hallaban en sus consejos, y conversacion apacible, el consuelo y el alimento de sus almas. A los motivos para el particular lamento de cada una, se añadian los de la comun pérdida del convento, cuyo fervor en la regular observancia debia mucho fomento á su voz y á sus ejemplos y cuya subsistencia en lo temporal se debia tambien en gran parte á aquellas limosnas, con que contribuian á su manutencion los bienhechores de la V. M.

Señalóse luego para el entierro la mañana del dia siguiente, y aunque empezaron entonces los tristes clamores de las campanas del convento, no llevaron á mucha parte del pueblo la noticia del fallecimiento de la V. Josefa. Muchos de los que le supieron no pudieron concurrir al entierro, porque era aquel dia señalado para las solemnes exequias, que el cabildo eclesiástico hacia á su beneficiado D. José de Larrañaga confesor del mismo convento de Santa Brígida, y se celebraba tambien el mismo dia la fiesta de



las Cuarenta horas en el colegio de la Compañía. La disposición del entierro en estas circunstancias no pareció casual, porque se persuadian muchos, á que aquella humilde alma, que quiso en vida esconderse siempre á las estimaciones del mundo, negoció ahora con Dios, que tambien su cadáver se escondiese en el sepulcro á aquellas honras, con que amenazaban, y esplicaron despues á su memoria los pueblos conmovidos en tumulto piadoso.

El cabildo, y clerecía de Azcoitia, señaló para el oficio funeral á todos los individuos, que no eran muy precisos para aquellas exequias, que hacía á su beneficiado por obligacion de su hermandad, manifestando asi el dolor de no poder concurrir la comunidad toda á rendir este obsequio, y última demostracion de su amor á la V. difunta. El cabildo de la vecina villa de Azpeitia con la noticia de este embarazo de el de Azcoitia, envió seis sacerdotes de su gremio para oficiar la vigilia, y la misa. Asi unidos los individuos de ambas comunidades cantaron el oficio fúnebre; y aunque no muy numeroso el concurso del pueblo, asistieron al entierro todas las personas mas autorizadas de la villa, en cuyas espresiones, y públicos lamentos se conoció, que contemplaban como una desgracia universal, y particular de cada una la muerte de esta V. religiosa.

Luego, que colocado el cadáver en el coro bajo, pudo ser visto de la gente seglar, asomaron todos á la reja, pretendiendo hallar desahogo al dolor en la vista de su motivo; y fué asi, que aun aquellas personas, que por ser deudoras de una especial benevolencia á la V. M. estaban mas poseidas del sentimiento, al mirar el cuerpo difunto, hallaban convertida su pena en espiritual alegría, y tierna devocion. No acertaban á apartar los ojos de aquel venerable rostro, que entretenia y aun endulzaba su afliccion, como si en él estuviesen vivos aquellos primores de la gracia con que solia consolar en vida á las almas afligidas. Miraban su semblante blanco, alegre, hermoso, brillante, sin algun indicio de aquel estrago, que hicieron en él los grandes trabajos de 69 años. En fin el cuerpo todo estaba flexible sin aquel comun horror de los cadáveres, y con muchas señales de la gloria que su feliz alma gozaba en el cielo. Fué enterrado el venerable cadáver en el coro

bajo en sitio separado de las sepulturas de las otras religiosas, y en una caja; creyendo sus hermanas, que debian singularizarla en este honor por haberla escogido el Señor para piedra fundamental de este monasterio, y por la excelencia de sus virtudes.

Cuando ya se entregó á la sepultura creció la aclamacion de los pueblos, que la llamaban, y voceaban *Santa*. Era muy comun en ellos el dolor de no haber asistido á su entierro por ignorar su fallecimiento. Por muchos dias se ocuparon las religiosas en reparar menudas piezas de tocas, velos, y hábito, que fuerón del uso de la V. M. á casi innumerables personas de todas esferas, no solo de los lugares vecinos, sino de otras provincias y reinos, que iban á pedir las, para guardarlas como preciosos dones, ó como si fuesen reliquias venerables. Sus alabanzas entretenian con admiracion y fruto las conversaciones de estos pueblos, refiriendo unos lo que vieron de las acciones de la V. Josefa, y otros lo que oyeron á sus mayores, y solicitando asi todo el consuelo en el comun lamento con la dulce memoria de sus virtudes.

En los vecinos de la villa de Azcoitia, cuyo territorio honró la V. difunta con su nacimiento, y sepulcro, era mayor el dolor de esta pérdida, cuanto mas inmediatamente interesaban en su vida; pero despues de algun tiempo respirando sus corazones de los primeros ímpetus del sentimiento, se aplicaron á disponer una solemne parentacion á su memoria con suntuosa pompa funeral, mirando mas que á la necesidad á la veneracion de aquella alma por el concepto, que formaban de sus heroicas virtudes.

El dia dos de Marzo congregados en general ayuntamiento conspiraron todos en esta piadosa resolucion; y para determinar el fúnebre dia, y el templo en que habian de hacerse las exequias con todas las otras circunstancias, que las autorizasen, dió la villa comision á quatro de los caballeros, que estaban presentes en la sala del ayuntamiento, y á otros tres de los que no se hallaron en ella. Entre los presentes fueron nombrados D. Manuel de Altona su alcalde, D. Antonio de Idiaquez, D. Juan Bautista de Ibaseta y D. Pedro Ignacio de Zabala. Entre los ausentes, D. Pedro de Idiaquez, D. José Hurtado de Mendoza, y el conde de Peñaflo-
rida. En el día 19 de marzo se celebró el entierro en el templo de San Juan de los Rios.



Determinaron en nuevo congreso estos siete caballeros, que empezando la funcion con visperas de difuntos en el dia de San José, se continuasen el siguiente la vigilia y la misa. Que para mayor solemnidad se condugese una capilla de música. Que se diese noticia de esta resolucion al cabildo y clerecia de la villa, para que en nombre de ambas comunidades se hiciesen, y se publicasen las exequias; pero no esperó á esta insinuacion el cabildo, para ofrecerse al mismo obsequio con generosa piedad, manifestando así, que le sobraba otro combite, que el de su propia benevolencia y devocion á la V. difunta.

Resolvieron tambien, que hubiese oracion fúnebre; y porque ya se sabia, que paraba en mi poder el resumen de las mas señaladas acciones de la V. Josefa (que ha dado mucha materia á esta historia de su vida) desearon que me encargase yo de esta oracion, en que para la edificacion, y consuelo universal diese alguna noticia de sus virtudes. Determinaron finalmente, que esta fúnebre funcion se ejecutase en la iglesia del monasterio de Santa Brígida, solicitando el beneplácito de aquella religiosa comunidad, y que erigiendo allí un magnífico túmulo se iluminase competentemente con cera blanca, que simbolizase la inocencia y la gloria del alma de la V. Josefa, y se dejase de limosna á su convento la cera que sobrara.

Publicado ya el dia de las exequias, correspondió á la conmovion general el concurso de los pueblos, siendo muchas las personas eclesiásticas y seglares de distincion, que vinieron sin otro impulso, que el de su propia devocion de Lugares distantes de esta provincia, y del Señorío de Vizcaya á hacer mas autorizado el dia. Fué bien necesario este noble ardor para resistir á la inclemente estacion, que desataba las nubes en copiosísima nieve, mientras corria innumerable gente á ocupar lugar en la iglesia destinada para las exequias.

Mirábase elevado hasta la cumbre del templo, y todo enlutado el túmulo, que se iluminaba con cincuenta hachas de cera blanca, resplandeciendo tambien en los altares de la iglesia otras muchas antorchas, que encendió la devocion de sus compatriotas. Escucharon en el oficio y misa las consonancias lúgubres de la música

que renovaron la ternura de la devocion y del llanto. Cuando empezó el sermón, en que se compendiaron algunas señaladas acciones de la V. M. los oyentes hicieron mejor el oficio de oradores, con aquella retórica mas feliz, en que esplicaron sus corazones por los ojos el bien sentido, y tierno amor á las virtudes de la V. M.

Despues, que en aquella pompa funeral, y solemnes exequias satisfizo la villa á la comun expectacion del numeroso concurso, y á sus propias intenciones, quiso hacer mas pública la noticia de las excelentes virtudes de la V. M. haciendo imprimir á su costa trescientas copias de aquella oracion fúnebre. Dedicóla al ilustrísimo Señor D. Juan de Camargo, Obispo de Pamplona, inquisidor general, solicitándola el mas noble y mas propio patrocinio en la sombra de su gran prelado y principe eclesiástico, de cuya filiacion y obediencia es el convento de Santa Brígida, en que murió la V. Josefa. Y porque las espresiones de complacencia y gratitud, que conviene la respuesta de el Señor Inquisidor general en este asunto ceden tambien en grande hora de su V. súbdita, la copiaremos de su original, que conserva la villa de Azcoitia.

Señor mio: He recibido con especial estimacion la de V. S. con los ejemplares del Sermon de Honras, en que se refieren las virtudes de la V. M. Josefa del Santísimo Sacramento, en las exequias, que V. S. hizo á esta sierva de Dios, impreso de orden de V. S. y dedicado á mí, por hallarme, aunque tan indigno, prelado de esta diócesis: porque doy á V. S. las debidas gracias, habiéndome servido de especialísimo consuelo el que V. S. haya logrado un ejemplar de virtudes de tanta edificacion, á que espero correspondan los efectos, y oficios de su mas inmediata intercesion con Dios, como lo debemos creer: facilitando con ella la felicidad mayor de V. S. y sus vecinos, en que yo me considero tan interesado, como lo seré siempre, que lo grare las ocasiones, que deseo del servicio de V. S. Dios guarde á V. S. muchos años, como se lo suplico. Madrid y Junio 25 de 1721. B. L. M. de V. S. su mayor y mas seguro servidor. El Obispo de Pamplona, inquisidor general. M. N. y M. Leal villa de Azcoitia.

No se estrecharon á solo el territorio de su patria los obsequios de la V. difunta, porque los vecinos de la villa de Azcoitia, en sus



dos comunidades eclesiástica y seglar, concurrieron tambien con ardiente y generosa emulacion á ordenar otras solemnes exequias, manifestando ahora, que prevalecian contra la muerte el amor, y la reverencia, con que la trataron en vida. Señalaron el 29 de Marzo para el oficio fúnebre en la misma iglesia de Santa Brigida, y dando noticia de su resolucion á la villa de Azcoitia, salió esta formada con todos sus capitulares y vecinos sobresalientes á recibir en su territorio á la de Azpeitia.

Entraron juntas ambas repúblicas en el templo de Santa Brigida, donde la de Azcoitia ocupó el asiento al lado de la Epístola, cediendo en el distrito de la propia jurisdiccion el mejor lugar á la de Azpeitia, segun la costumbre respectivamente establecida por hermandad muy antigua en las ocasiones de concurso de ambas comunidades.

Tenian iluminado á su costa los vecinos de Azpeitia el templo con muchas antorchas de cera blanca, cuyo residuo dejaron de limosna al monasterio. Oficióse la vigilia y la misa por su cabildo, y numerosa clerecia, con música, y solemne pausa, que conciliaba la devocion del grande concurso. Dijo el sermon fúnebre el M. R. P. Fr. Vicente de Echeverri, predicador general, y presentado del orden de predicadores, que mezclando discretamente la piedad con la erudicion y la elocuencia, supo bien persuadir á los oyentes la admiracion y la imitacion de aquel espíritu de la V. Josefa, que delineó en una primorosa imagen de sus virtudes. Asi honró el cielo á aquella humilde alma, queriendo, que tributase el mundo multiplicados los honores á quien los mereció con su desprecio.

Pero no nos ha quedado alguna efigie, en que los pinceles nos hayan representado fielmente las facciones del rostro, y toda la exterior fisonomia de la V. M. Por eso daremos sus señas en los caracteres de la pluma segun la relacion de las personas, que mejor las observaron. Era la V. Josefa de mediana estatura. Su cuerpo todo de buena simetria, aunque en la vejez gravado con la desigualdad, y peso de los humores. La tez de color trigueño. El rostro largo, y moderadamente ancho. Dilatada la frente, y elevada en la parte superior. Los ojos negros, vivos, hermosos

y que resplandecian muchas veces, pero especialmente cuando salia de la oracion. La nariz y la boca decentes. Los labios algo gruesos, pero sin deformidad. El cabello de color castaño oscuro, y muy poblada la cabeza. En todo su semblante se dejaba ver una gravedad apacible. Su conversacion era festiva, cordial y humilde, sin afectacion. En fin la dotó el Señor sobre otras gracias naturales con un cuerpo, que fuese digno hospicio de su grande alma y proporcionado instrumento de sus operaciones.



LIBRO TERCERO.

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE LA VENERABLE MADRE JOSEFA DEL
SANTÍSIMO SACRAMENTO.

REFIERE ALGUNAS VIRTUDES Y DONES SOBRENATURALES, CON QUE LA ENRIQUECIÓ
EL CIELO.

CAPITULO I.

De su encendida caridad.

Se han dejado ver hasta ahora esparcidas sin orden las flores de las virtudes de la V. Josefa en el campo de esta historia, porque en ella ha seguido la pluma los pasos de su vida por la sucesion de los años. Recojeremos ahora en este último Libro, como en un ramillete, aquellas flores, para que unidas conviden mas á la admiracion con su hermosura, y á la imitacion con sus fragancias.

Débase entre las virtudes el primer lugar á la caridad, no solo porque es su reina, como la rosa de las flores, sino porque es tambien la raiz, y la vida de todas. Pero entre las que ejercitó la V. M. debia darse á la caridad, no yá el primero, sino el único lugar, porque tuvo en todas sus acciones por único fin la mayor gloria de Dios, y por blanco su voluntad divina. Asi lo manifiestan las cláusulas, que hizo escribir á su confesor, y renovaba siempre hasta los últimos alientos de la vida en esta amorosa direccion de todas sus acciones virtuosas, indiferentes y naturales.

« Hago voto y renuevo el que antes tengo hecho, de que cuanto
» yo hiciere y padeciere, cuanto comiere, y bebiere, cuanto dur-
» miere y respiráre, todo cuanto pensare, dijere y obráre; todo el
» bien que recibiere, como pobre de los fieles, todo el tiempo, que
» yo gastáre en conversar con los prójimos, ó por caridad, ó por
» cortesía, todas las buenas obras que yo hiciere; ayudada de la
» divina gracia, desde este instante hasta el último de mi vida,
» quiero, que todo sea para mayor honra y gloria de Dios; y desde
» ahora para siempre jamás ofrezco todo lo dicho á este fin, de-
» bajo del voto, que llevo hecho, y nada de todo lo dicho, ni otra
» cosa imaginable, que penda de mi voluntad, reservo para mi
» honra ni para mi provecho, ni para la propia salvacion, sino que
» todo sea únicamente para la mayor honra y gloria de Dios, y de
» su Hijo Santísimo Jesucristo nuestro Redentor y Salvador.

Y porque suele ser mas difícil el renunciar aquellos espirituales consuelos, que comunica Dios á las almas en el ejercicio de las virtudes, para mostrar, que no buscaba las consolaciones de Dios, sino al mismo Dios de las consolaciones, añadía así en el mismo ofrecimiento. « Protesto, y digo, que aunque yo sienta gusto, y
» consuelo en los trabajos y dolores, y en otras cualesquiera
» buenas obras, no quiero padecer los trabajos, y dolores, ni ha-
» cer ninguna buena obra por el consuelo y gusto que yo tuviere
» en la paciencia y en la ejecucion de las buenas obras; sino por-
» que es gusto y voluntad de Dios, el que yo padezca, y obre bien;
» y solo quiero tener gusto en el padecer, porque es voluntad de
» Dios, que yo le tenga. Y desde ahora para siempre aborrezco, y
» renuncio á todos los gustos, y consuelos del cuerpo y del alma,
» y aun á los que se sienten en el ejercicio de las virtudes, y amor
» de Dios, si los tales consuelos no fueren del agrado y voluntad
» de Dios, y para siempre aborrezco, todo cuanto el demonio por
» sus sugerencias me propusiere, contra lo que aqui he asentado.
» Y para siempre jamás deseo, y quiero volver á Dios enteramen-
» te toda la gloria, y honra en todos los beneficios, favores, y mi-
» sericordias, que usare conmigo en cualquiera manera de pros-
» peridad ó tribulacion, y es mi voluntad, que solo la de Dios se
» haga en mí, y por mí en tiempo y en eternidad.



Así ponía la V. Josefa á todas sus acciones por único blanco el fin de una perfectísima caridad, queriendo, que todas comenzasen del amor de Dios, como de su principio, y terminasen en el amor de Dios, como en su fin. Y por eso pedía ordinariamente á su dueño, que por su misericordia infinita la concediese las virtudes que fuesen de su agrado, solo para su gloria divina, y que jamás conociese ella misma cosa buena; que ejecutase en su servicio; porque no quería en esta vida consuelo, ni gusto alguno, sino servirle, sin sueldo, padeciendo por solo agradarle todo género de trabajos. De esta suerte la pureza de su intencion, como una especie de química convertía en oro de caridad todo el metal de sus obras.

Conocióse esta caridad afectiva de la V. M. en sus obras; porque si la mejor prueba del amor de Dios, es la observancia puntual de sus Santos Mandamientos, certifican sus confesores, que habiendo hecho una pesquisa de todas las acciones de la vida de la V. Josefa en confesiones generales, no hallaron en toda ella pecado grave, que la hubiese privado de la gracia del bautismo. Yo la oí también en los últimos diez años por sus repetidas instancias diversas generales confesiones de toda su vida, y no hallé en ella materia de pecado mortal. En estas ocasiones inquirí con cuanta exaccion pude los senos de su conciencia, y aun no hice juicio de que hubiese cometido culpa venial con plena advertencia y deliberacion, aunque supongo, que no evitaria otras culpas veniales indeliberadas, ó imperfectamente deliberadas.

Dióme las últimas señales de esta pureza de sus intenciones, y afectos, cuando poco antes de morir se reconcilió; porque después de haberme dicho, que no hallaba en su conciencia cosa alguna, que no me hubiese ya manifestado, mostró su indiferencia á hacer en aquella hora, ó una confesion general, á la que solía de ordinario, dejando á mi arbitrio la eleccion. Y en este lance, cuando ya miraba su muerte inminente con semblante sereno, me confirmó lo que me dijo otras veces, que jamás hizo cosa en que conociese claramente, que desagradaba á Dios, ni se movió á obrar bien por temores de castigo, ni por esperanza de premio, sino por solo el fin de agradar á su amado. Con esta única atencion á la

divina complacencia, tenía hecho mas de treinta años antes de su muerte el voto de ejecutar siempre lo que entendiese ser mas perfecto.

Desde que tuvo uso de razon solicitaba con grandes ansias, que ardiese continuamente su corazon en esta llama del divino amor hasta consumirse en ella, ofreciendo muchas penitencias, y lágrimas al fin, de que esta fuese la causa de su muerte. Así logró (segun el juicio de todos sus confesores) la gracia de que la caridad viviese siempre en su corazon, semejante á aquel antiguo altar, en que mandaba el Señor, que ardiese siempre el fuego. Dejábase conocer su incendio en aquellos saltos, que con movimiento ruidoso daba su corazon, como no cabiendo ya en el ámbito del pecho, asemejándose al gran patriarca San Ignacio de Loyola en este linaje de inquietudes amorosas del corazon, como se le asemejaba en el desinterés, y pureza de su amor á Dios.

Este mismo fuego derretía su tierno corazon desatándole en copioso y suave llanto, con que no solo regaba sus vestidos, sino también el suelo, en que oraba, y el lecho en que se recogía. Eran otras veces testigos de sus interiores ardores los labios prorumpiendo despues de larga oracion en estas aspiraciones amorosas. *O Jesus, qué bueno eres! O Dios, y qué bondad!* Ni acertaba entonces á hablar de otro asunto, que de su amado.

Y como aquellos montes de fuego, cuando mas se derriten dentro de sí mismos, arrojan mas á los vecinos valles sus incendios despedía también el ardiente pecho de la V. Josefa sus llamas hácia afuera. Certifican por su observacion las religiosas, que ardian sus hábitos entre los deliquios amorosos, que padecía, como si allá dentro del pecho hubiese una hoguera. En estas ocasiones solían aflojarla el hábito ó desabrocharle el ajustador para que recibiendo mas aire, respirase ó se desahogase su corazon. Los confesores la mandaban también frecuentemente, que saliese á la huerta del convento, para que en campo abierto se moderasen los incendios, que sentía, á ejemplo de San Pedro de Alcántara, que usaba de este remedio, para buscar algun refrigerio á los seráficos ardores que le abrasaban.

Efectos eran también de esta llama sagrada las frecuentes sus-



pensiones, languores, éxtasis y raptos, que hemos referido, omitiendo otros muchos semejantes, que padeció desde los quince años. Y cuando ya cesaron, ó se minoraron aquellos enagenamientos de sentidos, ardía aun en su corazón el mismo fuego con mayor eficacia, aunque mas suave, y mas secreta, excitándola una ardiente calentura, que aunque fuese muy deliciosa al espíritu, la debilitaba el cuerpo, hasta persuadirse muchas veces, á que desfallecía en dulces agonías. En los últimos años solía decirme, que se admiraba de que resistiese la naturaleza á tanto fuego, como tenia en sus entrañas, pero añadía, que esta fiebre era diferente de la que se padece en las otras dolencias corporales, que provienen de la alteracion de los humores, porque esta era calentura sabrosa y confortante para el alma, que deseaba su duracion, y apetecía tambien su crecimiento.

Sin embargo, cuando esta fiebre la privaba por muchas noches del sueño, solía pedir al Señor, como San Felipe de Neri, que la dejase dormir un poco para volver despues á arder entre aquellas llamas celestiales. Otras veces la oyeron las religiosas entre sus amorosos éxtasis, que á ejemplo de San Francisco Xavier decia asi á su dueño: *Basta Señor, basta! No mas! No mas!* como que ya no podian los senos de su corazón contener la grandeza de aquellos incendios sabrosos.

La ligereza que observaron las mismas religiosas en el cuerpo de su V. M. que en algunas ocasiones no pesaba mas, que una pluma, era tambien efecto de la actividad de este fuego divino, que asi le penetraba y le aligeraba. De la calentura, que encendía el mismo fuego sagrado, la provenian aquella ardiente, é insaciable hambre de hacer y padecer mas por su amado, y aquellas heridas amorosamente dolorosas, que sentia con la aprehension de que no amaba á Dios, y de que no tenia las fuerzas que deseaba para amarle.

Por la vehemencia de esta fiebre, prorumpia sin poder contenerse en aquellos ímpetus (que llamaba desatinos) de hacer en las paredes, en los libros y en las estampas de los santos muchas cruces, que en su intencion eran otras tantas protestaciones, y votos, con que ofrecia sus acciones, y se sacrificaba toda al arbi-

trio de su dueño. Este mismo fuego la encendía el corazón, y la hacia clamar, retirada en un rincón del convento, con estas voces: *Señor, qué haré yo para amaros? Qué haré para amaros?* El mismo amor la obligaba á hacer familiarmente á su amado, como sin reflexion de la reverencia debida á la Magestad, estas preguntas: *Señor, estoy yo en vuestra gracia? Somos amigos?* Y cuando en la oracion recibia mucha luz de la fragilidad de nuestra naturaleza, no podia contenerse sin decir asi á su dueño: *Si yo pudiera, Señor, sin ofenderos, enterrarme viva tomaria de buena gana este partido para evitar los peligros de desagradaros.*

Por eso deseaba ardientemente, que la sacase su dueño de la cárcel del cuerpo. En todo el tiempo, que comunicó su espíritu al padre Zupide, padecia de ordinario vehementes ímpetus, deseando con santa impaciencia desatarse de estas prisiones para ver á su Dios; y acostumbraba el confesor confortarla con la esperanza de que vendria presto la muerte deseada. En los primeros años, que yo la confesé, la ví tambien muy frecuentemente afligida con esta sed de ver á Dios, y aunque la persuadia, que procurase templar por la conformidad, y resignacion sus grandes ardores, decia, que cuando la sobrevenia la violencia de aquellos ímpetus no estaba en su mano la moderacion de estos deseos, ni aun desear otra cosa, que aquello á que se sentia arrebatado su espíritu. Observé esto especialmente un dia, en que me refirió el grande tedio, que tenia de vivir, y *su deseo de desatarse del cuerpo, y de estar con Cristo;* y aunque yo, como otras veces la dijese, que se esforzase á sufrir por breve tiempo la dilacion de su destierro, no acertaba á templar el ardor de sus deseos; y dándome en el confesonario indicios de que padecia algun penoso deliquio, estuvo algun rato en silencio, y prorumpió despues en estas voces, ó quejas amorosas: *Pues cuándo iremos Señor? Cuándo iremos?* Imitando asi los tiernos sentimientos del Santo Rey David, que decia: (1) *Cuándo vendré y pareceré delante de la casa de Dios?* De esta suerte la pena de que tardase la muerte apetecida, la llevaba á los desfallecimientos, para poder decir con Santa Teresa: *Muerto porque no muero.* Que es el último de los tres grados del amor de

(1) Pf. 54.



Dios, que pone el seráfico doctor San Buenaventura, (1) cuando llega el alma á encenderse tanto en aquel divino fuego, que yá casi no puede vivir sin ver á Dios.

Pero no solo estos accidentes, sino tambien otras enfermedades de las que padecia la V. M. debian su origen á las violencias dulces del sagrado amor. « Porque, como certifica el médico que la » asistió en los últimos 27 años, y en la última enfermedad, estando afligido el cuerpo de Josefa con tran estraños males, y confundido con tan encontrados, é insondables accidentes, no se » podia discurrir otro origen de sus dolencias, que el incendio, que » comunmente habia en su pecho con movimiento ruidoso y perceptible, aun en la region vital. Y de este incendio provino como » de principal causa la última enfermedad y muerte, cohibiéndola » la respiracion un globo ardiente, que sentia en medio de su » pecho. » Por eso si debe atribuirse á aquellos ardores del pecho, la principal causa de su muerte, parece consiguiente, que se atribuya al fuego del amor de Dios, que abrasando el alma de su sierva, daba tan frecuentemente aquellas llamaradas al corazon y al pecho. Asi habria logrado el fruto de los gemidos, con que pidió siempre arder en esta divina hoguera hasta perder la vida, y se verificaria, lo que la pareció haber entendido en una habla interior de su amado, que la dijo: *Tú has de morir de mi amor.*

En fin podemos decir, que ella amó á Dios de todo su corazon, de toda su alma, de todo su entendimiento, y de todas sus fuerzas y que todo su espíritu y cuerpo estaba sacrificado al amor, y servia al amor, sin interés, ni pretension de recompensas; deseando no ser conocida del mundo, ni de sí misma, sino de Dios solo.

CAPITULO II.

De su ardiente amor á Jesucristo Sacramentado.

Dejábase conocer tambien el fuego del divino amor, que abrasaba el corazon de la V. M. en aquellos encendidos afectos, con que veneraba á Jesucristo Sacramentado, y en las ternuras, con

(1) D. Bonav. in proc. rel. cap. 11. 42 V. 45.

que contemplaba los Misterios de nuestra Redencion. Desde los seis años y medio, cuando aun no la habian instruido bien en los principales misterios de nuestra fé, sintió grande hambre de recibir la Sagrada Comunión, y habiendo comulgado en aquella tierna edad, satisfizo su hambre este manjar divino, y se la acrecentó tambien, porque desde entonces deseó siempre con mayor ardor aquel angélico alimento.

Mandáronla sus confesores desde la niñez, que se acercase con frecuencia á este sagrado convite, y nunca dejó de hacerlo asi, aunque muchas veces intentó el comun enemigo retirarla de la Mesa Eucarística, representando á su imaginacion, y á su vista corporal muchos formidables fantasmas de toros, que la aterrassen y afligiéndola por mucho tiempo con penosas aprehensiones de que estaba en desgracia de Dios, y serian sacrílegas sus comuniones.

Despues que recibió el hábito de Santa Brigida, certifican sus religiosas, que la hallaban muchas veces tullida con los tormentos que la daban los espíritus malignos, por las mañanas cuando habia de comulgar con la comunidad, y que si Dios milagrosamente no la confortase, no pudiera levantarse, como se levantaba con la hambre de recibir este pan de ángeles; pero la veian entonces tan quebrantada, que apenas podia tenerse en pié, y por eso despues de comulgar y dar gracias, volvía luego á su celda, sin poder seguir la comunidad.

Cuando sus enfermedades la embarazaban el comulgar con sus hermanas, la era muy sensible esta privacion, y su prelada solia consolarla con la esperanza, de que supliria despues el número de comuniones, que omitia por sus enfermedades. De una de estas ocasiones escribe la Madre Maria Ana de la Cruz, que estando tambien ella enferma, como la Madre Josefa, y en celdas vecinas, que dividia un tabique, oyó mientras comulgaba la comunidad, que cerca de la celda de la V. M. sonaba una campanilla, al modo que suele, cuando se lleva el Viático á los enfermos; pero añade, que siendo este sonido muy diferente de el de las otras campanillas, la causó miedo, porque tuvo por cierto, que no podia ser cosa de este mundo, y asi cuando acabada la misa subieron algunas religiosas á la celda de la V. Josefa, la hallaron extática.



Así hacia mucho sacrificio á la obediencia en abstenerse de recibir este consuelo, cuando no se lo mandaban sus padres espirituales; porque no podia disimular algunas veces la hambre, que tenia de este pan, ni podia acallar la sed, que padecia de beber la dulzura, y la felicidad en esta fuente de gloria, en que hallaba el refrigerio, y hallaba tambien la causa de nueva sed. Por eso fué testigo su confesor, mientras vivia en la casa de Idiaquez, de los desfallecimientos, que la ocasionaba la privacion de este manjar divino, y halló por esperiencia, que sus deliquios, y debilidad de fuerzas corporales, se reparaban con este celestial medicamento. Vióse muchas veces en la V. Josefa recobrada con la virtud de este divino alimento la salud corporal, cuando yá no quedaba esperanza en los remedios de la humana medicina, y se temia su muerte inevitable; porque procediendo (como yá dijimos) sus dolencias del amor de Dios, el mismo Señor, que la hacia así enfermar de amor, la confortaba con aquellos íntimos abrazos, con que regala á las almas puras en este su Sacramento de amor.

Al acabar de comulgar padecia comunmente aquellos languores y desfallecimientos amorosos. Entonces sentia la ligereza del cuerpo penetrado con este fuego divino. Entonces solian arder tambien sus vestidos, porque se viesen señales de que Jesucristo ponía fuego á aquella tierra suya, para que fructificase mas. *Ignem veni mittere in terram, etc quid volo nisi ut accendantur.* En estas ocasiones la inflamaba tambien el mismo Señor vehementemente el corazón con sus palabras amorosísimas, diciéndola. *Yo reino en tí. Mia eres sin reserva. Yo estoy en tu corazón. Y tu en el mio.* Entonces solia ver con los ojos del alma dentro de su pecho á Jesucristo, ya como niño, que estaba dormiendo en él, ya como niño, que iba creciendo á grande estatura, ya como enfajado y envuelto en pañales, ya como vertiendo gotas de preciosísima sangre, ya tambien como divino catedrático, que instruyendo á su alma con magisterio amoroso la decia. *De mi mesa ha de ser tu alimento.*

Tuvo tambien desde la niñez ardientes deseos de visitar de espacio á Jesucristo en los templos, donde se venera Sacramentado. Así, en la primera edad cuando sus padres la enviaban á comprar algun alimento en la plaza, entraba con disimulo en la iglesia, y

no acertaba á salir de ella, aunque su padre impaciente de la tardanza la castigaba duramente. Despues de este tiempo empleaba en el templo todos los dias festivos, y alguna vez recibiendo por la mañana la comunión, permanecié hasta la noche en el rincón de la iglesia, y en muchas ocasiones fué preciso, que el confesor la mandase salir á las tres de la tarde del sitio retirado, donde se puso por la mañana á dar las gracias de la comunión, porque no podia desprender el cuerpo de la presencia del Señor Sacramentado, donde estaba prisionera su alma.

Mientras vivió en la ermita de Santa Cruz manifestaba sus ansias de que se colocase en ella este divino Sacramento, diciendo á Jesucristo, que no envidiaría su felicidad á los bienaventurados, si lograrse en ella su presencia real. Despues de religiosa tenia su habitacion en celda vecina á una claraboya, desde la cual hacia frecuentes visitas á su dueño Sacramentado. En este sitio descansaba su espíritu, cuando las preladadas por sus enfermedades, ó grande debilidad, no la permitian seguir la comunidad. En esta claraboya la vieron muchas veces inmóvil como una estatua; y aun cuando la superiora atendiendo á reparar sus fuerzas, despues de prolija dolencia, la encargaba, que no se pusiese á larga oración, sino á breves jaculatorias, al ponerse en aquel sitio en la presencia de su amado, la primera jaculatoria pasaba á ser éxtasis de dos ó tres horas. Aseguran las religiosas, que muchas veces saliendo á la huerta con motivo de honesta recreación, se ponía de rodillas, mirando hácia el altar en que estaba colocado el Sacramento, y así quedaba dulcemente enagenada.

Como la transportaba así frecuentemente el amor á este augustísimo misterio, obraba tambien en ella semejantes efectos la pena de las irreverencias y sacrilegios, con que responde la ingratitud de los hombres á las finezas de Dios Sacramentado. Ya dijimos con cuantos trabajos logró el remedio de muchas almas, que estando en desgracia de Dios se acercaban á esta mesa sagrada con sacrilego atrevimiento, y cuantas veces la introdujo en un golfo de lágrimas amargas aquel conocimiento que recibía en la oración, de que el Sacramentado Cordero se entregaba voluntario en las manos y en los pechos de muchos lobos fieros. Estando yo presente



empezó alguno á referir delante de la V. M. las profanaciones de Templos y Vasos Sagrados, que vió con horror nuestra España en la última invasion de tropas inglesas y holandesas enemigas de la religion y del reino; pero estremeciéndose entonces el corazon de Josefa á las primeras voces de estos sacrilegos desacatos temió dar señales de su dolor en algun penoso arrobamiento, y se escondió luego para padecer sin testigos las angustias de su corazon oprimido.

Por su particular tierna devocion á este compendio de las finezas de Dios, enamorado, quiso tomar Josefa en la religion el nombre *del Santísimo Sacramento*. Logró que algunas personas sus bienhechoras dotasen la fiesta, que en todos los dias de su octava se hace con devotísima solemnidad en el convento de Santa Cruz; y en estas ocasiones, cuando estaba patente el Sacramento, se descubría mas la incomparable devocion, con que permanecía inmóvil en el coro, en la presencia de aquel Señor, que la recreaba con sus dulzuras. Entonces la regalaba su dueño con altísimas visiones, y noticias sobrenaturales. Vió (como ya dijimos) por vision intelectual á este Señor asistido en el Sacramento, como en el carro triunfal de su gloria, de muchos ángeles y cortesanos del cielo, que le cantaban alabanzas inefables. Vió otras veces dentro de la Custodia en la Sagrada Hostia tres personas de igual grandeza y magestad. Vió tambien dos personas iguales, y un globo grande de luz, que procedía de ambas, sin que la porfia, con que temiendo el engaño, quería borrar de su alma estas especies, bastase á quitar su impresion.

Una tarde despues, que en el colegio de la Compañía se celebró la fiesta de las cuarenta horas, fui á reconciliar á la V. M. que al entrar en el confesonario me dió á conocer alguna novedad en el quebranto, y en las lágrimas, que la embargaban las palabras. Y preguntándola el motivo, me respondió, que cuando por la mañana sonaron las campanas del Colegio, para descubrir al Señor Sacramentado, sintió un grande ímpetu para adorarle profundamente en las iglesias, donde aquel dia estaba descubierto, y poco despues vió con los ojos del alma descubierto el Sacramento en la iglesia de la Compañía, y dentro de la Sagrada

Hostia vió tres bellísimos niños. Uno de ellos vestido con tunicela blanca, como engastada en oro. Otro con tunicela tambien blanca teñida en sangre reluciente. Y el tercer niño vestido de fuego. Añadió, que estos tres niños, se representaron despues á su vista como uno solo, y que tenía todavía tenazmente impresa su imágen en el alma, como la tuvo todo el dia, aun en tiempo de recreacion de comunidad, dándola el corazon unos saltos, que no podía reprimir por la viveza de esta representacion. Pero al querer decirme algo de la incomparable hermosura de estos niños no acertaba á hablar, embarazándose sus voces entre las lágrimas de ternura y devocion.

Esmeróse su devocion en el adorno de los altares, donde habia de estar Sacramentado su dueño. Debióse á su celo el aseo, y la decencia de la ermita de Santa Cruz, que estaba con señales de pesebre, cuando pasó á vivir la V. Josefa en aquel sitio. Despues de religiosa, y mientras fué prelada empleó muchas limosnas de sus devotos en ornamentos sagrados; y solia ella misma cortar con destreza, y complacencia las casullas, y vestidos sacerdotales que habian de servir para el Santo Sacrificio de la Misa, á la cual asistía siempre con profunda reverencia, ofreciéndola al Eterno Padre en agradecimiento á los beneficios, que le debia ella misma, y todos sus prójimos. Acostumbraba tambien ofrecerle todas sus acciones unidas con los sacrificios del cuerpo y sangre de Jesucristo, que se le ofrecieron desde su primera institucion en el Cenáculo, y con todos los que se le ofrecerán hasta el fin del mundo.

De su ardiente amor á Jesucristo procedía tambien el fervor, con que celebraba las fiestas principales de su sacratísima vida y pasion. En estos grandes dias, recibian los senos de su corazon copiosa lluvia de suavísima devocion; y la regaló el Señor con los favores, que quedan referidos, en los tiempos, que la iglesia celebraba los misterios de su inefable Encarnacion, Nacimiento, y Circuncision, y la Adoracion de los Reyes Magos.

Pero las principales atenciones de su espíritu se llevaban los misterios de la sagrada pasion de Jesucristo, cuyos dolores tenía impresos en su alma desde la niñez, con ternísimos afectos de compasion y amor. Desde los diez años se derretía su corazon,



como la cera delante del fuego, al oír hablar de los tormentos á que por nuestro remedio se entregó amorosamente el Salvador, y no acertando á contener el ímpetu de las lágrimas, se escondía para verterlas en grande abundancia. Al oír leer la historia de la pasión, no solo se enternecía, sino desfallecía también el cuerpo, perdiendo el uso de los sentidos, de que fué muchas veces testigo su confesor; y alguna vez padeció en Logroño semejante arrobamiento en público, cuando al entrar el Viernes Santo en una de sus iglesias, oyó algo del sermón de la Pasión.

Padecía frecuentemente estos deliquios, ó pevosos arrobamientos en las estaciones de la Via Crucis, á que desde su juventud tuvo entrañable y constante devoción, por mas que intentase embarázarsela el comun enemigo apareciéndose á su vista en formidables figuras. En la contemplación de aquellos pasos del camino del Calvario, se derretía el corazón de Josefa, permaneciendo á veces dos horas en una de estas estaciones, como anegada en lágrimas de compasión. Muchas noches enteras velaba en oración puesta de rodillas con la cruz acuestas y corona de espinas en la cabeza. Cuando iba á retirarse á la cama solía decir las siete palabras, que pronunció Jesucristo vecino á su muerte en el lecho de la cruz, y renovando así el recuerdo de las penas de su amado hacia, que su compasión y amor ahuyentasen el sueño.

Manifestaba también su amor á Jesucristo en el ardiente deseo de la imitación de sus dolores, rogándole siempre, que por su infinita misericordia, y por los merecimientos de su Santísima Madre, la diese á sentir y padecer en alma y cuerpo (en el grado, que fuese de su santa voluntad) los tormentos, y dolores, que su divina Magestad en carne humana padeció por redimirla. Esta sed, que tenía de imitar á Jesucristo en los dolores de su Pasión se deja conocer por lo que escribieron las religiosas de la diferencia de los arrobamientos de pena, ó de gozo, en que solían ver á su V. M. ya con semblante muy alegre, y risueño, ya con estremecimientos de todo el cuerpo; con el rostro muy afligido, y encendido; observando, que cuando la transportaban el gozo, y suavidad de las divinas consolaciones solía prorumpir en estas voces: *No Señor, no para mí, sino penas y dolores.*

CAPITULO III.

Del amor que tuvo Josefa á María Santísima.

Al encendido amor, que tenía la V. Josefa á Jesucristo, es consiguiente el que tuvo María Santísima, como á Madre de la hermosa dilección. Fué presagio dichoso de la futura robustez de sus virtudes el haber hallado desde la tierna infancia la dulce y sólida devoción de la Santísima Virgen, que es el carácter de todas las felicidades, la divisa de los predestinados, y la llave del cielo.

No había llegado á la edad de la discreción, cuando tenía sus entretenimientos y delicias en las alabanzas de la reina del cielo. A los seis años la saludaba ya con ternísima devoción, y convidaba á otras niñas, y aun á las mayores, á que dijese con ella *la Salve*, que solía llamar *la Oración hermosa*. No había cumplido siete años, cuando acercándose á una imagen de María en el templo de la Compañía de Jesús la dijo con ímpetu devoto: *Virgen Santísima, yo he de ser siempre doncella como vos.* Después antes de los diez años con aprobación de su confesor jesuita, hizo voto de absoluta, y perpétua castidad, á mayor honra y gloria de Dios, y de la Santísima Virgen.

Antes de los ocho años tenía ya muy robusta la confianza en la protección de María, porque desde aquella edad, orando en un corredor, de su casilla á las noches delante de una imagen de nuestra Señora, despreciaba los bramidos y amenazas de los demonios, que en monstruosas y formidables figuras, pretendían retraerla de la oración. Armada con el escudo de la misma confianza, ahuyentó al demonio, que se le apareció en horrible disfraz junto á la capilla de la Soledad de nuestra Señora, que hay en el Hospital, donde entró Josefa, y á la sombra de aquella sagrada imagen le despreciaba, diciéndole: *Ven acá, ahora, que no te temo, estando aquí defendida de la imagen de María Santísima.*

Tuvo siempre desde la primera edad la costumbre de enderezar á mayor gloria de Dios todas sus acciones, palabras y pensamientos por manos de María Santísima, y por ella dirigía todas sus



peticiones á Jesucristo, sabiendo que por esta dulce, y generosa conducta se despachan todas las gracias en el cielo, concediendo el hijo á la madre, lo que pide, y queriendo el padre lo mismo, que quiere el hijo.

Para celebrar las principales fiestas de nuestra Señora, se prevenia con especial vigilancia y fervor. De ordinario en estos grandes dias, se llenaba el corazon de Josefa, ó de suavísimas consolaciones, ó de amarguísimas penas. A veces sentia un extraordinario gozo y alegría de los tesoros casi infinitos de gracia, y de gloria, con que enriqueció Dios á su Santísima Madre, y dándola los parabienes de sus prerogativas y excelencias, la decia muchas veces, como con juramento, que si por imposible diese Dios á la misma Josefa todos aquellos dones, querria en cuanto pudiese privarse de todos, por darlos á la Santísima Virgen. Alternaba estos efectos de complacencia con los del agradecimiento á nuestro Señor, por la plenitud casi inmensa de gracias, con que adornó á la Santísima Virgen, eligiéndola para su digna madre. La intension, con que se entregaba en la oracion á estos afectos de agradecimiento y complacencia, la debilitaban de suerte, que ya no podia tenerse en pie, y como á enferma de amor la mandaba su superiora, que se retirase á la cama.

Pero otras muchas veces sentia en estas solemnes fiestas de nuestra Señora grandes dolores del cuerpo, acompañados con amarguras, y angustias interiores. Su peticion ordinaria á María Santísima era la de que la concediese una grande pena, de las que en el mundo padeció su afligido corazon; porque sabiendo, que la sólida devocion de la Santísima Virgen se muestra mejor en imitar sus virtudes, que en alabarlas, y amarlas, queria Josefa participar cuanto pudiese de sus penas, para asemejarse de esta suerte á aquella reina de las vírgenes, que como rosa del jardín de la iglesia, creció entre espinas, dilatando su hermosura, y sus fragancias entre las tribulaciones. Por eso logró la V. M. muchas veces el efecto de su oracion, padeciendo en las grandes fiestas de la Asuncion, Presentacion, y Dolores de María Santísima las angustias y amarguras, que quedan referidas. Añade á ellas su confesor, que otro dia en que la religion de Santa Brigida rezaba de

la Compasion de nuestra Señora, habiendo tomado Josefa para materia de su oracion los puntos del oficio de aquella fiesta, padeció en casi todo aquel dia vivísimos dolores en solo el corazon, manifestando así la Madre de Dios, que la oyó aquella oracion del Oficio Eclesiástico de este dia; *Sancta Mater istud agas, Crucifixi fije plagas, cordi meo valide.*

Desde la niñez pagaba á María Santísima el tributo comun de su Rosario particular ternura y devocion. Para provocarse entonces á rezarla con la mayor atencion, se figuraba, que estaba cosiendo para la Santísima Virgen un vestido precioso, cuya labor debia ser primorosa para que no desmereciese su aceptacion. Meditaba despues en cada decenario el misterio correspondiente, pero empezaba el primero con la memoria de la Purísima Concepcion; y cuando alguna vez por inadvertencia omitió este recuerdo, sintió interior aviso de que volviese á empezar el Rosario por la memoria de aquel dulcísimo misterio, en cuya contemplacion hallaba suavísimas consolaciones, habiendo entendido alguna vez en su oracion, que tuvo ya María Santísima en el primer instante de su Concepcion Inmaculada mas gracia que el santo mas encumbrado en el último instante de su vida.

Finalmente para testimonio de que Josefa en todas sus acciones quiso vivir rendida al imperio de la reina del cielo, resumiremos ahora las memorias de la dichosa esclavitud, que hizo escribir á su confesor, y renovaba como una cotidiana ofrenda, y deprecacion en estos términos.

«Porque soy esclava de la Virgen Santísima Madre de nuestro Señor Jesucristo Dios, y hombre verdadero, y estoy en la esperanza de que su Magestad soberana, reina de todo lo criado me tiene admitida por tal esclava suya, aunque yo no lo merezco, desde ahora para siempre jamás pongo en sus santísimas manos toda mi libertad, y la hago donacion de mi alma, y de mi cuerpo, de todos mis pensamientos, palabras y obras, para que su soberana Magestad, como absoluta Señora mia disponga segun su voluntad, y la de su santísimo Hijo, de todas mis obras para la mayor honra, y gloria de Dios.»

Pero mirando con atencion la serie de la vida de la V. M. se



hallará una competencia amorosa entre las beneficencias de la reina, y los rendimientos de la esclava. Servía Josefa como esclava á la Emperatriz del cielo, pero apreciando esta gran Señora los obsequios de su sierva, como finezas de hija, la regalaba con dulzura y benignidad de Madre, acrecentando así la obligación á los obsequios con las mercedes, que la anticipaba. Dijimos yá la regalada aparicion, con que antes de cumplir los siete años se dejó ver de Josefa entre resplandores incomparablemente mayores, que los del sol, alumbrándola con ellos al camino de la perfeccion, y encendiéndola mucho en su amor. Dijimos tambien, que se dejó ver de Josefa con un bellísimo niño en sus brazos, cuando iba peregrinando á Asteasu, para enderezarla en las sendas, que debia seguir hasta hallar el término de su jornada.

Despues de religiosa á tiempo, que con los continuos dolores de ocho dias antecedentes estaba muy extenuada su salud corporal, la regaló tambien María Santísima con su soberana presencia, en compañía de muchos espíritus bienaventurados, con cuya vista cesaron luego los tormentos, y se reparó su debilidad. Cuando la oían hablar en sus éxtasis las religiosas observaban, que muchos de sus coloquios eran con María Santísima, como presente á los ojos de su alma, y solia entonces llamarla *mi Señora*: Escribe la fundadora, que en uno de los deliquios, resistiendo con humilde encogimiento á alguna merced, que la ofrecia su dueño, oyó, que la decia así: *No amado mio, no quiero yo mas, que vuestro amor. Todo para mi Señora.* Otra vez, cuando la misma reina del cielo la ofrecia alguno de sus favores, oyó que la respondia así. *No mi Señora, no para mi.*

Para muestra de que la esclavitud de Josefa era benignamente aceptada de su divina princesa, entendió en una interior vision, que llevando en sus manos Santísimas, como atadas con tres fuertes cadenas, los pensamientos, palabras, y obras de su sierva, los ofrecia nuestra Señora á su Unigénito, y que levantando su Magestad la mano echaba la bendicion á esta ofrenda. Cuando en un dia de la Natividad de María Santísima solicitaba Josefa su mediacion para obtener la purificacion de su alma de todas las imperfecciones, y culpas hasta quedar tan limpia, como cuando re-

cibió el bautismo, vió, que esta gran Señora presentaba su alma en apariencia de niña muy pequeña á su hijo santísimo, y que la concedia por sus ruegos la pretendida pureza de su espíritu. Cuando dirigia á su Magestad por manos de su Santísima Madre los ruegos de que todas sus acciones se enderezasen puramente á mayor gloria divina, entendió por una clara ilustracion, que la Santísima Virgen puesta de rodillas presentaba al Eterno Padre esta oracion de su sierva.

Representóse despues en otra vision interior á su alma la misma reina del cielo, llena de resplandores inefables, y vestida de un preciosísimo manto orleado de menudas y hermosísimas campanillas, dentro del cual la abrigaba, y la recreaba. Mostróla tambien en otra ocasion una preciosísima corona, la cual tenia algun vacio, que llenar en un extremo, avisándola con este simbolo, que trabajase sufriendo las penas de este destierro, hasta perfeccionar con la divina gracia aquella corona, que la aguardaba en la patria. Despues de estos favores insistia Josefa con su dulcísima abogada, en que la negociase una grande pureza de su alma, porque la seria pena intolerable el ver en el divino tribunal alguna culpa, con que hubiese desagradado á su Dios, á quien tanto debia, y deseaba amar. Y oyó entonces, que Maria Santísima con magestad apacible la decia así al corazon. *Se te conceden las gracias, que pides; porque nada quiere negar á mi intercesion mi Hijo Santísimo, y en ninguna accion de tu vida le has ofendido.*

Habiendo recreado tantas veces la Reina de las virgenes á Josefa con su dulcísima presencia en todo el discurso de su vida, no parecerá ya maravilla, que repitiese la misma dignacion de favorecerla con su presencia al tiempo de la muerte, para conducirla á la posesion de aquella rica corona, que acababan entonces de labrar sus afanes con los auxilios de la divina gracia, y con los estímulos de tan multiplicadas gracias de Maria.

La devocion de Nuestra Señora es inseparable, de la de su castísimo esposo San José, á quien desde su tierna edad veneraba Josefa, como á su especial protector, siendo favorecida con su nombre en el bautismo. En la fiesta de este Santo Patriarca, cuando apenas tenía siete años ampezó á sentir los impulsos de



egercitarse en la oracion mental , á que desde aquella noche se entregó para perseverar hasta la muerte sin dejar, ni aliojar en este Santo egercicio, en el cual por intercesion del Santo recibió de Jesus y de María los favores, que se han referido en esta historia.

Mientras fué serora en la ermita de Santa Cruz dedicó uno de sus altares á este Santo Patriarca , haciendo labrar y dorar su estatua y su retablo. Despues de religiosa acostumbraba encomendarle el cuidado de su monasterio, rogándole, que hiciese oficios de mayordomo de esta casa de Jesucristo, proveyéndola de cuanto necesitase para su subsistencia. Por eso en una dependencia de grande importancia del convento, quiso el Santo manifestar, que tenia el cuidado de sus intereses. En tiempo, que la comunidad necesitaba de muchos fondos para su manutencion; ocurrió la duda de si un grave negocio suyo habia de fiarse á cierto sugeto, que parecia tener talentos competentes para desempeñarle, pero por algunos accidentes se temia, que su conducta fuese menos útil al monasterio. Entre estas dudas recurrió la V. M. al Santo Patriarca, y mientras oraba en la tribuna, que el convento tiene en frente del altar de San José, salió del altar mismo en que está colocada su estatua, esta clarísima voz: *No es para ese sugeto.* Oyó Josefá con los oidos del cuerpo esta voz, que por el aire llegó desde el altar de San José á la tribuna, en que oraba; y mostró el efecto la verdad, y la conveniencia de esta prediccion; porque algun tiempo despues el sugeto mismo, desistió voluntariamente de aquella incumbencia á que se ofrecia, y conocieron las religiosas, lo que interesó el convento en no habérsela encomendado. La verdad de este suceso, (que no puede referirse ahora con mas espresion) es bien notoria en el convento, y la entendí yo de la misma V. Josefá.

CAPITULO IV.

De su caridad con los prójimos

Siendo cierto que el amor de prójimo nace y vive junto con el

amor de Dios, el fuego sagrado, que inflamaba en el divino amor al corazon de Josefá, le hacia tambien arder en el zelo de la salvacion de las almas, amándolas en Dios, ó á Dios en ellas.

Desde los veinte años recibiendo en la oracion mucha luz de la infinita amabilidad de Dios, y de su divina indignacion contra la ingratitud de los pecadores, se deshacia en continuas amargas lágrimas, clamando al Señor por su conversion. Oraba por ellos de dia y de noche, ofreciéndose á padecer, cuanto pudiese por aplacar los rigores de su justicia. Dijimos ya muchas conversiones de grandes pecadores, á que mientras vivió en el siglo cooperó la V. Josefá, recibiendo en la oracion el conocimiento del infeliz estado de sus almas.

Despues de religiosa la solicitaba con igual, ó mayor ardor el mismo zelo de la salvacion de los prójimos, que contemplaba como imágenes de Dios, y redimidos á costa de su sangre. Por eso como escribe el confesor representándose á su vista interior la sagrada humanidad de Jesucristo llagado de pies á cabeza, y entendiendo vivisimamente, que las culpas de los hombres eran la causa de aquellas llagas, derramaba grande copia de lágrimas, y abrazándose estrechamente con el mismo Señor, le pedia con ardientes ansias el perdon de todos los pecados, cuya satisfaccion sobreabundante dió á su Eterno Padre en aquellas crueles llagas, que sufrió por nuestro remedio.

La Madre Ana Maria de la Cruz refiere, que en veinte y cinco años, que trató en su convento á la V. Josefá, no ocurrió calamidad pública, de cuya pena no hubiese ella enfermado. Añade, que no contenta con orar de dia y de noche por el remedio de estos males solicitaba de su superiora las oraciones de comunidad al mismo fin, y las pedia tambien, particulares á cada una de sus hermanas. Cuando no tenia licencia de velar de noche en el coro, solia dentro de la celda emplear las noches enteras en estos ruegos, acompañándolos con otros egercicios penosos. Alguna vez, que obtuvo licencia de su prelada para velar en el coro, orando por una persona moribunda perseveró en él toda la noche, postrada en cruz, pidiendo la salvacion de aquella alma.

Este zelo de la salud de los prójimos la sacaba del apetecido re-



tiro de su oracion para oír á los que querian comunicarla sus tribulaciones. Escuchaba apaciblemente á todos interesándose en sus aflicciones y llorando con ellos, dábales los consejos proporcionados á su sexo, y les remitía á los confesores y letrados en los puntos, que no debía ó nó podia decidir como muger. Venian no pocas veces de lugares distantes personas enredadas en gravísimos pecados y secretos, á solicitar sus oraciones y consejo; y por eso la V. Fundadora con comunicacion del Reverendísimo Padre Zupide resolvió, que bajase Josefa sin la escucha, que prescribe su regla, á estas audiencias de personas seglares. Buscó entre otras á la V. M. una muger yá resuelta á procurar el aborto por evitar la infamia, y aun la muerte, que temia, si se descubriese su incontinencia; pero aseándola Josefa su abominable determinacion la dijo, que purificase con dolorosa confesion las manchas de su alma, y se asegurase, de que su culpa quedaria oculta. Hizolo asi aquella muger, y halló despues, que correspondiendo el suceso á su confianza, quedó secreto su parto y su pecado. Eran muchas las almas, á quienes con oraciones y consejos ayudaba á romper los lazos de sus culpas.

Escriben las religiosas, que cuando asi entendia las ofensas de su amado, se dejaba ver su grande afliccion en el semblante triste y macilento, y en que andaba por el convento, como absorta, y fuera de sí misma. Viéronla muchas veces desfallecer de dolor de las ofensas de Dios, y de compasion de sus prójimos. Quedan yá referidos los clamores con que en sus deliquios la oían sus hermanas implorar la divina piedad por los pecadores, ofreciéndose á padecer por ellos, y mostrando lo que actualmente padecia en la dificultosa respiracion, en los pulsos retirados, y en los ojos vueltos, como si agonizase, hasta hacer temer á la superiora su próxima muerte. Otras veces clamaba en estos deliquios á Dios, que no criase alma, que hubiese de ofenderle, y sin poder reprimir los ímpetus de su dolor, decia á las religiosas, que rogasen á Dios, porque cesasen sus ofensas.

Su zelo se estendia á la conversion de todos los infieles. Oraba por ellos, y especialmente en los dias festivos pedia para este fin las oraciones de sus hermanas, las cuales testifican haberla oido

muchas veces entre los éxtasis, que padecia, prorumpir en estas voces, que manifestaban los afectos de su corazon. *Todos, Señor, todos se han de convertir: todos son redimidos con vuestra sangre: todos, todos.* Y despues de pronunciar estas voces volvía á quedar como estatua, ó como difunta en su arrobamiento. Este zelo de la salvacion de todos sus prójimos se descubre tambien en aquella direccion de sus obras, que conforme á la voluntad, que entendió de su dueño, hizo escribir al Reverendísimo Padre Zupide su director, ofreciendo en ella sus acciones, palabras y pensamientos de los lunes y martes de cada semana al fin de que ninguno de sus prójimos se condenase. Los de los miércoles, jueves y viernes, al fin de que se restituyesen á la divina amistad todos los que estaban en pecado mortal, comprendiendo entre ellos á los idólatras, hereges y cismáticos. Los de los sábados y domingos, al fin de que todos sus prójimos le glorificasen eternamente en el cielo.

Contribuía tambien con sus oraciones y consejos á la perseverancia de las buenas almas en la divina amistad. Muchas devotas mugeres del siglo, que comunicaban familiarmente con la V. M. notaban en sí mismas la grande eficacia, con que se imprimían en sus almas aquellos avisos, que la escuchaban. Escribe su confesor, que una persona virtuosa muy afligida con los vanos temores de que sus frecuentes comuniones fuesen otros tantos sacrilegios, pidió las oraciones de la V. Josefa, que sabiendo por sus experiencias, lo que tales espinas atormentan á las conciencias delicadas de los justos, solicitó de nuestro Señor con cuanto fervor pudo la serenidad de aquella alma. Avisóla despues, que hiciese celebrar tres misas delante del Santísimo Sacramento en reverencia de la Trinidad Santísima, y habiéndolo ejecutado asi, comulgó aquella persona al tercer dia, y se vió libre de su inquietud y congoja, empezando desde entonces á gozar de una sensible tranquilidad en la conciencia. Dió luego las gracias á Josefa, persuadiéndose, á que el calor de su oracion habia disipado aquellas nieblas de su espíritu; y pasando al coro la V. M. para agradecer á nuestro Señor este beneficio, puesta de rodillas recibió luego la luz de la propia indignidad, y entendió, que sin embargo habia



concedido la misericordia divina á sus ruegos la serenidad de aquella alma.

Las conciencias de sus hermanas atormentadas con semejantes temores escrupulosos hallaban tambien el consuelo en la voz de la V. M. que las conducia á la tranquilidad por el camino de un sencillo rendimiento al juicio del confesor. En las oscuridades, desolaciones y tentaciones, que se encuentran en las sendas de la perfeccion, debian tambien á su buena Madre mucha luz y esfuerzo. Por eso aun despues de su muerte acostumbra acercarse á su sepultura, solicitando privadamente su intercesion con Dios. Una religiosa, que hoy vive en este monasterio me refiere de sí misma, que en el tiempo de su noviciado estaba ya cerca de rendirse á la tentacion de no profesar en él, por la aprehension de que la faltaban fuerzas para sugetarse á las estrechas leyes de la recoleccion; aunque no intentase volver al siglo para quedar en él. Asi meditaba abrazar el mismo estado en convento de otra orden, cuya regla la parecia mas suave, y acomodada á su complexion. Mientras revolvía en el pensamiento estas sugerencias, huía de la presencia de la Madre Josefa, pero conoció esta las astucias, con que pretendia engañar á la novicia el comun enemigo: Hablóla benigna y tiernamente, descubriéndola la calidad de sus pensamientos, que ella rehusaba comunicarla: Hizola ver, que aquellos eran artificios del demonio, que intentaba sacarla del puerto de la religion, para dejarla despues en el golfo del siglo: Con la eficacia de sus palabras, y oraciones se fortificó el ánimo de la novicia, para resistir á aquella tentacion, y agradeció despues su perseverancia, y profesion á la caridad de la V. Madre.

Pero era comun observacion de las religiosas, que cuando asi contribuía su zelo á desenredar á las almas de los lazos diabólicos, se seguian luego los golpes, con que la maltrataba este espiritu maligno. Asi cuando sus hermanas la miraban ocupada en servir á la salud espiritual de sus prójimos, solian decirle, que presto lo pagaria. Mas Josefa que no podia negarlas lo que ya sabian, las respondia asi. *Ojalá pudiera yo con todos los trabajos, que puedo sufrir, contribuir á la salvacion de una alma.* La V. Fundadora escribe haberla oido, que *espondria de buena gana su cuerpo á todos*

los tormentos, porque una alma no estuviere en pecado mortal, una sola hora.

Aunque la salud espiritual de sus prójimos se llevase las primeras atenciones de la caridad de la V. Josefa, la mostraba tambien en la compasion de las necesidades corporales de los pobres, de los enfermos, y afligidos, cuyas calamidades la enternecian el corazon, y solicitaba para ellos el socorro de las oraciones de sus hermanas. Ya referimos la vigilancia, con que viviendo en el hospital, cuidaba del alimento, limpieza y curacion de los pobres, venciéndose á sí misma en sufrir la podre de sus llagas. Dijimos tambien, que obedeciendo á la insinuacion de su confesor pidió por mucho tiempo limosna de pan, que repartia entre los pobres, como se lo mandaba distribuir. Despues de la profesion el primer oficio, que tuvo en el convento, fué el de enfermera, y en él atendió con puntualidad al consuelo de las enfermas, á las cuales visitaba frecuentemente, aun cuando no tenia este oficio, privándose de la oracion retirada por asistir y consolarlas.

La Madre María Ana de la Cruz escribe de sí misma, lo que se sigue: «Luego que profesé caí enferma con calentura, y el médico temió tabardillo, porque no aprovechaban los remedios en los dos dias primeros. Mandó el médico, que me repitiesen sangrias, y al tercer dia cuando iban á sangrarme, no pudiendo yo tener la cabeza sin arrimó, mandó la Madre María Teresa á la Madre Josefa, que me tuviese arrimada á su pecho. Estuve asi mientras me sangraron, y mejoré luego, quedando á otro dia libre de calentura, y en disposicion de dejar la cama. Otra vez me hallaron las religiosas al salir de Maitines en el antecoro, con un accidente, que me privó de sentidos. La Madre Josefa, que entonces era prelada, hizo en mi frente tres cruces, y volvió «en mí.» Mientras fué abadesa tuvo especial cuidado de las enfermas, queriendo, que no tuviesen mas afliccion, que la de su dolencia. Pero aunque era tan compasiva de todas, daba otra señal de caridad á sus hermanas, en no ocasionarlas la menor molestia, cuando la misma Josefa pasaba en vela las noches enteras entre grandes dolores y accidentes.

No fué menos ardiente su caridad con los prójimos difuntos.



Desde la juventud oraba frecuentemente por la libertad de las almas del Purgatorio. Tenia ofrecida la satisfaccion de sus buenas obras y de las indulgencias, que ganase á Maria Santísima, para que la distribuyese á su voluntad entre las almas benditas. Cuando la superiora se lo permitia, velaba en el coro la noche de la Conmemoracion de los Difuntos; cuando se lo embarazaba, oraba por ellas retirada en su cama. En ella padeció su mano aquella pena de fuego del Purgatorio, que dejó tambien señales de su actividad en la almohada de su cama, que quemada en parte se guarda en el convento. Añadiré ahora lo que me refirió la V. Madre, que oyó otra noche una voz estrordinariamente triste, y aunque receló al principio, si seria de alguna religiosa, poco despues volvió á oír otra voz muy delicada y lastimera. Ofrecióse entonces á nuestro Señor para hacer, ó padecer cuanto su Magestad dispusiese, y se apoderó luego de sus entrañas un grande fuego, que la afligió toda la noche con tan vehementes ardores interiores, que se persuadió á que se asemejaba su tormento, al que en la pena del fuego sufren las almas del Purgatorio.

CAPITULO V.

Del agradecimiento de la Venerable Josefa á los beneficios de Dios y de sus prójimos.

La memoria de los divinos favores avivaba en el corazon de la V. Madre, las llamas de amor y agradecimiento á su sumo bienhechor. Quisiera hacer y padecer todo lo posible por corresponder á quien la previno, y obligó con tantas mercedes. Pero conociendo, que no se desempeñaban su obligacion y sus deseos con todos los obsequios, que podia rendirle, salia fuera de sí misma en la oracion á convidar á Maria Santísima, y á los espíritus bienaventurados, para que agradeciesen al Señor, lo que ella no sabia, ni podia agradecer; y entendia entonces la complacencia, que tienen los santos en ser rogados para contribuir por nosotros á la gratitud de los divinos beneficios. Otras veces mientras recibia en la oracion mucha luz de la grandeza de los divinos beneficios, y co-

nocia la imposibilidad de retribuir dignamente el menor de ellos, se representaba á la vista de su alma un árbol preciosísimo, cargado de innumerables frutos, inspirándola el Señor, que ofreciese para satisfaccion de su deuda aquellos frutos, que simbolizaban los tesoros de nuestra Redencion. Por eso valiéndose de los mismos beneficios de Dios para su recompensa, respiraba su corazon con ofrecer al Eterno Padre los méritos de su Unigénito, diciéndole: *Señor, esta es nuestra paga*. En otras ocasiones como mendiga espiritual, á quien faltaba otro caudal para retribuir las limosnas, que recibia, decia á Dios en la oracion: *Señor estoy contenta con que seais vos, á quien debo todo, con que seais un acreedor infinitamente liberal y benigno*. Asi volviendo su agradecimiento á Dios, como á su fuente las gracias que manaban á su alma, hacia en ella lugar para que la divina beneficencia derramase nuevos beneficios.

Esta gratitud, que tenia Dios, como á autor de todos los dones, se conocia por la que tenia á los hombres, como á instrumentos ó ministros de su liberalidad. Por su condicion noble y generosa era naturalmente agradecida, y acomodándose la gracia á la naturaleza realzó en ella tanto esta virtud, que cuantos la trataron señalaban el agradecimiento, como la mas visible de sus virtudes. El menor beneficio que recibiese de sus prójimos, quedaba siempre firme en su memoria, y procuraba con todas sus fuerzas gratificarle. Mientras vivió en el siglo experimentaron las recompensas de su gratitud las personas, que la beneficiaron. A la noble, y piadosa Matrona Maria Cruz de Salaverria, que la hospedó por caridad en su casa de Egurvide dió buenas señales de su ánimo agradecido, asistiéndola en sus enfermedades, y en su última agonía; y mostró, que no acababa el agradecimiento con su vida conservando la memoria de su obligacion con los hijos de su piadosa bienhechora. A Don Antonio de Umansoro, y Doña Ana Maria de Alzolaras, en cuya casa de Churruea-Echea, vivió algunos años; y á Don Diego de Savando, que la hospedó en Logroño, correspondió tambien con tan gratos obsequios, que pudiese quedar bien pagada su beneficencia. Don Ignacio de Munibe logró en grandes beneficios espirituales, que debió á las oraciones de la



V. Madre, la mejor recompensa de aquellas crecidas limosnas, que contribuyó para la iglesia de Santa Cruz.

Don Pedro de Idiaquez, que la alojó por cuatro años en su casa y la dió la dote para su profesion, manifiesta en sus espresiones los gajes, que ha tirado del agradecimiento de la V. Josefa, á cuyas oraciones atribuye muchas felicidades suyas y de su casa. Refirióme la misma V. Madre, que mientras vivia en la casa de este caballero, obligada á sus beneficios, y á lo que por sí, y sus parientes contribuia entonces á desvanecer las dificultades de la fundacion del convento de Santa Cruz, instaba en su oracion á Jesucristo, que les pagase la caridad, que ejercitaban con ella, y el zelo con que entre tantos embarazos promovian la nueva fundacion. Mientras oraba así con el fervor, que la dictaba su gratitud, oyó con los oídos del alma estas voces del Señor: *Yo los premiaré en este mundo y en el otro.* Favor que mas de veinte años despues tenia la V. Josefa bien impreso en su memoria; y se han visto muchas señales de su credibilidad en los sucesos.

Fruto fué de este agradecimiento á sus bienhechores, el que D. Francisco de Idiaquez apareciéndose á la V. Josefa, la llamase Madre, que le asistia en su necesidad, con las oraciones y penitencias, con que contribuyó al sufragio de su alma. Que D. Francisco de Eizaguirre se le apareciese tambien con señales de gloria, despues que Josefa habia ofrecido por el rescate de su alma muchas oraciones y trabajos. Que Doña Ana de Lasalde en la hora de su muerte hallase la recompensa de lo que la favoreció en aquellas angustias, que ella sufrió orando ardientemente por la salvacion de su alma, como escribimos en su lugar.

Despues de religiosa, cuando el convento subsistia en parte con limosnas de sus bienhechores, solia presentárselas á Jesucristo; haciéndole cargo de ellas, para que su Magestad se las premiase, si estos la pedian oraciones para obtener alguna gracia del cielo, queria como hacer fuerza á Dios, para que se la concediese, y por eso el fervor con que oraba por sus bienhechores, la hizo algunas veces prorumpir en estas que llamaba locuras: *Mirad Señor, que habeis de hacerles esta gracia: Mirad, que si no la concedeis no os querran.* No se contentaba con encomendarles así á Dios, sino se

les retribuia algo temporal, pareciéndola siempre, que quedaba corta aunque diese tanto como recibia. Por eso aun cuando las pobres labradoras llevaban al torno algunas manzanas ó leche estimaba, y queria agradecer este agasajo, como dadiva preciosa; y abultando mucho en su agradecimiento la mas pequeña limosna, se podia decir de su condicion, lo que de la suya decia Santa Teresa: *Que con una sardina la sobornarian.*

A las oficialas de su monasterio daba las gracias, de que hiciesen con ella lo que hacian por su incumbencia con todas las religiosas. Estimaba como beneficio particular á las enfermeras la asistencia de sus dolencias, y así respectivamente á las demas oficialas. Cuando fué prelada apreciaba la labor, que segun su regla hacian para la comunidad, como si esta fuese un particular regalo, que ella recibia, y ofrecia pedir á Dios, que las gratificase, sin que jamás omitiese estas espresiones de su ánimo agradecido por mas ocupada que la hallasen, cuando sus hijas la mostraban aquellas tareas de sus manos.

A los confesores conservaba un agradecimiento inexplicable. Se enternecia cuando me hablaba de la caridad, que ejercitaron con ella sufriendo sus molestias; pero especialmente no hallaba voces para esplicarme lo que debia al reverendísimo padre Zupide, que cargado de años y de enfermedades no omitió por trece años continuos el caminar á pie desde los colegios de Loyola y de Azpeitia al monasterio de Santa Cruz por cultivar su espíritu. En el tiempo, que yo la confesaba, noté que de ordinario al salir de el confesonario me decia: *Dios se lo pague á V. md. Espero que Dios se lo pagará.* Otras veces me decia, que necesitaba yo de mucha paciencia para sufrirla, y que Dios me lo premiaria. En la ultima enfermedad estando ya cerca de la muerte, me hizo estas mismas espresiones de agradecimiento. Al médico, que la asistia en sus enfermedades agradecia con iguales términos su cuidado; y cuando ya la dejaba desahuciada en la última visita, le repitió las gracias con estas voces: *Espero que Dios se lo pague á V. md.*



CAPITULO VI.

De la oracion de la venerable Josefa.

Porque apenas sosiega el amante sin conversar con su amado, no hallaba descanso la V. Josefa sino en la oracion entre dulcísimos coloquios con el soberano objeto de su amor. Por eso la ocupacion ordinaria de su espíritu desde la niñez hasta el término de su prolongada ancianidad, fué la de la oracion. No habia cumplido siete años, cuando sin alguna direccion de magisterio humano, perseveraba en ella á las noches por dos y tres horas de rodillas en postura de besar la tierra, movida interiormente del divino maestro, que la daba la instruccion, y la daba tambien entendimiento, con que aprovechase desde entonces en su escuela. Desde los diez años, con direccion de su confesor jesuita, meditaba repartidos por la semana siete pasos de la pasion de Jesucristo, aplicando á estas dulces tareas del espíritu las noches enteras, despues de haber dado dos horas y media al sueño corporal. Alargó despues la oracion retirada á ocho, y nueve horas cada dia, sin contar los festivos, que gastaba casi enteramente en el templo, dilatando las velas á su deseada contemplacion, con ardentísimos afectos; y sin contar muchas noches en que sin algun sueño del cuerpo velaba en aquel suavísimo sueño espiritual.

En la contemplacion y fervor de esta oracion, quedaba tan llagado de amor su corazon, que á cualquiera cosa que oyese de la pasion de Jesucristo se derretia en suaves sollozos. En ella hallaba una ardiente sed de padecer mucho á imitacion de su dueño; y la concedia este Señor en la misma contemplacion de sus dolores, el fruto de aquellos deseos, dándola á sentir en su cuerpo los tormentos correspondientes al paso que contemplaba. En el de los azotes á la columna padecia intensos dolores en las muñecas, y en las espaldas, En el de la coronacion los sentia en la cabeza tan vehementes, como si se la atravesasen á puñaladas. En el de la oracion del huerto sentia estrañas penas interiores, y asi respectivamente en los demas.

Pero aunque se hayan señalado estas determinadas horas de su mas retirada comunicacion con Dios, no ponía en ellas término á su oracion, porque la hambre continua de orar, que encendia en su pecho el calor del divino amor, hacia, que tuviese siempre en deseo la contemplacion, aun cuando debia ocuparse en otros ejercicios. En la labor de manos, á que la necesitaba su pobreza, tenia ocupado el espíritu en santos pensamientos, que eran como reliquias de la precedente meditacion. Procuraba con la mayor exaccion la presencia divina, afligiendo sus brazos y manos con unás tenacillas, cuando se divertia la imaginacion contra las intenciones de la voluntad. De esta suerte cuidaba siempre de tener el espíritu en el cielo mientras el cuerpo se ocupaba en la tierra, y que estuviese el corazon en la oracion, cuando estaban las manos en la labor.

Este cuidado con que se aplicaba á orar sin intermision en todo tiempo y lugar, la premió el Señor con el favor de que al pasar desde la ocupacion á la oracion, cesase luego cualquiera pensamiento estraño, y memoria de las criaturas, hallándose luego recogida y fija en la presencia de Dios, como en su centro. Asi escribe su confesor, que nunca sentia la V. Madre distracciones cuando oraba; y por el tiempo, que yo la confesé, aunque la hallaba frecuentemente temerosa de que fuese floja, ó tibia su oracion, no la oí, que en ella asomase á su imaginacion especie alguna estraña, sino una sola vez, que despues de haber oido el agravio, que en dilatarle el logro de una pretension, se hacia á un sugeto su bienhechor, se retiró á su ordinaria oracion, y en ella la combatió, aunque por poco tiempo este pensamiento, obligándola á pelear por la resistencia. Debió tambien á su Magestad otro favor de que nunca la afligiese en la oracion la somnolencia, ni como tentacion del demonio, ni como necesidad de la naturaleza; aunque fuese tan corto el tiempo, que tenia señalado para el sueño, y aunque muchas noches nada dormiese.

Asi procedia procurando unirse cada dia mas fuertemente á Dios con los dos brazos de su conocimiento y amor, cuando la elevó su Magestad á oracion sobrenatural infusa, en que recibiese su alma la divina operacion. Empezó á embriagarla con el torrente de

sus delicias, hasta hacerla perder el uso de los sentidos. Desde los quince años de su edad, en que experimentó la primera vez este favor, fueron creciendo aquellos ímpetus de amor, suspensiones, arrobamientos y éxtasis, que en las almas contemplativas, causa la mas estrecha union con el sumo bien. Hemos referido ya la frecuencia y duracion de los que padeció la V. Madre en el discurso de su vida; aunque si se hubiesen de escribir solos los que padeció en un año en presencia de algunas religiosas, aseguran ellas, que podrian formar un gran proceso. En estas elevaciones de su entendimiento, y abstracciones de sentidos la comunicaba el Señor aquellas visiones imaginarias é intelectuales de su sacratísima humanidad, de su Madre Santísima, y de los Santos. En ellas la regalaba con palabras interiores amorosas, que la confortasen en los humildes temores de su aprehendida ingratitud.

En estas soberanas comunicaciones arrebatándola el Señor al abismo de la divina luz el entendimiento, le clarificó tanto, que como dijo ella misma al Reverendísimo Padre Zupide su confesor, aunque por imposible se perdiesen los libros sagrados, moriria por la verdad de los misterios de la fé, que la descubrió el Señor en la contemplacion. En ellas la abrasaba, y la derretia el corazon con suavísimos ardores, dejándose percibir en su semblante las llamas, y en su vestido las brasas de la interior hoguera. En ellas la concedía su dueño la fortaleza para despreciar los terrores, y los tormentos del demonio. En ellas la hacia ver su pequeñez, y la obligacion de corresponder á los graciosos dones, que la comunicaba, dándola mas profundos sentimientos de la propia pobreza, cuando mas la enriquecía.

Pero aunque la diese el Señor casi siempre estas álas con que la hacia volar al monte de la contemplacion, no por eso dejaba de empezar su oracion por meditacion ordinaria, practicando con orden de sus confesores hasta los últimos alientos esta instruccion conforme á la que San Francisco de Borja dió á Santa Teresa. (1) Tan lejos estuvo siempre de persuadirse, que despues de haber sido llevada á la contemplacion, no hubiese de volver á la medi-

(1) Santa Teresa vit. cap. 24.

tacion sencilla. Asi llevaba siempre prevenido, ó un paso de la pasion de Jesucristo, ó otro de los misterios de su vida santísima, en cuya consideracion queria detenerse, y se ocupaba con ardientes afectos, mientras no la elevase el mismo Señor á los alcázares de la divinidad. No pocas veces resistia á esta elevacion deseando permanecer meditando aquellos puntos, que llevaba prevenidos, aunque en esta humildad de su sierva se complacia el Señor para elevarla mas, porque como escribe de sí misma Santa Teresa: (1) *Mucho contenta á Dios ver una alma, que con humildad pone por tercero á su Hijo, y le ama tanto, que aun queriendo su Magestad subirle á muy gran contemplacion, se conoce por indigno, diciendo con San Pedro: Apartaos de mi Señor que soy hombre pecador. Esto he probado. De esta suerte ha llevado Dios mi alma. Otros irán por otro atajo. Lo que yo he entendido es, que todo este cimiento de la oracion vá fundado en humildad; y que mientras mas se baja una alma en la oracion, mas la sube Dios.*

En este gusto con que se inclinaba la V. Josefa á meditar los misterios de la vida y pasion de Jesucristo, se deja conocer cuanto le desagradaba aquel falso, y pernicioso dictámen de los que intentaron persuadir á las almas, que despues de arribar á la contemplacion han de deshechar con industria las consideraciones de lo que Dios hecho hombre obró por nuestro bien, como si las memorias de Jesucristo, y de su Madre Santísima fuesen embarazo para la perfecta contemplacion. Conocia la V. Madre en su oracion por experiencia la verdad de que esta Sacrosanta humanidad es la puerta por donde entran las almas á la contemplacion de la divinidad, y que como escribió el seráfico doctor San Buenaventura, (2) cualquiera que quisiese entrar en la quietud de la contemplacion por otra puerta, que la del costado de Jesucristo debe ser tenido por ladron, teniendo contra sí la sentencia, que pronunció Jesucristo cuando dijo: (3) *Ninguno viene al Padre sino por mí.*

De esta suerte entrando la V. Josefa en la oracion por aquella

(1) Santa Teresa cap. 22 vit.

(2) Doct. Bonav. de sti mul. Divin. amor part. 4. cap. 5.

(3) Ieanu. 14. v. 6.

puerta segura, era elevada á contemplar la divinidad, y saliendo de esta contemplación volvía á contemplar la humanidad instruyéndola así el mismo Señor, que había ya dictado esta celestial doctrina á Santa Teresa, (1) que la practicaba y se persuadió así: *Cuando Dios quiere suspender las potencias claro está, que aunque no queramos se quita esta presencia (de la humanidad). Entonces vaya enhorabuena: Dichosa tal pérdida, que es para gozar mas de lo que nos parece se pierde :::: Mas que nosotros de mañana y con cuidado nos acostumbremos á no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre, (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima humanidad, esto digo, que no me parece bien::: Es gran cosa mientras vivimos, y somos humanos traerle humano:*

Catorce, ó quince años antes de su muerte se minoraron, aunque no cesasen del todo, los arrobamientos, que tan frecuentemente padecía la V. Josefa en presencia de las religiosas. Desde este tiempo, aunque recibiese iguales ó mayores mercedes del Señor, rara vez daba aquellas muestras exteriores en la abstracción de los sentidos, ó porque su Magestad quiso oír la humildes instancias y lágrimas con que solieita el secreto de estos favores, ó porque con la continuacion de recibirlos se dilataron los senos de su corazón, para que ya no rebosasen hácia afuera aquellas avenidas de la gracia. En los últimos diez años que yo la confesé, nunca supe, que hubiese padecido en público deliquio alguno, aunque tal vez le padeciese sin ser vista de nadie mas que de su abadesa. Pero como ya se ha referido en esta historia, causaba el fuego del divino amor en su alma en este tiempo los mismos efectos, que entre los arrobamientos antecedentes, con mas secretos, y mas vivos ardores, que no solo se comunicaban al cuerpo en calentura sabrosa, sino la abrasaban tambien las entrañas hasta persuadirse, que la naturaleza no podia ya resistir mas, á las violencias dulces de aquel incendio.

Mientras yo traté su espíritu aunque siempre la hallé inclinada á meditar, ó á orar *con modo*, (como ella me decia) perdía casi siempre la memoria de los puntos, que llevaba para su oración, porque la llevaba el Señor á la contemplación del inmen-

(1) Santa Teresa vit. cap. 22.

so abismo de su divinidad, donde percibia como dentro de una niebla un ser infinito, é inaccesible con suma admiración y gozo de tanta inmensidad; y se encendia su voluntad en deseos de amar sin tasa, lo que entendia ser incomprendible á la vista de su alma. Otras veces la comunicaba el Señor especial favor, y complacencia en la contemplación de una de sus perfecciones. Ya la daba admirables sentimientos de su soberana bondad, haciéndola ver cuanto es mas amable de lo que ella le amaba, y le podia amar; y así dejaba herido su corazón con un suavísimo dolor de no tener las fuerzas que deseaba para amarle. Ya la hacia ver en la contemplación, que Dios es todo, y la criatura es nada. Introducía en el conocimiento de su nada, como en un abismo, y desde este, la elevaba á contemplar el otro abismo de sus inmensas perfecciones. Así permanecía regularmente absorta en los tiempos de oración, y se me quejaba de que estaba en ella como una niña, ó como un jumento, sin hacer cosa de provecho. Temía de ordinario que fuese flojedad, ó tibieza suya aquella amorosa quietud, en que la tenia el Señor, y de la cual solia salir con las fuerzas corporales muy debilitadas con grande hambre de volver á la oración, y con ardientes deseos de hacer, y padecer cuanto pudiese por su Dios, y de que todas las criaturas le conociesen, amasen y alabasen.

Pero era muy diferente el concepto, que formaban de los ardores de la oración de la V. Madre sus religiosas. Decia la V. Madre María Teresa, que tal vez pidiendo al Señor la diese á sentir el fervor con que oraba su amada súbdita, experimentó en si misma un extraordinario incendio. Otra religiosa, que hoy vive asegura, que muchas veces con solo mirar á la V. Josefa se sentía encendida en afectos de amor de Dios. Y en fin siendo este ejercicio de la oración el principal cuidado, que tuvo en sesenta y dos años desde el uso de la razón, sin haberle dejado jamás por mas, que el demonio intentase retraerla de él, con los espantajos, amenazas y tormentos, que hemos referido, se deja conocer, cuanta seria la brasa en el corazón de quien se arrimó al horno del cielo en tan continua y prolongada oración y contemplación.



CAPITULO VII.

De la mortificacion y penitencia exterior de la V. Madre.

La mortificacion con que se extenúa y se espiritualiza el cuerpo es disposicion necesaria para la verdadera contemplacion; porque deleitándose el divino esposo en la hermosura de las almas para elevarlas á sus comunicaciones, quiere (dice San Fulgencio.) (1) ver macerada la carne, y bien domadas sus concupiscencias. Las mortificaciones corporales en la V. Josefa empezaron con el uso de la razon, dándola el Señor á conocer las conveniencias de castigar, y reducir á servidumbre el cuerpo desde la tierna infancia; porque las pasiones albergadas en él no adquiriesen despues mayores fuerzas para amotinarse contra la virtud.

Dijimos ya, que desde los siete años empezó á macerar su carne con muchas disciplinas de sangre, y con silicios, que traía en la cabeza, en los muslos, en la cintura y en los brazos. La V. Madre María Teresa, su abadesa escribe, que la vió los brazos, que de señales de estos silicios tenia abiertos todos, como si se los hubiesen partido con una navaja, y que tenia tres dedos de ancho el silicio con que se ceñía la cabeza. Usaba de ellos sin quitarlos hasta que hiciesen llagas, y se encancerasen, y cuando ya los quitaba volvía á ponerlos sobre las mismas llagas. A estas ordinarias aflicciones añadió la de arrimar muchas veces á su muslo tizonas ardientes, con que se hizo grande llaga. La de atarse con fuertes y anudados cordeles los muslos para hacer muy penoso el movimiento. La de continuar orando tres horas puesta en cruz. La de darse con la frente contra las esquinas de las paredes. La de arrojarle con pies descalzos, y alguna vez con todo el cuerpo desnudo entre las ortigas. Y la de traer en la boca muchas piedrecillas menudas con que dió motivo á padecer despues grandes dolores de muelas.

Dijimos tambien sus vigilijs de noche, cuando tasaba dos horas y media al sueño. Acostábase en el suelo, ó en su camilla, donde

(1) D. Fulgent. Ep. 2 cap. 12.

tenia puestos debajo de la sábana nudos de sarmientos, cascos de tejas, y pedazos de vidrio. Ponia á sus espaldas una cruz con agudas puntas, y sobre su estómago una piedra del tamaño de tres cuartas en cuadro.

Lloraba desde la niñez, porque temia, que se le acababan los modos que discurria de padecer, y porque hallaba en los tormentos aquel gusto, con que suele endulzarlos el divino amor, lloraba tambien recelando, que no contentaba á Dios, sino á sí misma en el padecer. Pedia á su Magestad, que ningun dia de su vida pasase sin trabajos; y cuando algun dia dejaba de lograr este deseo, volvía á llorar temiendo que en el siguiente ofenderia á Dios, y por eso multiplicaba la oracion.

Aunque moderó despues estos rigores, obedeciendo á sus confesores, nunca moderó los deseos de crucificar su carne, y asi aun en los últimos años, cuando sus enfermedades y su ancianidad no permitian el uso prudente de tantas austeridades, me pedia muy frecuentemente licencia para castigar su cuerpo, y aun el último dia, que se reconcilió conmigo en el confesonario, solicitó esta permision.

Tambien se acostumbró desde la niñez á la mas rigurosa abstinencia, probando por algun tiempo el carecer de otro alimento, que el de las yerbas crudas. Cuando comia con sus padres echaba á su alimento unos polvos amarguisimos que llevó de la botica. Muchas veces tragaba la hiel mezclada con el polvo de las chimeneas. Bebia vinagre con alguna mezcla de agua. Cuando ya la mandó el confesor, que moderase estas mortificaciones, era muy tenue su alimento, y para hacer en su juventud mas meritoria la abstinencia, solia mientras hacia la labor de manos, poner á su vista alguna fruta, cuya privacion fuese asi mas costosa á su hambre. En edad mas avanzada, cuando vivia en la casa de Idiaquez no pasaba de tres onzas su comida, segun escribe el confesor que lo observaba de cerca. Despues de religiosa con orden de sus confesores comia de lo que la daban, pero me dijo la misma V. Madre, que ignorando ella la cantidad del alimento, que era necesario á su estómago, experimentó muchas veces, que si empezaba á mascar algo, que excediese de su necesidad, no lo podia tragar,



y así se hallaba precisada á sacar de la boca con disimulo aquel bocado con un interior aviso, de que ya era superfluo.

Pero estas mortificaciones, que ejercitaba por mano propia, no eran tan duras, como las que recibió por la crueldad de los demonios. No solo la afligian con horribles figuras de hombres como gigantes, y de animales diferentes de toros, perros, gatos y culebras, sino la maltrataban tambien con crueles tormentos. Ya la colgaban de un poste con argolla de hierro. Ya arrojaban sobre su cabeza la ventana de su cuarto. Ya la hacían rodar la escalera; la estropeaban; la dejaban frecuentemente tullida; la azotaban, y apaleaban amenudo, sonando el ruido á los oídos de las religiosas; la arrastraban por el coro; la arrojaban de la cama en que estaba enferma; la apretaban fuertemente la garganta; la quemaban los ojos con alguna especie de polvos infernales, y con pestilentes olores infestaban su celda. Otras muchísimas veces, sin que ni ella, ni las religiosas sintiesen ruido alguno, la atormentaban noches enteras arrojando á su cuerpo un fuego, que la abrasaba las entrañas. Dábanla tambien sin ruido alguno muchos golpes recios en los brazos y en la cabeza de día y de noche. Hacíanla sentir tormentos, como si la cortasen los nervios, y como si algunos mastines la mordiesen la carne.

A estas aliecciones con otras semejantes, que quedan referidas se debe añadir la del ejercicio de tan continua oracion, la cual aunque conforta, y recrea al alma, macera y amortigua la carne, gastando, y consumiendo insensiblemente la salud. Por eso la vida de la V. Madre fué casi una continua enfermedad, cuyas calidades, y remedios eran incógnitos á la humana medicina. Los médicos, que la asistieron mientras vivió en el siglo, confesaban, que no entendian aquel linage de dolencias. El que por mas tiempo, y con mas continuacion la asistió en los últimos años de su vida, es el doctor D. Juan Bautista de Ibaseta y Bustinzuria, que despues de haber regentado en la universidad de Salamanca la cátedra de *Methodo Medendi*, se retiró á su pais, donde en cuarenta y cuatro años de experiencia, ha acreditado despues universalmente su grande pericia en esta profesion. Este nos remitió una declaracion, que inferiremos ahora como el mejor testimonio de

las continuas y desconocidas dolencias, que padecia la V. Josefa.

«Asisti (dice) á la V. Madre Josefa del Santisimo Sacramento por veinte y siete años, en todas sus enfermedades, tan frecuentes, que parecian continuas pues puedo asegurar con toda verdad, que nunca, ó rara vez de las muchas, que iba á visitar á otras religiosas enfermas de dicho convento, la halle sin calentura, ó destemplanza morbosa, aun cuando andaba en pie como sana. Lo mas ponderable en estas enfermedades era el tan extraordinario concurso, y á curso de confusas diferencias de su pulso, que rara vez pude sacar en limpio el distinto conocimiento de alguna ú otra diferencia, aun de las mas distinguibles sin mezcla de alguna irregularidad confundente. Esta continuacion de visitas, y la dilatada práctica de mas de cuarenta y dos años, así en este pais, como en la universidad de Salamanca en concurso de los mas sabios médicos de aquel siglo, pudiera facilitarme el conocimiento de la calidad de sus males, si como otros hubieran sido acomodables á las leyes de la arte médica, pero porque eran tan irregulares, que salian de los términos naturales rara vez pude hacer pie firme en el conocimiento de la idea de ellos, por mas que trabajase y discurriese. Esto mismo experimentaron otros doctos médicos, que la visitaron por mi ausencia ó enfermedad. Uno de ellos habiéndola visitado por estar yo enfermo, pasó á verme en mi casa, y me dijo con admiracion, que eran tales, y tan no vistos los accidentes, que concurrían al mal, que entonces padecia la V. Madre, que no pudo resolverse á remedio alguno sin comunicarlo conmigo, porque no podia entender, qué cuerpo era aquel, ó qué males le infestaban. Otro médico tambien docto, visitándola por mi ausencia, pasó con menor cautela en regular método á la curacion por repetidas sangrias y otros remedios, que le parecieron indicados; pero quedó bien desengañado de su idea con notable daño de la enferma, cuyo reparo costó mucho tiempo, sacando de estas experiencias la cautela para no intentar curaciones regulares en aquel cuerpo afligido con tan estraños males, y confundido con tan encontrados é insondables accidentes. No se podía discurrir otro principio, ó origen de ellos, que el flogosis, ó incendio, que comun-



» mente habia en su pecho con movimiento ruidoso, aun hácia fuera perceptible en la region vital. Lo que últimamente fué la principal causa de su muerte, cohibiéndola la respiracion un globo humeroso al parecer ardiente, que en medio de su pecho sentia con amago de sufocacion.

» Con esta confusa indeterminacion de remedios oportunos la dejaba yo con cortos auxilios, quedando ella siempre tan conforme con la denegacion de los remedios como con la aplicacion de ellos, sin embargo de su grave necesidad. Dejábala al beneficio de la naturaleza, ó del Supremo médico con pocos remedios, y de esta forma es cosa maravillosa, que convalació algun tanto para seguir la comunidad, aunque nunca llegaba á perfecta convalecencia. Bien conocia la V. Madre, que sus dolencias procedian de principios incomprendidos en el Arte Médica, y que no siendo arreglables á ella no se podia gobernar la curacion por sus dogmas, sino por el conocimiento experimental de su incorregibilidad. Proponiéndola sus religiosas, que por estar yo enfermo llamarian á otro médico para su curacion respondió que queria mas ser curada por mí por relacion, que por asistencia personal de otros, porque yo conocia mejor sus males, y languencias.»

Este testimonio, que despues de dilatada observacion de las dolencias de la V. Josefa nos ha dado el sabio médico que la asistia, concuerda con los sucesos ya referidos de la repentina sanidad, que tantas veces recobró sin algun remedio natural, cuando yá la miraban agonizar, dejándose admirar la invisible mano del médico de las almas, que así la vivificaba, y la mortificaba la llagaba, y la curaba: *Dominus mortificat, etc. vivificat: Ipse vulnerat, etc. medetur.*

CAPITULO VIII

De su paciencia en las injurias.

Aunque los tormentos, que en el cuerpo padeció la V. Josefa entre las voluntarias maceraciones, enfermedades continuas y golpes del demonio fuesen tan graves, los toleraba no solo con paciencia,

sino con el gusto de que ellos destrozasen su carne enemiga del espíritu. Así decia ella al confesor, que estaba bien hallada con sus enfermedades, y dolores. Alguno de los que la confesaron en el siglo, informado de las aflicciones, que entonces padecia, la dijo, que pidiese al Señor algun alivio en ellas, pero aunque por obedecerle, pidiese este alivio, no acertaba á hacerlo con confianza, ni deseo de que oyese Dios su oracion. Al preguntarla yo, como lo pasaba entre las dolencias corporales solia responderme: *Señor estos males durarán hasta la sepultura, y no importa, que padezca ahora el cuerpo, que luego han de comer los ratones. Vamos á lo que importa, que es el remedio de los males de mi alma.*

Con igual serenidad, y contento escuchaba los baldones, y las injurias, que suelen ser las mas sensibles á nuestra soberbia, dando á conocer, que las lenguas maldicientes no alcanzan á herir á quien tiene depositado su honor en Jesucristo. Mientras vivia en la ermita de Santa Cruz la trató de hipócrita y embustera, un hombre irritado con la falsa aprehension de que Josefa hubiese contribuido á algun agravio, que padecia; pero habiendo ella escuchado sus oprobios con apacible mansedumbre, le desarmó su cólera con esta humilde respuesta. *Encomiéndeme V. md. á Dios, porque no sea tan mala; y agasajó despues á su injuriador agradeciendo los baldones, como beneficios. No fué desemejante otro lance en que mientras vivia en la casa de Idiaquez escuchó de persona autorizada muchos dieterios, que le dictó su cólera contra el decoro de esta humilde virgen, la cual con mucho sufrimiento, y semblante inalterable hizo ver, que su corazon estaba impenetrable á las flechas de aquella lengua mordaz, que provocó la indignacion, y el escándalo de los oyentes.*

Siendo prelada de su monasterio la V. Madre hizo cierto obsequio á un sugeto á quien contemplaba acreedor de su agradecimiento; y cuando esperaba, que la demostracion de su ánimo agradecido, fuese aceptada, se halló sorprendida repentinamente de quejas, y sentimientos, en que la manifestó su enojo aquella persona cuyo obsequio habia intentado. Estuve yo presente en esta ocasion oyendo la respuesta de la humilde prelada á tan inopinados sentimientos. No se disculpó, sino con palabras suaves, y



cordialmente dulces, culpó su ignorancia, y rusticidad, pidiéndole perdon de su desacierto, y haciéndole ver, que tenia en la lengua, y en el pecho las dulzuras de la miel, y las suavidades de la leche, como la esposa de los Cantares.

Refiere la Madre Maria Ana de la Cruz, que llegaron á su noticia los improperios, que alguna persona del siglo decia de la V. Josefa. Contóselos al Reverendísimo Padre Zupide, que entonces la dirigia, y como éste conocia bien la complexion de su espíritu, respondió á la Madre Maria Ana, que dijese á la misma Josefa todos aquellos oprobios que habia oido. Hizolo asi, y advirtió, que los escuchaba con semblante apacible y risueño, como quien tenia puesto el gusto en el propio desprecio, y deseaba saciar la hambre de sus afrentas, á imitacion de Jesucristo.

Muchos sin tratar á la V. Madre, ni conocer los fondos de su espíritu, la reputaron por ilusa, ó embustera, y querian persuadir su error á otros, para que se recatasen de ella. Asi escribe la V. fundadora de Santa Cruz, que cuando ya venia á esta fundacion, la buscó un eclesiástico para decirla, que tuviese gran cuidado de Josefa, cuyo espíritu era mal seguro, y la aseguraba, que no profesaria en el convento de Santa Brígida. Con igual zelo y falsedad refirió otro eclesiástico á la prelada del convento mayor de Santa Brígida de Valladolid á aquellas imposturas, de que la V. Josefa vomitaba carbones, y llegó en fin la temeridad, y la insolencia á herir á esta V. virgen en lo mas sensible de su honestidad, publicando de ella lo último, que se puede decir de una mugereilla; pero contra estas detestables calumnias, que imputaba á la inocente Josefa la malicia, oponia ella, como impenetrable escudo el silencio, y la paciencia, hasta que el mismo Señor, por cuyo amor las padecia respondia por la fama de su sierva alumbrando con el conocimiento de su engaño, ó perversidad á los ofensores. Trataba con estos plácidamente la V. Madre acordándose solo de sus agravios para estimarlos como favores; y por eso á alguno de ellos, que habia esparcido muchas sátiras contra su honor, pagó esta maledicencia con interponer sus oficios con persona autorizada, que facilitase las conveniencias temporales, que pretendia.

CAPITULO IX.

De su resignacion en los interiores trabajos.

Lo que padeció asi en el cuerpo, y en la fama era nada en su estimacion, si se compara con las interiores aflicciones y penas del espíritu; porque al modo que los deleites de los sentidos no merecen aprecio, si se cotejan con las delicias del espíritu, los trabajos exteriores no parecen tales en comparacion de los interiores. Asi solia decirme, que ni las voluntarias maceraciones de la carne, ni los tormentos de los demonios, ni las persecuciones de las criaturas la parecian amargas, porque las endulzaba el Señor estas penas con la suavidad de sus divinas consolaciones; pero entre los temores espantosos de que estaba en desgracia de su amado necesitaba de que la esforzase el confesor á la resignacion y á la paciencia.

Desde la primera edad la afligieron aquellas penosísimas prolijas aprehensiones de que tenia irritado á Dios con pecados ocultos, y no hallando remedio para los males que no acertaba á conocer, lloraba amargamente su desventura. Solicitaba, que su confesor la descubriese las escondidas dolencias de su alma; pero por mas que aquel procurase disipar los temores, no podia borrar-se esta triste aprehension de su entendimiento. Ayudó á fomentársela, la ignorancia de un confesor, con quien se reconcilió acaso por ausencia del que entonces trataba su espíritu. Dijola, que debia acusarse de un pecado mortal para recibir la absolucion, y no pudiendo ella acusarse de lo que no hallaba en su conciencia, la volvió á decir intrépidamente, que no era buena la confesion en que el penitente no esplicase algun pecado mortal para materia de este Sacramento. Entonces la pobre Josefa llena de angustias miraba todas sus antecedentes confesiones como malas, porque en ninguna de ellas se habia acusado del pecado mortal, como aquel confesor creia ser necesario para hacer buena confesion. Creció su pena, no hallando modo de enmendar el desacierto, que temia de las confesiones anteriores; porque no podia acusarse de pecado.



mortal sino le fingia, ni le podia fingir sin grave ofensa de Dios.

Algun tiempo despues se serenó esta turbacion dándola á conocer el propio confesor, que no debia angustiarse con aquel temor de sus confesiones; pero no se desvanecieron otras aprehensiones, que frecuentemente la afligian de que ninguna de sus acciones fuese del agrado de Dios. Aun cuando no padecia la amargura de sus desolaciones y desamparos, solia ella decirme, que la parecia intolerable la pena de ignorar, si amaba á Dios, ó le eran agradables sus acciones; porque á la verdad á las almas amantes de Dios, y que han experimentado las dulzuras de su bondad, parece insoportable esta afliccion. Y asi decia Santa Teresa á su dueño: (1) *Lo que no se puede sufrir, Señor es no saber de cierto, si os amo, ni si son aceptos mis deseos delante de vos.*

Mas cuando á estos ordinarios temores se añadian aquellas desolaciones interiores, en que acrisoló tanto el Señor el amor, y la paciencia de su sierva, aprehendia fuertemente, que no amaba, ni conocia á Dios, y que en justo castigo de su ingratitud la arrojaba su Magestad á las tinieblas, pareciéndola, que á cada paso se abria la tierra para tragarla. Sobre estos temerosos espantos con que la atormentaba el demonio en la imaginacion, sentia tambien en la parte superior del alma indecibles angustias, y melancolias, cuando escondiéndose la gracia, se oscurecia su entendimiento en espesísimas tinieblas, se acordaba la razon, no se acordaba de los favores, y mercedes, que habia recibido, ó si se acordaba la parecian fingidos, ó soñados; la voluntad estaba tibia, y el alma toda como cubierta de tristeza, y tedio, que la atormentaba inesplicablemente, no hallando consuelo en Dios, ni en las criaturas. En este estado la impelia el demonio á la desesperacion, sugiriéndola, que eran engaños del mismo espíritu maligno las mercedes, que recibia de Dios, que ella tenia engañados á los confesores, que todas sus acciones eran gravísimos pecados, que estaba ya decretada en el tribunal divino su eterna condenacion, y que acertaria en precipitarse por una ventana para dar fin á vida tan infeliz.

Entre estas desolaciones de espíritu, que en todo el discurso de

(1) Camino de perfeccion, cap. 42.

su vida padeció frecuentemente, no siempre recurria al confesor, porque ocupada toda el alma en el sentimiento de su pena, no atinaba á buscar el alivio. Pero cuando intentaba comunicarle su angustia, apenas acertaba á esplicarla, sino con suspiros, y lágrimas, y aunque por estas señales se conociese el desamparo, que padecia, queria el Señor dejarla padecer muchas veces, sin que contribuyese á su alivio el confesor, aunque otras veces calmaba la tempestad dando el Señor esta virtud á la voz de su ministro.

Otra cruz espiritual en que ordinariamente la ponía su dueño, era la de aquellas ansias de amarle mas; tormento, que solo conocen las felices almas, que saben por esperiencia, lo que es amor de Dios. Tal era tambien otra afliccion de su espíritu por no tener fuerzas corporales para todas las penitencias, que deseaba hacer, y no la permitian sus confesores y prelada; porque como escribe Santa Teresa, (1) *no tienen poco trabajo las almas á quienes dá Dios por su bondad este fuego de amor en abundancia faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande, porque como le fallan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere porque no se mate, paréceme, que ella entre sí se consume, y hace ceniza, y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento aunque es sabroso. Alabe muy mucho al Señor el alma, que ha llegado aqui, y le dá fuerzas corporales para hacer penitencia.*

Ordinariamente la atormentaba tambien la aprehension de que nada hacia por Dios, temiendo mayor delito en su flojedad, cuando estaba mas obligada á responder á la divina beneficencia. Por eso como arrebatada de una santa impaciencia instaba tanto á sus confesores, que la enseñasen lo que debia hacer para servir á su dueño. En todo el tiempo, que yo la traté era casi cotidiana la queja de su inaccion. Solia decirme: *Señor, no puedo yo vivir de esta suerte. Mi vida pasa en deseos inútiles sin hacer cosa de provecho.* Y se dejaba ver en la grande afliccion, con que tantas veces me repetia este cuidado, lo que punzaba su corazon aquella espina, que es una de las mas sensibles para las almas enamoradas de Dios.

(1) Vit. cap. 50 in fin.



Esta fuerte aprehension de su flojedad alimentó los temores en que por casi toda su vida estuvo espiritualmente crucificada, recelando, que en su oracion, y en las misericordias, que en ella recibia se mezclasen engaños del demonio, ó de la propia imaginacion. A la voz de sus confesores, que la alentaban, calmaban los temores, pero renacian luego; porque aunque no faltase á la V. Josefa la mayor confianza en el juicio de los que la gobernaban, no la queria el Señor libre de este linage de penas. Esto experimentó en sí misma la Seráfica Virgen Santa Teresa, que habiendo debido entre sus temores mucha luz, y consuelo á la voz de San Francisco de Borja, y despues á la de San Pedro de Alcántara, no por eso estuvo despues esenta de ellos, disponiéndolo asi el Señor, que la conducia por esta senda segura á la cumbre de la mas elevada perfeccion. Asi escribe la misma Santa Madre hablando de sus conferencias con San Pedro de Alcántara. (1) *Dejóme (dice) con grandísimo consuelo, y contento, y con que tuviese la oracion con seguridad. Mas tampoco podia tener esta seguridad, del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer: Asi, que aunque me consoló y sosegó no le di tanto crédito, para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos del alma.* Por eso comunicó despues la Santa los mismos temores, no solo con aquellos santos, sino tambien con otros grandes teólogos, y varones de los mas espirituales de su siglo, informándoles repetidas veces con su voz, y con su pluma de los recelos en que su humilde alma vivia entre tan grandes favores celestiales.

Aunque desde la niñez dirigieron con grande acierto á la V. Josefa los RR. PP. Juan de Elizondo, Francisco de Recuerda, y Antonio de Landaida, Rectores del Colegio de la Compañia de Azcoitia, el R. P. Andrés de Zupide Rector del Real Colegio de Loyola, y últimamente el R. P. Salvador de Rivadeo provincial de esta provincia de Castilla, deseó sin embargo, que sus confesores formasen una relacion de su vida, y de sus temores, para dirigirla al exámen de otros grandes jesuitas, cuya fama habia llegado á su noticia. Por eso (como ya dijimos) quiso, que D. Ignacio de Esandi su confesor hiciese aquel resúmen, que examinó el V. P.

(1) *Victe. cap. 50.*

Juan de Berreyarza. Por eso quiso tambien, que yo formase despues otra mas sucinta relacion, para comunicarla al V. P. Gerónimo Dutari, que era entonces Rector del Colegio de Búrgos, y poco tiempo despues trató el espiritu de la V. Madre pasando por Azcoitia á la mision, que hizo en San Sebastian. Pero aunque en las respuestas de ambos halló el consuelo y la serenidad, volvieron despues á afligirla los mismos recelos formados en el profundo conocimiento de la propia indignidad y bajeza.

Asi mientras visitaba esta porcion de su diócesi el Ilustrísimo Señor D. Pedro de Aguado Obispo de Pamplona, y Prelado de su Monasterio, me insinuó la V. Madre el deseo de que yo le informase de los recelos con que vivia de su oracion, y de todas sus obras. Este mismo cuidado me esplicó, cuando el Ilustrísimo Señor Don Juan de Camargo actual Obispo de Pamplona, inquisidor general de estos reinos, empezó el gobierno de su rebaño, esperando seria bien enderezada al camino de la perfeccion por los pastores, que la señaló la divina providencia. Hicelo asi refiriendo á los Señores Obispos los principales pasos de su vida, y los temores, con que vivia siempre de sí misma: y aunque la consolaron sus Ilustrisimos Prelados con la respuesta de que prosiguiese animosamente su camino, rendida á la direccion de sus confesores, nunca depuso totalmente los recelos, que frecuentemente brotaban desde la profunda vista de sus miserias, con que la ilustraba el Señor en la oracion. No pocas veces declinaban estos temores hácia la turbacion, y desasosiego del alma, y corrigiéndola entonces amorosamente su dueño la decia: *No te turbes tanto. Yo reino en tí.* Decíala tambien *Si yo estoy contento, qué quieres? Nunca me has desagradado. No dejaré, que te dañe la antigua serpiente.*

Pero de ordinario vivia suavemente lastimada con la espina de un temor sosegado, y animosó, que ni ella podia, ni queria el Señor desarraigar de su espíritu, siendo justo, que navegase con mas temor de los corsarios aquel bajel, cuanto estaba mas preciosamente cargado. Por eso alguna vez, cuando los confesores la despreciaban sus temores, y aun la reñian, temiendo ella si tendria alguna falta en su duracion, la dijo el Señor asi: *Entiende, y di á tu confesor, que esos temores son necesarios á tu alma, como las*



pesas al reloj. Así conservó siempre Josefa sus castos temores, y envejeció en ellos practicando fielmente aquella divina regla: (1) *Serva timorem Domini, etc. in eo veterasce.* Para que pusiese el Señor mas sólido el edificio de las virtudes sobre estos temblores de su sierva. (2) *Posuit firmamentum eius formidinem.*

CAPITULO X.

De la pobreza y castidad de la V. Josefa.

El dolor, el desprecio y la pobreza, escogió Jesucristo para compañeros de su vida; y dispuso, que acompañasen tambien á la de su favorecida esposa Josefa. En los capitulos antecedentes se han referido muchos dolores, y desprecios, que tragó con suavidad, y gusto, á imitacion de su dueño, cuyo ejemplo imitó tambien en la pobreza real, y en la voluntaria pobreza de espíritu desde su nacimiento hasta la muerte.

Desde que nació de pobres padres en una casita ó choza del arabal de Azcoitia con señales de pesebre, nunca poseyó en la tierra sitio propio donde reclinase la cabeza, y se alimentó en el siglo con el trabajo de sus manos, y con las limosnas, que recibía de los fieles. Fué alma de esta pobreza real el interior afecto, con que reverenciando á la pobreza como madre se complacia de carecer de bienes temporales, y agradecía el Señor este beneficio. Decíame el especial consuelo, con que se acordaba de que su padre en la niñez hubiese ejercitado el pobre oficio de pastor; y me decia tambien, que mientras oía á algunas personas de ilustre nacimiento referir las honras, ó riquezas de sus mayores, hacia ella mas alta estimacion de la honra, que lograba en la pobreza, mirando esta virtud ennoblecida con los ejemplos del Salvador desde que nació en la cueva de Belen hasta que espiró desnudo en la cruz.

Por eso escribe su confesor, que mientras vivía en la casa de Idiaquez la mandó alguna vez, que sin réplica tomase algun ali-

(1) Ecl. 2. v. 6.

(2) Pf. 88. v. 59.

mento de regalo, que la ofrecian sus bienhechores, por hallarse ella entonces estraordinariamente flaca; y aunque obedeció prontamente al confesor, no pudo retener su estómago aquel alimento. Preguntada del motivo, respondió al confesor, que mucho tiempo antes habia rogado á nuestro Señor dispusiese en su estómago grande repugnancia al regalo, que no conformase con su pobreza. El amor á esta virtud la inclinó á buscar medios de hacerse mas pobre por su eleccion, de lo que era por su nacimiento, sirviendo de criada en el hospital á los pobres, y egercitándose en pedir limosna para aliviar la necesidad de otros pobres.

Recibió tambien como pobre de limosna el dote con que profesó en el monasterio de Santa Brigida, y habiendo votado allí solemnemente esta virtud, como fundamento de la perfeccion religiosa, contemplaba en él las delicias, y las riquezas de su espíritu. Para mostrar la perfeccion con que observó el voto de la evangélica pobreza en su monasterio, diremos solo, que guardó fielmente la regla, que las Recoletas de Santa Brígida observaban en el rigor de su letra, que las ordena, *sean pobrisimas*, y sin propio cada una en particular «que todo sea de todas, y nada de cada una:» que ninguna tenga renta de por sí; que su labor sea para utilidad y provecho del convento. Que si los padres ó amigas de alguna religiosa la enviaren algun presente, no se reciba, sino es para la comunidad, ni la prelada dé licencia para tener cosa alguna propia, aunque sea solicitada por los parientes de alguna de las religiosas, de cualquiera calidad, que sea, porque esto bastaria para deshacer la conformidad, unidad é igualdad loable, que ha de haber en los conventos de esta Recoleccion. Dispone tambien la regla, que se muestre la pobreza en las celdas, no habiendo en ellas sino una imágen de Cristo nuestro Señor Crucificado, otra de nuestra Señora, y de algun Santo ó Santa, con licencia de la prelada. Una estera, un corcho, una silla pequeña, y humilde, y una arquilla ó armario para poner el hábito, toca, y velo, y algun libro de devocion con licencia de la prelada.» Así es cierto, que con haber practicado la V. Josefa puntualmente esta regla, parece haber tocado en la perfeccion de la pobreza.

Pero no solo la ejercitó rigurosamente en sí misma, sino zeló

tambien su mas exacta observancia en el monasterio. Una de sus religiosas con poco tiempo de hábito, y sin mucha reflexion de lo que importa en el camino de la perfeccion el reparo en cosas menudas, habia guardado secretamente alguna fruta, que á caso halló en la huerta, ó en la oficina del convento. Estaba entonces la V. Josefa orando delante del Santísimo Sacramento, y alli entendió en una clara ilustracion la falta de su hermana, á quien encontró despues, y la descubrió aquella culpa secreta, dejándola asombrada, y aprendiendo de este aviso, lo que dijo despues la misma religiosa. Que Jesucristo es muy celoso de la perfeccion de sus esposas. Y es asi, que como solia decir á sus hijas la Seráfica Madre Santa Clara, son los monasterios tanto mas firmes é inexpugnables, quanto mas se fortalecen con los baluartes y murallas de la evangélica pobreza; y aun por eso el demonio acostumbra asentar sus primeras baterias contra este muro de la pobreza, pretendiendo abrir brecha en él, para introducir en los claustros religiosos la relajacion y el desórden.

Era tambien otro argumento de su amor á la pobreza la cuenta, que siendo prelada y provisora, tenia de las cosas comunes del convento, estando igualmente atenta, á que ni faltase lo necesario á las monjas, ni se gastase mas de lo preciso. En los primeros años de la fundacion de Santa Cruz, cuando se carecia en comun aun de cosas precisas, acudia Josefa en su oracion al Erario de la Divina Providencia, pero no pretendia sacar de él mas que lo preciso para la manutencion de su convento. Y asi oyeron sus religiosas, que en uno de sus arrobamientos decia á su amado: *No nos deis, Señor, en abundancia sino solo lo necesario.* Y se vió efectivamente en algunos casos referidos en esta historia, la estraordinaria providencia con que socorria el Señor la necesidad del convento. Añadiremos ahora á aquellos otro caso, que dejó escrito la Madre María Ana de la Cruz, que siendo sacristana, y faltándola en la sacristia vino, que sirviese para la oblacion, recurrió á la Madre María Teresa su prelada, la cual la remitió á la Madre Josefa, que era entonces provisora, y recibió de esta la cantidad de vino, que no bastaria mas que para una ó dos misas. Fué gastando por cuatro ó cinco dias, y la parecia siempre que estaba sin alguna dimi-

nucion la misma cantidad de vino, que la entregó la V. provisora. Cuando ya se digeron nueve ó diez misas, y duraba el vino, refirió su admiracion á la superiora, que la mandó llevarse á su celda el vino, que quedaba; y llamando luego la prelada á su súbdita Josefa, aseguró esta, que toda la cantidad, que ella entregó á la sacristana no era mas, que la que alli habia.

No menos, que á la pobreza evangélica amó la V. Josefa á la hermosa virtud de la castidad, á que desde su tierna edad consagró su cuerpo, y alma con voto perpétuo, y absoluto, en cuya defensa peleó despues gloriosamente venciendo siempre terribles batallas. Muchas sagradas virgenes lograron por privilegio especial el ser preservadas aun de los combates contra la pureza haciéndolas el Señor semejantes en esta felicidad á los ángeles. Entre estas se señalaron en la Iglesia Santa Teresa, Santa Catalina de Bolonia y Santa Colecta. Pero otras almas tambien purísimas como Santa Catalina de Sena, Santa Angela de Fulgino, Santa María Magdalena de Pazis, no estuvieron esentas de estas batallas, en cuya resistencia se admirase su castidad, no tan feliz, pero mas fuerte que la de los ángeles.

Contra la castidad de la V. Josefa dispuso el ángel de Satanás con permission divina repetidas sorpresas y asaltos por sí mismo, y por el ministerio de hombres lascivos. Imprimió muchas veces por sí mismo en la imaginacion de esta V. vírgen especies impuras en el sueño y en la vigilia; y aun cuando su cuerpo en el rigor de sus dolencias padecia suma debilidad, la encendia como con hachas ardientes la sangre, la conmovia los humores, y representaba torpes imágenes á su fantasia. Ya la perseguia tomando apariencias de hombre con lascivos gestos y figuras, con halagos impuros; ya la solicitó al pecado amenazándola, que si no le consentia, abrasaria su cuerpo con el fuego del infierno; y porque la V. Josefa despreciando estas amenazas eligió ser quemada con todo el fuego del infierno, antes, que cometer una ligera ofensa de su amado, sufrió en aquel diabólico tormento de las barras ardientes de fuego (que ya referimos) un linage del glorioso martirio en defensa de la pureza.

Instigó tambien el demonio á algunos hombres para asaltar

la honestidad de esta V. virgen, cuando en sus pocos años, y mucha pobreza parecia mas expuesta á la violencia. Aunque se refirieron ya algunas de estas sorpresas intentadas contra su castidad, no se han dicho todas las que venció fortalecida con la divina gracia. La misma V. Madre me refirió, que en una fiesta del angélico doctor Santo Tomás de Aquino (de quien era muy devota por la victoria, que en su adolescencia logró contra los enemigos de su pureza, y de su constancia) mientras absorta en su oracion daba al santo doctor los parabienes de aquella su valiente resistencia á la sorpresa intentada contra su angélica pureza, sintió la presencia del santo que la dijo así al corazon: *Yo debí una vez al Señor esa gracia. Tú se la has debido en cinco ocasiones.* Al entender estas voces interiores se representaron distintamente á su memoria los cinco lances en que hombres lascivos intentaron robarla la preciosa joya de la castidad, y en que con especiales auxilios de la divina gracia dejó vencido y bien castigado su atrevimiento.

Pero lo que parece grande favor del cielo entre tantos, y tan peligrosos combates, es lo que la misma V. virgen aseguró á su confesor, que en ninguna de tantas tentaciones contra la pureza sintió jamás estímulo alguno de la carne, ni algun movimiento sensual, aun de los que suelen levantarse contra la razon, y contra la voluntad de las buenas almas; ó porque las llamas de caridad, que ardan en su corazon disipaban las heces de la concupiscencia, ó porque querria el Señor conceder este premio á las ásperas penitencias en que se ejercitó desde el uso de la razon, *crucificando la carne con sus vicios y concupiscencias.*

Antes, que yo empezase á tratar el espíritu de la V. Josefa la tenia el Señor en pacífica posesion de los purísimos candores de su castidad, sin que ya la molestasen, ni turbasen su quietud interior las sugeriones enemigas, que rarísima vez sentia, y si alguna vez amagaban, la parecia, que tenia Dios interpuesto un muro entre estas sugeriones y su alma, y así las vencía luego con sereno desprecio. Al referirme esta paz, de que entonces gozaba, me dijo la V. virgen, que algunos años antes pidiendo en la oracion una singular pureza de su alma, por intercesion del angélico doctor Santo Tomás, sintió, que su Magestad la concedía el don

de una castidad sin guerra, rompiendo á su enemigo las armas, y dejándola yá gozar de una paz estable ganada en buena guerra, ó fruto de sus precedentes batallas, ó victorias.

CAPITULO XI.

De su perfecta obediencia.

Para tantas victorias en las batallas de la castidad contribuyó mucho el cuidado con que la V. Josefa sujetaba su voluntad, y entendimiento á los superiores (1) *castificando su alma en la obediencia de la caridad*; porque como escriben (2) San Agustin, y (3) San Bernardo entonces obedece la carne al espíritu, cuando este obedece tambien á sus mayores.

Desde los diez años fué instruida de las ventajas, que lograria en vivir del todo rendida á la direccion de los confesores, como lugartenientes de Dios, y lo practicó así con ciega, pronta, y perseverante obediencia hasta la muerte. Es verdad, que entre los fervores indiscretos de la primera edad excedió alguna vez de las penitencias, que la permitia el confesor, ó porque olvidó su consejo, ó porque se dejó arrebatar de un cruel odio contra sí misma, en que pocas veces conocen exceso las almas fervorosas. Pero cuanto mas se levantaba á la perfeccion, estaba mas atenta á no moverse por propia voluntad aun á las acciones de suyo loables; porque como las esferas celestes cuanto mas altas tienen menos de propio movimiento, y se dejan regir mas del ímpetu del primer mobile, las almas justas cuanto mas elevadas al monte de la perfeccion tienen menos de propia voluntad dejándose regir de la de Dios significada en la voz de sus ministros.

Descubrió este rendimiento en sus amargas, y prolijas desolaciones del espíritu, cuando temia gravísimo pecado en cada una de sus acciones, y recelaba por horas, que se abriese la tierra para tragarla; cuando sin estar mas en su mano salía de la iglesia

(1) 1. Pétr. 4 v. 22.

(2) D. Augustín. PF. 443.

(3) D. Bernar. infect. omni Sanct.



por no recibir indignamente á Jesucristo; pero aunque la vehemencia de tales escrúpulos suele fácilmente malquistar la razon con la docilidad y la obediencia, nunca dejó de recibir la comunión, obedeciendo con ciega, y discreta sumision á la voz de su confesor. Aun despues de religiosa padeciendo tal vez semejante tormenta de escrúpulos, rogó á su prelada, que por amor de Dios llamase al confesor, para que la oyese antes de comulgar. Condolióse la superiora de la estraña afliccion en que miraba á su súbdita, y llamó al Reverendísimo Padre Zupide, que entonces la gobernaba; pero luego que éste llegó al convento avisó á la V. Josefa, que comulgase, oyese misa, y la oiria despues en el confesonario. Escuchó este aviso la obediente Josefa, y le ejecutó prontamente en humilde silencio, y con ciego rendimiento.

Privabase tambien por el gusto de la obediencia de las delicias, que hallaba su espíritu en las mortificaciones corporales; y se privaba de la comunión, por muchos días, cuando lo disponia asi su director, para probar su obediencia. Comunicaba con él los discursos, que hacia, queriendo, que sus buenas obras egerecidas con aprobacion, y consejo del confesor subiesen en muchos quilates. Acostumbraba al acabar la confesion preguntarle asi: *Ahora qué quiere v. md. que yo haga? Ahora, que mas he de hacer?* Compendiando en estas voces los sentimientos de la absoluta resignacion, é indiferencia, con que estaba á su imperio. En los últimos diez años, que traté yó el espíritu de la V. M. me hacia ordinariamente esta pregunta, y á cualquiera insinuacion mia, respondia siempre asi: *Lo que v. md. quisiere: Yo he de hacer lo que v. md. me mandare.* Aun en la última enfermedad, cuando ya se conoció el peligro de su muerte, al decirle yo que seria bien prevenirse con el Viático, me respondió lo que solia: *Lo que v. md. quisiere.* Cuando se agravó mas la enfermedad, y la dije que presto seria el tiempo de recibir la Extrema-Uncion, me respondió esto mismo: *Lo que v. md. quisiere.* Y habiendo dilatado por cuatro ó cinco horas el administrarla éste último Sacramento, la misma moribunda me insinuó el deseo de que la ungiése, como se lo habia prometido.

Esta indiferencia con que su corazon estaba siempre aparejado

á seguir la direccion de los confesores, era efecto de la reverencia y confianza, con que los escuchaba, como ángeles, que la enviaba el Señor, para conducirla al cielo; y por eso trataba con ellos sincerísimamente, manifestándoles con claridad hasta sus imaginaciones y primeros movimientos. Dijome muchas veces, que su único consuelo entre las ordinarias aflicciones del espíritu, era esta confianza, que la daba Dios en la voz de sus ministros. Yo pude conocer que estrivaba en Dios la confianza, y reverencia, con que me escuchaba, porque tratándola yo regularmente con aspereza y rigor, y como mostrando poco aprecio de sus cosas, la hallaba mas inclinada y rendida á tomar mi consejo, ni me parece posible otra sujecion mas humilde, y mas pronta, que la que la V. Madre mostraba á cualquiera de mis insinuaciones en los puntos, que me comunicaba.

Este su rendimiento á los confesores impugnaba el demonio sugiriéndola frecuentemente, que en vano gastaba el tiempo en consultas con ellos porque ni ella sabia esplicarles, lo que pasaba por su espíritu, ni los confesores la entendian. Pero estas tentaciones hacian mas robusta la confianza, que combatian, y se la persuadia tambien el Señor con las luces que la daba en la oracion de lo que su Magestad se complacia en aquella sujecion, y dependencia de la direccion de sus ministros. Dudando alguna vez si seria mayor gloria de su dueño el abstraerse de oir á algunas personas, que la buscaban pidió á su Magestad en la oracion que la inspirase lo que fuese mas conforme á su santa voluntad, y oyó, que la decia así el Señor: *Has de hacer en esas ocasiones lo que te mandare tu confesor. Dile que cuide de ti, como de cosa mia.*

Dióla en repetidas ilustraciones el conocimiento de lo que la importaba el dejarse llevar con indiferencia como un cuerpo muerto, que ya no tiene mas movimiento, que el que recibe de agena mano. Y tal era su dejamiento en el arbitrio de sus confesores porque despojada de los propios sentimientos se ponía en sus manos como cuerpo muerto sin voluntad, sin juicio propio, sin mas respiracion, que la de la obediencia, ni otro movimiento, que al imperio de los que la gobernaban.

Manifestó tambien este ciego rendimiento en las cláusulas con



que acaba aquel papel, que á instancias de la V. Madre escribió D. Ignacio de Esandi su confesor, para dirigirle al V. Padre Berreyarza. «Advierte á V. P. (dice) que no querria llegase este papel á manos de ninguno en el mundo, y asi desea la Madre Josefa, » que cuando V. P. le lea, le mande luego quemar; pues con solo » lo leerle V. P. logra ella el fin para que se ha escrito esta relacion, que es, el de que V. P. la instruya en lo que debe hacer, y » la diga en qué ejercicios hallará el mayor gusto de Dios. Pero » añade, que esto solo es proponer, y que V. P. haga á su arbitrio de ese papel, lo que juzgare ser mas conveniente para mayor gloria de nuestro Señor.» Asi aunque desease ardientemente esta humilde virgen el secreto de los divinos favores, que contenia aquella relacion, sujetó sus deseos al juicio de su V. Director: no fiando aun en los sentimientos de humildad que no se entendiesen bien con la obediencia, ó no conformasen con el dictamen de sus superiores.

De la perfeccion de su obediencia religiosa desde que recibió el hábito de Santa Brigida dijo mucho la Madre Maria Teresa su prelada en solas estas cláusulas. «Que era desde el noviciado ejemplo de todas sus hermanas en el rendimiento.» Ella estuvo atenta al imperio y á la inclinacion de sus superiores, aun cuando dormia altamente en aquellos sus frecuentes arrobamientos; cuando no acertando las religiosas á despertarla de su dulce sueño con gritos y con movimientos del cuerpo, la despertaba con sumisa voz su superiora, ó otra monja, que tuviese su comision para hacerla volver á sus sentidos. Solia tambien volver á si misma, obedeciendo á solo el precepto interior, y aun al deseo, é inclinacion no manifestada de la prelada de que hemos escrito ya varios ejemplos en la serie de su vida.

Era igualmente exacta en obedecer á la divina voluntad manifestada en las reglas de su instituto, escuchando la voz de Dios en el sonido de la campana, que la llamaba á los actos de comunidad. Hallaba grande consuelo espiritual en los ejercicios comunes con sus hermanas. Por eso entre las enfermedades, que la rendian á la cama, el mayor, ó el único dolor, que la affigia, era el de la privacion de asistir al coro, y á las otras distribuciones

regulares, y cuando estaba ya en estado de tenerse en pie acudia luego á sus amados ejercicios.

La Madre Maria Ana de la Cruz escribe, que la ansia, que tuvo la V. Josefa de seguir en todo la comunidad, fué singular. «Estaba (dice) hinchada, con dolores continuos; con desvelos de » noches enteras; y no por eso dejaba de asistir á todos los actos » de comunidad. Y aunque muchas veces la decia la prelada, que » podia recogerse á su celda, respondia ella. *Madre tengo grande » gusto en andar con todas, aunque sea arrastrando.* Siempre tuvimos todas por cosa asentada, que naturalmente fuera imposible el asistir la Madre Josefa, como asistia á los actos de comunidad, si no la fortaleciese Dios extraordinariamente.

Sabia la V. Madre, que nada conduce tanto para conseguir el fin de la perfeccion religiosa, y nada agrada tanto á Dios, y á los superiores, como la fidelidad, y la constancia en seguir la comunidad. Y asi persuadia amorosamente á sus religiosas este cuidado, como el negocio de la mayor importancia. La misma Maria Ana de la Cruz dejó escrito, que por algun tiempo se halló extraordinariamente fatigada con desabrimientos y desolaciones interiores, pero especialmente la parecia, que todo el infierno se conjuraba para atormentarla, cuando estaba en el coro con la comunidad. Habiendo de ir una noche á Maitines refirió á la Madre Josefa su opresion y congoja, pidiéndola, que la encomendase á nuestro Señor, y la respondió asi: *Ya lo haré, y vaya sin cuidado á Maitines.* Alentada en esta respuesta fué al coro, y aunque al principio de los Maitines sintió algun trabajo, á poco tiempo se vió libre de él, y para cuando se acabaron los Maitines, estaba ya con tanto consuelo interior en el coro, que de buena gana hubiera perseverado en él toda la noche, atribuyendo esta serenidad de su espiritu á la eficacia de las oraciones de la V. Madre.

CAPITULO XII.

De la profunda humildad de la Venerable Josefa.

No pudieran conservar su hermosura y fragancia las flores de



estas virtudes en el alma de la V. Josefa, sino perseverasen en la humildad, como en su raíz: (1) San Bernardo distingue una humildad de conocimiento, y otra de afecto. La primera es engendrada por la verdad en los que han sido grandes pecadores: pero la segunda es hija de la caridad infundiendo Dios, aun á las almas inocentes un clarísimo conocimiento de que todos los bienes son de su Magestad, y de que nada tienen de su cosecha, sino la pobreza, la miseria y la nada.

Manifestó la V. Madre en todo el discurso de su vida esta heroica humildad de afecto, y de corazón, por la cual adquieren las almas inocentes otra nueva hermosura, como escribe el mismo San Bernardo. (2) Vivió siempre tan sumida en aquel abismo de su miseria, y de su nada, que no solo no la rindió, pero ni aun la tentó el demonio con el vicio de la vana gloria, que suele ser la secreta polilla de las virtudes. Nunca supe, ni escribió su confesor, que hubiese tenido la V. Josefa, ni aun primer pensamiento de vana gloria, y yo la oí, que la parecia no podría tenerla, aunque quisiese segun aquel claro conocimiento que recibia en la oración, de que si habia algun bien en su alma, no era suyo, sino de Dios.

Escribe su confesor, que alguna vez insinuó con disimulo á la V. Madre la necesidad de cautelarse contra cualquiera vana complacencia; pero como ella estaba tan firmemente persuadida, á que nada tenia de que complacerse vanamente, le respondió así: *Señor, de qué he de tener yo vanidad? Nacida de muy pobres padres, sustentada casi siempre de limosna; religiosa con dote de bienhechores. Y si miro mi alma, no habrá en el mundo otra mas andrajosa, mas pobre de virtudes, y mas ingrata á las divinas misericordias, y lo juraré así mil veces siendo necesario.* Por estos íntimos sentimientos de su aprehendida ingratitud, me decia muchas veces, que si otra cualquiera alma del mundo hubiese recibido una pequeña parte de los beneficios, de que ella era deudora á su dueño, no le sería tan rebelde, tan ingrata, ó tan insensible. Se asombraba como las criaturas no conspiraban contra ella; como no se conjuraban hasta las piedras para hacerla pedazos, vengando en ella la ingrati-

(1) Serm. 42. in Cant.

(2) Serm. 43. in Cant.

tud á los divinos favores. Decíame otras veces, que sería increíble el exceso de su desagradecimiento si ella supiese decir, cuanto recibia de Dios, y cuan mal le correspondia. Decíame tambien, que si las religiosas de su monasterio la conociesen bien, huyeran de ella como de una ladrona doméstica.

Habia pedido al Señor desde su juventud, que la concediese las virtudes, de suerte, que ni ella, ni nadie en el mundo se las conociese, sino el mismo Dios; por eso al modo, que los que llevan consigo los aromas, no perciben sus fragancias, se escondia á la V. M. el olor de sus virtudes, y se escondia tambien el conocimiento de la propia humildad, porque, como ella solia decir, no sabia por experiencia lo que era humildad, ni la conocia mas, que por el nombre. Tan cierto es, que las almas verdaderamente humildes no quieren ser tenidas por tales, sino por viles.

En la cuenta, que daba á los confesores de su conciencia era tal la exageracion, de las que ella llamaba faltas, que sino la conociesen podrian creer, que era alguna religiosa relajada; y se desconsolaba, cuando la parecia, que no la creian todos los males, que decia de sí misma. Referia, como si fuesen culpas suyas, aquellas sugerencias, que padecia del demonio, especialmente entre las desolaciones de el espíritu; y aun contaba por culpas todas las que decia, que hubiera cometido, si Dios no la hubiese preservado de los peligros de ofenderle. Decia que toda su vida iba yá vanamente gastada en propósitos de enmendarla, y en no haber hecho jamás cosa buena.

Dijo tambien muchas veces á su confesor y prelada, que ella era peor que Judas, y los demonios, y que lo juraria así, siendo necesario; y por eso pidió al Señor la mostrase en el infierno el lugar, en que padece aquel su infiel discípulo, porque allá á sus pies debia ella estar, como mas ingrata, y mas rebelde á Dios. Este suele ser uno como encanto feliz de la divina Gracia, que representa las almas perfectas á sí mismas en figura de grandes pecadores, como se representaban á sí mismos San Pablo, y San Francisco de Asis, San Ignacio, San Felipe de Neri, y otros grandes héroes de la iglesia.

No sufriendo estar encerrados dentro del corazón estos senti-



mientos de su humildad, se esplicaban en públicas humillaciones, con que edificaba y confundía á las religiosas. Muchas veces, especialmente en las vísperas de las grandes fiestas, mientras la comunidad estaba de noche en su recreacion, sin poder contener la V. Josefa los ímpetus de su humildad, puesta de rodillas, pedia á sus hermanas, que por amor de Dios la dijese sus faltas. Otras veces puesta de rodillas á la puerta del refectorio pedia á cada una de ellas, que por amor de Dios, la diese una bofetada. Frecuentemente besaba los pies en comunidad á las religiosas, pidiéndolas la encomendasen á Dios, para que la hiciese humilde. En otras ocasiones, cuando empezaba á comer la comunidad se ponía en medio del refectorio de rodillas ó con los brazos en cruz alternando así por todo el año diversas humillaciones, de suerte, que fuese raro el día en que no practicaba alguna. Otras veces andaba en el refectorio como bestia sobre sus manos, y rodillas con carga de leña á sus espaldas, y llevando á su cuello una soga, de la que tiraba alguna de las religiosas, aunque despues, cuando ya la V. Madre tenia hinchado el cuerpo con señales de hidrópica, la prohibieron sus preladas esta mortificacion y humillacion. Ocupábase frecuentemente en fregar en la cocina, y en suma, la que en el siglo se ejercitó siempre en humildes ministerios, que conformában con su pobreza y condicion, se inclinó tambien en el monasterio á todos los ejercicios de su abatimiento, que la permitieron sus preladas.

No se contentaba con estar así sumida en el propio desprecio y abyeccion, queria tambien, que todos fuesen de su dictámen en reputarla tan vil, como ella se representaba á sí misma. Por eso escribe su confesor, que oía con grande displicencia el buen concepto, que formaban de ella sus religiosas, pareciéndola, que con esta aprehension quedaba muy agraviada la verdad. Manifestó bien este sentimiento, cuando supo, que querian elegirla en prelada de su monasterio, porque no acertando á contener los ímpetus del dolor, decia con lágrimas, que aquel pensamiento era herejía, y peor que herejía. Por el mismo motivo se avergonzaba y lloraba copiosamente, cuando era vista de algunas personas en aquellas abstracciones de sus sentidos, temiendo, que de

tales accidentes tomasen ocasion para formar de ella diferente concepto, que el que se debia á la verdad en el juicio de su humildad; Por eso quiso tambien salir á un desierto fugitiva de la estimacion, que temia hubiesen hecho de ella algunas personas de calidad. Tanta era su pena de que no conspirasen todos á sentir tan bajamente como ella sentia de sí misma, así en la conversacion con los próximos disimulaba, y ocultaba mucho los dones divinos, con que estaba adornada su alma; de suerte, que varios religiosos graves, que la oían hablar en concurso con las otras religiosas, no podian colegir mas, que una virtud ordinaria de su trato exterior; porque en palabras llanas, y festivas sin ceremonias, ni melindres, ocultaba las gracias de manera que no parecia tenerlas, que ocultar,

Estos profundos sentimientos de su bajeza parecerian mas dignos de admiracion entre tantos favores como la V. Josefa recibió de su dueño, sino fuese cierto, que el mismo Señor, cuando eleva las almas puras á sus soberanas comunicaciones, las humilla, y cuando las enriquece las concede un clarísimo conocimiento de su pobreza. Así se dejaron ver en el espíritu de la V. Madre aquellas señales con que dió á conocer la verdadera humildad de las almas contemplativas San Alberto Magno. (1) *El reputarse indigna de los divinos dones, el no apetecerlos, y el temerlos despues de haberlos alcanzado sin propio deseo.*

No solo no apeteció la V. Josefa estos favores sobrenaturales, sino pidió por trece años continuos al Señor, que la quitase todas las exterioridades, porque una de las mayores penas de su vida, fué la de no poder esconder á los ojos de las criaturas los beneficios, que recibia. Por el deseo de ocultarlos, se inclinaba á no decirlos, ni al confesor, hasta que la reprehendia el Señor su silencio, y era siempre necesario, que los confesores mismos la esforzasen á vencer el rubor, que tenia, para referir las misericordias, que recibia. Pero antes de decirlos al confesor, tenia la costumbre de hacerle una larga relacion de toda su vida llena de faltas; y despues, que se desahogaba en decir de sí misma cuantos males podia, pretendia, que el confesor no habia de creer como

(1) Alber. Mag. in parad. an. cap. 2.



favor de Dios el que iba á referir, porque no la parecia, que las grandes mercedes de Dios, pudiesen componerse con su ingrata correspondencia.

Mostraba tambien esta indignidad, que sentia en sí misma en las humildes resistencias, que hacia, para recibir los favores de su dueño, clamandó muchas veces, que detuyese aquel torrente de sus gracias. Decíale asi: *Cómo están cayendo, Señor, sobre esta vil criatura vuestras misericordias? No veis, qué ruin, y qué ingrata soy?* Porfiaba muchas veces con el Señor resistiendo á los favores que queria concederla en la oracion; hasta que reprehendiéndola su Magestad el exceso de su encogimiento, la instruía en la sumision con que debia aceptarlos, y así experimentaba, que cuando mas queria retirarse, sumiéndose en el abismo de su propio conocimiento, llovian sobre su alma mas copiosamente las gracias; y entonces asombrada de verse tan vil y tan favorecida, clamaba asi: *Si así favoreceis Señor, á quien es tan vil, y tan ingrata como yo, qué hareis con quien no desmerece tanto?*

No resplandeció menos en el espíritu de la V. Madre la última señal de verdadera humildad, ó el temor con que vivió entre los divinos favores; porque como ya se ha dejado ver en casi toda la serie de su vida, fué este temor la mas ordinaria cruz espiritual en que la tenia su dueño, de suerte que pudiese decir como el Santo Job: (1) *Siempre temí á Dios como á unas olas entumecidas sobre mí.* Y pudiese finalmente decir con el Santo Rey David: (2) *Pobre soy yo, y entre trabajos desde mi juventud fué exaltada, humillada y conturbada.*

CAPITULO XIII.

De otras gracias con que adornó el Señor á la V. Josefa.

Aunque todas estas virtudes de la V. Madre fuesen dones, que descendian del Padre de las lumbres, la ilustró el Señor con otras especiales gracias, que como mas distantes del mérito de los hom-

(1) Job cap. 51. v. 25.

(2) Pf. 87. v. 16.

bres se llaman singularmente dádivas de la divina largueza, en las cuales suele el Señor manifestar la perfeccion de aquellas felices almas que admite á la noticia de sus secretos. Tal es la gracia de la profecia, con cuya prodigiosa lumbre no solo se descubren las cosas, que están lejos de nosotros, sino se alcanza tambien la noticia de los sucesos futuros sujetos á las contingencias.

Con este don, (tomado en el mas estrecho sentido de predicción de cosas venideras) enriqueció el Señor á su sierva, la cual muchos años antes de fundarse el convento de Santa Cruz, cuando se reputaban comunmente mal ajustadas á la prudencia las trazas de su fundacion, no solo predijo, que se efectuaria, sino vaticinó tambien, que en el nuevo monasterio serian religiosas las Madres Engracia de Cristo, y Clara de la Encarnacion, que hoy viven en él, y lo testifican.

A la misma Madre Engracia predijo, que su dote se emplearia en la nueva obra, con que se dilató algunos años despues la habitacion de este monasterio, y la predijo tambien, que vendria tiempo en que no lograsen ser recibidas en el futuro convento muchas, que lo deseasen. Todo lo cual se vió cumplido en vida de la V. Madre; porque la dote de la Madre Engracia sirvió para el nuevo edificio, y por estar ya completo el número de treinta religiosas, que la regla de Santa Brigida señala para sus conventos, no han sido admitidas en el de Santa Cruz muchas nobles devotas vírgenes, que lo pretendian.

La referida Madre Clara de la Encarnacion depone, que mientras la V. Josefa era serora de la ermita de Santa Cruz, la encontró un dia en la Santa Casa de Loyola, y deseaba hablarla, pero haciendo, como solia muy larga su estacion en la capilla de San Ignacio la V. Madre, la pareció, que no podia esperarla mas tiempo, por el temor de ser mal recibida en su casa, donde debia dar pronta providencia á una hacienda doméstica, que no podia diferirse para otro dia, por el recelo de que lloviese. Acercóse á la Madre Josefa, y la esplicó los motivos, porque no se resolvia á esperar mas tiempo, aunque deseaba hablarla; pero la respondió esta luego, que podia detenerse sin cuidado de ser mal recibida en su casa, ni de que lloviese el dia siguiente. Hizolo así, y corres-



pondió el suceso á la prediccion, porque nunca mejor, que aquel dia fué recibida en casa, ni el siguiente dia llovió, como ella temia.

La V. Madre Maria Teresa su prelada escribe, que el primero que la dió noticias de la Madre Josefa, fué un jesuita, que la confesó en Logroño, y la aseguró, que la habia profetizado dos cosas, que vió cumplidas en sí mismo.

La misma Madre Maria Teresa adoleció de un tumor, que la affigia, principalmente por el recelo de que para su curacion necesitase de sufrir la mano del cirujano, á mucha costa de su rubor y modestia virginal. Comunicó esta pena á la V. Josefa, que la respondió se curaria su dolencia sin que necesitase de cirujano, pero porque todavía estaba acosada del mismo temor, volvió otro dia á referir su desconsuelo á Josefa, la cual entonces con la confianza que siempre tuvo de su V. prelada la dijo asi: *V. R. esté sin cuidado, porque he entendido de nuestro Señor, que sanará sin la pena de ser curada por mano de hombre:* y asi sucedió.

La Madre Maria Ana de la Cruz escribió tambien otro vaticinio de la V. Madre, que fué bien público en su convento el año de 1699. Dice que el dia señalado para dar el hábito á la Madre Jacinta de San Miguel, pidió ella á la ropera, que sacase una servilleta mas para la novicia, que se esperaba aquella tarde. Estaba presente á su peticion la Madre Josefa, que luego dijo asi: *Habrà de sacar tres servilletas.* Movióse á risa la Madre Maria Ana, porque no habiendo esperanza mas, que de una novicia, no entendia el motivo, porque hubiesen de sacar tres servilletas; pero efectivamente se vió asi; porque dos amigas de la novicia, que vinieron acompañándola desde la villa de Azpeitia, estando con ella en la puerta reglar del convento, saltaron improvisadamente á la clausura, solicitando ardientemente, que las diesen el hábito; y la Madre Maria Teresa, que entonces era prelada con comunicacion del Reverendisimo Padre Andrés de Zupide, y con consentimiento de la comunidad las recibió luego al noviciado. De suerte que en una misma hora recibieron el hábito con la Madre Jacinta de San Miguel las Madres Fausta Antonia de Jesus y Maria Josefa de San Gabriel, que hoy viven.

La misma Madre Maria Ana escribe, que estando ella en el

noviciado el año de 1697, habia en el convento de Santa Cruz trece religiosas profesas y cuatro novicias. Advirtieron todas un dia al empezar Prima, que la V. M. tenia hechas varias cruces en la pared del coro. Las novicias contaron por curiosidad las cruces, y hallaron, que eran quince, siendo diez y siete las religiosas. Esto las dió algun cuidado, y se vió pocos meses despues, que dos de las novicias volvieron al siglo, quedando en quince las religiosas. Muchos años despues me refirió la misma V. Josefa, que la dió á conocer nuestro Señor, en aquel tiempo, que no serian admitidas á la profesion aquellas dos novicias.

Fué pública á toda su religiosa comunidad otra prediccion de la V. M. que escribe asi la Madre Jacinta de San Miguel. «Un dia de la Transfiguracion del Señor, mientras estabamos todas en la oracion de la tarde, sobrevino tan récia tempestad de truenos y relámpagos, que un sacerdote hallándose casualmente en nuestra iglesia, descubrió el Santísimo Sacramento. Continuaba la tempestad á las seis de la tarde á tiempo, que debiamos abrir la ventana del coro bajo, para cantar completas; y al abrirla vimos en ella un globo de fuego, que nos atemorizó. En esta ocasion la Madre Josefa, que era prelada nos dijo prontamente: *No teman que á nadie hará mal.* Y fué asi, que aunque aquel globo de fuego arrojó un candelero, que estaba en medio del coro, y pasando por la reja á la iglesia, y al altar mayor asustó mucho á los que estaban presentes en la iglesia, temiendo, que se abrasaba el retablo, pareció no haber hecho daño alguno, como lo predijo la V. Madre.

Fuí yo testigo de otra prediccion de la V. Madre. Habia solicitado sus oraciones un sugeto, que deseando hacer la voluntad de Dios en la eleccion de estado, vivia mucho tiempo perplejo; porque, aunque con algunas, que le parecian señales de inspiracion divina, se sentia frecuentemente movido al estado sacerdotal, no se resolvia al formidable peso de esta dignidad. Oyóle la V. Madre Josefa sus dudas, y calló entonces; pero pidiendo despues al Señor en la oracion con grande instancia la gracia de que aquel hombre abrazase el estado conforme á su santa voluntad, entendió en una clarísima ilustracion, que su Magestad queria servirse de



él en los ministerios del sacerdocio. Dió noticia Josefa de lo que habia entendido á su confesor, y con su órden respondió despues á aquel sugeto, que ella se persuadia, á que era inspirada de Dios su vocacion al sacerdocio.

Pero aunque por el concepto, que tenia formado de las virtudes de la V. Madre apreciase mucho esta respuesta el que la habia pedido sus oraciones, dijo sin embargo á la V. Madre, que siendo esa la voluntad de Dios, esperaba, que se la descubriese su Magestad, por la regular conducta de sus ministros, y que para eso deseaba comunicar luego con el Reverendísimo Padre Salvador de Rivadeo sus dudas, y elegir el estado segun el dictámen, que le diese. *Eso me parece muy bien, respondió la V. Madre, v. md. obre lo que Dios le significáre por la voz de su ministro.* Buscó luego al Padre Rivadeo, el cual á primera vista le disuadió este pensamiento, pareciéndole, que no hallaba señales bastantes de ser legítima su vocacion al sacerdocio. Refiriendo despues aquel sugeto esta respuesta á la V. Madre, la respondió ella prontamente asi: *Déjela v. md. que luego vendrá á decir lo contrario:* Y se cumplió puntualmente su vaticinio; porque dos dias despues encontrando el Padre Rivadeo á aquel hombre (y antes que le hablase mas del asunto,) le dijo, que aunque le hubiese dado su parecer primero opuesto á la eleccion del estado sacerdotal, reformaba aquel dictámen, porque habiéndolo pensado mejor despues, y encomendándolo á nuestro Señor, estaba ya firmemente persuadido, á que Dios le queria sacerdote.

Ya referimos otros vaticinios suyos del tiempo, que vivió en el hospital, cuando aseguró á su confesor, que dos sugetos vendrian presto á confesar las culpas secretas, que entonces negaban, y cuyo conocimiento tuvo la V. Josefa por ilustracion del cielo.

Pero si en dictámen de San Gregorio (1) no solo debe llamarse profecía la que predice las cosas futuras, sino tambien la que descubre las ocultas, testifica por propia esperiencia la V. Madre Maria Teresa de la Cruz esta gracia, que admiró en su súbdita, especialmente en dos ocasiones. « Por Octubre del año de 1696,

(1) D. Greg. Homil. 1. in Ezech. Rectépro phetia dicitur non quia prædicit ventura, sed quia prodicit occulta.

» estaba yo (dice) á la cabecera de la Madre Josefa, que se hallaba » enferma; y porque me esperaba el confesor del convento en el » torno, salí de su celda, sin que sintiese alguna indisposicion; » pero mientras hablaba con el confesor me sobrevino una indis- » posicion, que temí fuese principio de enfermedad. Subí con tra- » bajo la escalera, y volví á la celda de la enferma, pero aun no » habia acabado de entrar por la puerta de su celda, cuando me » dijo esta sierva de Dios asi: *Vaya V. R. á la cama.* Acerqueme » á ella, y la pregunté á solas, qué motivo tenia para decirme que » me acostase; y me respondió, que habia conocido, que tenia yo » necesidad de esto, y es cierto, que no pudo conocerlo por mi » semblante, porque esto era cerca de las ocho de la noche, y la » luz estaba muy distante. Entonces la dije, es verdad, que siento » alguna indisposicion, y no la dije todo lo que sentia, por no darla » pena; y ella me respondió, que su Magestad la habia manifes- » tado mi indisposicion, y la habia manifestado tambien, que sa- » naria de ella, y asi sucedió. Otra mañana sintiéndome con ruin » disposicion estaba en cama, y ví, que al tiempo de oracion de » comunidad entraba Josefa en nuestra celda. Preguntéla á qué » venia, y me respondió asi: *He sentido estando en oracion, que » V. R. está indispueta y vengo á ver lo que tiene.* Sola yo sabia » mi mal, no le podia conocer naturalmente Josefa. Apretéme la » cintura con un lienzo, y no tuve mas mal.

« La Madre Maria Ana de la Cruz dejó escrito de sí misma, que » en tres ocasiones la descubrió la V. Madre cosas, que tenia en su » interior, que á su parecer ninguna persona del mundo se las po- » dia saber.» La Madre Maria Magdalena de San Ignacio, me re- » frió con admiracion en vida de la Madre Josefa, que mientras re- » volvia en su pensamiento el designio de ejecutar una cosa, que la » parecia del servicio de nuestro Señor, buscó á la V. Madre, que » entonces estaba en oracion, y mostró haberla penetrado aquellos » secretos sentimientos de su corazon dándole las gracias del desig- » nio, que meditaba en su interior, y supe yo en esta ocasion de la » misma V. Madre, que hubo luz del cielo con que descubrió los » interiores sentimientos de esta religiosa.

Por el tiempo, que vivió en el siglo descubrió con luz del cielo

las culpas ocultas de varias personas, á cuya conversion contribuyó por el ministerio de su confesor. Descubrió tambien con la misma luz otros sucesos sin embarazo de la distancia de los lugares. Supo en Azcoitia el tiempo en que murió en Valladolid Don Francisco de Idiaquez. Mientras oía misa en la capilla de San Ignacio de Loyola la reveló el Señor la muerte de D. José de Zuazola. Despues de religiosa estando en oracion la reveló el Señor la hora en que murió Doña Ana de Lasalde; y estando en Maitines conoció con la misma luz del cielo la hora en que murió en el Real colegio de Loyola su confesor el Reverendisimo Padre Zupide. Pero no queremos significar, que esta gracia de prediccion de cosas futuras, y de conocimiento de las ocultas fuese permanente en la V. Madre, sino que la tuvo en estas ocasiones y en algunas otras.

CAPITULO XIV Y ÚLTIMO.

Refiérense algunos favores logrados por la intercesion de la V. Madre despues de su muerte.

Daremos ahora brevemente noticia de los favores que recibieron varias personas recurriendo á la intercesion de la V. Josefa en sus dolencias. Despues de su muerte solicitaron (como ya escribimos) muchas devotas personas algunas alhajas, que fueron de su uso, y entre estas remitió la Madre Abadesa de Santa Cruz una estampa del Desposorio de María Santisima y San José, que tenia en su breviario la V. Madre, á D.^a María Josefa de Irusta, muger legitima de D. José de Areizaga y Corral, vecinos de Villa-Real en esta provincia de Guipúzcoa. Estaba entonces esta Señora en cinta; y su grande debilidad hacía temer graves peligros en el futuro parto; y fué asi, que al empezar los dolores, la faltaban ya las fuerzas, y por eso D.^a Juana de Corral é Idiaquez su madre, advirtiendo el extremo peligro en que la miraba, solicitó la intercesion de la V. Josefa, y aplicó al cuerpo de la doliente aquella estampa, que estaba delante de su cama. Apenas se la aplicó, antes, que pudiese decirse una Ave María parió felizmente con tanta admiracion de las que estaban presentes, que luego se voceó

el suceso, como milagroso. La misma Señora á quien yo he preguntado el juicio que hizo, y el que hace ahora de aquel parto, me ha asegurado que segun la disposicion, en que entonces se hallaba, y segun las experiencias, que tiene de sí misma en otros antecedentes, reputó entonces, y reputa tambien ahora la felicidad de aquel parto, como un favor prodigioso del cielo, obtenido por intercesion de la V. Josefa.

Poco tiempo ha, que en la misma villa esperiméntó favor semejante Josefa de Lecuona. Habiéndola fatigado por un mes entero los dolores del parto; pero especialmente en los tres dias últimos teniendo en casa á la partera estaba reducida á una grande debilidad, y sin que ya abriese los ojos como muerta. Por tal la lloraba su madre, cuando una vecina suya, acordándose de aquella estampa del Desposorio, que fué del uso de la V. Madre, corrió á pedirla, y luego que se la aplicaron al cuerpo parió con felicidad, y quedó sana.

En el mismo lugar de Villa-Real adolecia de tercianas prolijas Francisca de Aramburu, y lastimándose de su pobreza D. José de Areizaga, la envió un pedacito de toca, que fué del uso de la V. Josefa. Cuando la recibió la enferma, faltaban pocas horas para la correspondencia de la accesion; pero ni aquel dia, ni en los siguientes vino mas la terciana, quedando totalmente libre de esta dolencia.

El doctor D. Francisco Antonio de Urrizola médico asalariado en la villa de Lequeitio en el Señorío de Vizcaya testifica lo que sigue. «Un niño de diez meses, hijo de D. Juan Fernando de Ibañeta y Bustinzuria, y D.^a María Micaela de Olabe y Licona, su muger, vecinos de esta villa, fué insultado de fiebre aguda con malignos accidentes, y total opresion de la respiracion en los crecimientos, que cada dia le repelían, de suerte que al quinto fué sufocándose tanto, que se tuvo por cierto no saldria de aquella accesion con vida, mayormente en aquella edad incapaz de auxilio.

«En este estado de funesto letal pronóstico desahuciable, habiéndosele noticiado á sus padres, me despedí de ellos la noche de la quinta accesion; y al amanecer del dia inmediato tuve aviso de que el niño tenia notable mudanza. Fui á verle, y al que

yo consideraba ya muerto, hallé con grande remision de la fiebre, y de los mortales accidentes que padecia. Admirado de tan no esperado suceso en aquel caso desahuciado, pregunté, si á esta inopinada novedad habia precedido alguna causa natural, y se me aseguró, que ninguna se habia visto en él, sino que sus padres viendo al niño en las últimas agonias hácia la media noche con el pecho levantado, sin respiracion perceptible, y rostro cadavérico, recurrieron con gran fé, y devocion al Divino favor por la intercesion de la V. Madre Josefa del Santisimo Sacramento, de quien ellos y sus padres fueron muy devotos, y favorecidos en vida. Ofrecieron para su convento de Madres Brigidas de Santa Cruz una casulla de tela de oro, si Dios daba vida al niño; y pusieron tambien sobre su pecho con igual fé un pedazo de hábito ó toca de dicha V. Madre. Y apenas se hizo este ofrecimiento, cuando á vista del cirujano, y de los que asistian con él al niño, se reconoció en él mas quieta y sosegada la respiracion, y fué avanzando la mejoría de manera que en breve tiempo la conocieron sus padres, y los demas, que lo estaban velando, como á moribundo. Todos á vista de tan repentina clara mejoría publicaban milagro á voces, á las cuales acudió tanta gente de la vecindad, que cuando yo llegué á esta casa estaba ya llena, dando todos gracias á Dios por tan manifiesto prodigio, confirmado por otro, que observaron los domésticos, que un cabo de vela bendita, que ardió casi toda la noche á la cabecera de la cama del niño, pareció no haberse gastado, ni minorádose nada. Asi prosiguió la mejoría, y aunque era estremada la debilidad á que le redujo el grave mal, y la falta de alimento, especialmente los dos últimos dias, en que nada pudo mamar, convalació perfectamente en breves dias, restituyéndose á cumplida salud, en cuyo hacimiento de gracias cumplieron su voto los padres del niño. Este es el suceso puntual, y verdaderamente referido, y aunque no puedo calificar milagros, puedo afirmar con verdad que á lo que yo alcanzo, ni la arte ni la naturaleza tuvo parte en este suceso, que á todas luces me parece prodigioso, y asi lo declaro, y testifico *coram Deo etc.* Hasta aqui la declaracion de aquel docto médico.

Omitimos la relacion de otros sucesos semejantes, por no haber llegado todavia bien autenticados á nuestra noticia. Pero si se hace reflexion sobre las heroicas virtudes, que se han dejado ver en la vida siempre inocente de la V. Josefa, se conocerá, que corresponde á ellas una poderosa intercesion con nuestro Señor, despues que (como piadosamente creemos) la llevó á la compañía de sus Santos.

Refiriendo San Bernardo los milagros de San Malachias dijo (1) que el primero, y el mayor de sus prodigios fué el Santo mismo. Asi quien observare la vida de la V. Josefa hallará, que la primera, y la mayor de sus maravillas, fué ella misma. Hallará digna de admiracion aquella angélica inclinacion con que desde la tierna infancia estuvo dentro de la virtud, como los peces en su elemento; y aquella fidelidad con que llevó los inocentes candores de la niñez hasta el término de una prolongada senectud. Admirará su alma ilustrada desde el uso de la razon con los resplandores de la celestial Aurora Maria Santísima, y la fidelidad con que despues caminó la V. Josefa por toda su vida de claridad en claridad, con dilatacion y crecimiento tan continuo de luces, que no se percibiese alguna interrupcion en sus aumentos. Verá el infatigable cuidado con que cultivó incesantemente entre mil torbellinos y tempestades la tierra de su corazon, para recibir mas copiosamente las influencias celestiales. Y verá finalmente con admiracion aquel espíritu todo dispuesto á las virtudes, que nunca conoció otras delicias, que las que hallaba dentro de la voluntad de Dios, á cuya mayor gloria consagró enteramente sus acciones, con purísima intencion, con olvido de los propios intereses, con fé viva, con generosa confianza, y con insaciable amor de la perfeccion cristiana.

(1) D. Bernard. in vit. S. Malach cap. 19. Primun, etc. maximum miraculum quod fecit, ipse erat.

FIN.

LAUS DEO.

Omnia sub correctione Sanctæ Matris Ecclesiæ.



ÍNDICE

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS DE ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO,

	Pág.
CAPITULO I. De la patria, padres, é infancia de la V. Madre.	2.
CAP. II. De su primera Comunion, y de un favor que la hizo Maria Santísima.	5.
CAP. III. Dá principio á la oracion mental, y penitencias corporales.	8.
CAP. IV. Vence al demonio que pretende embarazar su oracion y penitencias. Busca la direccion de un confesor, y hace voto de castidad.	12.
CAP. V. De los efectos de su meditacion en la Pasion de Jesucristo, y de algunos avisos en que aprendió el mayor recato de los peligros del mundo.	15.
CAP. VI. Ejercitase en la labor de manos, y la libra el Señor de algunos peligros de perder la castidad.	18.
CAP. VII. Pasa á vivir en la casa de Egurbide, y vence las tentaciones con que el demonio intenta retraerla de sus egercicios espirituales.	22.
CAP. VIII. Pasa á habitar en la casa de Churruacoechea, y padece en ella nuevas y mayores hostilidades del demonio.	26.
CAP. IX. De otras penas interiores de Josefa, y de los sucesos de un viage que hizo á Asteasu.	29.
CAP. X. Vá á servir los enfermos del hospital y padece en él varias tribulaciones.	34.
CAP. XI. Refierense otras penas interiores de la V. Madre.	38.
CAP. XII. Padece varias persecuciones del demonio.	42.
CAP. XIII. Atiende al remedio de las necesidades espirituales de los prójimos.	47.
CAP. XIV. Va á cuidar de la ermita de Santa Cruz donde padece una grave enfermedad y otros trabajos.	53.
CAP. XV. Contribuye á la conversion de algunas almas, y padece nueva persecucion del demonio.	58.



CAP. XVI. De otros accidentes que padecía, y del principio que se dió á la fábrica de la iglesia y convento de Santa Brígida en la ermita. 61.

CAP. XVII. De su llamamiento á Logroño, y de los sucesos hasta restituirse á la ermita. 65.

CAP. XVIII. Refiérense varios sucesos del tiempo, que vivió en el convento de Santa Clara hasta que pasó á la casa de Idiaquez. 70.

CAP. XIX. De la calidad y distribucion de sus ejercicios en la casa de Idiaquez. 76.

CAP. XX. De las enfermedades y penas que padecía. 81.

CAP. XXI. De otras penas espirituales que padecía. 85.

CAP. XXII. Prosiguen la fábrica del convento de Santa Cruz y las dificultades de su fundacion. 91.

CAP. XXIII. De la religion de Santa Brígida y de los conventos de su recoleccion. 95.

CAP. XXIV. Prosigue la misma materia. 102.

CAP. XXV. De las dificultades que se vencieron hasta salir las fundadoras del convento de Lasarte. 106.

CAP. XXVI. Dáse noticia de las fundadoras del convento de Santa Cruz, donde recibió Josefa su hábito religioso. 111.

LIBRO SEGUNDO.

CAP. I. Del fervor con que empezó el noviciado, y de algunas contradicciones que padeció en él 119.

CAP. II. De los ordinarios egercicios, y algunos particulares sucesos de su noviciado. 124.

CAP. III. De los votos para su profesion, y de los trabajos que la precedieron. 129.

CAP. IV. De otras penas que sufrió la V. Madre Josefa hasta su profesion . 133.

CAP. V. Despues de la profesion sirve el oficio de enfermera, y padece varias turbaciones del espíritu. 136.

CAP. VI. Enferma la V. Madre, maltratada del demonio, que la repite otras hostilidades. 141.

CAP. VII. Agravase con nuevas persecuciones del demonio la enfermedad de Josefa, y recibe repentina salud en la comunión. 145.

CAP. VIII. De los frecuentes deliquios de la V. Madre en la oracion, y de su zelo para la salvacion de las almas. 150.

CAP. IX. De algunos favores que recibió la V. Josefa mientras se ejercitó en el oficio de provisorá. 156.

CAP. X. Previénela el Señor á padecer mucho, y sufre grandes penas y tribulaciones. 159.

CAP. XI. Recibe grandes consolaciones y penas, especialmente en las fiestas de María Santísima. 164.

CAP. XII. Instruyela el Señor en las virtudes y en los puntos para su oracion. 170.

CAP. XIII. Recibe algunos favores interpolados con penas, especialmente en ocho dias de egercicios. 176.

CAP. XIV. De la muerte del confesor de la V. Josefa, y de algunos sucesos en que se dejó ver su humildad y su obediencia. 181.

CAP. XV. De algunos favores divinos que recibió la V. Josefa en presencia de su abadesa. 186.

CAP. XVI. Prosigue la misma materia. 191.

CAP. XVII. De un nuevo ofrecimiento de sus obras á mayor gloria de Dios y del ardor de su caridad con los prójimos 196.

CAP. XVIII. Dá muestras de su caridad, y del propio abatimiento, padece nuevas persecuciones del demonio, y recibe otros favores. 202.

CAP. XIX. Esfuerza el Señor á Josefa contra los temores de su vida y de su oracion, cuya calidad y efectos se refieren. 208.

CAP. XX. De su resignacion en la muerte del confesor, y fundadora, y de los humildes sentimientos con que entró á ser abadesa de su convento. . . 215.

CAP. XXI. Entre nuevos trabajos y persecuciones del demonio, recibe algunos favores del Señor. 220.

CAP. XXII. De algunas particulares mercedes, que hizo Jesucristo en la oracion á la V. Josefa. 227.

CAP. XXIII. Prosigue la relacion de otros favores. 232.

CAP. XXIV. Recibe por otro trienio el oficio de prelada, y nuevos favores de María Santísima y de los Santos. 239.

CAP. XXV. De su última enfermedad y muerte. 245.

CAP. XXVI. Su entierro y multiplicadas exequias, y el retrato de su corporal disposicion. 251.

LIBRO TERCERO.

CAP. I. De su encendida caridad. 258.

CAP. II. De su ardiente amor á Jesucristo Sacramentado. 264.

CAP. III. Del amor que tuvo Josefa á María Santísima. 271.

CAP. IV. De su caridad con los prójimos. 276.

CAP. V. Del agradecimiento de la V. Josefa á los beneficios de Dios y de sus prójimos. 282.

CAP. VI. de la oracion de la V. Josefa. 286.

CAP. VII. De la mortificacion y penitencia exterior de la V. Madre. 292.



CAP. VIII. De su paciencia en las injurias. 296.
CAP. IX. De su resignacion en los interiores trabajos. 299.
CAP. X. De la pobreza y castidad de la V. Josefa. 304.
CAP. XI. De su perfecta obediencia. 309.
CAP. XII. De la profunda humildad de la V. Josefa. 313.
CAP. XIII. De otras gracias con que adornó el Señor el alma de la V. Madre. 318.
CAP. XIV. y último. Refiérense algunos favores logrados por intercesion de
la V. Madre despues de su muerte. 324.

LIBRO TERCERO